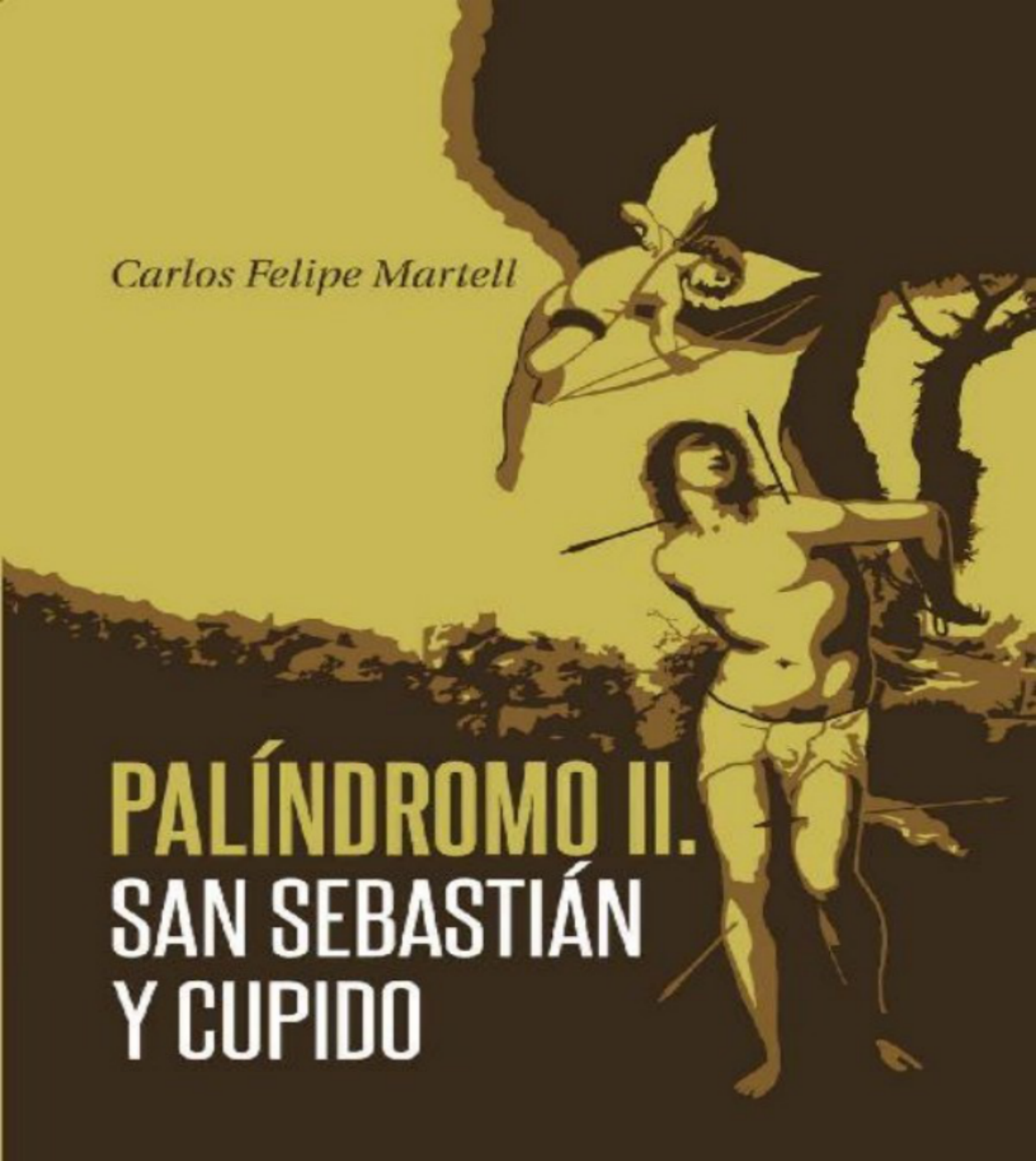


Carlos Felipe Martell
PALÍNDROMO II.
SAN SEBASTIÁN
Y CUPIDO
Nova Casa Editorial

Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Maite Molina

Cubierta
Vasco Lopes

Maquetación
Noemí Buesule

Impresión
QP Print

Revisión
Carlos Felipe Martell

Primera edición: Diciembre de 2015
Depósito Legal: B-30104 - 2015
ISBN: 978-84-16281-66-4

Carlos Alberto Felipe Martell

palíndromo II
san Sebastián
y Cupido

Nova Casa Editorial

A Inma

Parí rap
"Ajos y Soja".
La editora, tarot ideal,
Imanaban a mí.
No sé, trato de dotar tesón,
¿Decayó?, evito: motive o yaced.
Revoco pasividad. Ojo, no joda, ¿divisa poco?; ver.
¡Ojo!
Mediocre cae, me acerco, ídem,
Oro cederé decoro
2 πsé, dos, ¿acaso desπ2?

El Arte es la armonía surgida del caos

La “e”, ni “log” ni “mod”, DOMINGO lineal

El alba, háblale

—María de la Paz Hernández Guillén. María de la Paz Hernández Guillén. María de la Paz Hernández Guillén…

Las cinco de la madrugada y aún no había conseguido dormirse. Nunca le había pasado. Por primera vez en sus once años de existencia se estaba enfrentando a la vertiginosa ansiedad generada por el inoportuno insomnio, precisamente hoy, el día en que necesitaba estar más descansada. Pero la propia competición de windsurf tenía la culpa, pues era la responsable de su inquietud.

Al comienzo de la noche, el paisaje de la costa de El Médano, al sur de la isla, inundado por decenas de niñas compitiendo y luchando contra las olas, había machacado su mente de forma inmisericorde. Cuando Paci se dio cuenta (al cabo de un par de horas) de que no se había dormido y que era apremiante hacerlo, decidió forzar su complicada cabeza para que se concentrase en otra estampa diferente. Ella era consciente de que no le resultaría fácil, ya que su cerebro no era como el de cualquier persona. Era un cerebro problemático. Por lo menos, eso es lo que deducía de los comentarios de los médicos y de su madre.

Según la psicóloga, cuando Paci había nacido su madre tuvo un problema muy serio. Por lo que le había explicado, la niña interpretaba que no había llegado al feto el chute de oxígeno suficiente para que el parto se desarrollara con absoluta normalidad, y, como consecuencia, la mielina que recubría su cerebro se había erosionado y desgastado. ¡Vaya una psicóloga más estúpida! No fue su madre quien tuvo un problema muy serio. Fue Paci.

Paci había crecido con graves problemas físicos y psicológicos. Su sistema locomotor era medieval en comparación con el de sus amigas. María de la Paz siempre estaba cansada, tropezaba continuamente, no podía hacer los ejercicios que hacían las niñas de su edad, le faltaba fuerza en las manos y en los pies, se le caían los cubiertos y los lápices constantemente, no tenía equilibrio… Era la última en todos los deportes. Salvo en el windsurf.

El "culpable" había sido su padre, quien había trabajado, hasta hacía dos meses, en un restaurante cerca de la playa, y había sido, además, socorrista y monitor de windsurf. A pesar de sus (aparentemente) insalvables limitaciones, Paci había crecido con los pies apoyados en una tabla y agarrada a una vela. Eso sí, al principio sujeta por su padre, durante

muchos años, en un admirable ejercicio de paciencia por su parte. Hasta que, un día, él consideró que ella estaba preparada para dar el paso hacia la autosuficiencia. A partir de ese instante, Paci se desplazaba entre las olas con cierta pericia (no tanta como la de otras niñas) y, cada día, marcaba en el calendario de su mesilla de noche los días que faltaban para que llegara el fin de semana. El sábado y el domingo, su padre siempre la había llevado a "coger olas". Hasta hacía dos meses. Un infarto se lo había llevado junto a Dios Padre. Para siempre.

María de la Paz tenía un hermano de quince años, llamado Pipo, quien nunca mostró interés por los deportes acuáticos. Él no podría verla competir porque estaba en Italia, en un viaje de fin de curso, y no volvería hasta el martes.

Paci nunca fue muy lista, pero ella lo sabía y lo asumía. Su cabeza iba unos pasitos por detrás. Su caligrafía era incorregible, no tenía velocidad para escribir y tampoco era consciente de que la mayoría de las niñas de su clase se reían de ella, sobre todo cuando sacaba la lengua escandalosamente para acompañar y dirigir su bolígrafo en los difíciles trazos. La principal excepción a las burlas era su gran amiga y confidente, Juli. Tampoco Maruja, sin ser su amiga, se metía con ella. Y es que Maru es muy sabia, porque no intima con nadie de la clase. Es más madura que todas las demás. Pero, eso sí, aunque no sea su amiga, Maruja es su ídolo. Una vez, Paci recortó una foto de Maru (del periódico local) sobre su tabla de windsurf, la llevó a clase y, ante las burlas de otras niñas, le pidió a la propia Maru que la firmara para colgarla en su habitación a modo de póster. Maru lo hizo y le dio un beso. Entonces las burlas cesaron.

Cuando Paci era más pequeña, su padre había sido monitor de Maru, una niña que apuntaba a ser toda una campeona en el deporte de la vela y que, en efecto, año tras año, ganaría todas las competiciones en las que participaba. Como a Paci le apasionaba el windsurf y admiraba, boquiabierta, las ágiles maniobras de Maru sobre las olas, sometió a sus padres, durante meses, a una machacona tortura psicológica. Todos los días se los pedía: *"Quiero ir al mismo colegio que Maru"*. Cuando los padres de Paci se enteraron de que Maruja estudiaba en un centro de Santa Cruz, no muy lejos de donde ellos vivían, accedieron a cambiar a su hija de colegio para contentarla. Al fin y al cabo, en el anterior no progresaba prácticamente nada. Tendría que estar estudiando en un colegio especial, para niños con problemas, pero sus limitaciones económicas y la falta de ayuda se lo impedían.

Las cinco y cincuenta minutos. Durante toda la noche, su vida había desfilado por su mente, incapaz de controlar su ansiedad. Esa misma tarde iba a participar, por primera vez en su vida, en un campeonato escolar-insular de windsurf. Su madre, temerosa, se había opuesto enérgicamente,

pero, al final, había logrado convencerla y se saldría con la suya. *Papá me habría dado permiso*. Había nacido cansada y casi había vegetado en la monotonía, pero ahora iba a crecer. Iba a crecer en aquello que más le apasionaba. ¡Lástima que su padre no estuviese allí para verla!

La competición le exigía descanso, pero la competición le impedía descansar por los nervios que le generaba. La paradoja la torturaba, ya que no la podía controlar. De pequeña, su padre la llamaba "ovejita". De pequeña, su madre le decía que, para quedarse dormida, contara ovejitas. Ahora, a punto de salir el sol, a la pequeña de once años se le había ocurrido una idea para dormir: contar ovejitas, como decía su madre, pero no cualquier ovejita, sino la ovejita de su padre.

—María de la Paz Hernández Guillén. María de la Paz Hernández Guillén. María de la Paz Hernández Guillén…

Hasta que se durmió.

Palíndromo:

La musa crecerá toneladas, nace cansada, le notaré cerca su mal

Atada ve una nueva data

Atada al cinturón del taxi, fue testigo del amanecer del domingo. El vuelo salía muy temprano y no quería arriesgarse a perder el avión, porque el viaje era muy importante para ella. El taxista la miraba continuamente por el retrovisor, y eso la incomodaba. Pero su cabeza estaba en otro sitio, a muchos kilómetros de allí. Abrió su cartera para comprobar si llevaba consigo su documentación y el dinero suficiente. Se topó, como siempre, con la foto de su mujer, quien la miraba fijamente desde el compartimento plastificado, recordándole que la acompañaría a cualquier parte. Pero, en este viaje, ella no pintaba nada porque era un regreso a su pasado, antes de conocerla. Estaba muy nerviosa, y sabía que se le notaba.

—¿Va todo bien, señora? —preguntó el taxista de gafas y barba, quien no dejaba de regalarle su inquietante mirada.

—Sí, claro.

La foto de su mujer era capaz, por sí sola, de reflejar el amor que esta le profesaba, porque, si bien era una imagen plana, bidimensional (y, por tanto, irreal), su profunda mirada, sin embargo, traspasaba el papel fotográfico y era capaz de envolverla a ella, equilibrando todos sus sentimientos e inquietudes. Sonrió, mucho más calmada, y cerró la cartera.

El taxi se estaba aproximando a una zona de semáforos, pero circulaba demasiado despacio. No le importaba, tenía tiempo de sobra. El color ambarino destelló justo delante del vehículo y el conductor disminuyó la aceleración para, finalmente, frenar. Hubiera podido saltárselo, le hubiera dado tiempo, pero estaba claro que su única preocupación era alargar el taxímetro todo lo posible para exprimir su contador. Todas las triquiñuelas habituales de algunos taxistas parecían acentuarse de forma enfermiza con la crisis. Se sentía amarrada por aquel cinturón de seguridad que, tras la salida del sol, le oprimía el pecho; pero no le importaba, su cabeza estaba muy lejos.

La puerta del conductor se abrió y él se apeó. Ella miró hacia delante, cubriendo con sus ojos todo el salpicadero. ¿Qué estaba ocurriendo? Oyó abrirse la puerta trasera, justo a su izquierda. Entonces vio ante ella a San Sebastián. ¿Por qué sufría tanto el mártir? ¡Sí, ya lo veía! ¡El santo no estaba solo! A su lado, sin piedad, Cupido lo estaba acribillando con sus flechas.

Palíndromo:

Y ahora se paró, hay ahora pesar o hay…

**

—Escucha, cariño. Si solo has dormido tres horas, no puedes participar en esta carrera. Es muy peligroso.

Aurora, la madre de Paci, era consciente de que su hija no se lo iba a poner fácil. A pesar de sus problemas, a pesar de sus limitaciones, la niña había heredado dos rasgos muy definidos de su padre: la pasión por la vela y la testarudez. Frente al miedo que le generaba cualquier iniciativa procedente de Paci, cualquier pretensión de superación, Aurora sabía que tenía que apoyarla y ayudarla en todo lo que estaba en su mano. Los psicólogos la habían convencido, era lo mejor para su hija. Un exceso de proteccionismo no era bueno para nadie, Paci tenía que evolucionar. Eso sí, a su ritmo, más ralentizado que el de sus amigas. Sin embargo, dejarla sola en el mar con una tabla, sometida a un sobreesfuerzo, no era, precisamente, beneficiarla.

Para empezar, por principios, Aurora estaba en contra de cualquier competición enfocada a menores de edad, y más aún si estos no eran profesionales. Deporte sí, competición no. Esta idea quedaba más reforzada por el hecho de que su hija ocupaba un lugar muy incómodo en cualquier escala comparativa: el último. Nunca podría avanzar en los estudios como las demás, nunca pasaría del último puesto en la jodida carrera de windsurf, no llegaría a la universidad, difícilmente conseguiría un buen novio cuando se hiciese mayor… El asunto del novio era discutible, pero eso también torturaba a Aurora. Si Paci tuviere la suerte de desarrollar un buen cuerpo o un rostro atractivo, podría compensar con él su bajo coeficiente intelectual y sus problemas motrices. Podría atraer a algún chico. Pero Aurora pensaba que eso nunca sería amor, sino una morbosa y retorcida atracción física a la que, tal vez, su pequeña sucumbiría. Esa posibilidad la aterraba y disparaba sus niveles de ansiedad.

—Me lo prometiste, mami. Además, tengo que hacerlo por él, por papá.

Aunque Paci pudiese escalar algún puesto, uno solo, si no quedase la última en la competición, tampoco Aurora quería que su niña pudiese desarrollar una personalidad competitiva. Una cosa era superarse, en eso la apoyaría, pero nunca a base de compararse con los demás. Aurora siempre le había insistido en esa idea. *Intenta superarte, pero no intentes superarlos*.

—¿Por qué quieres competir? Yo te llevaré a coger olas cuando

quieras. ¡Esto es una locura! ¡Puedes hacerte daño!

—A papá le gustaba competir y yo quiero dedicárselo a él.

—¿Qué le vas a dedicar?

Pues… ¡Voy a quedar entre las diez primeras!

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿No te das cuenta de que eso que dices no es posible? Tú… Escucha, cariño, sabes que no puedes moverte con la misma destreza que…

—Maru cree que puedo conseguirlo.

—¿Maru?

—Y si no lo consigo, tampoco pasa nada. No me lo tomaré mal.

—¿Y si quedas la última?

—¡Eso no va a ocurrir, mamá! ¡Soy muy buena sobre la tabla! Sabes que Maru compite con profesionales. Ella conoce a la mayoría de las mejores niñas de los otros colegios, las mejores de Tenerife de nuestra edad. Por lo visto, hay cinco o seis muy buenas, que serán las que estén delante. Luego hay tres o cuatro que se defienden muy bien, pero son un poco peores. Y entre las veinte o treinta restantes puede pasar cualquier cosa, ella me lo dijo. ¡Y ahí estoy yo!

Aurora entró en la cocina para llorar a escondidas. Conocía bien a Maruja, y sabía que lo único que habría pretendido era animar a Paci. Pero Paci, por culpa de su mal, guionizaba una realidad paralela, sustentada en una motivación extra segregada por sus fantasías. Eso, a veces, era bueno para Paci, pero, en casos como este, la expectativa que había izado la aplastaría con contundencia, al caer, esa misma tarde.

Aurora tiene miedo, mucho más que antes. Ya no es solo la inquietud derivada de que su hija se enfrente al mar. Paci no sabe que, en estos instantes, está protagonizando una película, pero, cuando esta acabe, cuando se apague la tele, caerá en una profunda depresión.

Palíndromo:

A esa niña, drama le va; a vela, mar dañina sea

**

Como cada domingo, Irene estaba revisando su horario escolar a la vez que acomodaba, dentro de su mochila, los libros y las libretas necesarias para las clases del lunes. Normalmente era una rutina que acometía por la tarde, pero hoy la había adelantado debido a la competición de windsurf. Sonrió al observar, orgullosa, su tabla marina serigrafiada, en gris, en el anverso de su moteada mochila amarilla y azul. Sobre el fondo amarillo, las

líneas onduladas en azul, que parecían olas, habían sido decisivas para que Irene, unos meses antes, convenciese a sus padres de que le regalaran esa mochila por la festividad de Reyes. Antes de que fuese suya, ya se imaginaba entrando en el pequeño taller de serigrafías que había en un centro comercial, no muy lejos de su casa, en San Isidro. El hecho de estampar la imagen de su tabla convirtió a la mochila en un talismán.

Irene había vivido toda su vida cerca de la playa, en el sur de la isla, y su afición por los deportes acuáticos se remontaba hasta un tiempo imposible, donde sus recuerdos no llegaban, así que tenía que ser demasiado pequeña. Gracias a su talento, su disciplina y su espíritu competitivo, el dominio de la tabla de windsurf era cada vez más evidente y reconfortante. Sus padres la apoyaban (sobre todo él), y eso era fundamental para ella, porque conocía a otras niñas cuyos padres solo las dejaban disfrutar y progresar si iban bien en los estudios. Irene no era una buena estudiante, y eso no gustaba mucho a su madre, quien le insistía en la importancia de aprender. Irene le daba la razón, era importante aprender, pero, sobre todo, aquello que más te gusta. Su padre era quien más la animaba y la defendía, imponiéndose a su mujer para que Irene pudiese seguir adelante en el mar, aunque le suspendieran cuatro o cinco asignaturas.

Colocó por orden de horario todos sus bártulos. Cada libro, cada libreta, tenía una pegatina o un dibujo con motivos relacionados con las olas y los deportes acuáticos. Esa misma tarde iba a probarse a sí misma, iba a averiguar hasta dónde había avanzado en su silencioso progreso gracias a unas estrictas y excesivas jornadas diarias de entrenamiento en la playa. Su ventaja, aparte de su constancia, era vivir en la costa. Sabía que Maru era la favorita y que estaba considerada como “intocable”, fuera del alcance del resto. Nadie lo dudaba. Excepto la propia Irene. Ella era la mejor del resto, eso tampoco era discutible, pero quizá, esa tarde, podría llegar a sorprender a Maru o, como mínimo, acercarse peligrosamente a su reinado.

De nuevo sonrió al cerrar la cremallera de su mochila y observar, en el extremo de la misma, la enana tabla de surfista que colgaba como un llavero.

—Hoy seré yo la protagonista, Maru. Aunque no gane —murmuró.

Palíndromo:

E Irene ríe

Mediodía ido, ídem

—¡Joder, Bruno! ¡No lo entiendo! Se supone que si presiono la inversa de la tecla del logaritmo, me tendría que devolver la potencia del número “e”, vale, pero cuando lo compruebo no me da lo mismo.

—¿Cómo estás haciendo la prueba? —contestó Bruno distraídamente, sin renunciar a su concentración en la resolución de una matriz inversa.

—Pues… ¿Me estás escuchando? Elevo el número “e” a “uno coma tres” y me da “tres coma siete”, pero el logaritmo de “tres coma siete” no me da “uno coma tres”, sino “cero cincuenta y seis” —se desesperó Elena.

—Ya… Espera que acabe con esto. Veamos…

Bruno resopló y se frotó los ojos para relajarlos. Llevaban preparándose la prueba de matemáticas desde media mañana, y estaba empezando a sentir hambre. Dado que estaban en casa de Elena, le pareció de mal gusto ser él quien sugiriese almorzar, así que decidió disimular la ansiedad y continuar un poco más. Al día siguiente iban a examinarse de la PAU. Con el rabillo del ojo, detectó unas tentadoras bragas de su compañera, colgando de un perchero móvil que basculaba en el borde superior de la entreabierta puerta del dormitorio. Dirigió la mirada a Elena y se centró en su generoso escote, que regalaba a la vista dos descomunales mamas de silicona presionadas por un robusto y ajustado sujetador.

En toda la mañana, Bruno no se había distraído con la voluptuosidad de su sensual amiga. Tenía cosas más importantes en la cabeza; las matemáticas. No porque tuviese dificultades con ellas, al contrario, él dominaba esa materia como nadie. Pero, una vez que había accedido a estudiar con Elena para echarle una mano, se había dejado envolver por la pasión que le proporcionaban las Ciencias Exactas.

—¿Trabajas esta noche, Elena?

—¿Estás loco? ¡Mañana es la PAU y tengo que dormir!

—Ya… Déjame ver esa calculadora. ¡Joder, Elena! Te dije que la dejaras en modo “SD”, por si nos ponen un problema de estadística. Dale a la tecla “mod” y, luego, “SD”.

Elena le llevaba tres años a Bruno. Él era un buen estudiante, amén de un gran investigador, y nunca había suspendido ninguna asignatura. Ella, por primera vez en su vida, se estaba tomando en serio los estudios. Quería hacer una carrera y vivir de ella, aunque sabía que lo tendría difícil. Mientras, alternaba sus estudios con un atractivo y bien remunerado

trabajo, en una barra americana, donde compaginaba sus obligaciones como camarera con otra actividad voluntaria: la captación de clientela para practicar sexo a cambio de dinero. Lo bueno de esta parte era que el propio trabajo le proporcionaba los clientes y, a cambio, ella no tenía que compensar a su jefe (el dueño del establecimiento) con un porcentaje de las ganancias. Elena se los llevaba a su casa, follaba con ellos y cobraba en efectivo. Y en negro. Todo para ella. El jefe era inteligente, él también ganaba, ya que los clientes de las chicas consumían en su local.

—¿Qué me dices, Bruno?

—Pues… ¡Coño, Elena! Cuando buscabas el logaritmo de “tres comanosequé”, le diste a la tecla “log”.

—¿Y…?

—La inversa de la función de “e elevado a equis” es el logaritmo neperiano. ¡La tecla que tienes que pulsar es “ln”!

Debido a su afición a las felaciones, sus compañeras de trabajo la llamaban “Elena la comerrabos”, apelativo que se había extendido, incluso, entre la clientela del local. Elena no se consideraba una puta, ni permitía que nadie la llamara así. No por la palabra en sí, tampoco toleraba el término “prostituta”. Se definía a sí misma como “semiputa”. Para ella, el detalle era importante, porque consideraba que las putas eran unos seres desafortunados caídos en la miseria, dignos de compasión, que no tenían otra opción que no fuera la de vender su cuerpo a quien buenamente pudieran. Pero Elena no tenía esa trágica necesidad, ella follaba por dinero, sí, pero también por vicio y diversión. Era ella quien elegía a sus clientes, no se lo montaba con cualquiera.

—Creo que voy a suspender las matemáticas.

—Oye, Elena, no te olvides del plan alternativo. Creo que tenemos controlados los detalles más importantes.

—No sé si seré capaz, me pondría muy nerviosa. Si nos pillan copiando, no quiero ni pensar lo que podría suceder.

El martes por la mañana habían estado analizando in situ las aulas donde iban a realizarse las pruebas, en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de La Laguna. Allí habían tomado fotos de las diversas estancias y de la disposición exacta de los visores en las puertas para determinar cuáles eran las zonas más ocultas de cada aula. También calcularon los segundos que tardaría un profesor en ir de una zona a otra, pues se les había ocurrido contar con más compinches para generar maniobras de distracción sucesivas en el profesorado, con el fin de copiarse por turnos. Pero desecharon la idea porque involucrar a más gente era arriesgado. Por la tarde, habían contactado con antiguos alumnos de PAU

para averiguar si solían haber registros, sobre todo para valorar la posibilidad de copiarse a distancia, a través de un pinganillo en la oreja. Bruno tenía el pelo corto, aunque él controlaba las pruebas. La idea final era ayudar a Elena, desde fuera, cuando él terminara y entregara su examen. Lo haría lo más rápido posible, pero Elena temblaba solo de pensar que la podrían pillar.

—¿Qué ganas tú con esto, Bruno? ¿Por qué quieres ayudarme?

—Se me estaba ocurriendo algo a cambio.

—¿Un polvo? ¿Quieres follarme gratis, cacho perro? ¿Es eso?

Antes de que pudiese responder, el móvil de Bruno se marcó una pegadiza rumba.

—¿Diga?... ¿Eva?... ¿Qué haces en la emisora un domingo?... El cabrón de don Urbano te está explotando, ¿verdad? Creo que… ¿Qué? ¡Explícate mejor!

Elena observó cómo el rostro de Bruno evolucionaba hacia el éxtasis, por lo que dedujo que las noticias que estaba recibiendo desde su lugar de trabajo tenían que ser excelentes. Ella suponía que estarían relacionadas con ese premio que había recogido en Sevilla tres días antes. No era un premio individual, había ido a recogerlo en nombre de "La Emisora Escrita", una incipiente y prometedora empresa de comunicación, con unas perspectivas de futuro tan arrolladoras que, igual que la crisis, nadie era capaz de imaginar qué cotas sería capaz de alcanzar. De momento, la empresa había despuntado en dos ocasiones, aunque Elena no conocía los detalles de la segunda, la más importante, la que le había valido el premio.

"La Emisora Escrita", cuyo director y propietario era don Urbano Solá, contaba con dos vías por donde fluía la comunicación hacia su público: una escrita y otra verbal. Tanto el periódico como la emisora de radio destacaban, frente a la competencia, por la transmisión de noticias llamativas y curiosas (sin renunciar al amarillismo) y, sobre todo, por los trabajos de investigación. En estos últimos, el periódico era muy metódico y meticuloso, aparte de paciente. Solo cuando lograban atar todos los cabos se publicaban los resultados.

Bruno, a pesar de su juventud, era muy bueno investigando. Su cerebro, tal vez por estar altamente capacitado para las matemáticas, los enigmas y la química, funcionaba con una agilidad asombrosa. Un redactor de "La Emisora Escrita" lo había descubierto, casualmente, en un concurso para jóvenes talentos de los Institutos de Enseñanza Secundaria de Canarias. Ahora, él y una compañera suya, Ana, eran las dos perlas más preciadas de don Urbano.

—¡Teníamos razón en todo, Elena! —gritó, alborozado, tras cortar la

comunicación—. ¡La operación “emir cojo” ha sido un éxito rotundo! El premio… Periodísticamente ya fuimos reconocidos, pero ahora… ¡La policía los ha detenido a todos! ¡Uno a uno! Nosotros pusimos los nombres y no nos equivocamos en ninguno.

A don Urbano, al principio, le preocupaba el único aspecto descontrolado dentro de la emisora. Ana y Bruno, tal vez por la diferencia de edad entre ellos (cinco años), tal vez por la profesionalidad de Ana frente a los aparentes impulsos e intuiciones de Bruno (aunque el jefe los definía como inteligencia, porque el joven no solía equivocarse en sus análisis), discutían mucho y no parecían llevarse muy bien. Pero, con el paso de los días, se dio cuenta de que esa discrepancia era, precisamente, un arma letal de su emisora y de su periódico contra la competencia, porque hacía a los jóvenes muy competitivos, lo que revertía positivamente en el rendimiento global de la empresa.

Ana y Bruno llevaban su rivalidad hasta tal extremo que, incluso, trataban de agradar y agasajar a don Urbano para contar con su beneplácito en cualquier posible conflicto. El jefe no era tonto y no caía en la trampa, pero, aun así, los dejaba a su aire, sin inmiscuirse, por miedo a romper ese trayecto lineal, explosivo, que ambos jóvenes (quizá sin saberlo) moldeaban día a día, convirtiéndolo en el camino de rosas por el que circulaba “La Emisora Escrita”.

—¿Cómo fue lo de ese emir? Solo he oído que “La Emisora Escrita” desmanteló una red de narcotraficantes.

—¡Por Dios, Elena! ¿No has leído el artículo que publicamos el lunes? Ahí están todos los nombres y todos los detalles. Por eso nos dieron un premio, como reconocimiento al mejor trabajo periodístico de investigación en lo que va de año.

—Bueno, cielo, entiendo tu emoción, porque es tu trabajo, pero tampoco tú conocerías los detalles si oyeses decir que un cliente me la metió por detrás.

—Si estuviese escrito en un periódico, te aseguro que lo memorizaría, Elena. Sé que mi trabajo me apasiona y, a veces, me dejo llevar por la…

—No, de verdad. Cuéntame cómo ha sido.

—No fue tan difícil. Lo cierto es que llevábamos tiempo investigando a esa red. Todo el mundo sabía que existía, claro. Sobre todo la policía.

—¿Cómo lo sabían?

—Pues… Eso siempre se sabe, Elena. Una red importante, sea de tráfico de drogas o de lo que sea, cuenta con muchos tentáculos. Cuantas más ramas tenga, más visible se hará. ¿Por qué hemos descartado tú y yo buscar más apoyo para copiarnos? Esto es lo mismo. Las redes se hacen

evidentes. Por definición, arriesgan. Fíjate en las bandas latinas, en las sectas, o en los pedófilos de internet. A cada instante se producen noticias sobre desmantelamientos. ¡Siempre acaban cogiéndolos!

—Entonces, por lo que deduzco, la policía hubiera acabado con esta organización, tarde o temprano. Y vosotros…

—Nos adelantamos. En eso consiste nuestro trabajo, en la anticipación. De hecho, no es tan difícil, porque, por pura lógica, somos más rápidos que la policía.

—Eso no me lo creo.

—Quizá no sea cierto del todo, te lo explicaré mejor. Ellos son más rápidos investigando, porque tienen más medios. Pero nosotros somos más rápidos presentando resultados, esa es nuestra ventaja.

—¿Por qué? —preguntó Elena, perpleja.

—Porque ellos no pueden hacerlo. Aunque tengan toda la información, incluso aunque supieran que el emir cojo no era un emir, aunque sepan los nombres, tienen que seguir un protocolo de actuación, un seguimiento preciso, y esperar el momento oportuno para actuar. Tienen que tenerlo todo bien amarrado. Además, han de esperar la correspondiente orden judicial. Verás, Elena, la policía busca la cúspide, por eso se arma de paciencia.

—Supongo que lo difícil es identificar al cerebro de la trama.

—¡Qué va! Eso lo saben pronto. Lo difícil es incriminarlo con pruebas, porque estos individuos suelen protegerse muy bien. Aparte de eso, cuentan con los mejores abogados para defenderse o contraatacar. Pero, claro, nosotros sí podemos sugerir sus nombres. Solo sugerirlos, utilizando evidencias y pruebas circunstanciales. Nuestras pruebas tal vez no sirvan ante un juez, aunque a veces sí que son contundentes; depende de la suerte y de nuestro trabajo. Pero sí que nos dan cierta protección frente a posibles denuncias por parte de estos delincuentes hacia nosotros.

—¿No estáis jodiendo el trabajo policial? El sigilo policial conseguirá pruebas; vosotros, solo evidencias. Pero os anticipáis y alertáis a los narcotraficantes. Puede que consigáis el efecto contrario a vuestra pretensión, es decir, advertir a los malos para que logren escapar en vez de facilitar su detención.

—¿De qué hablas, Elena? ¡Esa no es nuestra pretensión, sino la de la policía! La nuestra es vender periódicos y ampliar nuestra audiencia. El mundo es una jodida selva y, en ella, el periodismo no tiene escrúpulos, nunca los ha tenido.

—¡Tú no eres periodista!

—Lo seré. Mira, Elena, a veces recibimos noticias gratificantes, como

la de esa llamada que he recibido. Esta vez hemos sido decisivos, hemos ayudado a la policía. Creo que estaban dando palos de ciego y les hemos abierto los ojos —se congratuló Bruno.

—No me has contado el caso.

—Bueno, se trataba de un grupo de distribución que operaba entre Tenerife y Sevilla. La cadena es más larga, claro, empieza en Sudamérica y finaliza en Europa, pero nos centramos en ese tramo. Resulta que el aval de toda la operación, el "emir cojo", logró despistar a las autoridades, logrando que estas se desviaran por un camino equivocado, donde también se movía droga pero en un ambiente de violencia. Eran ellos mismos, los principales traficantes, los que crearon esa "ruta secundaria".

—¿Ruta secundaria? ¿Significa eso que los narcotraficantes movían pequeñas cantidades de droga por ahí para desviar la atención?

—Sí, y la violencia era el principal reclamo, porque en ese entorno se cometían muchos crímenes. Mientras, por la ruta principal, la del "emir cojo", realizaban su auténtico negocio. Los gestores de la ruta secundaria no eran más que marionetas ignorantes, unos violentos criminales que, antes o después, acabarían en manos de un juez, pero nadie podría relacionarlos con la auténtica operación. Ni siquiera ellos mismos, claro, porque no tenían ni idea.

—¿Cómo lograsteis desenmascararlos?

—Don Urbano y Ana creen que fue un golpe de suerte, una casualidad. Pero, modestia aparte, mi olfato me llevaba siempre al emir cojo. Parecía definitivo, la droga iba por la izquierda y el emir cojo por la derecha. Me empeñé en seguir por la derecha, sin decir nada a nadie. Logré averiguar que ese emir no existía, no había ningún emir cojo, con ese nombre, en su país. Esa fue la parte más difícil de investigar.

—Ese olfato tuyo ¿a qué se debía? ¿Por qué insististe tanto?

—En un reportaje que leí en una revista definían al cojo como el "emir occidentalizado", y eso me chocó. Pedí ayuda a un amigo que conoce muy bien el mundo árabe, porque ha vivido allí muchos años. Le enseñé las filmaciones que yo mismo había hecho del emir, a escondidas. Me aseguró que sus formas y sus costumbres no tenían nada que ver con sus orígenes. "Si no fuera un personaje famoso, aseguraría que es un impostor", me llegó a decir. Mi instinto me susurró que se trataba de un impostor que se había hecho famoso.

—He oído decir que solía transportar droga dentro de su pierna ortopédica —apuntó Elena.

—Sí, muchas veces lo hacía. Viajaba constantemente entre Tenerife y Sevilla con tanta inmunidad que a nadie se le ocurrió arrancarle la pierna.

El jueves estuve en Sevilla recogiendo el premio. A mí me quitaron hasta los zapatos en el aeropuerto.

—¿Los han detenido a todos, Bruno?

—Sí, Eva me lo acaba de confirmar. Está en la emisora, dando la noticia por la radio. Creo que nuestras ventas de periódicos van a subir como la espuma.

—¿Seguimos con las mates o paramos para comer algo?

—¡Estoy muerto de hambre! —reconoció Bruno.

—Vale, a cambio de tu ayuda con las matemáticas te invito a una pizza congelada.

—Ya te he dicho que tengo una idea de cómo me gustaría que me pagues. Quiero hacerle un regalo a mi jefe para tenerlo comiendo de la mano.

Palíndromo:

Ojo crimen, usarás un emir cojo

Atardecer, apareced, rata

Para el evento, en la playa habían instalado una estructura constituida por piezas ensambladas de fácil montaje y desmontaje, que formaban unas largas gradas de unos veinte metros de longitud y diez pisos (filas) de altura. Podría albergar, perfectamente, a unas quinientas personas. A poco menos de media hora para el comienzo de la prueba, Aurora miró a su alrededor y comprobó que casi la mitad de los asientos estaban ocupados. A su lado estaba Juli, la mejor amiga de su hija, a quien Aurora agradecía mucho su presencia porque podría ser el consuelo perfecto para el trayecto de regreso a casa, cuando Paci tuviere que enfrentarse a su propia decepción.

María de la Paz, a pesar de sus serios problemas, solía sorprender a su madre por su gran capacidad para calibrar y ponderar. Conocía sus limitaciones, y podría decirse que tenía claro dónde estaba situada en una imaginaria línea comparativa junto a sus amigas. En los estudios, en el deporte o en las relaciones sociales, se ubicaba a sí misma en el límite inferior, pero había algunas actividades (como la elección del mejor pescado o la mejor carne en el hipermercado, saber mantener la educación cuando un profesor estaba hablando, ser leal a sus amigas…) en las que, ¡estaba segura!, se aproximaba al centro de la línea. Incluso en algunos casos, sobre todo en determinados valores, se veía en la zona superior: era capaz de superar a más de la mitad de sus amigas. Por eso, por la seguridad que tenía en sí misma y por lo bien que conocía sus límites, Aurora tenía mucho miedo, pues Paci había insertado en la realidad (extraídas, seguramente, de sus fantasías) unas expectativas descomunales y poco acordes con sus auténticas posibilidades. *Quedaré entre las diez primeras*.

Aurora observó a Juli, que llevaba una pequeña mochila de la que estaba extrayendo un paquete de palomitas. Rehusó el ofrecimiento de la niña y esta se puso a comer. Miró a su derecha y descubrió, en el centro de la playa, una enorme tarima totalmente plana, a un metro y medio de altura sobre la arena, con una especie de trampilla hueca en la parte central. Los bordes de la tarima estaban vallados para evitar la presencia de público. Debía de tratarse de la zona de entrega de trofeos.

Por el mar, en los alrededores del circuito, se desplazaban tres pequeñas embarcaciones de la organización, quizá verificando el recorrido y buscando una ubicación adecuada para la observación, pues en su interior viajaban los comisarios garantes de velar por la limpieza de la competición

(no sería la primera vez que algún concursante intentase saltarse algún tramo de recorrido) y, sobre todo, por la seguridad de las niñas. Los tres barcos eran, para Aurora, la imagen más bella de toda la playa, porque eran los encargados de cuidar a su niña y recogerla si se caía al agua.

Hacía una hora que la madre de Paci, al llegar, había hablado con los organizadores para intentar convencerles de que vigilaran con especial atención a la embarcación número dieciséis, la tabla de su hija. Les explicó sus problemas, pero ellos, lejos de tranquilizarla, aumentaron su ansiedad, y Aurora estuvo a punto de prohibirle a Paci su presencia en aquel concurso. Pero Paci ya se había ido con el resto de competidoras y, si iba a por ella, la niña nunca se lo perdonaría. Aurora había hecho una promesa y tenía que cumplirla. La dosis extra de angustia (la inyectada por los jueces) se debía a que le habían desaconsejado, precisamente, la participación de Paci. *¿Cómo es posible que una niña con ese historial clínico se meta en esto?* Indirectamente, a Aurora la habían definido como madre irresponsable. Los jueces le habían dejado claro que su labor era validar la prueba y dar fe de los resultados; sus atribuciones no contemplaban el cuidado de las niñas enfermas, quienes deberían tener prohibido por su médico competir en un deporte de riesgo.

Otra vez la maldita competición. Ese no era el concepto que Aurora tenía del deporte escolar, pero los propios árbitros, en vez de dar otro tipo de ejemplos, verificaban que aquí se venía a ganar y a no hacer trampas. Las palabras “deporte de riesgo” fueron las que más desencajaron el rostro de Aurora, pero Juli (la amiga de Paci) le había apretado la mano, inoculándole una microdosis de tranquilidad. *Qué perceptiva y oportuna eres a pesar de tu edad, Juli.* A pesar de la regañina con que la habían despachado los comisarios (para eso estaban ellos allí, para regañar no solo a las tramposas, sino a las madres inconscientes), confiaba plenamente en que ellos, en el fondo, tenían la obligación y la responsabilidad de cuidar a todas las participantes, y, por mucho que se hubiesen mostrado tan duros con ella, la propia responsabilidad los obligaba (aunque no se lo hubiesen reconocido) a intensificar la vigilancia del velero número dieciséis.

Cuando Aurora se hubo calmado (tras convencerse de que los jueces iban a convertirse en “Salvamento Marítimo”), tuvo conciencia del problema real e inesperado que iba a condicionar, sí o sí, el desarrollo de la carrera: el viento. En los últimos minutos, de forma paulatina, las olas que desafiaban la playa se habían encabritado cada vez más, y, en las gradas, el público tenía serios problemas para retener, o mantener en su sitio, sus prendas más sensibles al viento, como las viseras, los abanicos o las minifaldas. La madre de Paci se percató de que se habían cerrado todas las sombrillas, pues las fuertes ráfagas de viento las hacía inútiles. Miró el mar y miró a Juli, quien, a su vez, la miraba a ella leyéndole (seguramente) los

pensamientos. La niña le cogió la mano de nuevo, pero, esta vez, el terror subió desde su estómago en forma de arcadas. Aurora giró la cabeza y, por el hueco que dejaba la parte posterior de las gradas, vomitó sobre la arena, ocho pisos más abajo. Los remordimientos la instaban a ir a por su hija y alejarla del infierno, pero la competición estaba a punto de comenzar.

Las cuarenta y dos windsurfistas participantes se colocaron en la línea de salida, dispuestas a darlo todo para completar el recorrido en el menor tiempo posible. Todas las niñas sabían que Maru, la de la embarcación número veintiocho, iba a ganar. Paci trató de acercarse todo lo que pudo a su ídolo para salir a su lado. Era un orgullo participar en un slalom junto a ella, y esa era motivación suficiente para disfrutar. Pero Maru la miró directamente y le inyectó una sobredosis de adrenalina comprimida en dos palabras. *Suerte, Paci*. La emoción embargó a la hija de Aurora, y un escalofrío trepó por su espalda bajo el ajustado traje de neopreno.

Aunque en esta ocasión no lo necesitaba, Maruja dedicó, por costumbre, unos instantes a escrutar los rostros de sus contrincantes. En las competiciones oficiales era una buena lectora de sensaciones, siendo capaz de intuir con gran precisión qué windsurfistas estaban mejor (psicológicamente) para competir. Ella siempre mantenía la sangre fría, su cabeza estaba perfectamente amueblada, y eso le daba un plus de tranquilidad a la hora de afrontar las carreras. Siempre había ganado. *El control mental se traduce en metros de ventaja*. En esta prueba escolar, en la que tenían que zigzaguear unas boyas hasta llegar a meta, iba bastante sobrada. Solo había dos o tres niñas con un mínimo de calidad, sobre todo una, llamada Irene, pero, salvo accidente, lucharían entre ellas por la segunda plaza del podio. No eran lo suficientemente buenas para hacerle frente. En cuanto a Paci, estaba predestinada a entrar la última. Eso siempre y cuando no se cayera, porque el viento y las olas habían alcanzado extremos preocupantes, capaces de atemorizar a las menos ágiles y a las menos técnicas. Podría ocurrir, incluso, que los jueces suspendieran la carrera.

En el recorrido visual, Maru confirmó sus sospechas. A la mayoría de niñas se les notaba que estaban excesivamente tensas, con una dosis de inseguridad que, probablemente, les pasaría factura. *Condiciones climáticas demasiado complicadas para aficionadas*. Se detuvo en Irene, cuyo rostro era incapaz de descifrar. Parecía muy concentrada, ajena al viento y las olas.

—Irene llegará detrás de mí, la segunda —apostó en un susurro.

¿Y Paci? ¿Cómo estaba Paci? Maruja, al observarla, abrió la boca en señal de incredulidad. Aquella niña medio retrasada, con graves problemas psicomotrices, no solo no tenía miedo (tal vez, precisamente, por sus

problemas), sino que parecía disfrutar el momento. Su momento. Maru sonrió, imitándola.

—Tal vez cruces la meta por delante de dos o tres niñas. Sería toda una sorpresa —murmuró.

Aurora no lo sabía. Maruja no lo sabía. Nadie lo sabía, solo su padre, que había fallecido. Paci estaba acostumbrada a navegar sobre la tabla en condiciones mucho peores, él la había enseñado. Se sentía muy segura, su seguridad la proporcionaba el arnés que la sujetaba a la botavara y las cinchas que agarraban sus zapatillas de neopreno. Paci encaró el recorrido con una amplia sonrisa, pensando en su padre.

El slalom arrancó a las siete y catorce minutos de la tarde. En unos cuatro minutos estaba prevista la llegada a meta de las primeras participantes. Enseguida se hizo patente que el factor climático extremo no había sido considerado factible en las previsiones y expectativas de la gran mayoría de windsurfistas. Para ellas, la carrera era una trampa, una perversa encerrona maquinada por el dios del viento para poner en evidencia sus miedos y sus limitadas pericias a la hora de manejar la vela. En esta tesitura, desde los primeros metros se formaron dos grupos, el primero formado por seis windsurfistas (entre ellas, las velas veintiocho y veintidós, de Maru e Irene respectivamente) y, por detrás, el resto.

Lejos de aplacarse, a medida que las concursantes avanzaban, las olas y el viento se acentuaban, y esto, poco a poco, empezó a desgastar a casi todas las niñas, quienes se fueron volviendo cada vez más prudentes y, en consecuencia, menos competitivas. A mitad de recorrido, Maruja lo tuvo claro. Solo tenía una rival, la vela veintidós, que, sorprendentemente, seguía a su lado. Pero Maru siempre aceptaba compañía hasta esa zona, le gustaba ver gente a su alrededor hasta la línea intermedia. En condiciones normales, lo sorprendente hubiera sido que nadie más siguiese su (aún) generoso ritmo, pero, con unas olas no aptas para escolares, Maru no necesitaba esforzarse, era una carrera por eliminación. Sin embargo, Irene aguantaba el viento y el mar, lo cual era digno de admiración.

Por detrás de ellas, a una distancia prudencial, había un grupo de cuatro windsurfistas que, si vinieran remontando, darían la impresión de estarse acercando peligrosamente, pero Maru sabía que se trataba de las últimas que habían quedado rezagadas del propio grupo de cabeza. Lo pensó mejor. Hasta hacía unos metros, su grupo era de cinco tablas, no de seis. Ella e Irene se habían deshecho de tres. ¿Por qué cuatro, entonces? Alguien venía remontando, y Maru no quería más sorpresas. Era el momento. *¡Adiós, Irene!*

Cuando Irene se dio cuenta, Maruja le había erosionado la moral, carcomiéndole su motivación, que, hasta entonces, creía inviolable. ¿Cómo

podía hacer algo así en tan solo unos metros? Se percató de que, definitivamente, era inalcanzable. Maru era la reina del windsurf y seguía siendo intocable.

—¡Maldita…!

Con la línea de meta muy cerca, Paci miró al frente. En teoría, según su madre, no debería tener niñas por detrás, porque estaba predestinada a ser la última. Pero le había prometido a su padre, que estaba viéndola desde el palco, más allá del sol, que llegaría entre las diez primeras. Sus limitados razonamientos eran incapaces de entender por qué muchas de sus rivales se iban rezagando, como si no se esforzasen por avanzar. Parecían unas auténticas aprendices encima de la tabla, sin ninguna destreza para encarar el viento con la vela. Paci, por su parte, sabía cómo rotarla ante las olas que la ayudaban a desplazarse, su padre era el responsable. Las adversidades (para otras) eran para Paci herramientas de trabajo. Lo mismo que la propia tabla o la vela.

Irene no soportaba la humillación. Había intentado, por lo menos, acercarse un poco a la campeona para conseguir algo de protagonismo. *Irene fue la única windsurfista que le hizo frente*. Pero con cada segundo transcurrido, Maru iba aumentando los machacantes metros entre ambas. Entraría segunda, sí, pero tan distanciada que solo hablarían de “Maru y el resto”. Miró hacia delante y vio a Maruja cruzando la meta, entre aplausos, minándole las pocas fuerzas que le quedaban. Miró hacia atrás y la vio. ¡La embarcación número dieciséis se estaba acercando!

Hacía unos instantes, cuando Paci se dio cuenta de que había dejado atrás, implacablemente, a todas las windsurfistas del gran grupo, se había convencido de que su posición final estaría por encima del noveno o décimo lugar. Del grupo delantero iban desprendiéndose piezas, y Paci iba a por ellas para engullirlas. Su padre siempre le había dicho que, en un slalom, si una tabla perdía contacto con su grupo, también perdía fuerza y motivación. Y si otra tabla se le acercaba, recogería toda esa energía y, con seguridad, la superaría. Con seguridad. Paci creía ver, entre las olas, esa energía blanca y espumosa que, magnéticamente, le llegaba de las “descargadas” windsurfistas a las que perseguía, para contagiarla y recargarla a ella. Una a una las superó, pero no le sorprendió. Sabía que iba a pasar, los preceptos de su sabio padre nunca fallaban.

—¿Qué demonios…? ¿Quién es esa? —Irene, atónita, era incapaz de comprender (y, mucho menos, de aceptar) que pudiese tener una rival en la lucha por el segundo puesto. ¡Justo faltando unos metros!

Paci venía fuerte, muy fuerte. Irene no lo podía permitir. ¿Cómo se había dejado ir? ¡No tenía que haberse obsesionado con Maru! Si se hubiese concentrado en su carrera, ahora estaría cruzando la meta en

solitario. Pero Paci venía sonriendo y manejando la vela como los ángeles, como su padre. Irene trató de apretar, entorpeciendo la trayectoria de Paci, a quien ya tenía prácticamente encima, pero esta traía un manual de recursos técnicos bajo el brazo y no le resultó muy difícil esquivarla.

—¿Quieres guerra? ¡Te voy a dar guerra psicológica! —murmuró Irene.

Desplazándose en paralelo a la misma altura, muy cerca una de la otra, Irene volvió a meter su tabla en la línea de trazado de Paci con la intención de intimidarla y obligarla a escorarse para, así, ampliarle su trayectoria y hacerle perder tiempo. Paci no se amilanó. Como pudo y asumiendo muchísimos riesgos, siguió esquivando las aproximaciones de Irene, pero no estaba asustada; no iba a separarse de ella. La experiencia le decía que la línea recta solía ser, en los metros finales, el camino más rápido. Irene la miró para calibrar el grado de tensión de su contrincante y calcular cuánto le faltaba para romper. ¡Pero aquella loca estaba sonriendo! ¡Su tabla se deslizaba tambaleándose en la cuerda floja y la muy lunática disfrutaba! ¿Cómo combatir a la ausencia de miedo?

—¡Eso es! ¡La cuerda floja, el equilibrio!

Desesperada, Irene no lo pensó mucho. Desde las gradas, Aurora no podía más, incapaz de discernir si su propia actitud (en pie, con las manos en la boca y moviendo las piernas compulsivamente mediante saltitos) se debía a la emoción por el milagroso podio o al miedo por la extrema cercanía de ambas velas. No quería mirar por los prismáticos, porque presenciar el impactante espectáculo de cerca la aterraba. Juli, a su lado, miraba, asombrada, la evolución imposible de su mejor amiga. Fue entonces cuando ocurrió. La mano derecha de Irene soltó la botavara y, a la vez, sacó su pie derecho de la cincha. Era muy arriesgado hacerlo, pero tenía que confiar en la suerte. La niña que iba a su lado estaba arriesgando hasta límites sobrehumanos. Le tocaba arriesgar a ella. *O tú o yo. No quiero el tercer puesto; el segundo o ninguno*. La mano de Irene empujó con mucho ímpetu el hombro izquierdo de Paci. Simultáneamente, el pie se apoyó en el borde de la tabla número dieciséis, presionando esta con toda el alma, justo cuando una gran ola las estaba acechando. Desde la distancia, el contacto parecería accidental. Ahora quedaba esperar unas décimas de segundo para saber si habría recompensa.

—¡Oh! —expresó Aurora en un grito ahogado.

La ventaja de Irene (y desventaja para Paci) era el elemento sorpresa; y la anticipación, porque Paci podría contar con la posibilidad de un toque fortuito, pero nunca con un empujón y un desequilibrio causado intencionadamente. Fue un acto inesperado y violento. Por primera vez en su vida, Paci se dio cuenta de que no dominaba su tabla ni su vela. El arnés

la mantenía sujeta, pero prisionera, porque se movía sin control. En los segundos siguientes al percance, sus ojos se cruzaron con la windsurfista veintidós, quien, con un rostro muy tenso, estaba logrando mantener su equilibrio, al contrario que Paci; primero la vio verticalmente y, luego, girada con ángulos cada vez más pronunciados. Después vio agua, mucha agua, y su boca, abierta para estrujarse la lengua, recibió una gran cantidad de ella, por lo que empezó a ahogarse, desesperada.

Aurora, en la grada, vivía su propia pesadilla. Juli se había levantado y le apretaba fuertemente la mano. La madre de Paci notó que su presión sanguínea estaba cayendo, pero tenía que mantenerse para socorrer a su niña.

A Paci, los ojos se le nublaron. Veía todo borroso. Después del agua salada se topó con el sol, que bajaba por el horizonte, y que terminó por cegarla del todo. Luego, con un mínimo de visión recuperada, vio a lo lejos, en la playa, las gradas donde se encontraba su madre, pero las percibía en una posición muy inclinada. Sin dejar de mirarlas, toda la estructura se volteó hacia el lado contrario. Paci tenía secuelas cerebrales de nacimiento, pero sí que era capaz de razonar que las gradas no eran las que se movían, sino su tabla. Sin recuperar el aliento suficiente para agarrarse a la vida, de nuevo vio el agua acercándose a su boca, pero cuando quiso cerrarla era demasiado tarde. Tragó mucha más que antes, y sus pulmones protestaban porque les estaban robando la posibilidad de seguir viviendo. En pocos minutos, Paci iba a morir.

—¡Tranquila, Aurora! Seguro que está bien —dijo Juli sin mucha convicción.

Irene (la rata) había entrado segunda, y la embarcación número ocho fue medalla de bronce. Mientras tanto, uno de los tres barcos de seguimiento se había detenido junto a María de la Paz y la estaba rescatando para reanimarla. Al mismo tiempo que el equipo de emergencia se encargaba de ella, Aurora, en la playa, se dirigía a la carrera hacia la posición de los comisarios. Cuando estos la vieron aparecer, uno de los jueces, el que había sido más prudente o antipático (Aurora no lo tenía claro) con ella, la atravesó con una furiosa mirada.

—¡Se lo dije, señora! ¡Usted ha puesto en riesgo la vida de su propia hija!

Aurora cayó al suelo y perdió el conocimiento.

A las siete y cincuenta minutos, la playa simultaneaba al público presente dos focos de atención. En la parte central, la imponente tarima, con su trampilla hueca, esperaba a las ansiosas niñas que, a los pies de la estructura, anhelaban ver colgadas en sus cuellos las respectivas medallas.

—Buena carrera —le dijo Maruja a Irene, la medallista de plata.

En una esquina cercana al centro neurálgico organizativo, los responsables de la carrera y algunas personas anónimas se interesaban por el estado de las ya repuestas Paci y Aurora, ambas fundidas en un abrazo. Los socorristas habían superado con nota la buena obra del día. Los comisarios no volvieron a ensañarse más con la madre de la windsurfista, todo había quedado en un buen susto y ahora no tenían sentido más reproches. Pero Aurora intuyó algo más. Un grupo de jueces, en la zona de control, cuchicheaba en secreto y, disimuladamente, sus miembros miraban hacia donde ellas estaban.

La ceremonia de entrega de medallas se puso en marcha. Para asombro de todos los que miraban el escenario, la trampilla hueca cobró protagonismo. Desde debajo de la tarima e impulsada por algún mecanismo, emergió del agujero central una pieza de tres escalones: el podio. Cuando este terminó su ascenso y se detuvo, la gente se puso a aplaudir la originalidad.

A varios metros de allí, uno de los organizadores le brindó a la inocente Paci una oportunidad para hacer justicia o, por lo menos, para sembrar dudas.

—Oye, pequeña, ¿por qué te has desequilibrado? ¿Has chocado con la otra tabla o tal vez te han empujado?

—No lo sé… No estoy muy segura, porque pasó muy rápido.

—¿De qué está hablando? —protestó Aurora. Pero el comisario se alejó de nuevo hacia la posición de control.

Junto a la tarima, Irene se mostraba cada vez más nerviosa. ¿Por qué se estaba retrasando tanto la entrega de medallas? Fijó sus ojos en las dependencias de los jueces y notó que había mucho revuelo. Reparó en la osada niña de la vela dieciséis. Era casi seguro que se habría quejado, pero Irene confiaba en que no prosperaría su supuesta rabieta producida por la pérdida de una oportunidad. Además, si la hubiese denunciado y alguien tuviese alguna duda, la contrastarían con ella, escucharían su versión.

Pero, en efecto, los comisarios no albergaban dudas. Ya no.

—Vamos, Paz —dijo el quisquilloso juez-enemigo de Aurora, tendiéndole la mano a su hija.

—¿A dónde quiere que vaya mi hija?

—Ya lo verá. Vamos.

Al llegar al pie de la tarima, fueron directos hacia Irene.

—Hemos decidido que quedas excluida de la prueba. Tu actitud antideportiva ha sido sancionada con una expulsión. Tu lugar en el podio es para la embarcación dieciséis, que estaba a punto de cruzar la meta cuando la desequilibraste.

Maru y la medallista de bronce no se lo creían. Irene empezó a hiperventilar, muy nerviosa, y su padre, que estaba cerca de ella, se dedicó a gritarle al juez formando un auténtico escándalo. El juez trató de explicarle que tenían imágenes de vídeo muy nítidas que no dejaban lugar a dudas sobre lo ocurrido, pero el padre de Irene no atendía a razones. Ante su creciente agresividad, dos señores del público lo agarraron, tratando de calmarlo para evitar males mayores. Finalmente, dos empleados de seguridad lo convencieron para que se retirase junto a su hija, quien lloraba desconsoladamente con ahogados jadeos.

Maruja trepó, entre aplausos, a lo alto del podio mecánico. Pero, en el segundo cajón, había nacido un mito, el poder de la superación, un milagro llamado María de la Paz. Aurora lloraba a la vez que pelaba sus manos con explosivos aplausos. A su lado se acercó la mejor amiga de su hija, la desapercibida Juli, quien, con su larga coleta y sus recientes gafas (cuyo responsable era un oculista que le había detectado una ligera miopía), parecía abstraída de todo aquello, con un rostro pensativo.

—¿Has visto eso, Julieta? ¿Has visto lo que mi hija ha hecho hoy? —gemía Aurora, embargada de emoción.

Pero Julieta no escuchaba. Su críptica y estructurada cabeza estaba trabajando a mil por hora, buscando el mejor palíndromo que eternizase aquel momento. Ella era muy buena para construir palíndromos, porque la había enseñado toda una experta: su canguro Ale, la chupadora de la piedra caliza, quien murió a manos del "asesino del rap".

Cuando el palíndromo estuvo listo, abrió su pequeña mochila, sacó un cuaderno y lo anotó.

Palíndromo (de Julieta):

Oído, Paci nace, Maru trepa a la apertura mecánica podio

¡Eh! Con esa mimase noche

Eran algo más de las diez de la noche cuando aparecieron los créditos. La película de la tele había resultado más entretenida de lo que había supuesto, tanto que no se había dado cuenta de lo tarde que se había hecho. ¿Por qué Ivana no la había llamado aún? La tarde anterior, a última hora, la viuda de Ricky Roque había recibido un telegrama de Sevilla. Susana no lo había visto, pero, según le había contado su mujer, lo remitía un antiguo compañero de universidad. Al parecer, Marcelo, el profesor de Arte con quien la exrapera había mantenido una relación en el pasado, había muerto de un infarto e iba a ser enterrado en la tarde del domingo.

Se levantó del cómodo sillón, bostezando, y comprobó su teléfono móvil por si acaso ella le hubiese enviado algún mensaje. A veces, si no estaba muy cerca del aparato, Susana no lograba escuchar la tenue melodía que anunciaba la entrada de nuevos mensajes de texto.

—¡Qué raro!

Al salir de casa, de madrugada, le había dicho que, seguramente, tendría un día ajetreado, porque apenas tendría tiempo para registrarse en el hotel si pretendía llegar al tanatorio antes de la incineración. Quedó en llamarla desde el hotel, a última hora del día, pero ya eran más de las once en Sevilla.

Susana hizo otro intento (igual que por la tarde) de llamar al móvil de su amada, pero este le insistía en que estaba apagado o fuera de cobertura. Posiblemente se había quedado sin batería, y el cargador se lo había dejado en casa. Muy nerviosa, Susana se dedicó a pellizcarse el atractivo lunar gris que aspiraba a pasar desapercibido en el lado izquierdo de su cara, protegido por el numeroso acné. ¿Cuánto tiempo llevaba ese lunar allí? Había ido creciendo sutilmente, y ella tenía la indeseable tentación de jugar con él, compulsivamente, de forma inconsciente. Una manera como otra cualquiera de combatir la ansiedad.

—¡Debería ir a un dermatólogo! ¡Cada vez está más feo!

Sin pensárselo más, Susana accedió a internet y buscó la web del hotel donde Ivana iba a pasar la noche. Allí encontró de nuevo el número de teléfono, igual que el día anterior, y llamó.

—Buenas noches. Quería que me pasara con la habitación de la señora Ivana Suárez.

—Un momento, por favor.

Mientras esperaba, los dedos de Susana tamborileaban contra el teléfono, ansiosa por escuchar a su amor. Estirando el cable, alargó su cuerpo hacia el sillón hasta alcanzar el mando de la tele para bajar el volumen y poder oír mejor. Pero había algo que no le cuadraba. No había sonidos al otro lado, ni siquiera la señal de llamada a la habitación de Ivana. Al cabo de unos instantes, la voz del telefonista la sobresaltó.

—Disculpe por la tardanza, señora. Verá… Resulta que no hay ninguna Ivana Suárez registrada en este hotel.

—¿Cómo? Tiene que tratarse de un error, yo misma hice ayer la reserva por teléfono.

—En efecto, se hizo una reserva a su nombre, pero aún no se ha registrado. Hasta el momento, claro. Puede que aparezca por el hotel de un momento a otro.

—¿Podría dejarle un recado en caso de que vaya al hotel?

—Por supuesto, señora.

—Dígale que Susana estará esperando su llamada a cualquier hora.

No podía creerlo. Ivana era una persona muy independiente y despreocupada, pero estaba tan enamorada que era incapaz de estar más de ocho horas sin Susana. Aunque fuese por pasión o por ansiedad, la tendría que haber llamado ya. Desesperada, decidió que poco más podía hacer hasta el día siguiente, salvo rezar para que la llamase. Cuando lo hiciera pensaba mostrarle su enfado. ¿Cómo era posible que su novia, su mujer, fuese capaz de generarle esta angustia? No, no tenía sentido, no concordaba con sus costumbres. Algo iba mal, desde luego.

Al mirarse en el espejo del baño, comprobó que el lunar gris de su cara se había convertido en una especie de grano, inflamado de tanto manosearlo y pellizcarlo. Pero, como todo tic nervioso, era algo que no podía controlar ni evitar.

—¡Joder! ¡Solo me faltaba un cáncer de piel en estos jodidos momentos!

Palíndromo:

A ti ve ese lunar gris a edad avivada; de asir, granúlese, evita

S.O.S., el LUNES aprobasen o pone sabor, pasen ULL esos

El alba, háblale

Faltaba muy poco para salir el sol. A su lado, Rafael dormía plácidamente, sonriendo, tal vez soñando con la novedosa práctica sexual que ella, Ana, le había concedido hacía un par de horas. Tanto Rafael como Ana eran conscientes de que su relación iba a ser muy breve, quizá de un par de meses como máximo. Ni estaban enamorados ni había ningún feeling especial entre ellos, solo sexo que se mantenía gracias a que, a ambos, les gustaba innovar.

Ana "la zorra" Pérez no había dormido prácticamente nada, a pesar del agotamiento de su cuerpo. La causa estaba en su cabeza, que seguía enchufada aún, y no había parado de batir en toda la noche los ingredientes de los últimos acontecimientos. Lo había intentado una y otra vez, pero, a punto de amanecer, decidió descartar la posibilidad de terminar de licuar sus problemas y beberse el correspondiente batido de somníferos.

Por la noche, hacía pocas horas, su vuelo procedente de Madrid había llegado con bastante retraso, y eso la había exasperado. Al llegar a casa se encontró con una llamada urgente de Eva en el contestador. Al parecer se había producido una proeza deportiva en el ámbito escolar, algo relacionado con una minusvalía, según creyó entender. Aún sin cambiarse ni deshacer la maleta, lo primero que hizo fue llamar a la reportera para recabar toda la información, porque, si la noticia merecía la pena, tenía que impedir que la competencia se adelantase. Zorra Pérez no aceptaba nunca llegar la segunda, aunque, paradójicamente, la proeza que le relató Eva era, precisamente, la consecución de un segundo puesto.

Alrededor de las diez de la noche, Eva ya había contactado con la madre de Paci para entrevistar a la niña por la mañana, en la emisora de radio, mientras que Ana había telefoneado a sus contactos en Madrid. Aunque su salida del programa de televisión (de ámbito nacional) había sido por la puerta de atrás, conservaba importantes hilos de lealtad informativa con los principales periódicos y emisoras (de radio y televisión) del país. Así que Ana detalló el logro de Paci, añadiendo unos excesivos toques de dramatismo para "vender" la información, toques que, realmente, no eran tan excesivos, pues la regata había sido épica, aunque ella no lo sabía. Llamó a todos, excepto a la cadena en la que había trabajado y que la había despedido.

En la cama, Zorra Pérez se incorporó para mirar el reloj digital de su mesilla de noche, que pronto entonaría el siseo para invitarlos a salir de la

habitación. En pocos minutos podría hacerse con cualquier periódico nacional y leer la noticia filtrada por ella. *“Una regatista canaria de once años, con serias deficiencias físicas y psíquicas, vence al mar, al viento, a la presión de los jueces y a sus implacables rivales”*. Los periódicos citarían como fuente a “La Emisora Escrita”, y don Urbano se correría de gusto. Además, parte de su entrevista, la que iba a hacerle a María de la Paz Hernández Guillén en unas horas, se reproduciría ese mismo día en los programas deportivos nocturnos nacionales.

Ana “la zorra” Pérez miró a Rafael y sonrió. En la basura de la cocina se estaría descomponiendo el ramo de flores que él le había traído por la noche, cuando llegó, sobre las once. A esas horas y tras un agotador viaje, Ana no estaba dispuesta a perder el tiempo llenando una jarra de agua para depositar aquellas inoportunas flores. Consideraba que, para una periodista, un ramo de rosas era, quizá, el artículo más inútil y menos práctico del mundo. Ella no era una débil ama de casa sentimentaloide a la que su macho tenía que halagar con detalles para conservarla. *Estúpido Rafael*. Así que las flores acabaron en la basura. Para compensar el desprecio, Ana le prometió que esa noche, cuando el placer se asomase a la cama, se sentiría plenamente saciado.

Palíndromo:

Ramos a la amiga, lleno con ella, gima al asomar

**

Se sentó en una banqueta, en la misma cocina, para tomarse la tisana. En toda la noche Susana no había logrado pegar ojo, porque, a medida que pasaban las horas y su teléfono no sonaba, la angustia se hacía más afilada. Tenía que controlar los nervios, sí, pero sabía que ni siquiera el agua de hierbas la ayudaría.

—¿Dónde demonios te has metido, Ivana?

En una de las repisas, sobre el extractor, descansaba una foto de ambas, tomada en Sudáfrica. Se acordó del día en que regresaron del continente negro con la intención de quedarse a vivir en Canarias, casi seguras, aunque asumiendo cierto riesgo, de que no tendrían problemas con la justicia. Sobre todo su chica. El peligro era doble, pues, a la “extirpación” del pito de Jorge Nara, se le sumaba el hecho de “apropiarse” del dinero de su difunto marido, dinero procedente de la venta de unos cuadros robados y depositado en un paraíso fiscal. Pero eso, creían, nadie lo sabía, salvo un par de personas de confianza en Sudáfrica.

De niñas, ambas habían sido víctimas de los abusos del “tío Jorge”, y el hecho de estar ahora juntas, lejos de ayudarlas a olvidar, las condenaba a recordar y revivir continuamente sus respectivos calvarios. Pero eso ya lo sabían ambas, antes de dar el paso, y lo habían asumido. En la balanza, el amor pesaba mucho más. Jorge podía darse por satisfecho, porque, con una excepción, ninguna de ellas lo había delatado. A cambio, él no había denunciado a la calva exrapera que lo había castrado.

La excepción, la única persona que se enteró de sus abusos (a Ivana solamente) fue Marcelo Girard, alias Trapus, aunque Susana sospechaba que el entonces subinspector no llegó a creérselo del todo. Para Marcelo Girard, Ivana era una excéntrica, y bien podría haberse inventado una violación para desprestigiar al racista inspector Nara, quien no había cesado de acosar a su amigo PepeTom.

Los ojos de Susana protestaron, deseando cerrarse. Dirigió la mirada hacia la taza, desde donde subía un envolvente sopor en forma de humo y aroma, y luego, de nuevo, hacia la foto. Cuando regresaron de África, tuvo que enfrentarse a un conflicto familiar que creyó poder controlar en todo momento, pero que, si no manejaba con inteligencia y, sobre todo, con sangre fría, se le iría de las manos. Su madre, Sandra, no era capaz de afrontar y aceptar una relación homosexual. En otras personas sí, pero no en su hija (*la doble moral*). Precisamente ella, que se había follado a Ivana. ¿Estaría celosa? Eugenio, su padre, en cambio, no tuvo dificultad alguna para asumir y normalizar el cambio de tendencia de su pequeña. Justo al revés de lo que Susana temía. Fueron suficientes dos o tres conversaciones con Sandra para darse cuenta de que su punto de vista estaba altamente contaminado por la influencia de su hermano, el indeseable Jorge Nara. *Te han lavado el cerebro, mamá, y tú no te das cuenta*.

Tendría que hablar de nuevo con su tío para amenazarlo. Bastante daño había hecho ya, no solo a ella, sino también a su propia hermana, Sandra, a quien le había tendido una trampa para que tuviese sexo con Ivana. Por lo retorcido que era, Susana sabía cuál era su jugada, su plan, su entretenimiento. Su intención consistía, primero, en que Sandra le reprochase a su hija la condición homosexual. Segundo, Susana se descontrolaría, estallaría y le echaría en cara a Sandra su polvo con Ivana. *¿Me vas a dar lecciones de condición sexual, mamá? ¿Tú, que te has follado a mi mujer?* En tercer lugar, cuando Sandra descubriese que su vergonzoso secreto era conocido por su hija, culparía a Ivana de haber roto el silencio. A partir de aquí, la relación familiar entre las partes sería irreconciliable. Pero Susana no iba a caer en la trampa de Jorge. Esta vez no.

Embriagada por el olor y envenenada por el dolor, se bebió la tisana de un solo trago.

Palíndromo:

Amo tisana, Susana sí toma

Se encontraban de pie junto a un enorme panel informativo que se encargaba de indicar a cada joven, según su apellido y la prueba que iba a realizar, a cuál de las aulas de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales tenía que dirigirse para enfrentarse a la PAU. Ellos, Elena y Bruno, se habían quedado de piedra porque les había tocado en un aula que no estaba prevista. Sí que contaban con estar juntos, porque sus respectivos apellidos estaban (alfabéticamente) muy cerca. El aula en cuestión se destinaba habitualmente a clases de informática y la habían tenido que adecuar a última hora, tal vez porque los exámenes universitarios de la Facultad exigían compartir el espacio con las pruebas de acceso.

—¡Joder, Bruno! ¿Y ahora qué hacemos? El aula no tiene ojo de buey; cuando salgas no vas a poder espiar para saber cómo estoy. Además, seguro que la vigilancia es más fácil para los cuidadores. ¡Es una puta ratonera!

—No son ojos de buey, Elena. Los visores son rectangulares.

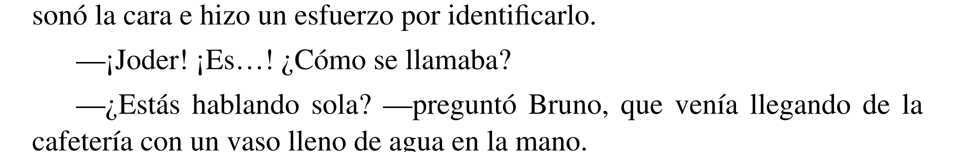
—Entonces… ¿no podremos copiarnos?

—Espera un momento.

Bruno se fue y la dejó sola, con sus miedos. Era la que más tenía que perder, porque él era un monstruo para las matemáticas y para la química. Además, se defendía muy bien con el resto de asignaturas. ¿Y ella? Decidió que no tenía mucho sentido ponerse nerviosa. Si suspendía, siempre habría una segunda oportunidad en septiembre. Al fin y al cabo, “Elena la comerrabos” no tenía prisa. Disfrutaba de un buen trabajo, la prueba de PAU era solo una cuestión de orgullo.

El recinto inferior del edificio era un auténtico hervidero de humanidad. Allí se podía diferenciar, con solo fijarse un poco, entre los alumnos que venían a hacer la prueba y los estudiantes universitarios, ya que estos últimos se movían con mucha destreza y decisión en dirección a su cotidiano punto de destino. Los de la PAU, en cambio, se movían torpemente en un ambiente que no era el suyo, leyendo todos los rótulos y siguiendo todas las flechas orientativas para lograr alcanzar su aula en medio del laberinto.

Por uno de los pasillos se acercaban dos mujeres entradas en años, muy bien vestidas y muy maquilladas, acompañadas por un hombre maduro de aspecto agradable, con barba, quien portaba un enorme maletín. A Elena le



sonó la cara e hizo un esfuerzo por identificarlo.

—¡Joder! ¡Es…! ¿Cómo se llamaba?

—¿Estás hablando sola? —preguntó Bruno, que venía llegando de la cafetería con un vaso lleno de agua en la mano.

—¿Conoces a ese?

—¿A Rafael Carrión? Sí, claro, es el coordinador de la PAU. Hace dos años estuvo en mi instituto y me dio clase, aunque no creo que se acuerde de mí.

—Pues es cliente mío —afirmó “la comerrabos”.

—¡No jodas! Pero… ¡Coño, te está comiendo con la mirada el muy cerdo!

—¿Ah, sí? ¡Ahora verá!

Con todo el descaro del mundo, Elena hizo gala de una falta de pudor que sorprendió a Bruno. Miró directamente a Rafael y, con las miradas enfrentadas, le guiñó el ojo derecho a la vez que sonreía. Sobre la marcha, sin darle tiempo a reaccionar (o sea, a retirar su punto de mira), se humedeció los labios con un escandaloso lengüetazo lascivo. Las dos profesoras que acompañaban a Rafael se percataron del gesto y dieron un respingo, al mismo tiempo que el profesor se ruborizó y forzó toda su cabeza en otra dirección.

—¿Estás loca? —se quejó Bruno—. ¿Quieres suspender o qué?

—En todo caso, aprobar.

—¡Estás como una puta cabra!

—¿A dónde vas con ese vaso de agua, Bruno?

—Al examen, por si me da sed —dijo él, apoyado en el panel informativo, con el vaso en la mano y la mochila a la espalda.

—¿Un vaso? ¿Por qué no compraste una botella? ¡Es ridículo cargar con un vaso!

—Es que, en los exámenes, solo bebo agua con gas, y no tenían botellas.

—¿Con gas? —se sorprendió Elena.

—Tiene más sabor. Para aprobar hay que poner sabor en los exámenes, Elena.

—Bruno… ¿Tienes algún plan para copiarnos? ¿Podremos improvisar algo?

—¡A saber! Venga, vámonos ya, que son las nueve.

Palíndromo:

Rebasan al panel, ese vaso es agua para PAU, gaseosa, ¿ves, Elena? ¿Plan? ¡A saber!

**

Desde las ocho de la mañana Susana se había puesto las pilas, pero, hasta el momento, no había obtenido ningún resultado. Bueno, sí, había comprobado, llamando de nuevo al hotel, que Ivana, finalmente, no se había registrado en él. Así que hizo sucesivos intentos a su móvil, por si acaso lo hubiese encendido o recargado (en el caso de que fuese un problema de batería). Se había dejado el cargador en Tenerife, pero quizá podría haberse hecho con otro en Sevilla.

—¿Dónde ibas a conseguir un cargador… un domingo? —se lamentó.

También decidió intentar localizarla llamando a otros hoteles. Tal vez, por alguna razón (quizá por cercanía al tanatorio), había cambiado de opinión. O puede que recordara algún hotel magnífico en el que estaría más cómoda. Ivana conocía muy bien Sevilla, había estudiado allí. Incluso podría ser que hubiese contactado con alguna amistad del pasado y esta la invitase a quedarse en su casa. Pero, de ser así, ¿por qué no había llamado? Tras haber telefoneado a la mitad de hoteles de Sevilla, decidió abandonar esa absurda vía. Por la noche había creído que, por la mañana, vería las cosas con más claridad, pero, tras hacerse de día, se seguía viendo atada de pies y manos.

Cuando asumió que la ansiedad la estaba empujando por un sendero de irracionalidad, decidió que era hora de recobrar algo de lucidez. Tenía que relajarse y pensar para dar pasos más firmes y, sobre todo, productivos.

—¿Policía? ¿Hospitales?

No, no tenía que pensar en negativo.

—Si a Ivana le hubiese sucedido algo, me habrían avisado.

Pero Susana se dio cuenta de que no era cierto. Ella no era su mujer, no estaban casadas ni se habían registrado (aún) como pareja de hecho. Tampoco podrían comunicarse con sus familiares, porque todos estaban muertos: su marido, sus padres y su hermana. “El asesino del rap”, el hijoputa Raúl, se había encargado, directa e indirectamente, de todos ellos. Ivana podría estar agonizando en un centro hospitalario, y ni los servicios sanitarios ni la policía sabrían a quién acudir.

Tras valorar otras posibles opciones de actuación, decidió esperar unos minutos antes de telefonear a los infiernos.

—Piensa en positivo hasta que agotes las reservas —se dijo, en un susurro.

Entró en la cocina para prepararse un café y, cuando lo estaba degustando, comprobó, satisfecha, que la cafeína le estaba proporcionando el efecto que buscaba. La lucidez. Se dirigió a su ordenador y, tras encenderlo, se dedicó a rastrear la noticia del fallecimiento de Marcelo, el profesor de Arte. El principal problema era que no sabía su apellido, aunque no creía que ese dato fuese decisivo para localizarlo y, de paso, acceder al número de teléfono del tanatorio que se había hecho cargo de sus restos. Pero ni siquiera en la prensa digital local había mención alguna a la muerte de Marcelo.

—Ya sé lo que haré. Buscaré todos los tanatorios de Sevilla, llamaré y preguntaré por Marcelo —dijo, contenta, porque la cafeína le agilizaba cada vez más las neuronas.

Susana se dio cuenta de que, para llamar a los diferentes servicios fúnebres, debería proporcionarles, por lo menos, el nombre completo de Marcelo. En ese momento, la acción de la cafeína alcanzó la cumbre, el lugar desde el que Susana podía otear, con toda la claridad capaz de permitirse, el panorama para hallar una salida. Primero se le ocurrió buscar el apellido de Marcelo en la web de la Universidad de Sevilla, pero, al procesar lo que iba a hacer, su mente se despejó del todo.

—¡A tomar por culo los tanatorios!

La manera más rápida y directa de acceder a cualquier información sobre Marcelo se la tendrían que proporcionar sus compañeros de trabajo. Además, lo único que podría certificarle el tanatorio sería la ceremonia de incineración, pero nunca le darían la información precisa que ella buscaba, o sea, saber si había estado por allí una mujer calva llamada Ivana. Y, aunque se lo dijesen, tampoco averiguaría el paradero actual de su mujer.

Esperanzada, abrió la web de la Facultad de Bellas Artes para pillar el teléfono. Ante el extenso directorio telefónico que tenía en pantalla, optó por afinar y filtrar la búsqueda, centrándola en el departamento de "Escultura e Historia de las Artes Plásticas", al que sabía que pertenecía el profesor fallecido. Para no perder tiempo, ni siquiera se molestó en buscar a Marcelo, sino que se limitó a marcar, con su móvil, el número de Secretaría.

—Departamento de Escultura e Historia de las Artes Plásticas. ¿Qué desea?

—Buenos días. Verá, sé que sonará raro, pero quería contactar con alguien que haya estado ayer en el funeral del profesor, porque tengo que localizar urgentemente a una persona que ha acudido desde Canarias y no sé cómo ponerme en…

—Disculpe, pero tal vez haya marcado un número equivocado. ¿De qué funeral habla?

—Del profesor Marcelo. Lo siento, pero desconozco su apellido. La persona a la que quiero localizar fue alumna de la Facultad. Se llama Ivana Suárez y colaboró con el prof…

—Señora, el único profesor que responde a ese nombre es el doctor Marcelo Cejudo, y le aseguro que hace menos de diez minutos ha pasado por aquí, por la Secretaría del Departamento, para recoger un paquete de tizas de colores. Así que, salvo que le haya dado un patatús en el aula donde acaba de comenzar su clase, le puedo asegurar que está vivo. Y si ya no lo está, el funeral sería, en todo caso, mañana —contestó con sorna.

—¿Quiere decir… que no ha muerto? ¡Pero…!

—Dígame una cosa, señora. ¿Es esto una broma macabra?

—Perdone, me… han engañado. La broma me la han gastado a mí.

Se quedó en estado de shock, incapaz de encontrar una explicación racional a lo que estaba ocurriendo. Si Marcelo estaba vivo, como indicaban todas las evidencias, ¿por qué Ivana había recibido un telegrama de Sevilla? En medio de la confusión se le iban ocurriendo otras preguntas intrigantes que, hasta ahora, no se había hecho. En primer lugar, ¿por qué un telegrama, en vez de un mail? ¿Todavía quedaba gente que utilizaba esas vías tan arcaicas? El remitente podría ser un anciano que no conocía internet o que, como mínimo, no sabía manejar un ordenador.

Pero la cuestión más inquietante no era esa. Susana se estremeció al caer en la cuenta de un detalle que se le había pasado por alto. Fuera quien fuese el remitente (cosa que Ivana no le había aclarado), ¿cómo era posible que conociese la dirección de Ivana si apenas llevaban unas semanas viviendo en Tenerife? ¿Tenía su mujer contactos habituales con alguien de su pasado, en Sevilla? Consideró la posibilidad de acudir a la policía y contarles todas sus inquietudes, pero no confiaba en que le hicieran demasiado caso; por lo menos, no declararían a Ivana como desaparecida hasta que transcurriesen más horas.

—¿Qué está pasando? ¿La han engañado o…? ¡Dios mío!

Susana se enfrentó a otra posibilidad, quizá más probable. ¿Para qué iba alguien a engañar a su mujer? No tenía mucho sentido. Pero, quizá… ¡Quizá la engañada fuese la propia Susana! Al fin y al cabo, ella no había leído el telegrama, ni siquiera lo había visto, no podía estar segura de su existencia. Pero ¿por qué?

Muy alterada, salió al balcón que comunicaba su dormitorio con el mundo, porque allí dentro se estaba ahogando. ¿Sería Ivana capaz de abandonarla sin darle una explicación? Su personalidad indicaba que no, pero, si amaba a Susana tanto como decía, podría ser que quisiera dejar la relación y no tuviese el valor suficiente para encarar las lacerantes heridas

que acribillarían a ambas. Seguramente la llamaría por teléfono, de un momento a otro, incapaz de soportar un enfrentamiento cara a cara.

—Si es así, ¿por qué no te has ido, sin más? ¿Para qué adornar la huida con un telegrama? —decía Susana, hablando sola.

Buscando respuestas a su última pregunta encontró una explicación probable, aunque un poco rebuscada. Ivana le habría dejado una pista para que ella se diera cuenta del motivo por el que la abandonaba. En ese caso, tal vez no recibiría una llamada suya, porque todo estaría dicho. El mensaje de la exrapera estaba claro. *Me voy con Marcelo*. De todas las relaciones de su pasado, la más intensa y gratificante, la que incluía algo de sentimientos además del sexo, era la mantenida con el profesor. Más intensa, incluso, que la de Ricky Roque, su marido, la primera víctima del "asesino del rap".

Los celos la comían por dentro. Según Ivana, llevaba toda la vida enamorada de ella, nunca se había sentido así con nadie. Pero todo era una mentira. Marcelo la había dejado por otra alumna a la que le dirigía su tesis doctoral, y, aunque Ivana no lo reconociese, le habría afectado mucho. Seguramente estaría muy enamorada del profesor. Ahora, él la habría llamado para concederle un hueco en su vida, de nuevo, e Ivana lo había dejado todo por una segunda oportunidad junto a él. Pero no había tenido arrestos para confesárselo a su mujer.

—¡Hija de puta! —exclamó, fagocitando su guion como si de un hecho contrastado se tratase.

Susana había creído, hasta ahora, que Marcelo era una viruta, un fragmento de material residual que ya había sido cepillado y extraído de la vida de Ivana. Pero no; por lo visto era su rival en la lucha por la conquista del corazón de la exrapera.

Palíndromo:

A tu rival, la viruta

**

Las tres esperaban en una acogedora sala de reuniones, anexa a la cabina de emisión, hasta que entró Ana Pérez sonriendo. Paci estaba muy nerviosa, a la espera de la primera entrevista de su vida. No era la primera vez que se sentía protagonista, a eso estaba acostumbrada, pero, ahora, su papel no tenía que ver con sus limitaciones. Realmente sí, pero en sentido positivo. Por fin no se iban a compadecer de ella, la iban a felicitar.

Julieta estaba sentada a su lado, muy tranquila, transmitiéndole un vaho de calma que Paci no lograba interiorizar del todo. Aurora, la madre, era

quien había pedido a Julieta que las acompañara, confiando en su contrastada capacidad para templar los nervios, las bruscas gesticulaciones y las inoportunas expresiones verbales de su pequeña. Las tres, al unísono, se giraron para observar a la joven mujer que entraba con mucha decisión.

A Aurora le encantaba Ana Pérez, sobre todo por el sello de liderazgo que había estampado en televisión, con un pegamento muy difícil de revertir por mucho que la cadena en la que había trabajado siguiese intentando sustituirlo (su liderazgo). Las vertiginosas cotas de audiencia que Ana regaló a sus jefes habían sido recompensadas con un despido. Y eso, los telespectadores (entre ellos, Aurora) no lo perdonaban.

Al entrar en la sala, Ana Pérez hizo un ligero stop en su acaparador dominio escénico, mostrando una brevísima expresión de confusión en su rostro. La ágil mente de Julieta interpretó, en la misma fracción de segundo, el motivo por el que aquella mujer (quien, por su ímpetu, debía ser alguien importante en la emisora) titubeaba. "La Emisora Escrita" esperaba a dos personas: la niña con disfraz de heroína y su proteccionista mamá. Pero Zorra se recompuso enseguida.

—Buenos días a las tres. Quiero agradecerles, en nombre de la emisora, que hayáis aceptado la invitación. Para nosotros es todo un honor poder contar con la protagonista para narrar a nuestra audiencia una gesta deportiva de este calado. Veamos… ¿Cuál de estas dos guapísimas señoritas es María de la Paz?

—¡Ella! —se adelantó Aurora, casi en simultáneo a la confirmación (alzando la mano) por parte de su hija—. El honor es nuestro, yo siempre he sido una admiradora de su trabajo. Y la cadena de televisión para la que usted trabajaba… ¡Ya verá cómo terminará por desaparecer!

—¡Ja, ja, ja! ¡No diga eso, señora! Las empresas son las dueñas de su dinero, y nosotros, los trabajadores, hemos de respetar sus decisiones aunque nos duela. ¿Quién es esta niña con cara de buena estudiante? ¿Una amiga tuya? —preguntó Ana, mirando a Julieta y luego a Paci.

—Me llamo Julieta.

—Es Juli, mi amiga —expresó Paci con alegría y orgullo.

—¿Dónde está Bruno? —preguntó Julieta, mirando hacia la puerta, ansiosa.

—¿Bruno? ¿Conoces a ese reportero desquiciado? —se interesó Ana Pérez.

—Sí, él me entrevistó hace unos meses.

—¡No me digas que también practicas deportes de vela!

—No, fue por… otro asunto. ¿Has oído hablar del "asesino del rap"? Estuve a punto de ser una de sus víctimas.

Desde que había pisado la emisora, Julieta hacía grandes esfuerzos para controlar su ansiedad, porque ese control era una terapia necesaria para Paci. Su amiga tenía que percibir algo de tranquilidad para nivelar sus propios nervios (y su madre, también). Pero desde que se abrió la puerta y no fue Bruno quien se asomó, se sentía cada vez más excitada. Hacía pocos meses, Julieta se había sentido la protagonista; no por la entrevista en sí, sino por el simpático entrevistador. Había congeniado con Bruno desde el principio, era como el príncipe de un cuento: atractivo, seductor, complaciente y, sobre todo, muy inteligente. Julieta podía afirmar que Bruno era su alma gemela, salvo por la diferencia de edad. Además, después de la entrevista, mientras esperaba a que sus padres viniesen a recogerla, Bruno la había llevado a merendar a un burguer cercano a la emisora, y, para su deleite, Julieta descubrió que le encantaban (como a ella) los retos y toda clase de pasatiempos.

La cara de Ana era todo un poema, incrédula.

—¿Quieres decir que…? ¿Tú eres la niña que casi muere asfixiada, a la que se le daban bien las cábalas? ¿La niña a la que Ale cuidaba? —preguntó la periodista, atónita.

Al oír las palabras y percibir la confusión de Ana, Julieta se dio cuenta, gracias a sus dotes deductivas, de que la periodista no solo conocía muy bien la historia del "asesino del rap". Había algo más, así que lanzó la pregunta.

—¿Conocías a Ale?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Porque, por mucho que conozcas el caso del "asesino del rap", sabrías quién era Alejandra Suárez, y así la nombrarías, pero tú la has llamado Ale.

—¡Eres muy perspicaz! —reconoció Zorra Pérez, asombrada—. Ahora entiendo por qué has sido decisiva en la resolución del caso. Respondiendo a tu pregunta, Ale y yo estudiamos juntas. Fuimos amigas, más o menos, pero antes de que la mataran tuvimos un par de encontronazos, precisamente por culpa de mi profesión. De alguna manera, yo también investigué aquellos crímenes.

Aurora no dejaba de mirar, ensimismada, a la que fuera su ídolo televisivo. Recordaba perfectamente aquel programa en que Ana había desenmascarado al asesino, quien, por lo visto, odiaba a las mujeres. Le sonaba algo el nombre de Alejandra, apostaría a que había sido la desgraciada novia del sádico maltratador. Hasta ahí llegaban sus recuerdos, su información. Aurora, igual que un gran número de telespectadores, nunca se enteró de que, finalmente, Ana se había equivocado, pues el individuo detenido y acusado (meses después) no era el mismo al que el

programa había humillado. Nadie se acordaba de su nombre, podría ser Isaac, podría ser Raúl… Todos hablaban del "asesino del rap", la prensa se había encargado de ello.

—¿Qué tienes tú que ver en esa historia, Juli? —preguntó Aurora, asombrada.

—Ya te lo contaré, Aurora. Creía que mis padres se habían encargado de pregonarlo a todos sus conocidos, pero me alegro de que no sea así. Quiero olvidar esa pesadilla cuanto antes.

—Como te iba diciendo —continuó Ana—, yo no estaba aún en esta emisora. Trabajaba en un programa de televisión nocturno que investigaba este tipo de sucesos. Y…, bueno, el caso es que nos equivocamos. Nuestra línea de actuación se centró en uno de los principales sospechosos según la policía. Él era…

—¿Hablas de Isaac, el que era novio de Ale?

Sí, ese. Resulta que Ale se lo tomó muy mal, sobre todo porque nos conocíamos y yo no contrasté mis datos con ella. Ahora, con el paso del tiempo, la entiendo, pero tampoco podía decirle que sospechábamos de su novio y que lo íbamos a sacar en la tele. Se hubiera enfadado igual.

—Debiste hablar con Ale. Era muy inteligente, y te habría convencido de lo equivocada que estabas.

—Tú también eres muy lista, pequeña —concedió Ana—. Fuiste tú quien descubrió al asesino.

—Eso no es cierto. Pregúntaselo a Bruno, él conoce al detalle todo lo ocurrido. Fue Ale la que descubrió a Raúl. Lo único que hice yo fue interpretar lo que ella dejó escrito. ¿Qué pasó después entre Ale y tú?

—Verás, Juli, Ale no me perdonó. Tú la conocías muy bien, ella era tu canguro, así que podrás imaginar…

—Se vengó de ti, ¿es eso?

—Así es. Pero si ella no lo te lo contó, yo tampoco voy a detallarte cómo me humilló, eso me lo guardo. El caso es que quedamos empatadas.

Durante unos segundos, las dos se quedaron en silencio, encajando la conversación y recordando a Alejandra Suárez, la última víctima directa de Raúl. Paci no entendía nada de lo que habían dicho, pero estaba más tranquila tras averiguar que Juli ya había pasado por la experiencia de ser entrevistada en aquella emisora. Recordó que, en una ocasión, su amiga le había nombrado a Bruno. *Tengo un amigo muy guapo que trabaja en la radio*. ¿Sería él quien le hiciese las preguntas? Hasta ahora, todas las preguntas se las habían hecho a Juli.

—¿Bruno es el que me va a entrevistar? —formuló, deseosa por conocer a ese chico tan atractivo.

—No, pequeña. Lo haremos entre Eva y yo. La presencia de Eva se debe a que es la que se encarga habitualmente de las noticias deportivas —dijo Ana con cierta soberbia, queriendo justificar por qué una estrella necesitaba la presencia de una "subalterna"—. Además, Bruno no está trabajando hoy porque se está examinando de las pruebas de acceso a la universidad.

—Espero que le salga todo bien —dijo Julieta.

—Yo también. Bruno es un gran estudiante y, si su afán por trepar a cualquier precio no lo traiciona, podrá seguir mi camino hasta convertirse en un gran periodista independiente. Siempre le estoy dando consejos, pero aún es muy joven y demasiado impulsivo.

—¿Le gusta trepar? —se interesó Julieta.

—¿Sabes lo que significa "trepar"? Mira, un periodista que le haga la pelota al jefe termina por convertirse en su instrumento transmisor, o sea, en una prolongación de las ideas del jefe. Pero la credibilidad del periodista ante la audiencia, y sé de lo que hablo, solo se gana si eres independiente, incluso de tus jefes. ¡Aunque te cueste tu puesto de trabajo!

Julieta estaba asombrada por la vehemencia con la que Ana Pérez desnudaba su pedantería y su arrogancia. Estaba claro que aquella joven periodista había subido muy alto y, después, se había dado un fortísimo golpe, al caer en picado, porque se negaba a aceptar su posición actual. Seguramente había sido una gran estrella, sí, pero alguien había sustituido su potente luz por una emisión de bajo consumo, cuyo brillo es mucho más limitado y, sobre todo, relativo. Tal vez, sin darse cuenta, se estaba rebajando a competir con un joven reportero que aún no había empezado la carrera.

—¡Podéis entrar ya! —gritó Eva desde la puerta.

Al observarla, Julieta la recordó, porque estaba en la emisora aquel día, cuando ella era la invitada. En aquella ocasión, en pleno invierno, Eva llevaba un pantalón de chándal muy grueso (buen aislante del frío extremo), una gorra de punto que le cubría hasta las orejas, y, paradójicamente, un top que le dejaba el ombligo al descubierto. Ahora, más de lo mismo, por lo que Julieta, poniendo a funcionar su maquinaria neuronal, era incapaz de deducir a qué se debía la estrafalaria vestimenta. Una vez, podría llevarla por cualquier motivo, incluso por accidente, pero dos veces eran suficientes para deducir que esa indumentaria era la rutina de Eva. En esta ocasión, a punto de encarar el verano, con una temperatura de "ni frío ni calor" en el estudio, vestía una minifalda (sin medias) y un forradísimo abrigo polar, impropio de la época. Dado que Eva tendría que estar más a gusto (por sentido común) si hubiese repartido la ropa que llevaba, por igual, a lo largo de su cuerpo, a Julieta solo se le ocurrieron

dos explicaciones plausibles: o estaba loca o le chiflaba llamar la atención. O las dos cosas, todo era posible. Lo que Julieta no sabía era que la redactora de deportes estaba obsesionada. Era una maniática del equilibrio, solo que tenía un concepto de equilibrio muy especial. Su ecuación era muy simple. "Ropa de verano" más "ropa de invierno" igual a "equilibrio térmico". Otro curioso ejemplo de su modo de entender la vida consistía en que, siendo cristiana practicante, fornicaba todos los sábados con diferentes personas y se confesaba todos los domingos, y así mantenía la paz espiritual el resto de la semana. También equilibraba su salud a nivel preventivo, pues, normalmente, alternaba entre dos restaurantes que había cerca de la emisora, de forma que un día iba al burguer, al día siguiente a un vegetariano, al siguiente al burguer (de nuevo)… y así durante todo el mes. Estaba convencida de que la comida basura se neutralizaba en su organismo con la ingesta, a contrapunto, de verduras a la plancha o cocidas.

A la cabina de "La Emisora Escrita" accedieron Paci, Ana y Eva. Aurora y Julieta permanecieron en la misma sala donde estaban, desde la cual podían escuchar la entrevista. A Aurora le prometieron darle una grabación de la misma, al final. Julieta quedó asombrada por la impresionante narración que hizo Ana de la regata, como presentación, antes de dar la palabra a Paci. La periodista hizo gala de una indiscutible capacidad para el relato y el dramatismo. Oyendo sus palabras, Aurora parecía más nerviosa, incluso, que la tarde anterior en la playa. Sus ojos estaban a punto de llorar, como si, realmente, Irene estuviese empujando de nuevo a su hija. También a Julieta le parecía que Paci estaba en peligro, más en la narración que en la realidad. Si muchos periódicos nacionales, esa misma mañana, ya habían recogido la proeza de Paci, Zorra Pérez la estaba elevando a las alturas, convirtiendo a la niña en heroína nacional.

Julieta se alegró de que no se hubiesen cebado con Irene, a quien solo mencionaron (sin dar su nombre) de pasada, con mucho tacto, porque Irene, al fin y al cabo, era el contrapeso que, como un ancla, se había hundido y encallado para favorecer el ascenso de Paci. En la entrevista, como no podía ser de otro modo, Ana llevaba la voz cantante, aunque, eso sí, apoyándose con mucha profesionalidad en Eva a la hora de detallar todos los aspectos deportivos del windsurf. Ana era la líder, pero, aparte de dejar intervenir libremente a Eva, se iba despojando paulatinamente de su protagonismo a la vez que se lo incrustaba a Paci.

La niña se sintió, desde el principio, arropada y tranquila, porque escuchaba su historia y se daba cuenta de que había vivido un cuento fantástico. Su experiencia de la tarde anterior estaba a la altura de los relatos que, hasta hacía pocos meses, le contaban sus padres, por turnos, antes de quedarse dormida. Al morir su padre, los cuentos se acabaron.

La profesionalidad de Ana Pérez también quedó reflejada en su forma

de hablar con Paci, sobre todo por su paciencia infinita, que alargaba hasta lograr comprender y "traducir" para la audiencia todas y cada una de las respuestas más incoherentes o incomprensibles (por sus limitaciones) de la niña.

Julieta no tenía dudas. Paci había calado en la audiencia. En el colegio (de eso estaba segura) la mirarían de otra forma, la respetarían más. Zorra Pérez no hurgó en las relaciones de Paci con sus compañeras, aunque sí hizo una mención a los estudios con una frase que captó la atención de Julieta.

—Espero que también pongas los codos en los estudios.

—¿A qué viene eso? —murmuró Julieta, ante la curiosa mirada de Aurora.

Ana Pérez, después de hablar con la heroína, siguió empalagando a sus oyentes con detalles que daban más peso a la hazaña.

—Tuvieron que rescatarla, porque casi se ahoga. A pesar de su minusvalía, a pesar de la comprensible falta de confianza por parte de su madre, con todas las papeletas para entrar en último lugar, quedó en segundo puesto. ¡Y eso que los comisarios, los muy cutres, no querían dejarla participar! Decían que su madre era una irresponsable. Al final, Maruja, la campeona, le aplaudió entre lágrimas desde lo alto de su trono. En fin, señoras y señores, sabemos que nos escuchan muchos amantes y profesionales de los deportes náuticos. Para todos ellos, para Tenerife, para Paci, hemos reservado una sorpresa final. Tenemos al teléfono al señor Ibáñez, uno de los responsables de la gestión de presupuestos deportivos del Gobierno de España. Buenos días, señor Ibáñez.

En la intervención del señor Ibáñez, él mismo y Eva explicaron a la audiencia, de la manera más resumida y didáctica que pudieron, cómo se gestionaba en España el denominado "Presupuesto Rescatado del Fútbol". Se trataba de un dinero público que antaño formaba parte de los fondos gubernamentales destinados a la Real Federación Española de Fútbol (RFEF), pero que, con el tiempo, tras un acuerdo entre los principales partidos políticos para que no todo fuese a parar al fútbol (con el fin de apoyar y fomentar deportes minoritarios), se había recortado de las ayudas a la RFEF. La filosofía de ese fondo consistía en destinarlo a aquellos deportes menores que, por algún motivo de índole social, lograsen alcanzar una repercusión mediática palpable. Si, durante un año, no se produjesen gestas deportivas con la suficiente fuerza para tener derecho a ese fondo, el mismo retornaría a la RFEF. De hecho, se rumoreaba que la RFEF, gracias a su poder y a su influencia en los medios de comunicación, había sido capaz, hasta ahora, de poner freno a una posible salida de sus arcas de ese dinero; nunca antes se había destinado a otro deporte.

Un motivo de índole social. La proeza de una niña minusválida de once años era el motivo social perfecto. El señor Ibáñez, en directo, se comprometió a dedicar una buena parte del “Presupuesto Rescatado del Fútbol” a los deportes náuticos de Tenerife. La artífice de todo había sido Ana, gracias a sus contactos, gracias a la ayuda de la prensa nacional a la hora de divulgar la noticia. Paci se había colgado una medalla, pero ella también. La chacal volvía a escalar un peldaño hacia el estrellato. Solo las estrellas eran capaces de canalizar la propagación de un haz de luz como aquel: Irene empuja a una niña minusválida, esta queda segunda, va a la radio… y la gran Ana consigue retar y vencer a la RFEF, sacando petróleo.

Palíndromo:

Asir Paz, ahoga por poco, Tenerife freno pone RFEF, Irene tocó, propagó haz aprisa

Mediodía ido, ídem

Acababa de almorzar en la taberna de mala muerte que repelía desde el bajo del edificio donde tenía su agencia de detective privado. Para él, aquel antro de dudosa reputación era el responsable directo de su falta de clientela. *¿Quién va a acudir a un detective, en un cuarto piso sin ascensor, si, además, mientras subes las escaleras, te vas a impregnar la ropa de un mugriento y aceitoso olor?* Marcelo Girard, alias Trapus, había aguantado estoicamente el indigesto consumo de comida grasosa y recalentada, servida sobre una pequeña mesa de madera adornada con un mantel de cuadros rojiblancos, y siendo amenizado por un coro de borrachos que no dejaban de beber vino aguado en la barra. A su lado, en la mesa contigua, dos prostitutas se habían llevado al almuerzo una detallada conversación sobre cómo les había ido la jornada laboral matinal.

Nada más entrar en la oficina, Trapus se dejó caer sobre el sofá que había adquirido, de segunda mano, para su siesta diaria. Esta vez, los cincuenta y seis escalones le habían sentado tan mal como la comida, y tuvo que contenerse para no levantarse a vomitar. Pero al recordar la desagradable conversación de las prostitutas (que adornaban con expresivos gestos de sexo explícito), se levantó como un resorte. Mientras corría hacia el baño, la imagen de la cincuentona recreando una felación se desplazó desde su mente hasta la propia garganta, haciendo que las primeras explosiones de vómito fuesen arrojadas por fuera de la taza.

Una vez repuesto, Trapus se convenció de que dormir una siesta iba a ser tarea imposible.

—Tengo que cambiar mi alimentación.

Se sentó frente a la desordenada mesa de trabajo, repleta de periódicos e informes personales, y rebuscó hasta dar con las últimas pruebas médicas. Hacía cuatro meses que llevaba la mochila llena de médicos. Ya estaba harto de analíticas, peticiones, resultados, recetarios…, pero ahora estaba justo en un punto de inflexión, dominado por el pánico. La gastroscopia que le habían practicado hacía diez días lo había desgastado anímicamente. El miedo había sido doble; por un lado estaba su irracional pavor a la sedación (*¡Primera prueba superada!*), y, por otro, la consecuente biopsia, a cuyos resultados tenía que esperar en una implacable cuenta atrás. Él firmaría una úlcera, como mal menor. Girard escudriñó la última analítica.

—¡Joder! ¡Sí, tengo que cambiar mi alimentación!

Estaba seguro de que sus hábitos alimenticios eran los responsables de

su deterioro, pero la mecha que había precipitado a este no tenía que ver con la comida. Era el trabajo, el injusto y contradictorio trabajo. Tras resolver con éxito el caso de los raperos asesinados y ser felicitado por todos, fue cuestión de un par de semanas. La mañana en que el comisario lo citó en su despacho se puso el traje de los domingos, seguro de que le iba a comunicar su ascenso. ¡Qué bien sonaba! *Soy el inspector Marcelo Girard*. Jamás se le pasó por la cabeza que iban a invitarlo a dejar el Cuerpo Nacional de Policía.

El subinspector Girard había apostado muy fuerte oponiéndose a Jorge Nara, pero había ganado la batalla. El inspector había cometido tantos excesos en la investigación, debido a sus instintos racistas, que había cavado su propia tumba. A Nara lo habían investigado, lo habían puteado, había sido suspendido de empleo y sueldo. Girard nunca relató a sus superiores lo que le había hecho a Ivana, porque era indemostrable y no quería hacer más leña del árbol caído. *Error. Cuando acorrales a tu adversario, remátalo*.

El interrogatorio que le hizo el comisario parecía absurdo. *¿Por qué no denunció usted a Nara cuando se dio cuenta de que seguía una línea de investigación intencionadamente desviada? Si llega usted a actuar, se podrían haber evitado algunas muertes*. Trapus sabía que, de haber denunciado al inspector, nadie lo habría creído, y Jorge se lo habría hecho pagar.

A Trapus no lo despidieron, solo le advirtieron. Desde que el comisario empezó a hablar, fue consciente de que había algo más: el *Lyaksandra*. El subinspector, aquellos días, estaba totalmente obsesionado con las actividades ilícitas del carguero ucraniano que había transportado el fugu. Pero la FWIB, la ONG que protegía al barco, podía hacer desaparecer a Trapus de un plumazo. Sin mencionarlo directamente, el comisario hizo alusión al *Lyaksandra*. *Debe usted centrarse en su trabajo y no meter las narices en asuntos que no le hayan sido asignados*.

El comisario se guardó para el final la noticia que supuso el término de la carrera profesional de Marcelo Girard. *Seguirá usted trabajando bajo las órdenes del inspector Nara*. ¡Lo habían readmitido! ¿Por qué? Trapus era policía, así que pensó como un policía. Y lo dedujo. A Nara le habían cercenado el pene, pero nadie sabía quién había sido (aunque Trapus sospechaba de una exrapera calva y de lenguaje vulgar). Se imaginaba a Jorge, negociando y pactando con el comisario. *O me readmiten, o diré que esto ha sido un accidente laboral. Pediré una indemnización y criticaré al Cuerpo por no apoyar a sus policías*. A favor de Nara contaba el hecho de que José Tomás Ropy había retirado la denuncia contra él tras la detención de Raúl.

—¡Mierda! —se quejó, recordando su mala suerte.

No, no lo habían despedido. Lo habían invitado a marcharse, su relación con el capado Jorge Nara era irreversible. El inspector acabaría con él si se quedaba. Trapus se fue y nadie lo retuvo, nadie trató de convencerlo para que se lo pensara mejor. El inspector era un rival demasiado peligroso, Trapus solo le había ganado la batalla del rap, pero su partida global contra Nara se había liado más de la cuenta, y solo el abandono le permitiría salir ileso de la misma.

Palíndromo:

Su partido se lió, ileso di, Trapus

Atardecer, apareced, rata

Como almuerzo, había ingerido un par de melocotones y un puñado de cereales. No se había separado más de tres metros del teléfono fijo, salvo para ir a la cocina (a por la fruta y los corn-flakes) o al baño. El móvil lo llevaba cosido a su mano. Habían transcurrido demasiadas horas sin saber nada de Ivana, lo que daba peso a la teoría pesimista que había construido. ¿Por qué sería tan negativa? Susana se imaginaba a sí misma llevando un buitre colgando de una cadena, como amuleto. No podía seguir así, era consciente de que tenía que acudir a la policía. O eso, o enfrentarse directamente al infierno, lo que suponía localizar y telefonear a Marcelo para arrancarle la verdad (y, de paso, los ojos). ¿Y si estaba equivocada?

—Contaré hasta cien y, si no suena, llamaré a la policía.

Tenía que despejarse un poco para clarificar sus ideas, porque, en su estado, olvidaría mencionar detalles importantes, o se atropellaría hablando, y la tomarían por una loca. Decidió lavarse la cara, pero no le resultó útil. *El agua te lava por fuera, Susanita, pero no traspasa hasta lograr limpiarte el cerebro*. Con el listín en la mano, descolgó el teléfono y empezó a marcar el número de la Policía Nacional. Antes de pulsar los últimos dígitos se terminó de convencer. Aún no estaba preparada, sus reflejos la estaban amenazando.

—¡Joder! ¡Casi llamo a los jodidos maderos!

La intención inicial de Susana era contactar con la Guardia Civil para evitar la más que probable intromisión de su tío. Ella tenía una llave para frenarlo, claro, pero tampoco estaba dispuesta a tener otro encuentro desagradable con el "tío-pederasta Jorge". Cogió las llaves de su casa, se calzó unas zapatillas deportivas y salió a la calle para tomarse un café en la terraza exterior de un bar cercano. Su intención era regresar recargada por la acción del chute doble de aire y cafeína.

Cuando Susana volvió de la cafetería y entró en el edificio, algo más animada, miró hacia su buzón y, por rutina, introdujo la llave de apertura. Desde que estaban viviendo de nuevo en Tenerife no habían recibido más cartas que las estrictamente publicitarias, pero, esta vez, encontró un sobre sellado, y ella era la destinataria. Le dio la vuelta, pero no había remitente en el reverso. Entró en casa y, sin soltar la carta, buscó el número de la Guardia Civil. Mientras sonaban los tonos de llamada, Susana rasgó el sobre que tenía en la mano y extrajo la hoja que había en su interior.

—Cuartel de la Guardia Civil. ¿Qué desea?

La atención y la concentración de Susana saltaron del sentido auditivo al sentido de la vista. ¿Qué estaba leyendo? ¿Era posible o se trataba de un mal sueño? Su cara se descompuso, y su estómago vacío rugió cuando recibió una réplica del latigazo de adrenalina.

—¿Oiga? ¿Qué desea?

Ella no escuchaba, solo leía, una y otra vez, incrédula.

—Habla usted con la Guardia Civil. Le advierto que si se trata de una broma, nosotros…

—No… ¡Lo siento! Le pido disculpas, creo que he marcado un número equivocado.

Necesitaba estar sentada para releer el mensaje y no perder el conocimiento, porque se le estaba bajando el azúcar, la tensión, el ánimo y la fuerza para encarar la amenaza. ¡La rata había aparecido en su buzón!

Tengo en mi poder a la perra de Ivana, pero no debes preocuparte excesivamente, ya que se trata de un juego. Los seis palíndromos, que puedes leer bajo estas líneas, constituyen el criptograma con el que te estoy retando. Casi todos ellos son, simplemente, pruebas de mi poder premonitorio al que acabarás rindiéndote. Pero también contienen las pistas para encontrarla a ella, e incluso, si tienes la habilidad mental suficiente, para encontrarme a mí. Sí, ya sé que arriesgo, pero a todo jugador le excita arriesgar algo, confrontar su inteligencia con la de otras personas.

Seis palíndromos, seis días. Es lo justo. En tus manos (y, sobre todo, en tu cabeza) está salvar la vida de tu querida mujer. Mi intención es descuartizarla el sábado, a las cuatro en punto de la tarde, y así lo haré si no lo evitas. Por eso te he dicho que no debes preocuparte demasiado, sino confiar en tu inteligencia para salvarle la vida. Por favor, trata de disfrutar con esto, igual que yo. Ya sé que he iniciado una partida sin consultarte si querías jugar conmigo, puede que sea una falta de cortesía por mi parte, pero ya verás lo apasionantes que son los retos intelectuales. Y aunque no te gusten, hazlo por ella, por lo menos. No permitas que muera tan joven, no se lo merece.

Si crees que he sido muy explosivo e impactante en la presentación, te voy a dar una agradable noticia que te va a calmar y a hacerte feliz. El juego tiene un par de reglas que implican que tú vas a contar con una increíble ventaja: ¡EL COMODÍN DE LA AYUDA! ¿No confiabas en tu corto intelecto para enfrentarte a una misión de este calibre? Te lo dije al principio, esto no deja de ser un juego, y te permito consultar con expertos. Aquí va el criptograma y las reglas del juego.

1) A Don Urbano, tetona BrUNO da

2) Así pone coDOS o doce no pisa
3) A casa, cuTRES, o coser tu casaca
4) AdeCÚA TROno, honor tau ceda
5) Oral a ese calabaCÍN COrrígele, elegir roc, ni cábala cese al aro
6) A ti reparan, aviSEIS oreja pajero, si es Ivana raperita

Objetivo del juego.

1) SUPERACIÓN: La jugadora Susana Mesa Serafín debe, en un plazo de seis días contabilizados a partir del día del secuestro, averiguar el paradero de su mujer y liberarla. El premio para la jugadora, si supera la prueba, será una segunda oportunidad junto a Ivana Suárez. Si no la supera, habrá un "game over" de consolación, un nuevo criptograma para recuperar los restos mortales de la ejecutada.

2) BONUS: Si la jugadora destaca por sus habilidades, hasta el punto de superar al diseñador del juego, podría llegar, incluso, a desenmascarar y capturar a este.

Reglas del juego.

1) Susana Mesa Serafín podrá contar con la ayuda de expertos en este tipo de planteamientos: el detective Marcelo Girard y el equipo investigador de "La Emisora Escrita", famoso por su brillantez en el caso del "emir cojo".

2) No puede participar ninguno de los Cuerpos de Seguridad del Estado. Se confía en que todas las partes implicadas respeten esta regla, ya que Girard y los reporteros son, por su profesión, enemigos naturales (rivales) de la policía, y, por su parte, Susana Mesa no cometería la torpeza de acelerar la muerte de Ivana Suárez.

Por último, quería que supieras que, para mí, es un honor poder contar con tu presencia en esta apasionante aventura. Tenía muchas ganas de que estuviésemos juntos de nuevo.

El asesino del rap.

Temblando de miedo, no se creía capaz de ponerse en pie, porque los músculos de las piernas los sentía atrofiados. Pero era consciente de que tenía que moverse aprisa. ¡Ya! El tiempo corría en su contra, el reloj de arena estaba, de nuevo, volteando la felicidad conquistada para depositarla en el abismo. Igual que con Raúl; lo que construyó, se derrumbó. Se repetía la misma pesadilla vivida con el secuestro y asesinato de Ale. Ahora, más de lo mismo, el palindrómico reloj de arena uniría a las dos hermanas si Susana no era capaz de detenerlo. Se le antojaba misión imposible, porque el estrangulamiento o cuello de paso de los granos de arena era demasiado ancho, y esta caía a borbotones.

Nada más establecerse en la isla, Susana se había puesto al día sobre la vergonzosa readmisión de su tío y el injusto destino del subinspector Girard. Esa información le tenía que permitir, ahora, ahorrar un tiempo que podría ser decisivo para la suerte de Ivana. Se levantó como pudo y se hizo con las páginas amarillas. Con torpes movimientos logró acceder al corto listado de detectives privados que se anunciaban en Tenerife. Tuvo suerte, Trapus era uno de ellos. Cogió el teléfono y, ansiosa, marcó su número.

—Detective Marcelo Girard. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Monsieur Girard? Soy Susana Mesa Serafín.

—¡Señora Mesa! ¡Me reconforta oír su voz! ¿Cómo se encuentra?

—Necesito su ayuda, Marcelo. Es un asunto urgente. ¿Podemos vernos ahora?

—¿Ahora? Es muy tarde. ¿De qué se trata?

—Han secuestrado a Ivana. ¡Han vuelto a actuar, igual que con Ale!

—¿Han vuelto…? ¿Quiénes? ¿Secuestro? ¿Qué está diciendo, señora?

—Me han enviado una carta. Dicen que Ivana…

—Escuche, mañana a primera hora estaré en su casa y me lo cuenta todo.

—¿Mañana? Dicen que me conceden seis días de plazo, pero lo cierto es que mañana solo me quedarán cuatro.

—Deme su dirección. Voy para allá.

*

Trapus tardó menos de diez minutos en llegar al domicilio de Ivana y Susana. Tras un brevísimo saludo de cortesía, leyó la carta que le tendió la alterada mujer.

—¿Qué le parece, Marcelo?

—Pues… ¿Puedo quedarme la carta hasta mañana?

—Sí, claro. Si lo prefiere haré una fotocopia.

—De acuerdo, es lo más seguro. Deje que la estudie con calma, ahora no vamos a sacar nada en claro. A primera hora nos reuniremos aquí, si le parece.

—No hay problema —contestó ella.

—Bien, yo me encargo de llamar esta noche a esos reporteros populistas, ¿se dice así?

—Pues… ¿Amarillistas, quizá?

—Creo que es lo mismo. No me fío mucho de esa gente, solo buscan llamar la atención, pero pueden sernos útiles. Suelen contar con un sexto sentido que otros no tienen.

—¿Ni siquiera la policía? —provocó Susana.

—La policía se basa en minuciosidad, en evidencias y en trabajo. Mucho trabajo. Por eso es más efectiva. Los reporteros de investigación trabajan con corazonadas, y suelen ser menos meticulosos a la hora de contrastar. Eso sí, cuando aciertan, ellos mismos se encargan de exagerar sus logros para santificarse ante la opinión pública. Se presentan como los superhéroes de turno que velan para corregir la ineptitud policial. Bueno, mañana hablamos. ¿Estará usted bien a solas esta noche? No sé, si quiere puede venirse a mi casa.

—No se preocupe, aunque se lo agradezco —mintió Susana, a quien no le hacía ninguna gracia el ofrecimiento de Girard—. Al principio, cuando leí la carta, fui víctima de un ataque de pánico, pero ahora estoy un poco más tranquila al compartirla con usted. Pero lo más que me asusta es la firma final. Yo… Usted… ¿qué cree?

—No está usted sola, Susana, no lo olvide. Puede telefonearme a cualquier hora si se siente angustiada —dijo Trapus, a la vez que le tendía una tarjeta de visita—. Aquí tiene todos mis números.

—No me ha respondido.

—Mañana hablaremos. Déjeme estudiar bien el contenido.

Palíndromo:

Oí, ver, prometan a Susana temor previo

¡Eh! Con esa mimase noche

—Entonces… ¿te salieron bien las pruebas? —se interesó Bruno mientras subían en el ascensor.

—Digamos que mejor de lo que pensaba. La parte de matemáticas estaba muy fácil, aunque sé que cometí varios fallos. ¿Es aquí? —preguntó, al detenerse el ascensor en el séptimo piso.

—Sí, vamos.

—¿Pagará él o tú?

—Te he dicho que es mi regalo para agasajarlo. Teóricamente yo, pero recuerda que ya he pagado dándote clases particulares.

—Lo sé, lo sé, era para ver si picabas. Pero te advierto que si el viejo me paga o me da una buena propina, no pienso rechazarla.

—Vale. Puede que lo haga para que vuelvas, es un viejo verde. Pero tú no le pidas dinero, tiene que saber que es un regalo. Ahora escóndete.

Bruno llamó al timbre y, al cabo de varios segundos, escuchó una voz que refunfuñaba a través de la puerta. Don Urbano abrió, con cara de pocos amigos, enfundado en un batín de noche como única prenda. Al ver a Bruno se sorprendió.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Ha pasado algo en el trabajo?

—Lo siento, jefe, ¿lo he despertado? —preguntó Bruno, mirando su reloj.

—Sí, hoy me había acostado más temprano que de costumbre —se disculpó, intentando esconder sus rutinas habituales, propias de los ancianos—. ¿Qué ocurre?

—Necesitaba que me hicieran un favor y, como estaba en un bar que hay cerca de aquí, me acordé de usted. Al fin y al cabo, me debe una por mi trabajo en el caso del “emir cojo”, usted mismo lo dijo.

—¿Un favor?

—Sí. Es que… me he encontrado con una antigua compañera de clase, que está muy buena, y… El caso es que vive muy lejos, en el sur, y, para evitar que se fuera temprano, me comprometí a alojarla esta noche en mi piso. Ella aceptó, y los dos tenemos un calentón terrible —susurró.

—¿Qué pretendes? ¿Que os deje follar aquí porque no podéis esperar hasta llegar a tu piso?

—¡Ssssh! ¡Baje la voz!

—¿Está ahí fuera?

—Sí, en el rellano. El problema que tengo no es ese. Se trata de mi novia. Me ha telefoneado y me está esperando en mi casa. Se suponía que hoy pasaría la noche en casa de sus padres.

—No sabía que tuvieras novia, Bruno.

—El favor que le pido es que deje a Elena dormir con usted —mintió, porque el favor se lo estaba haciendo él.

—¿Aquí? Yo… Tengo un cuarto de invitados… ¡Está bien!

—Ya le he dicho que está muy caliente, jefe. ¡Tal vez no tenga usted que deshacer otra cama! Deje que ella decida, es muy lanzada. ¡Espere!

Mientras el corazón de don Urbano bombeaba su propia incertidumbre, Bruno se alejó hacia el hueco de la escalera. Cuando don Urbano lo volvió a ver, acompañado de aquella tetona con voluntarios gestos y miradas de zorra, la incontenible baba se le cayó con mayor aceleración que la propia gravedad.

—Le presento a Elena.

Palíndromo:

Sí, a don Urbano, tetona; Bruno, dais

Ni fase tramada cada MARTES afín

El alba, háblale

El feísimo chucho de Ari, acostumbrado a dormir a los pies de la cama, se había desplazado hacia donde él estaba y se entretuvo dándole ruidosos lametones en la cara, enjugándola de pringosa y apestosa saliva. Isaac se despertó, sobresaltado, y emitió un alarido gutural que, a su vez, hizo incorporar a Ari como un resorte.

—¡Joder, *Guaycas*! —exclamó ella, dándole un manotazo y tirándolo al suelo.

Guaycas se caracterizaba por su desagradable aspecto, con un cuerpo alargado (casi salchicha) y perfectamente cilíndrico, una cabeza enorme, desproporcionada respecto al resto, y unas patas de longitud intermedia que no llegaban a combinar con la cabeza ni con el tronco. Su nariz era extraordinariamente afilada, y su mirada excesivamente triste o conformista. Lo que peor llevaba Isaac, cuando dormía en la casa de su novia, era el hecho de que *Guaycas* se había encariñado con él, y no era la primera noche que comprobaba su gran capacidad salival.

—¿De dónde ha salido ese perro, Ari?

—No lo sé, me lo encontré en la calle hace unos meses. Me dio tanta pena que me lo quedé.

—¡Podrías haber buscado otro que no fuese tan feo!

—Pero ¿qué dices? *Guaycas* es muy cariñoso.

—Sí, pero feo.

—¿Qué hora es? Hoy tengo que madrugar.

—¿Para qué, Ari? ¿Tienes que trabajar muy temprano?

—Es por el cartel para el concurso de cocina. He de terminarlo hoy. Las fiestas del pueblo están a punto de comenzar. ¡Coño! ¡Qué pinta de bruto tienes! —exclamó la rotulista.

—¿Bruto? ¿De qué hablas? —respondió Isaac, todavía agobiado y agitado por el brusco despertar que le había regalado *Guaycas*.

—Tienes cara de loco, con los ojos fuera de órbita. Y el pelo… ¡está alborotado! ¡Eres más feo que*Guaycas*! ¡Ja, ja, ja…!

La novia de Isaac se incorporó y se sentó sobre la almohada. Luego, con ambas manos, se entretuvo alisándole el pelo y relajando su tensión, hasta que él se quedó dormido.

Palíndromo:

Ari mecerá pelo turbado, mala moda, bruto le parece, mira

Atada ve una nueva data

Trapus se había citado previamente con ellos en una cafetería; por eso llegaron a la vez. Al abrir la puerta, Susana se sintió invadida por una romería de desconocidos que portaban el carnet de allanadores de morada. A la mujer la conocía de la tele, e incluso se la habían presentado en un concierto de *Ajos y Soja*, aquel que había utilizado Ale (con la colaboración de su hermana) para humillarla. Paradójicamente, ahora era una aliada para encontrar a Ivana.

La procesión constaba de cuatro personas, aunque, al entrar, le habían parecido muchas más. Dos caras conocidas, Trapus y Ana Pérez, y dos desconocidas, que le presentaron como don Urbano y Bruno. El primero era un señor mayor, rondando los sesenta, y tenía toda la pinta de ser únicamente el capitalista de “La Emisora Escrita”, porque no podía imaginarlo ejerciendo de periodista, con su pantalón de tergal y su almidonada guayabera sudamericana, de cuyo bolsillo sobresalía un carísimo habano.

Bruno era muy joven, casi un chiquillo, y eso la sorprendió. Se enfrentaban a un caso muy serio, un secuestro, y requería buenos profesionales para que la ayudaran. Bruno sonreía continuamente, e incluso bromeaba cada vez que le ponían en bandeja una oportunidad para ello. *Esto no es cosa de críos*. Pero Susana recordó lo decisiva que fue Julieta en el caso del “asesino del rap”, y decidió que había que concederle el beneficio de la duda al muchacho.

Don Urbano parecía ausente, despreocupado del asunto que les había llevado hasta allí. Tenía la cabeza en otros menesteres. *Vaya una panda de ayudantes: un niño, un enfermo de Alzheimer y una enemiga de Ivana*. El dueño de “La Emisora Escrita” se quedó de pie mientras los demás se acomodaban en los mullidos sillones del salón de Susana.

—Bien, yo me voy ya —dijo el viejo. Susana se sorprendió, pero creía que era lo mejor, dado su perfil aparente.

—¿Se va usted, don Urbano? —preguntó Trapus, levantándose, por cortesía.

—Sí, Bruno y Ana son los mejores reporteros, las estrellas de la emisora. Yo he venido a acompañarlos y a tener una impresión visual del entorno para saber a qué nos enfrentamos. Si me quedo sería un estorbo. Mis chicos son los genios —reconoció, señalándolos con el dedo.

Susana decidió que estaba chocheando. Había ido para exhibirse, para demostrar quién era el jefe. Pero no podía sacar ninguna impresión visual, como había dicho, sin siquiera leer la carta. Ante la sorpresa de la propia Susana y de Trapus, don Urbano elevó ligeramente el muslo derecho, tirando de toda la pierna hacia arriba, y, sin ningún pudor, dejó escapar una ruidosa ventosidad que embriagó el salón con un intenso aroma de lentejas descompuestas. Ana y Bruno, acostumbrados a los inexistentes parámetros sociales del jefe, ni se inmutaron.

—Adiós, chicos. Quiero un informe en mi despacho cada día.

—Pero si usted nunca va por su despacho —murmuró Bruno ante la envenenada mirada de Zorra Pérez.

Una vez se hubo ido el viejo, Trapus desplegó la copia de la carta y se la tendió a los reporteros. Él se puso junto a Susana, que tenía el original en la mano, para que todos ellos pudiesen analizarla.

—Bien, ¿qué tenemos? —se preguntó Trapus en alto—. Según observé anoche, en el sobre, se trata de una carta matasellada el jueves en Guadarrama. Supongo, señora Mesa, que no ha tirado usted el sobre. Me olvidé de advertírselo.

—No, lo tengo en mi habitación.

—Vale, pues, si no le importa, luego me lo da para llevármelo por si acaso aporte alguna pista más.

Susana se fijó en la expresión de Bruno a medida que leía. Su alegría inicial fue sustituida por estupefacción, al principio. Pero después su cara se descompuso, y él se quedó boquiabierto. *Ya lo decía yo, esto no es un juego para niños sensibles.*

Trapus esperó pacientemente a que los reporteros terminaran de leer la carta. Ana fue la primera en hablar, pero a Bruno se le notaba cada vez más nervioso y sudaba copiosamente. Su mano, que sostenía la carta, temblaba. Ni Susana ni Trapus se habían centrado en la lectura de los palíndromos, solo los habían visto de pasada, así que no se explicaban la actitud del joven. Pero Ana sí que se había dado cuenta.

—¿Qué significa esto? —preguntó, mirando a los otros tres por turnos. ¿Es una broma? ¡Hoy no es mi cumpleaños, señora Mesa! ¿Qué quieren? ¿Tomarme el pelo?

—¿De qué está usted hablando? —interrogó Trapus, indignado, ante la atónita mirada de Susana.

—Yo… no sé nada de esto, Ana, te lo juro. Será cosa del viejo, o… ¡Es imposible, joder! —dijo Bruno.

—¿Alguien puede explicar qué ocurre? —preguntó Susana, justo cuando Trapus se dio cuenta.

—Es el primer palíndromo, señora Mesa.

—¿Podría llamarme usted Susana, detective? Me pone muy nerviosa que se dirija a mí por el apellido.

—Lo haré si usted me llama Marcelo —respondió con una sonrisa, orgulloso por la concesión del tuteo.

Susana leyó el palíndromo en cuestión y se llevó la mano izquierda a la boca. *A don Urbano, tetona Bruno da*.

—¡No puede ser! ¡Se trata de una casualidad! Solo son dos nombres.

—No es tan difícil de comprender, así que no permitamos que el secuestrador nos confunda con estas trampas para niños —aportó Trapus —. En la carta pide la colaboración de "La Emisora Escrita", es lógico que conozca sus nombres, y solo pretende sorprender.

Ana Pérez pareció convencerse con la explicación de Trapus, pero Bruno seguía temblando, hasta que se decidió a hablar con la voz quebrada.

—Hay algo más.

Los tres lo miraron.

—Anoche… ¡Sí, joder, anoche! ¿Cuándo se recibió la carta? ¿Por la tarde?

—Es igual, la han enviado el jueves desde Guadarrama. Es un municipio de Madrid —aclaró Trapus.

—Anoche estuve en casa de don Urbano. Y…

—¡Sigue! —exigió Ana.

—Le llevé a una amiga. ¡Y tiene unas tetas enormes! Fue como un regalo.

—Así se deduce del palíndromo, como un regalo de Bruno a don Urbano —interpretó Susana, aterrada.

Se quedaron paralizados, mirándose y releyendo la carta. Ana era la que parecía menos impactada.

—Sigo pensando que esto es una broma de vosotros tres. Y ahora más que nunca.

—¿Una broma? —dijo Susana, a punto de llorar—. Estamos perdiendo el tiempo, Ivana está en peligro.

—Tiene razón, señora Mes… Perdón, Susana. El secuestrador quiere jugar, y nos ha puesto trampas para que nos entretengamos con ellas. Pero así no avanzaremos.

—¿De verdad le has llevado una puta al jefe, Bruno? ¡No me lo puedo creer! Eso se llama competencia desleal. ¡Quieres ser su niño mimado! Si quieres competir conmigo, cómpralo con argumentos laborales, no con

favores sexuales.

—¡Señores, por favor! —se quejó Trapus.

Susana se levantó y se metió en la cocina, convencida de que aquello era una pérdida de tiempo. ¿Por qué habían llamado a dos reporteros que parecían odiarse? Pero, claro, el juego tenía reglas, y el diseñador lo exigía. Además, si no estuviesen allí, no habrían podido descifrar el primer palíndromo. Aunque, eso sí, este tenía toda la pinta de ser una maniobra de despiste. Aun así, ¿cómo podía saber eso el secuestrador? Decidió regresar al salón para exponer a todos su preocupación.

—En la carta dice que tiene capacidad premonitoria, y que yo quedaría rendida a la evidencia.

—Eso es lo que quiere que parezca. Siempre hay una explicación —dijo el recompuesto Bruno.

—¿Cuál? ¡Como no sea que esto es cosa tuya! —picó Ana.

—No lo sé, Ana, pero vamos a averiguarlo. Te doy mi palabra. Por si alguien tiene alguna duda de mi relato, podéis preguntárselo a don Urbano, y también a la chica. Se llama Elena.

—Supongo que habrá que investigar a esa chica —dijo Susana.

—¿A ella? ¿Por qué? —preguntó Trapus—. Antes de continuar, quiero que las cosas queden claras. Vosotros dos ¿estáis dispuestos a seguir adelante hasta el final?

—Ahora más que nunca. Me dejaré la vida para descifrar ese palíndromo, porque me implica a mí y no tengo respuesta para él.

Trapus y Susana miraron a Ana Pérez, esperando su respuesta de confirmación.

—Esto es decisión de don Urbano, no de Bruno ni mía. Es la emisora la que se ha comprometido, nosotros somos empleados y hemos de obedecer. Pero si queréis saber mi opinión personal, con independencia de ese supuesto misterio, sí estoy dispuesta a llegar hasta el final, aunque les pueda sorprender.

—¿Por qué habría de sorprendernos? —preguntó Girard.

—¿No investigó usted al “asesino del rap”? Yo hice un programa donde me cargué la reputación de Isaac y la de Alejandra Suárez, la hermana de Ivana. Luego, ellas dos se vengaron de mí, sometiéndome a un escarnio público. Ale y yo quedamos en paz, uno a uno, empate. Pero Ivana se metió en una guerra que no era suya, entonando aquellos desagradables versos en un concierto. Puede que crean que le guardo cierto rencor, pero sé que lo hizo por su hermana. Al morir Ale, pasé página a esa parte de la historia. Solo a esa parte.

—¿Hay otra parte? ¿A qué te refieres? —preguntó Susana, quien, junto a Ana, era, de los que estaban allí, la que mejor conocía los detalles de lo ocurrido.

—¿Sabéis por qué estoy aquí, en Tenerife?

Nadie contestó.

—Mejor así. Por lo menos tengo que agradecerle a la cadena su discreción. Se ha rumoreado mucho sobre mí. ¿La han echado, no la han renovado o se ha ido voluntariamente? Bien, cuando detuvieron a Raúl, mi historia, mi programa sobre los asesinatos, se desmoronó. En la tele eso no tiene mucha importancia, porque lo que vimos ayer ya no existe, es el pasado. Pero ocurre que Isaac me denunció.

—Eso… no lo sabía —reconoció Susana.

—¿Y…? —se desesperó Bruno.

—Por culpa de Isaac perdí mi trabajo. No solo me denunció a mí, sino a la cadena. Los mandamases se vieron presionados. Al final llegaron a un acuerdo con Isaac. Él retiraría la denuncia y a mí me expulsarían. No querían un escándalo que dañase su imagen.

—Todo eso es muy interesante, señora Pérez, pero me parece que no es el momento de continuar hablando de ello —dijo Trapus con su habitual pedantería.

—De acuerdo, pongámonos manos a la obra. Bruno y yo somos buenos investigadores, Monsieur Girard, creo que podemos ser muy útiles. Además, a Bruno se le dan muy bien los juegos de ingenio. Es un monstruo de la lógica, el mejor descifrador de enigmas. En la emisora lo ha demostrado.

—Gracias, Ana. No esperaba menos de ti.

—Lo que ocurre es que es muy joven y tiene que hacer la carrera. Tengo miedo de que su suficiencia y su arrogancia le hagan perder el rumbo —continuó Ana.

—Una de cal y otra de arena, como siempre, Anita. ¡Yo también te quiero a ti! —dijo el muchacho.

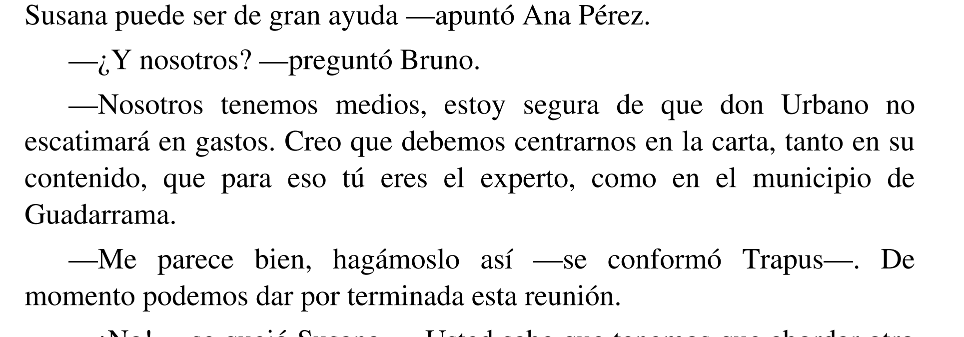
—Si se le dan los enigmas es perfecto —expresó Susana, esperanzada.

—Creo que deberíamos repartirnos el trabajo. Vosotros dos podríais intentar seguirle el rastro a Ivana Suárez mientras yo voy investigando a las personas de su entorno. ¿Os parece bien?

—¿Pretende dejarme al margen, Monsieur Girard? —protestó Susana.

—No, usted… colaborará conmigo.

—Señor Girard, creo que es mejor que usted se encargue de Ivana, tanto de seguirle la pista como de observar a sus amistades. En ese punto,


Susana puede ser de gran ayuda —apuntó Ana Pérez.

—¿Y nosotros? —preguntó Bruno.

—Nosotros tenemos medios, estoy segura de que don Urbano no escatimará en gastos. Creo que debemos centrarnos en la carta, tanto en su contenido, que para eso tú eres el experto, como en el municipio de Guadarrama.

—Me parece bien, hagámoslo así —se conformó Trapus—. De momento podemos dar por terminada esta reunión.

—¡No! —se quejó Susana—. Usted sabe que tenemos que abordar otro problema.

—Sí, lo sé, pero no debemos desviarnos planteando teorías. Hay que investigarlo, claro.

—¿A qué se refieren? —preguntó Bruno.

—La señora… Susana está muy preocupada por la firma de la carta.

—Es verdad, pensaba plantearlo, ya me había olvidado —dijo Ana.

El "asesino del rap" estaba en la cárcel. Raúl era el marido de Susana cuando cometió los asesinatos (excepto el de su hermano), y ella había tratado de pasar página a esos intensos meses de su vida que le parecieron siglos. Ver estampada la expresión en la carta, le había creado un estado de inquietud adicional al que padecía por el secuestro de su amor. Nadie se había atrevido a exponer en alto lo que significaba la firma; por eso, fue ella quien inició la discusión.

—Creo que esa es la clave del secuestro. Me refiero al motivo. Al identificarse con el asesino del rap está dejando claro que, como él mismo dice, para él no es más que un juego.

—Buena deducción, Susana —reconoció Trapus—. Su marido mató a su hermano por un motivo económico. El resto de crímenes fueron una maniobra de despiste o una necesidad para mantener su anonimato. Pero ahora nos enfrentamos a…

—¿Un imitador? —preguntó Ana Pérez.

—Eso es lo que pienso. Alguien que pretende llamar la atención para sentirse importante.

—No, no estoy de acuerdo —dijo Bruno—. Si quisiera llamar la atención, permitiría la intervención de la policía.

—Se equivoca usted, joven. Si pretende llamar la atención, exigiría la intervención de una emisora estruendosa, dirigida por reporteros incisivos y sin escrúpulos. Ustedes lo harán popular.

—¿Estruendosa, señor Girard? —se quejó Ana.

—Me refiero a que os gustáis cuando resolvéis casos complicados, y

hacéis de todo para que la audiencia se entere de vuestras hazañas. Sin ir más lejos, eso ha ocurrido con el caso del “emir cojo”. Os han premiado en…

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —dijo Ana—. Solo investigamos y contamos la verdad. ¡Nos toma usted por exhibicionistas del morbo! Además, tiene la palabra del jefe de que nada de esto se va a publicar o emitir hasta que todo termine, así que no vamos a hacer popular a nadie.

—Ya lo sé. Me refiero a que lo haréis cuando todo esto termine, como usted misma dice.

—Ese es el trato, ¿no? —intervino Bruno—. Cuando traigamos a Ivana a casa, podremos contar la historia en primicia.

—¡Basta! —gritó Susana.

Los tres invitados se quedaron en silencio, avergonzados, porque no estaban respetando el dolor de la víctima indirecta del rapto.

—Voy a preparar café. Espero que la cafeína no nos excite más, pero es el riesgo que voy a correr. La cafeína puede abrirnos la mente para que salgan buenas ideas en lugar de reproches.

—Está bien, hagamos una pausa —ordenó un autoritario Girard.

Mientras ingerían el café, ninguno de los intrusos fue capaz de mantener los ojos alejados de la carta. La leían, la volvían a leer y se miraban unos a otros. Susana no, ya la había leído bastantes veces. Prefería pensar en su mujer, en cómo lo podría estar pasando y, sobre todo, trataba de buscar una explicación a semejante desatino. ¿Por qué Ivana?

Al terminar, Ana y Bruno se interesaron por la vida de Ivana durante los últimos meses, sobre todo a partir de la muerte de su marido, con el fin de entender cómo era y por qué podría haber alguna razón para secuestrarla. En general, no había nada que no conocieran. Bruno había entrevistado a Julieta, y estaba al tanto de los asesinatos de Raúl. Ana, desde la distancia, estaba informada sobre la suerte que habían corrido Ale y sus padres.

—Susana… La muerte de los padres tuvo que ser muy dura —opinó Ana—. También la de Ale, por supuesto, pero me refiero a que a ella la mataron, no tuvo elección. Sin embargo, en el caso de sus padres fue una decisión voluntaria. Eso, supongo, para una hija es muy difícil de encajar.

—Bueno, ella decía que había derramado todas las lágrimas encima de Ale, pero, claro, por dentro sufría también por la pérdida de sus padres. La decisión voluntaria fue de Waldo. Él decidió por los dos. Por Tita y por él. En cualquier caso, creo que a Tita no le quedaba mucho tiempo de vida. Llevaba demasiado tiempo desafiando a todos los diagnósticos médicos,

que aspiraban a verla muerta continuamente.

—¿De qué estaba enferma exactamente? —preguntó Bruno.

—De una enfermedad muy rara —aportó Girard con vaguedad.

—¿Rara? ¿Cuánto de rara?

Mientras formulaba la pregunta, Bruno miró directamente a Susana, buscando una respuesta más concreta que la del detective. Susana no fue mucho más concreta, porque no conocía los detalles de la enfermedad de Tita. Se limitó a añadirle más dramatismo al comentario de Trapus.

—Rarísima. Era una de esas enfermedades de las que, como te toquen, el médico te insertará en la cabeza, al lado de la propia enfermedad, el apellido de su descubridor, que es el que da nombre al síndrome, para que no te olvides de él en lo que te queda de vida.

—Recuerdo que, cuando estábamos en el instituto, Ale nunca hablaba de su madre. Creo que nunca fue capaz de asimilar la desgracia que invadió a su familia y que se gestó, incluso, antes de ella nacer —recordó Ana Pérez—. Bien, nos estamos desviando, es hora de que volvamos al secuestro y vayamos cerrando la reunión. Tenemos que ponernos manos a la obra.

—Yo mantengo que estamos ante un imitador, pero aceptaré otras posibilidades. ¿A alguien se le ocurre algo? —preguntó Trapus, una vez que volvieron a la carga.

—Yo… No sé… Podría ser que… —balbuceó Susana, y se echó a llorar.

—Tranquila, Susana —dijo Ana, pasándole el brazo por encima de los hombros para consolarla—. Sé que esto es muy duro para ti. Podría sugerirte que te mantuvieras al margen para que no pases por algo así, pero no me harías caso, ¿verdad? Supongo que, participando, estarás entretenida y llevarás mejor tu dolor. Dime, ¿qué es lo que crees tú?

—Raúl.

—¿Raúl? —expresó Girard, muy sorprendido—. ¡Raúl está en la cárcel, por el amor de Dios!

—Podría… estar moviendo los hilos desde allí.

—¿Crees que "el asesino del rap" ha planificado el secuestro y ha contratado a alguien para que lo ejecute? ¡Me gusta! ¡Eso es razonar! —dijo Bruno, felicitándola.

—¿Con qué intención? —preguntó Trapus—. ¿Para llamar la atención? ¡Él nunca quiso llamar la atención! Es demasiado inteligente para caer en esas necedades.

—También es demasiado inteligente para urdir este plan. En cuanto a

su intención… No lo sé, pero quizá se enteró de que estoy viviendo con Ivana.

—¿Insinúa usted, señora Mesa, o Susana, que quiere vengarse? ¿Que está celoso después de intentar asesinarla? ¡Es ridículo! ¡Me niego a perder el tiempo investigándolo! Hay una vida en juego y tenemos que ser razonables.

—Ella es razonable —dijo Bruno—. Usted parece ser el que no razona. Hay que barajar todas las…

—¡Reporteros! ¡Hay que pensar con la mente policial, no con corazonadas! ¡Bastante premonición tenemos ya con el dichoso primer palíndromo!

—No nos enfademos —terció Ana—. Propongo que investiguemos por separado, sin perder tiempo reuniéndonos para exponer teorías a no ser que sean consistentes.

—¿Quiere usted que no crucemos información de lo que vayamos descubriendo?

—No es eso, los datos importantes hay que compartirlos, pero si, por ejemplo, Bruno y yo decidiéramos investigar a Raúl, como usted no está de acuerdo, no nos reuniremos para hablar de ello. Espero que estés conforme, Susana, porque otra terapia de grupo como esta, aparte de tensarnos e incomodarnos, nos hará perder el tiempo.

—¡Reporteros!

—Tiene razón, detective. Yo soy la que sufre y la que he recibido la carta, yo decido —impuso Susana con contundencia en sus palabras—. Será como ella dice.

—¿Y si se equivocaron con Raúl? —preguntó Bruno.

—¿Cómo? ¿Insinúas que no era el asesino del rap? —dijo Trapus, enfadado.

—Es otra posibilidad, señor Girard —apoyó Ana Pérez—. Supongamos que esa niña… ¿Cómo se llama? Ayer estaba en la emisora con una amiga.

—Julieta.

—Supongamos que Julieta no interpretó correctamente el criptograma de Ale. Puede haberse equivocado.

—No, Ana, no es posible. Yo mismo vi ese enigma, recuerda que entrevisté a la niña.

—Gracias a mí —apuntó Trapus para adquirir protagonismo—. Yo la convencí para ir a la radio. No se pudo equivocar, la interpretación que hizo fue inapelable. Es imposible que no haya sido Raúl, la carta de Ale lo dejaba claro.

—En ese caso, también puede ser… —dijo Bruno—¡que Ale se equivocara!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Susana, alucinando con las vueltas de tuerca que aquellas bullentes mentes eran capaces de generar.

—Pues… Ale denunció a Raúl con su mensaje, sí, pero podría estar equivocada. Al fin y al cabo, él no ha reconocido aún los asesinatos a pesar de las pruebas. ¿Me equivoco, señor Girard?

—Siento decepcionaros, pero lo que planteáis es imposible. Está también el tema de las obras de arte, tenía un buen móvil. Además, había unos desvíos de llamadas telefónicas muy extraños que rompían sus coartadas. Es verdad que solo reconoció lo de los cuadros e, incluso, que se enfadó con su hermano Ricky por ese tema. No reconoció los crímenes, pero las pruebas siguen siendo contundentes. Y si Ale se hubiera equivocado con Raúl, ¿por qué la mataron?

—Se me ocurre otra posibilidad.

Todos miraron hacia Susana, ansiosos de escuchar otra aportación que pudiera dar luz al misterio. Tampoco es que creyeran que ese misterio fuese tal, porque, en el fondo, ninguno creía, seriamente, ni que todo esto fuese obra de Raúl, ni que Raúl no fuese “el asesino del rap”. Hasta que Susana introdujo una nueva variable en la ecuación.

—¿Y si tenía un cómplice? Podría estar trabajando para Raúl o, incluso, por su cuenta.

—Está bien, reconozco que entre todos somos capaces de construir todo tipo de teorías, pero hemos de dejar los alucinógenos a un lado y seguir un orden con los datos objetivos —insistió Trapus.

—¡Joder! ¿Entiende ahora por qué mi compañera cree que lo más sensato es no repetir reuniones como esta?

—De acuerdo, de acuerdo. Todos hemos de calmarnos, yo el primero. Pero si vamos a tener pocas reuniones, avancemos en otros detalles. Recordemos que a Ivana la secuestraron el domingo. La carta se recibió el lunes, pero el secuestrador no entró en el portal y la dejó en el buzón. La envió desde la Península Ibérica. ¿Qué puede significar eso?

—Para empezar, que el jueves sabía que iba a secuestrar a Ivana —dijo Susana.

—Sí, es lógico, esto no se planifica de un día para otro. Habrá calculado que, enviándola el jueves, llegaría ayer. Ya sabéis, horarios de transporte, reparto del cartero… —apuntó Bruno.

—El muy hijoputa dice que nos da seis días, pero sabía que solo íbamos a disfrutar de cuatro; o cinco, a lo sumo —observó Ana.

Trapus se sorprendió del soez lenguaje en boca de una periodista tan

reputada, pero no dijo nada. Para su desgracia, vivía en medio de una sociedad donde las damas imitaban todo lo malo de los hombres. Aunque él, claro, aceptaba con naturalidad que un hombre dijese “hijoputa”. Él mismo lo había dicho en alguna ocasión. Pero oírlo salir por los labios de una señorita chirriaba en sus oídos.

—¿Disfrutar? —se sorprendió Susana—. ¿Vamos a disfrutar durante estos cuatro días? ¡Por lo menos, yo no voy a disfrutar!

—Lo siento, Susana, no quería decir eso. Bien, hay otra cosa. Detective, le habló usted a don Urbano de un telegrama, el responsable de obligar a Ivana a salir de casa. ¿Dónde está?

—No está, se esfumó.

—¿Cómo que no está?

—He estado toda la noche pensando en eso. Es obvio que ella se lo llevó.

—¿Se lo llevó? —dijo Bruno—. ¿Para qué? Aunque es posible, claro; lo tendría con sus enseres personales.

—Mi pregunta va más allá, señor Girard. Lo que me planteo es ¿por qué un telegrama y no un mail? No creo que, para comunicar el fallecimiento de alguien, sea necesario un telegrama.

—Ya le he dicho, señorita, que he pensado en ello. Mi teoría es que lo hicieron para no dejar rastros. ¿Un mail? Descubriríamos el lugar y el ordenador desde donde se envió. En cuanto al telegrama, si contáramos con él, tal vez nos aportaría pistas, pero el secuestrador no quería que tuviésemos más datos, excepto la carta. Así que yo no creo que se llevara consigo el telegrama por casualidad, como apunta su joven compañero. Más bien le habrán pedido que lo lleve consigo.

—¿Ha bebido usted? —dijo Ana, enfadada—. ¿Así es como piensa la policía? Le comunico que su amigo Marcelo ha muerto, stop. El entierro es mañana, en Sevilla, stop. Traiga con usted el telegrama, es muy importante, stop. ¡Joder!

—No, no se lo pidió. Pero pudo haber forzado la situación para obligarla a hacerlo.

Los tres investigadores miraron a Susana. O pensaba más rápido que el detective y los reporteros, o tenía más información. Leyendo los interrogantes en sus caras, la mujer de Ivana se explicó.

—Recuerdo que le pregunté si sabía a dónde dirigirse cuando llegara a Sevilla. Me respondió que, en el telegrama, le daban indicaciones precisas, ya sabéis, teléfonos de contacto, dirección del tanatorio, cómo contactar con amistades comunes… Así la habrán obligado a llevarse el telegrama consigo.

—O sea, que ese telegrama ya no existe. Ha vuelto al secuestrador —dijo Bruno.

—Se levanta la sesión —concedió Trapus, magnánimo, pero demostrando quién dirigía las pesquisas—. Señora Mesa, por favor, deme el sobre.

—De acuerdo, pero de poco le va a servir. Mi nombre y mi dirección no están escritos a mano, y no hay remitente.

—Correcto. Pero hay un sello. ¿Por qué Guadarrama?

—Porque vivirá ahí.

—O habrá estado ahí, el jueves, y quiere confundirnos con el sello.

—De todas maneras la envió desde allí, ya tenemos algo amarrado. Hay que investigarlo —apuntó Susana, deseando que la pista les llevase a algún lado.

Palíndromo:

Amarrad auge de Guadarrama

Mediodía ido, ídem

Desde que había regresado del continente africano, los padres de la niña no habían vuelto a contratar sus servicios, fundamentalmente porque confiaban, por fin, en la autonomía e independencia de Julieta. Tras la muerte de Ale y la desaparición de Susana (de la isla), se dedicaron a rastrear, desesperados, cualquier sendero que les solucionase el gran problema. Su hija, de la noche a la mañana, se había quedado sin canguro. Lo intentaron a base de preguntar a amigos, compañeros de trabajo y familiares; pero nadie era capaz de encontrar y recomendar una persona de confianza necesitada de trabajo. Y ello, a pesar de la crisis.

Durante esos días de búsqueda, dado que ambos trabajaban (como abogados), se vieron en la necesidad de dejar sola a Julieta algunas tardes. Con todo el nerviosismo del mundo, la telefoneaban a cada instante, preocupados por ella. *¿Qué clase de padres somos que dejamos sola a una niña?* Pero Julieta ya no era pequeña. Las llamadas telefónicas de sus padres se fueron distanciando entre sí a medida que aumentaba su confianza en ella. Julieta, gracias a su inteligencia, sabía cómo iba a terminar el asunto. Sus padres lo comprendieron: su hija ya no necesitaba canguro.

Al aterrizar en Tenerife, una de las primeras llamadas que hizo Susana fue a la niña, con la que había compartido una gran (pero desagradable) aventura cuando yacían juntas en una cama, inhalando el gas con el que, el cabrón de Raúl, quería proporcionarles una muerte rápida, indolora. Tras la llamada, se habían visto solo una vez, la tarde en que Ivana y ella fueron a El Sauzal para visitar a la pequeña y a sus padres. Ahora, nada más irse el escuadrón de apoyo, telefoneó a la madre (al móvil) para invitar a Julieta a almorzar. Remedios aceptó encantada, porque, sin saberlo, Susana le estaba solucionando un problema, pues tanto ella como su marido solían llegar tarde a casa, y, como consecuencia de que eran los últimos días de curso (y de una huelga del personal), el comedor escolar no estaba funcionando en el colegio de su hija. Remedios se encargó de telefonear al centro para advertirles de que iría la canguro a recoger a Julieta, con el fin de que le impidieran a tiempo subir al autobús escolar.

—¿Te gusta?

—¿Por qué llevas puesto un bikini para estar dentro de casa, Susana?

—No lo llevo puesto, solo me lo estoy probando. Me lo regaló Ivana la semana pasada.

La agasajó con macarrones y tortilla española, los dos platos favoritos de Julieta. Quería comer tranquila con ella para, después, plantearle algunos interrogantes sobre el misterio en que estaba envuelta. Había, eso sí, un problema y un cargo de conciencia.

El problema era que no sabía si se le estaba permitido (por parte de joker, el arlequinado y pérfido creador del juego) confiar el secreto a alguien más, pues, en la carta, solo hablaba de Trapus y de “La Emisora Escrita”. Pero como vetaban a la policía y solo a la policía, Susana interpretaba que podía contar con otros expertos. Trapus, Bruno y Ana eran, más bien, elementos impuestos (obligatoriamente) por el secuestrador.

En cuanto al cargo de conciencia, Susana ya había pasado antes por esto, cuando mataron a Ale y esta dejó testado un criptograma. El propio Raúl le advirtió que no “usara” a Julieta, porque la pondría en peligro. *Era una amenaza, no una advertencia*. Realmente, la niña había estado a punto de morir, pero también era verdad que, gracias a ella, su marido estaba pudriéndose en el infierno. ¿O estaría disfrutando con esto, joker, alias “asesino del rap”? La posible autoría de Raúl, desde la propia cárcel, era escalofriante, pero confiaba en que Julieta era la única que podría dar respuestas a interrogantes como ese.

Susana se dio cuenta de que su rostro estaría mostrando su ansiedad, por lo que decidió regresar a los macarrones con tomate.

—¿Quieres que te eche una mano, Susana?

—¿Para recoger? ¡Pero si no hemos terminado de comer! Falta el postre.

—No, me refiero a que me has invitado a tu casa para contarme algo, pero no sabes cómo enfocarlo. No te atreves a decírmelo directamente porque soy una niña y temes que tus preocupaciones me afecten. ¡Ya hemos pasado por esto, no me puedes engañar!

¿Dónde había oído esto antes?

—¿Crees que te he invitado a comer por… una causa concreta?

Es obvio. ¿Dónde está Ivana?

—¿Dónde había oído esto antes, cambiando el nombre de Ivana por el de su hermana?

—¿Qué? Pues… Hoy no puede estar aquí.

—Mira, si quisieses invitarme a comer por amistad, lo harías un día en que estuviese Ivana, para estar las tres juntas. No tiene mucho sentido que aproveches su ausencia, salvo que me quieras consultar algo.

—¿Consultar?

—¡Claro! Tú piensas que soy una niña prodigio que puede dar consejos como una adulta. No sé si es verdad, pero sí que soy capaz de darte consuelo y apoyo, si es que lo necesitas. ¿Me dejas adivinar?

—¿Lo que me pasa?

—Sí. Veamos, hoy estás demasiado nerviosa. La última vez que nos vimos no estabas así.

—Creí que no se me notaba —respondió Susana, confusa.

—¿Qué me dices del bikini? Has estado haciendo cosas incoherentes para disimular, para que parezca que estás tranquila. Pero puedo notar lo tensa que estás. Mi teoría es que se trata de Ivana, porque ella no está.

—De acuerdo, Julieta. Te he llamado por algo relacionado con ella, pero quería que, primero, disfrutaras de la comida. Yo… necesitaba hablar con alguien que pueda comprenderme y ayudarme.

Dicho esto, Susana explotó y se echó a llorar. Su cuerpo temblaba por la impotencia que le producía la situación que estaba viviendo. Julieta se acercó y le dio un abrazo.

—Te ha dejado, ¿verdad? ¿Os habéis enfadado y habéis roto? ¿Para siempre?

—¡No! —gritó Susana, dejando claro que se estaba equivocando—. Pensé que ibas a adivinar exactamente lo que ocurre.

—¿Qué te piensas, que soy vidente?

—Bueno, tú eres muy buena leyendo las caras de las personas.

—Pues tú tienes cara de mujer despechada y hundida.

—Cuando terminemos de comer hablamos. ¿Te parece?

—Susana se fijó en la avidez de la pequeña, que engullía la comida como si se la fuesen a sacar de delante para servirle un plato de Ivana. Al fin y al cabo, era su menú más gratificante, los dos platos que más le gustaban servidos en un mismo almuerzo. Observó su preciosa coleta, que le colgaba por un lado, y, por primera vez, le pareció que la niña había cambiado durante los pocos meses que Ivana y ella pasaron en Sudáfrica.

—¿Desde cuándo usas gafas, Julieta?

—Poco después de que tú te fueras, mi padre me llevó a un oculista.

Susana regresó al pasado, justo unos días antes de marcharse. Recordaba, textualmente, los titulares de la edición en papel de “La Emisora Escrita”, bajo los cuales se reproducía el criptograma de Ale, el que Julieta había descifrado. Todavía Ana se atrevía a negar el sensacionalismo de la cadena, pero, en honor a la verdad, ella no estaba en aquella época.

“DETENIDO EL ASESINO DEL RAP tras ser identificado por una de

sus víctimas desde la propia tumba”.

”Un acertijo viaja entre dos mundos, desde el más allá, y provoca la venganza de ultratumba”.

Amarga nauta, vivo tu anagrama

Evito malo sol, bahía, caí, hablo solo, motivé



Ventura última vs. Anatema

Susana guardaba el recorte de prensa en su "cofre de los recuerdos", una gruesa carpeta escolar forrada de angustia y nostalgia que contenía su pasado, en la que su propia biografía iba renovándose con sus vivencias más impactantes. En el desarrollo de la noticia, no se nombraba para nada a Julieta. Nadie sabía de ella, excepto Trapus, Ivana, Raúl, Susana, Jorge Nara y, por supuesto, los propios padres de la niña. El juicio todavía no se había celebrado. A Susana le había parecido injusto que no se le reconociera su mérito, todo el mérito, pero los padres se negaron, con buen criterio, a que su hija fuese la protagonista, exhibida públicamente, de unos espeluznantes asesinatos que casi se cobran su vida.

Había sido posteriormente, estando ella en Sudáfrica, cuando Trapus convenció a Julieta para que fuera a la radio y asombrara al mundo. Al aún subinspector le parecía (igual que a Susana) injusto que no le fuese reconocido su papel, porque, gracias a ella, al juez no le iban a quedar dudas razonables. *¡Salvo que barajase que Ale pudo equivocarse!* Por eso habló con la pequeña, quien, hasta ahora, no había tenido el más mínimo afán de protagonismo (a pesar de su edad; gracias a su amueblada cabeza). Creyó convencerla con argumentos que él consideraba irrechazables *(¡Te vas a hacer famosa! ¡Tus amigas te envidiarán!)*, pero que, para Julieta, eran tan infantiles como algunas actitudes del subinspector.

Al final, Julieta accedió, pero no lo hizo por notoriedad, sino para que Trapus la dejara tranquila. Le costó convencer a sus padres para que le dieran permiso. Ellos, al final, accedieron, aunque no para festejar la notoriedad de su hija, sino para que Julieta los dejara tranquilos. Era el empujón de las fichas de dominó, sabía que, si Trapus la había desgastado a ella hasta sucumbir, la misma estrategia funcionaría con sus padres.

Julieta nunca se arrepintió de ir a la radio. A pesar de tener que aguantar las quejas de sus padres cada vez que la llamaban de otros medios (algunos, incluso, nacionales y de otras provincias españolas), a los que, por cierto, negó su colaboración *(Lo siento, solo soy una niña y estoy traumatizada)*, había conocido a Bruno.

Bruno era como ella. Su cabeza no funcionaba como las de los demás, trabajaba a un nivel "Alejandra Suárez". Seguramente, Julieta, que había agradecido ser tutelada por Ale en su formación intelectual, ansiaba un sustituto en ese proceso. Después de la entrevista, Bruno y ella se telefonearon en un par de ocasiones, y asiduamente se comunicaban a través de las redes sociales. Allí compartían juegos y retos que ellos mismos inventaban para desafiarse mutuamente. Bruno era mayor, pero, cuando se enfrentaba a un rompecabezas, se comportaba como un niño feliz.

El reportero se convirtió en su amigo, pero no en su tutor (o canguro,

como lo hubieran llamado sus padres). Solo sustituía a Ale virtualmente, porque él estudiaba y trabajaba a la vez, así que no podía pasarse las tardes "cuidando" de ella.

El almuerzo terminó y el nuevo desafío intelectual comenzó.

—La han secuestrado, Julieta. Igual que a su hermana.

El rostro de Julieta permaneció hermético, como si la noticia no le hubiese causado asombro, pero sus pies empezaron a temblar y tuvo que sentarse para no caer al suelo. Trató de pensar rápido, pero su corazón la estaba traicionando. Nunca este se había movido tan deprisa, ni siquiera cuando encontraron el cuerpo sin vida de Ale. Pero, claro, aquellas vivencias sucedieron poco a poco, sin previo aviso. Ahora, era como si hubiese aprendido de memoria el proceso y el destino de Ivana: un rescate, un asesinato y un funeral.

—Susana, yo no creo en las casualidades. Supongo que algo tendrá que ver con Ale, ¿me equivoco?

—No. Es algo terrorífico. Salió de casa el domingo, a un supuesto funeral en Sevilla. Ella no ha regresado, pero su grito de socorro sí. He recibido un mensaje del secuestrador. Te va a sorprender.

Extendió la carta sobre la mesa de la cocina para que Julieta pudiera leerla. Susana trató de interpretar sus gestos de asombro, pero no los hubo. Aquello era algo más que un secuestro para Julieta. Era un desafío. Un desafío intelectual. Tenía que confiar en que la niña resolviera el complicadísimo crucigrama.

—¿El asesino del rap?

Susana la puso al tanto de todos los detalles, relatándole todo lo que recordaba de la reunión con Trapus, Ana y Bruno. Luego le tendió la carta para que se la quedara. Ella tenía una fotocopia, pero el original era para la experta, porque, tal vez, la fotocopiadora era incapaz de recoger toda la esencia de la misiva.

—¿Bruno está metido en esto? —preguntó, esperanzada y sobreexcitada.

—Sí, creo que él y tú podéis ser la clave para desencriptar el misterio, a pesar de que Trapus y Ana aparenten ejercer de directores.

—Tal vez, Susana, pero, si resolvemos esto, Trapus será el más adecuado para traducir y hacer un informe del caso a la policía. Y Ana Pérez es más adecuada que Bruno para narrar a la audiencia todos los pormenores.

—Sí, Julieta, pero lo que ahora importa es el trabajo de campo. ¿Por qué aprecias tanto a Bruno?

—Me recuerda a Ale. Y él… también tiene una manía. Siempre se

mece la barba, aunque esté recién afeitado. De hecho, siempre está recién afeitado, pero se pasa las manos por la barbilla y los cachetes.

Al oírlo, Susana reparó en que, efectivamente, el jovencísimo reportero se tocaba continuamente la cara. Pero la manía de Ale era mucho más intensa. No era un tic, era un detalle de su fuerte personalidad, y eso Bruno no lo podría conseguir jamás.

—¿La recuerdas, Julieta? Me parece estar viendo cómo se tragaba la piedra caliza.

—No la tragaba toda, Susana, solo la parte que no estaba engarzada. Y no la tragaba, la chupaba —respondió de forma infantil, sacando a la niña a la que Ale cuidaba—. ¡Y se colocaba!

—¿Se colocaba?

—Sí, eso me decía. La piedra le daba un subidón de adrenalina. Ale me contaba que era como una droga.

—Ya.

—Quería preguntarte algo, ¿qué pasa con la casa de Ale? Siempre está cerrada, lo sé porque está al lado de la mía. ¿No se ha vendido?

—La casa era una herencia de un antepasado.

—Sí, ya lo sé, ella me lo dijo. Es una casa muy vieja, pero tenía electrodomésticos recién comprados que estarán todavía dentro, supongo.

—Ahora es propiedad de Ivana, la única pariente directa que queda con vida.

Susana hizo una pausa, tragando saliva, e intentó no echarse a llorar. Si mataban a Ivana, una familia entera habría sido borrada de la tierra; de un plumazo.

—En cuanto a los electrodomésticos y los muebles, Julieta, Ale seguía pagando letras antes de morir, porque los había comprado a plazos. Ivana y yo nos hemos hecho cargo de pagar las letras que faltan.

—Tenemos que ponernos manos a la obra —le dijo Julieta, a la vez que le daba un abrazo que (sabía) necesitaba.

Palíndromo:

Ale traga parte, la coloca; letra pagártela

Atardecer, apareced, rata

Sobre las seis de la tarde llegó Remedios, la madre de Julieta, a recoger a su hija. Se le notaba de muy mal humor, pero intentó disimularlo delante de Susana. Había tenido una jornada de trabajo insatisfactoria. Susana la conocía muy bien, y sabía que su carácter nunca encontraba el equilibrio. Los problemas laborales se los llevaba a casa, junto a su maletín, y, según le hubiese ido el día, contaminaba el ambiente familiar de euforia o de mal rollo. Pero eso, por suerte, a Julieta no le afectaba porque comprendía perfectamente, a pesar de su edad, que el problema era de su madre, no de toda la familia. *Tengo una escafandra impermeable contra la contaminación ambiental.*

—¿Qué tal, Susana? Gracias por invitarla y cuidar de ella. Lo siento, pero no he podido llegar antes. ¿Nos vamos?

El timbre de la puerta volvió a sonar por segunda vez en menos de cinco minutos. Julieta jugó a las adivinanzas mientras Susana se dirigía a abrir.

—¿Has venido con papá?

—No, cariño.

La entrada en la estancia del regordete y bajito detective agudizó la mala leche de Remedios. *¿Qué hace aquí el bonsái? ¡No me puedo creer que Susana se lo esté tirando!*

—Buenas noches, señora Jiménez —dijo, haciendo un amago de reverencia—. Hola, pequeña, me alegra volver a verte.

Remedios no le contestó. Se limitó a ponerle una inyección visual de arsénico. Susana se dio cuenta de la tensión que trataba de imponer (*sin ningún respeto*) la madre de Julieta en su propia casa. No estaba dispuesta a permitirlo, por lo que, sutilmente (*con todo el respeto*), hizo que se consumiera el atosigamiento.

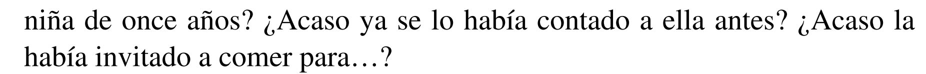
—Verás, Remedios, el señor Girard ha venido porque tenemos un problema muy gordo.

—¿Tenemos? ¿Quiénes?

—Han secuestrado a Ivana.

—¿Qué? —se escandalizó, mirando hacia ellos y luego hacia su hija, quien se mostraba muy tranquila.

—¡Su hija! ¿Por qué Susana hablaba de un secuestro delante de una


niña de once años? ¿Acaso ya se lo había contado a ella antes? ¿Acaso la había invitado a comer para…?

—¡No me lo puedo creer! ¿Esto va en serio?

—Sí, señora Jiménez, pero debe guardar el secreto. Con todos mis respetos, Susana, creo que usted ha sido muy imprudente diciéndolo. Teníamos que mantenerlo en el más absoluto…

—¡Por supuesto que ha sido imprudente! —dijo Remedios, posicionándose (¡quién lo diría!) al lado de Trapus—. ¡Hay una niña delante! No pretenderán ustedes… que colabore. ¡No solo lo prohíbo, sino que voy a demandarles!

—¡Mamá! Hay una persona secuestrada, no puedes ponerte a pensar en demandas.

—Tienes razón, cariño, será mejor que nos vayamos.

Remedios no se esperaba de Susana una traición de este calado. Precisamente ella, que había arrastrado a Julieta a la muerte, pretendía darle a la niña una segunda oportunidad. *¿Qué te parece si nos damos otro bañito de gas?* Después de aquello había perdonado a la temeraria Susana, porque creía que no había sido consciente de la imprudencia cometida. Pero… ahora… ¡Ahora la odiaba!

También odiaba al achaparrado. No le perdonaba el haber llevado a Julieta a aquel maldito programa de radio, que fue la mecha para hacerla popular. *Señores secuestradores. Aquí les presento a su enemiga pública número uno*.

—No me quiero ir, quiero ayudar a Susana.

—¿Ayudar? ¡Tú no vas a ayudar a nadie! ¡Ya hablaremos en casa cuando regrese tu padre! ¡Esto no va a quedar así!

—Señora Jiménez, puede ser que la niña tenga razón. No había pensado en ello, pero se ve que Susana sí. Julieta podría ser nuestra salvación.

—¿Nuestra? ¿La suya, señor bonsái? —Nerviosa, Remedios se había dejado de sutilezas y recurría al insulto directo.

—¿Ha dicho usted… bonsái? ¿Qué quiere decir?

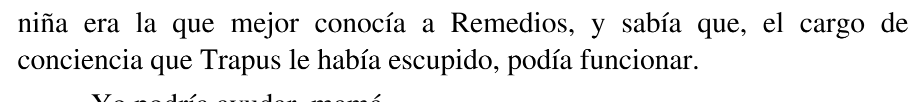
—¡Por Dios! ¡Vamos, Julieta!

—Podría salvar la vida de la señora Suárez. Su hija es muy lista. No la vamos a poner en peligro, confíe en mí. Solo quiero que nos interprete un enigma, eso es todo. Si no lo hace, Ivana morirá —sentenció.

—¿Pretende cargarme con la responsabilidad de un asesinato que no tiene nada que ver conmigo?

—Sí —se adelantó la pequeña.

Todos miraron a Julieta, extrañados por su contundente interrupción. La


niña era la que mejor conocía a Remedios, y sabía que, el cargo de conciencia que Trapus le había escupido, podía funcionar.

—Yo podría ayudar, mamá.

—¡Tú te callas!

—Escuche, señora, este asunto es muy peligroso. Está relacionado con el secuestro de Alejandra Suárez, así que el secuestrador lo sabe todo, sabe que su hija fue decisiva entonces. Él sabe de su existencia. Por eso, si no está junto a nosotros, podría estar en peligro.

—Pero ¿qué dice, detective? —exclamó Susana, escandalizada—. ¡Julieta no está ni estará en peligro! ¡Esto no va con ella! Quizá tengas razón, Remedios. He sido una egoísta al tratar de implicar a Julieta.

—La culpa de que sepan de su existencia no es sino de ese maldito programa de radio. ¡Y del bonsái que la convenció para ir allí!

—Mamá, Ivana podría morir —insistió la niña—. Y, sea como sea, es verdad lo que dice el señor Girard, estoy implicada.

—Ella no saldrá de esta casa, tiene mi palabra —dijo Trapus—. Salvo para ir a la suya, claro. Señora, le estoy enviando una señal de S.O.S. Le ruego que permita a su hija ayudarnos.

—¡Es usted muy osado al pedir socorro a una niña!

—Sí, puede que sea una osadía —dijo Julieta—, pero lo hace por un gesto noble.

—Está bien, pero no quiero que, mientras esté con ustedes, la dejéis sola ni un instante.

—Gracias, mamá. Podré venir por las tardes, cuando salga del cole.

—Espero no tener que arrepentirme de esto, porque no lo perdonaría.

—No tiene de qué preocuparse, señora Jiménez. ¡Yo mismo la protegeré! —concedió magnánimamente Girard, a la vez que se señalaba el pecho con el dedo índice.

—¡Dios mío! —resopló Remedios, mirándolo de arriba abajo con gesto de auténtico desprecio.

Una vez que Julieta y Remedios se marcharon, Trapus le relató a Susana lo que había descubierto.

—He comprobado que la señora Suárez…

—Ivana, por favor. Diga Ivana, no es tan difícil.

—De acuerdo. Ivana cogió ese avión a Sevilla. Deben tenerla retenida muy lejos de aquí.

—¡Oh, no!

Susana se echó las manos a la boca. Había pensado, hasta ahora, que la

habrían raptado en Tenerife.

—Lo siento mucho. Y ahora, si me disculpa, vuelvo a mi oficina. Quiero seguir estudiando esto con detenimiento.

Palíndromo:

El bonsái da SOS a la mamá: las osadías, noble

¡Eh! Con esa mimase noche

Aunque le había dicho a Susana que se iba al despacho (para aparentar aire de profesionalidad), adonde se dirigió Trapus fue a su domicilio. Lo que tenía que hacer, analizar la carta, podía llevarlo a cabo en su casa, donde estaría más cómodo y, por tanto, más centrado.

Después de cenar cogió el escrito y lo releyó, estrujando su cabeza en busca de alguna pista, algún error que el secuestrador hubiese cometido, ya fuera voluntaria o involuntariamente. No pudo sacar nada en claro, salvo que, realmente, se trataba de un juego. Muy peligroso, sí, pero era un puto juego de rol.

En el sobre no había nada, excepto los datos de la destinataria y la certificación del lugar de envío, pero eso ya lo sabía.

—¡Mierda!

Se le ocurrió mirar la carta desde todos los ángulos, incluso de canto, por si acaso existiera algún relieve miniaturizado con un chip, o cualquier otro tipo de "doble fondo", quizá una calcomanía que se hacía visible a la luz o al frotar un lápiz encima de ella. *El famoso rasca-rasca*. Definitivamente, Trapus tenía sueño. Él mismo se avergonzó por sus ridículas e infantiles actitudes, tratando de avalar la ciencia ficción.

—¡Joder! ¿Estoy buscando algo codificado? ¡Me cago en mí!

Con los ojos protestando para irse a dormir, cogió de nuevo el sobre con desgana. Se le ocurrió mirar dentro de él, por si hubiese algo más que la propia carta que contenía. *¿El famoso microchip, detective?* No había nada. Era la hora de descansar la mente. Mañana, cuando se chutase un par de buenos cafés cargados, vería las cosas bajo otra óptica.

Trapus se levantó y se dirigió a su dormitorio, pero, a mitad de camino, el pasado inmediato le susurró algo.

—¿No había unas…?

Regresó al sobre, ansioso, y lo rastreó por dentro de nuevo. ¡Sí, no se había equivocado! Era una inscripción en miniatura, totalmente ilegible, del microtamaño de la micropista con la que, su microcerebro, había fantaseado hacía unos minutos.

—¡Lo sabía, había unas letras!

Fue a por su lupa, aunque estaba convencido de que la inscripción no le iba a aportar nada interesante. En el mejor de los casos, podría reafirmar que el sobre procedía de Madrid. Allí encontraría un número de serie, el

nombre de la fábrica de papel que había parido el sobre, o (mucho mejor) el nombre de la librería que lo comercializaba.

Pero Trapus no imaginó otra posibilidad: el nombre de una empresa.

Roberts&Ariadna.

—Roberts y Ariadna. ¿Será una fábrica de sobres? Podría ser una empresa, de las que estampan su nombre comercial en lápices, sobres de azúcar, llaveros… —murmuró.

También se le ocurrió que eso era algo que solía hacerse por motivos publicitarios, pero no creía que "Roberts&Ariadna" fueran a hacerse famosos si, para ello, dependían de una vista de lince y de una buena lupa. Pero Girard se había topado con empresas que, incluso por vanidad, marcaban con su nombre hasta las tazas de baño de sus propias oficinas. Era, al fin y al cabo, su sello de identidad, no una estrategia publicitaria. Había que investigar quién estaba detrás de "Roberts&Ariadna".

*

—¿Diga?

—¿Señorita Pérez?

—¿Quién es?

—Girard. Tengo novedades.

—¡Vaya! —exclamó, sorprendida. Trapus quería compartir información con ellos a pesar de lo que se habían dicho y, sobre todo, de la decisión de moverse (cada parte) a su aire.

Pero Ana Pérez sabía cómo funcionaba Trapus, y no tenía dudas de que, tarde o temprano, exhibiría todo lo que fuese descubriendo. Era algo con lo que ya contaba. Lo que le extrañaba era la rapidez (o avidez) del detective para mostrar su enorme talento.

—Se trata de una inscripción. Dentro del sobre. Creo que es el nombre de una empresa, deberíamos averiguar si es de Guadarrama.

—Es tarde, no creo que debamos reunirnos ahora. ¿Por qué no esperamos a mañana?

—Solo quería que lo supiera.

—Vamos a hacer una cosa. Usted me dice el nombre de la empresa y nosotros lo investigamos.

—¿Por qué? Puedo encargarme yo.

—Será mejor que no. Verá, señor Girard, la emisora no va a escatimar en gastos en este asunto, tenemos el visto bueno de don Urbano. Si hiciera

falta, Bruno y yo nos desplazaríamos a Guadarrama. Deje que sigamos esa pista, puede ser buena. Y, cuando esto salga a la luz, no olvidaremos mencionar que fue usted quien la encontró. Su nombre será recordado por todos.

—Tiene razón. Apunte, Roberts y Ariadna. Bueno, Roberts…, luego el símbolo ese que significa "y", ya sabe, el que está encima del cinco en los teclados… ¿Me entiende?

—Es encima del seis, subinspector Girard.

—En mi ordenador está en el cinco, lo he comprobado antes de llamarla, señorita Pérez. Y le recuerdo que ya no soy un subinspector, sino un detective privado. Bien, pues, como le decía, Roberts, ese simbolito…

—Y luego Ariadna, ¿verdad? Llamaré a Bruno ahora mismo y nos pondremos manos a la obra.

Palíndromo:

Anda, ir a Ariadna

**

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo es que lo has permitido?

El padre de Julieta alucinaba. Su mujer, que solía ser más inflexible que él, se había dejado engatusar por el bonsái, aquel subinspector regordete que casi les desgracia la vida. Remedios y él eran enemigos de cualquier reconocimiento público, nunca se habían sentido tentados por él. Pensaban que las personas con menos estudios eran las que darían cualquier cosa, incluso su vida, por salir en la tele. ¡Aunque solo fuera para saludar a sus vecinos! (y, de paso, presumir ante ellos). Julieta era un prodigio de la lógica y del razonamiento, sí; incluso les habían sugerido que se la llevasen de Canarias a un lugar donde potenciasen sus dotes.

Una niña prodigio, según el colegio. Un mono de feria, según Trapus. No, ellos no estaban dispuestos a tolerar que creciese al margen de las niñas de su edad, recibiendo cucharones de caldo intelectual concentrado para ir por delante de las demás. Ir por delante significaba vivir el futuro y saltarse el presente: la infancia que le quedaba, las amigas, los padres… Lo habían hablado muchas veces, Julieta seguiría su propio ritmo. Cuando fuese mayor, haría con su vida lo que quisiera, no lo que sus profesores habían diseñado para ella. *No te preocupes, hija, no te alimentaremos con avecrem.*

—Me han prometido que no correrá peligro. Lo que ocurre es que la

necesitan, Carlos. En el fondo tienen razón, Julieta puede ayudarlos, y ella está empeñada. ¡Ya sabes lo testaruda que es!

—Está bien, espero que sepas lo que estás haciendo. Ya hemos pasado por algo así, se aprovechan de la inteligencia de Juli.

—La van a proteger, Carlos. Ahora más que nunca.

Carlos se acercó al salón y observó a su hija, quien estaba sentada frente al televisor. Habían tenido mucha suerte con ella, ya que no los necesitaba para sus tareas escolares. De hecho, Carlos sospechaba que, en todo caso, eran sus maestros (sobre todo los de matemáticas) los que podrían necesitar a Juli para que les echara una mano cuando dudaban en la resolución de algún problema.

Con una pícara sonrisa, Carlos se dirigió en silencio hasta el armario de la esquina opuesta al rincón de la tele. Abrió una de las puertas y extrajo, sin hacer ruido, el ajedrez. Sin dejar de sonreír, disfrutando con la pequeña sorpresa que le iba a dar a su hija, le puso, de sopetón, el tablero delante de los ojos.

A Julieta le encantaba el ajedrez. Era uno de sus juegos preferidos, pero casi nunca encontraba rivales que estuviesen a su altura. Carlos no jugaba casi nunca con ella, escudándose en que solía llegar muy cansado del trabajo. Pero la realidad era que estaba aburrido, porque nunca le había ganado una sola partida a Julieta. Los momentos de la vida de su hija en que esta se había saciado de ajedrez fueron aquellos en que Alejandra era su canguro. Alejandra sí que había sido una rival a su altura.

La sonrisa de Carlos se hizo más grande, estirando las comisuras de la boca hasta las orejas. Tras tentarla con el tablero, su mano izquierda agitó la caja de fichas, provocando el hueco sonido de una sinfonía de carambolas.

—¿Qué?

Atónito, Carlos se descolocó ante la extraña reacción de su hija. Remedios le había contado que había estado un par de horas leyendo la carta recibida por Susana, pero ahora no estaba con ella.

—¿No te apetece echar una partida?

—Pero papá… ¡Hoy es martes!

—¡Oh! ¡Lo siento, lo había olvidado! ¿Ya va a empezar? ¡Hazme sitio, Julieta, venga!

La rana en la pecera. Era el título del programa favorito de Julieta. Llevaba poco tiempo en antena, hoy era el sexto programa, y no se había perdido (ni pensaba hacerlo) ninguno.

Cuando Zorra Pérez fue invitada a marcharse de televisión, la cadena intentó suplirla, sin éxito, con otra mujer joven, de características físicas

muy parecidas a las de Ana e incluso con un carácter similar. Pero a aquella periodista le faltaba algo que Ana poseía: gancho. Poco a poco, los mandatarios se fueron convenciendo de que, si bien era complicado empatizar con el público, más todavía lo era sustituir a alguien que, previamente, se había ganado esa complicidad con la audiencia. *El público era mío, no del programa*.

El programa terminó desapareciendo, y, tras dos semanas de ajustes, los "inventores" de la cadena idearon *La rana en la pecera*. Según rezaba la propia publicidad que, en todos los intermedios de la semana, se encargaba de atraer a los telespectadores, el objetivo de *La rana en la pecera* consistía en "purgar la sociedad de pirañas". Y la manera de acabar con esa plaga de indeseables era a través de profundos y concienzudos reportajes de investigación. El equipo que antaño había trabajado con Ana Pérez (los que estaban detrás de las cámaras) era el que había asumido ese complicado reto social.

Aunque camuflado, *La rana en la pecera* venía a ser más de lo mismo respecto a su predecesor; lo mismo que les había hecho triunfar con Ana. Ese camuflaje, que había costado muchas horas y miles de ideas, era muy simple. Igual que el programa anterior, pero sin telesangre. *Le hemos quitado a Ana Pérez los dos rombos*. En todo caso, teledrama; consistía en agarrar el corazón de las incondicionales plañideras teleadictas y exprimirlo, hasta extraerlo todo. Los telespectadores creían que les exprimían lágrimas, pero Julieta sabía que, en realidad, era sangre. Sangre sin rojo, teñida de transparente. Aun así, le chiflaba el programa, tal vez por el morbo (propio de su edad) que le causaba, pero, sobre todo, porque admiraba el ingenio de los "inventores" para conseguir televisar vísceras camufladas, vísceras para todos los públicos. *¡Qué hijos de puta! ¡Esto es un bombardeo de mensajes subliminales!*

A Carlos le gustaba compartir con su hija la cabecera del programa. Cuando esta entraba en acción, se extasiaba mirando a Julieta, saboreando su felicidad plasmada en una amplia sonrisa. Pero Julieta no sonreía por esa infantil presentación, su padre la seguía tomando por una niña pequeña y simple. Ella no era Paci. Julieta sonreía por lo que vendría después. Hoy habían anunciado que iban a desenmascarar, en vivo y en directo, a un asesino; por este tipo de cosas, amaba *La rana en la pecera*.

La cabecera comenzó. Como cada noche de los martes, una serie de letras desperdigadas, sueltas, se movían aleatoriamente, formando y deformando elipses, parábolas, árboles… De repente, las letras se agrupan, y su giro se va ralentizando paulatinamente, hasta que el espectador va descubriendo la silueta de una rana. Las letras se detienen, y la rana que han generado se pone a croar. Al hacerlo, las letras vuelven a moverse, pero, esta vez, suavemente, colocándose en fila hasta formar el sintagma

“la rana”. A continuación, esa frase, esas letras, caen dentro de una pecera (que surge de debajo de la tele) llena de pirañas. Al entrar en contacto con el agua, las letras se convierten otra vez en rana, pero ahora no es una silueta, sino una rana auténtica (de animación, claro).

La rana en la pecera. El programa está a punto de comenzar, el anfibio ya ha entrado en su destino. Allí se va comiendo a las pirañas, una a una, “purgando” la pecera. Para concluir el espectáculo de fuegos artificiales, rana y pecera se paralizan, se fijan, formando el logo del programa, el mismo logo con el que se promocionan durante la semana en los anuncios: una rana dentro de una pecera y, a sus pies, el título del programa.

—¿Ya te vas, papá? ¡Pero si va a empezar!

—Lo siento, tengo que cenar. Mañana me lo cuentas.

Julieta sonrió, porque conocía las intenciones de su padre, ya que todos los martes hacía lo mismo.

El programa de esa velada, al que bautizaron como “el mesías celador”, se centró en un geriátrico donde habían muerto muchos ancianos en los últimos meses, supuestamente de muerte natural. Pero *La rana en la pecera* desenmascaró al autor en directo. Aportó pruebas documentales, tanto con cámaras ocultas como pruebas escritas (correos electrónicos, certificados falsos, recetas médicas falsificadas…), hasta identificar, con nombre y apellidos, al maquiavélico celador que pretendía acortar el sufrimiento humano. El hombre se estaría enterando en estos momentos (igual que la policía) de que lo habían pillado. Según el propio presentador, la cabeza del celador no funcionaba bien, el asesino estaba “medio ido”.

—¿Medio ido? —sonrió Julieta, mientras disfrutaba de la sexta entrega de *La rana en la pecera*—. ¿Solo “medio”?

Palíndromo:

Sí, eso, ido sí, pero dale caña, celador; episodio seis

Se lo creí mejor, no sé, me sonrojé MIÉRCOLES

El alba, háblale

—¿Qué hora es?

—¿Eh?

—¿Te has despertado ya? Mira el reloj que está a tu lado, no tengo ganas de incorporarme.

Rafael giró la cabeza hacia la mesilla. Allí no había ningún radiodespertador. ¿Cómo podía dormir Ana sin un radiodespertador en la mesa de noche? En penumbras, se fijó en una foto de la periodista, sonriente, tomada en el propio estudio donde tenía el control absoluto de aquel programa de televisión que ya no existía. Ana nunca le había hablado de aquella época, parecía desear olvidarla, aunque su foto no quería permitírselo. Pero ¿cómo se podía desear olvidar el álgido momento profesional en que tocas el cielo? Lo sospechaba. Sospechaba que la habían despedido. Ana Pérez era una mujer excesivamente narcisista, aunque intentaba ocultarlo, y con aspiraciones de grandeza. De haberse ido voluntariamente no habría aterrizado en un programa local, en Tenerife. Todo un paso atrás.

—¿Dónde está el reloj, Ana?

—No hay reloj.

—¿Entonces…?

—Es mi móvil, ahí puedes consultar la hora.

Ana Pérez no hablaba de la tele, y, por eso, jamás le había preguntado cosas de su pasado. Lo temía, claro; llevaban juntos poco tiempo y, si la incomodaba o la presionaba, lo mandaría a paseo. Y eso no es que le importara mucho, ocurriría tarde o temprano, pero aún deseaba poseer su maravilloso cuerpo y disfrutar de su arrolladora personalidad. Sí, respetaba su silencio, pero intuía su sensación de fracaso. Madrid era el purgatorio. Para ir al cielo, tenía que haber cogido la línea Madrid-Nueva York. Pero el diablo le había cambiado el billete y la había metido en una incómoda avioneta que hacía el trayecto Madrid-Tenerife.

Somnoliento, se sentó en la cama y escudriñó la mesilla de noche.

—Ana… ¿Dónde tienes el móvil? Aquí no está.

¡Oh! Lo siento, tienes razón, está en mi mesilla. Lo cogí hace un par de horas para mirar el reloj.

—¿El reloj? ¿Miras el reloj cada dos horas? ¿Qué hora es?

—Las seis menos diez.

—¿Llevas despierta desde las cuatro?

—Sí, he estado dando vueltas en la cama, pensando en asuntos de trabajo. Tendría que haberme levantado para prepararme un café; o una tisana. Pero confié en que me volvería a quedar dormida.

—Ana… La tisana y el café son opuestos. Cada uno sirve para lo contrario que el otro. ¿Cómo puedes dudar entre ambos?

—Es igual, déjalo.

—Voy a levantarme ya. Aprovecharé para corregir más exámenes, tengo muchísimo trabajo —dijo el coordinador de la PAU.

Ana Pérez fue gateando sobre el colchón hasta los pies de la cama y, allí, asió el borde del edredón de verano, que había ido a desembocar en el suelo tras una furiosa noche de sexo. Ana se decía que Rafael jodía bien. La relación estaba resultando de lo más placentera para ella, pero era consciente de que no duraría mucho.

—¡Ayúdame!

Entre los dos, tiraron del edredón hacia la desnuda superficie de la cama y Ana se disolvió en su interior, cabeza incluida.

—¿Te vas a quedar en la cama? ¿Aunque no puedas dormir?

—Sí —sonó la voz hueca, desde el fondo de la caverna.

—Oye, ¿quién te llamó anoche? Me pareció que te quedaste preocupada. ¿Por eso no podías dormir?

—Supongo. Es… algo relacionado con el trabajo. Una complicada investigación en la que la emisora se ha embarcado. Resulta que hay un detective que colabora con nosotros. Él es quien telefoneó.

—¡Vaya! Eso suena fascinante.

—No te creas. Aún no. Cuando tengamos resultados, puede ser.

—Si yo tuviera cualidades, preferiría dedicarme a rastrear trapos sucios que a corregir tantos exámenes.

—¿Trapos sucios? Esa no es nuestra labor, Rafael. No lo entiendes. Nosotros somos vengadores sociales. Denunciamos la corrupción.

—Lo siento, no quería decir eso —se disculpó Rafael—. Me levantaré ya. Tengo el maletín repleto, y los resultados tienen que salir hoy. ¿Puedo quedarme un rato corrigiendo aquí, en tu casa?

—¡Claro! Todo el tiempo que quieras.

Ana “zorra” Pérez salió de su escondrijo y, alargando la mano hacia la mesilla, se hizo con el mando a distancia del televisor. Oprimió el botón de encendido y, colocando la almohada de Rafael encima de la suya, se

distrajo con la tele para ir cogiendo fuerzas de cara a la perezosa tarea de desparasitarse. *Arranca y erradica la cama que llevas cosida a la espalda.*

Rafael utilizó la mesa de la cocina para corregir la prueba de matemáticas. No era el lugar más cómodo, porque no había entrado aún la luz del nuevo día y el tubo luminoso del techo, sin desmerecer sus pretensiones, era el eterno aspirante que sentía envidia de un “flexo pura sangre”.

Al cabo de veinte minutos, Rafael se sintió saturado y pensó que era el momento de recoger y marcharse. Se tomaría un buen desayuno y continuaría con su labor. Al ir a apilar los exámenes reparó en que, el que le tocaba corregir a continuación, era el de aquella puta de las tetas grandes (la que lo había ruborizado en los pasillos), cuyos servicios había contratado en más de una ocasión. Hasta el día del examen no sabía su nombre ni su apellido, pero, al entregar (y repetir, de paso, un provocativo lametón a sus propios labios), había memorizado sus datos. Había sentido la típica curiosidad del profesor por saber cómo se desenvuelven los alumnos que destacan en clase así como aquellos estudiantes más pintorescos.

Elena era pintoresca, desde luego. Rafael decidió evaluar su examen antes de marcharse. El primer ejercicio estaba mal, por lo que se sintió un poco decepcionado. *¿Qué querías, Rafael? ¿Que estudiara entre mamada y mamada?* Al avanzar en la corrección comprobó que aquel mal comienzo se iba equilibrando, porque muchos de los planteamientos eran correctos. Los resultados numéricos, sin embargo, reflejaban la nula destreza de la muchacha con la calculadora. O no ponía los paréntesis en su sitio, o usaba una calculadora jurásica. A Elena se le daba mejor sorprender y ridiculizar a la gente (se lo había demostrado el lunes, cuando le sacó los colores delante de dos profesoras) que las matemáticas.

Normalmente, Rafael intuía (deducía) la nota aproximada de cada examen a medida que iba avanzando en su corrección. Un alumno con dos primeros ejercicios, de un total de cinco, impecables y pulcramente redactados, siempre obtenía un sobresaliente al final. Dos primeros ejercicios sucios y desastrosos suponían la sentencia de muerte. ¡Nunca fallaba! La misma clarividencia funcionaba para los notables y los aprobados no dudosos. Pero el examen de Elena era dudoso, y eso, por un lado, le generó un poco de ansiedad, pero, por otro, lo hizo sentir juez, dueño del destino de la tetona. *¿Primero me la chupas y luego me humillas en público? Ahora soy Dios y estás en mis manos. ¿Perdón o castigo?*

Elena tenía menos de un cinco en matemáticas. Rafael no solía ser permisivo en estos casos, máxime cuando los resultados numéricos no coincidían con los correctos. En realidad, era consciente de que un buen

planteamiento es más importante que un resultado preciso. Aun así, castigaba injustificablemente los pequeños errores por el hecho de estar justo al final del ejercicio o de incidir en él. Esa era la enfermedad infectocontagiosa que padecía casi todo el gremio de matemáticos, y él no se había vacunado aún.

Buscando inspiración para tomar una decisión, pensó en las tetas de Elena. La izquierda le gustaba más, el pezón se ponía mucho más duro.

—Sí. Te volveré a contratar —susurró como un baboso.

Magnánimo, su rotulador rojo eléctrico estampó el número cinco sobre el nombre de Elena.

—¿Cómo te va?

La voz de Ana, que penetró en la cocina antes que sus sordas y descalzas pisadas, lo sobresaltó. Rafael le miró sus pechos, que apenas marcaban en una vieja camiseta blanca, y se convenció definitivamente de que volvería a telefonear a la "comerrabos".

—Ya me iba, pero te voy a enseñar algo.

—¿De qué se trata?

—Creo que es un farol que se ha marcado un alumno —dijo Rafael, a la vez que trataba de localizar ese examen entre el montón que había corregido—. No debería hacer esto, enseñar un examen es como violar la intimidad de los estudiantes.

—Pero no puedes resistir la tentación, ¿verdad? —salió Ana al rescate.

—Sí, escucha esto, es muy divertido. "Número total de hojas, cuatro. Si se pierde alguna tendrán que aprobarme, porque reclamaré".

—Oye, conozco muy bien tu sentido del humor. Te encanta exagerar las historias con adornos cómicos. ¡Seguro que eso no lo pone así, textualmente! Te lo estás inventando, tú sí que vas de farol.

—¿No me crees? —insistió Rafael; pero ya no podía contener la risa y se empezó a carcajear.

—¿Ves? ¡Lo sabía! Me lo estás leyendo "a lo Rafael", con tu estilo, con tu jodida ironía.

—Vale, vale, tienes razón, no pone todo eso. Quédate solo con la primera frase que te he leído. El problema es que solo ha entregado dos hojas, y él menciona cuatro.

—Está claro que va de farol. ¿Tú le crees?

—No sé, pero estas cosas me hacen sonrojar.

—¿Sonrojar? ¿Por un caradura?

—Es algo más serio, Ana. Las dos hojas son impecables, el examen

llevaba una tendencia hacia el sobresaliente.

—Sí, es extraño. Oye, Rafael, ¿puedes quedarte esta noche otra vez? Hoy regresaré temprano, estaré toda la tarde investigando desde mi ordenador.

—Me gustaría, pero, cuando termine de corregir, tengo que pasar las notas al ordenador. No solo las mías, sino todas las de mis compañeros. No te olvides que soy el coordinador de la PAU —presumió, orgulloso.

—Por favor, amor… Te necesito, estoy muy nerviosa estos días.

—De acuerdo. Me traeré el portátil y terminaré el trabajo en tu casa.

—¿Sabes qué? Creo que me estoy enamorando de ti, Rafael. Y eso no me gusta, me da miedo.

Rafael soltó el examen que aún sostenía sobre la mesa e invitó a Ana, con un gesto, a acercarse. Mientras se besaban, Ana Pérez miró de reojo el encabezado del examen.

Nombre: Bruno Barreto.

Bruno, su compañero de trabajo. Estos días estaba liado con la PAU. Zorra Pérez no pensaba decirle a Rafael que lo conocía. No pensaba influir, ni para bien ni para mal, en su decisión. Además, ese problema era de Bruno, y él tendría que buscar la manera de solucionarlo.

Palíndromo:

Lea farol a Ana “a lo Rafael”

Atada ve una nueva data

Don Urbano empezaba a impacientarse por la tardanza del muchacho. A Bruno ya no le quedaban excusas para seguir faltando al trabajo, los exámenes de PAU habían terminado ya, y, con ellos, la flexibilidad de la que había disfrutado.

—¿Vamos empezando nosotros?

—No, esperemos un poco más —respondió Ana con disimulada autoridad.

El viejo era impaciente por naturaleza. Se irritaba fácilmente si alguien llegaba tarde a una reunión con él; pero no por considerarla una actitud irresponsable. Cuanto más tarde llegara Bruno a la emisora, más tarde empezaría la reunión y más tiempo tendría que estar él allí. Don Urbano sentía fobia hacia “La Emisora Escrita”. De hecho, si bien admiraba el periodismo de investigación y, por supuesto, el indiscutible talento de Ana Pérez y Bruno Barreto, no le gustaban las formas que sus empleados usaban como herramientas de trabajo. Investigar estaba bien, presentar resultados, también. Su estómago podría tolerar, incluso, una sutil arrogancia de “La Emisora Escrita” por sus logros, pero sin estridencias. Lo que don Urbano no era capaz de digerir era el ruidoso y teatral sensacionalismo amarillista, del que Bruno y Ana parecían ser los inventores universales. Pero el jefe no podía prohibir la insana exhibición de las vísceras que desayunaban cada día, porque ese desayuno, esas mismas vísceras, eran las que alimentaban a “La Emisora Escrita”. Si la cadena de radio impusiera una dieta vegetariana, los carnívoros oyentes, ansiosos de sangre, la engullirían, aniquilándola (a la cadena, no a la dieta). Don Urbano no tenía refugios intermedios, solo adaptarse o morir.

Ana Pérez disfrutaba del estruendo ostentoso. Ella sabía que la emisora era suya, por lo menos en el plano de toma de decisiones. El dueño ponía el capital y firmaba, pero jamás se había atrevido a contradecirla. Zorra era consciente de que, al viejo, no le gustaba el explosivo impacto con que ella y Bruno detonaban cualquier noticia, por insulsa que pudiera parecer. Pero gracias a su línea de trabajo en casos como el del “emir cojo”, el dinero entraba a borbotones en “La Emisora Escrita”. Los periódicos se vendían como churros, y su dial de radio era el más sintonizado en las islas. *¿Quiere usted que saquemos esta noche un anuncio de sus yogures? Lo siento, señor, la franja publicitaria está toda copada hasta nuevo aviso.*

Don Urbano nunca intervenía en las discusiones que Bruno y ella solían

mantener. Al contrario, él estaba seguro de que su productividad era directamente proporcional a la frecuencia de las mismas. Tampoco opinaba respecto a los contenidos de los programas o a la forma de abordarlos. Lo dejaba para los profesionales, para eso les pagaba. Sin embargo, cuando tenían entre manos un asunto tan importante como este del secuestro (equiparable al caso del "emir cojo"), sí que le gustaba reunir a su personal, pero no por motivos estratégicos u operativos, sino para satisfacer su curiosidad y saber antes que nadie a qué se estaban enfrentando.

—Siento llegar tarde —se disculpó Bruno, entrando atropelladamente en la sala de reuniones—. Se me ha jodido la moto. ¿Solo estamos nosotros cuatro?

—Claro, Bruno —aclaró Ana—. Nadie más debe conocer lo que hacemos.

—Ya… Y ¿por qué la has implicado a ella? —preguntó, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la silenciosa Eva.

—He decidido… Quiero decir que, si a don Urbano le parece bien, deberíamos contar con ella. Puede sernos muy útil.

—¡Joder! ¿Ya empezamos, Ana? ¿Cómo que "si a don Urbano le parece bien", cuando ya te has adelantado invitándola a la reunión? No te ofendas, Eva, esto no tiene que ver contigo. Yo me alegro de que estés aquí.

—Entonces ¿te parece bien, Bruno? —preguntó Ana.

—¿Me preguntas a mí antes que a don Urbano? ¿No decías que contar con Eva dependía de su visto bueno?

—Yo estoy de acuerdo, siempre que Eva prometa guardar silencio —intervino el jefe, más por decir algo que por posicionarse. *Me la suda si Eva entra en el juego o no. Solo quiero que nos demos prisa, porque ansío tomarme un whisky en Puerto de la Cruz.*

—Está bien, Ana. Yo quería disculparme por no haber sido de mucha ayuda en la tarde de ayer, pero quería sacarme de encima el rollo este de la PAU. ¿Tienes algo?

—Sí.

Eva y don Urbano la miraron, intrigados.

—¿Y…? —apremió Bruno.

—Tengo una pista. Por eso decidí que lo mejor era contar con Eva. Recuerda que ella es nuestra experta para meterse en las casas.

—¿Meterse en las casas? —se escandalizó don Urbano—. ¿De qué demonios estáis hablando, chicos?

—A veces hay que meterse en sitios para conseguir información —

explicó Bruno—. Si no llega a ser por Eva, el emir cojo seguiría metiendo cocaína en los cerebros de jóvenes menores que yo.

El estómago del viejo se descompuso ante el agresivo antibiótico que le estaban suministrando. Sin pensárselo mucho, colocó la mano derecha en su diafragma y lo presionó. Un tremendo y ruidoso eructo le permitió recomponerse un poco.

—¿Habéis entrado “en sitios”? ¿Casas incluidas? Pero… ¡Eso es allanamiento de morada, jóvenes! ¡Es ilegal, por el amor de Dios! ¡La empresa puede verse salpicada!

—Tranquilo, jefe —añadió Bruno—. Con Eva estamos seguros, nunca la han pillado.

—¡Por supuesto que no! Si la hubiesen pillado no estaría aquí. Aun así, es un riesgo enorme.

—Con todos mis respetos, o utilizamos a Eva y a su habilidad, o llamamos a Girard para despedirnos —pronunció Ana con su sentencioso tono, al que don Urbano jamás replicaba.

—Está bien, pero yo no quiero saber nada de los detalles. Mi tripa no lo toleraría. Creo… Creo que me acaban de entrar ganas de cagar. Deben ser diarreas. ¿No os importaría continuar sin mí? Luego me pasáis un informe.

Desde luego, a ninguno de los tres le importaba continuar sin el jefe. De hecho, era lo mejor para que no los estorbara en el avance de la investigación. No se trataba de que el viejo fuese a interrumpirlos constantemente; en ese sentido, solía ser bastante considerado, ya que le importaba un pito lo que ellos hacían. Pero sí que tenían que agradecer su ausencia porque, con ella, se libraban de los ruidosos, asquerosos y olorosos pedos con los que ambientaba las reuniones.

Bruno salió a la vez que don Urbano (aunque este corría, apurado), pero regresó al cabo de tres minutos con tres cafés calientes, que desconsolaban desde tres vasos plásticos con tapa y cañita.

—Estás muy callada, Eva, ¿tú qué opinas? —preguntó el joven.

—Pues… Ana me ha contado que han secuestrado a una persona y que lo estáis investigando. Sabes que eso, a mí, no me excita como a vosotros.

—¿Crees que Ana y yo nos corremos de gusto ante un secuestro?

—No es eso, Bruno, pero lo mío son los deportes. Míralo de esta forma. En pocos días, “La Emisora Escrita” ha tenido dos éxitos sonados, y el viejo sí que se corre por estas cosas. Uno de esos éxitos ha sido el desmantelamiento de un grupo destinado al crimen organizado, la operación “emir cojo”. Pero también hemos tenido bastante repercusión por una simple entrevista a una niña retrasada que solo sabe andar encima de una tabla de windsurf. Sin movernos de aquí, sin gastos para la empresa.

Eso es lo que me pone a mí.

—Si no llega a ser por la operación “emir cojo”, tal vez no nos hubieran hecho tanto caso, Eva —apuntó Ana—. Eso sí, reconozco que hemos tenido habilidad para conmover. El desvío de dinero del fútbol al deporte de la vela es un bombazo. En todo el país se está hablando de “La Emisora Escrita”. ¿Sabéis una cosa? Yo he venido de un programa nacional importante, pero no lo he hecho para llevar una vida más tranquila. Quiero que “La Emisora Escrita” sea el medio de mayor prestigio en España, y haré lo que esté en mi mano para conseguirlo.

—Y eso será… ¿gracias a ti, Ana? —preguntó Bruno, irónico.

—Gracias a todos nosotros. No quiero pecar de vanidad, aunque me concederás que mi programa, el de televisión, se hundió cuando yo me fui. Y “La Emisora Escrita” despuntó cuando yo llegué —sentenció.

—Hubo una limpia, Ana. Don Urbano echó a mucha gente y contrató a otra. No olvides que yo entré casi a la vez que tú. ¿Seré yo el genio?

—No nos desviemos, tengo prisa —interrumpió la redactora de deportes.

—¿Prisa? —preguntó Ana—. ¿Para qué?

—Para preparar el programa de mañana. Tengo que llamar a unos…

—¡Espera, espera! ¿Acaso no te dije que tendrías que entrar en un domicilio?

—Sí, bueno, lo haré. Tardaré el menor tiempo posible en hacerlo.

—El problema, Eva, es que la casa en cuestión no está en Tenerife.

—¿Cómo? ¿De qué se trata? ¿Tengo que desplazarme a Las Palmas? ¿Cuándo?

—A Madrid, al municipio de Guadarrama.

Eva se quedó paralizada por el cariz que tomaba el caso. Ella se movía como pez en el agua a la hora de registrar una propiedad privada, pero no creía estar preparada para acometer una misión tan difícil. Salir de Tenerife lo cambiaba todo. Interrogó a Bruno con la mirada, pero este negó con un gesto.

—O sea que tú tampoco sabías nada de esto —dijo ella.

Bruno se levantó y se puso a caminar por la sala de reuniones mientras saboreaba su café. Observó a Ana Pérez. Sabía que estaba esperando a que Eva le rogase más detalles, pues a la periodista le gustaba sorprender a base de soltar los misterios a cuentagotas.

—Explícate, Ana. ¿Sabemos quién envió la carta?

—¿Recuerdas la inscripción que había dentro del sobre?

—Sí, Trapus la descubrió. “Roberts&Ariadna”. ¿Lo has investigado ya? ¿Cómo es que no me habías llamado?

—Quería que te centraras en la PAU. Verás, se trata de una empresa dedicada al diseño, y que opera en la costa mediterránea. Fundamentalmente en Cataluña, Baleares y toda la costa levantina. Pues he hecho un descubrimiento sorprendente.

—¿De qué se trata? —se desesperó Eva, incómoda.

—De Ariadna. La mujer que le da medio nombre a la empresa se llama Ariadna Martí. ¿Sabéis qué? Su familia tiene una casa en Guadarrama.

—¡No jodas! —expresó Bruno.

—¿Qué te parece, Eva? ¿Estás preparada para irte?

—Verás, Ana… Hay un problema. Yo… me niego a cumplir esta misión. No, no estoy preparada.

—¿De qué demonios hablas? —se quejó Bruno—. ¡Nunca te has negado! ¡Vamos, Eva, sabes que tienes que hacerlo! ¿Qué pretendes? ¿Que el viejo te dé una patada y una liquidación? ¡No será que ya no confías en tu profesionalidad a la hora de meterte…!

—No es eso, Bruno. Es un tema psicológico. No estoy preparada.

—¿Para robar? ¿Te refieres a remordimientos de conciencia? —dedujo Zorra Pérez—. ¡Espero que esto no se trate de que te ha captado alguna secta religiosa, Evita!

—Tengo pánico a volar.

El discurso de Bruno y Ana sufrió un impacto inesperado. ¿Era eso? ¿Miedo a volar? ¡Vaya tontería! Habían creído, por un instante, que se trataba de algo más serio.

—Lo siento.

¿Lo sientes, Eva? ¿Cuántas veces te has subido a un avión? —profundizó Bruno.

—Solo seis o siete, a lo sumo. La última vez, el piloto hizo un aterrizaje de emergencia. El hijoputa aquel me traumatizó.

Y—a puedes ir a la farmacia a por un tranquilizante, Eva. Vas a ir a Madrid, es una orden —impuso Ana—. ¡Se acabaron las evasivas!

—¿Una orden? ¡Tú no puedes darme órdenes, Ana! ¿Dónde coño te crees que estás?

—Indirectamente, es una orden de don Urbano, Eva —apoyó Bruno—. Él le ha dado la batuta a Ana, y si ella dice que vayas a Madrid, irás. Porque, en caso contrario, me temo que nuestra dura e implacable compañera hablará con el jefe. Te echará, no lo dudes; Ana es muy convincente, y tiene al viejo comiendo de su mano.

—¿Yo? ¡Yo no le llevo putas a su casa!

—Está bien, no quiero perder mi trabajo, pero consideraré esto como una amenaza. Algún día me lo vas a pagar, Ana.

—Vamos, Eva, no lo tomes así. Ana Pérez es como una jodida enfermedad vírica, ya se te pasará. Solo has de mentalizarte en que te subirás a ese avión.

—Bien, estaré unos días con un psicólogo y me tomaré un bote de pastillas. ¿Cuándo me voy?

—Ahora, así que olvídate de psicólogos. Tienes billete reservado para el avión que sale dentro de una hora.

—¿Qué? —gritó, con un terrorífico alarido.

—Y la vuelta la tienes para esta misma noche, así que el registro lo harás a mediodía o bien a primera hora de la tarde.

—¡Joder! —dijo Eva, levantándose para dirigirse al túnel del miedo, pero caminando con mucha dificultad porque las piernas le temblaban.

—Lo que quiero que hagas es que registres la casa.

—¿Qué tiene que robar, Ana? ¿Has averiguado algo más? —se interesó Bruno.

—No lo sé, buscamos alguna pista; cualquier cosa que encuentre.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Eva, irónicamente—. ¿Un suvenir te vale? Podría traerte un trapo de la cocina con una estampa serigrafiada de la sierra. Si no me das más datos, yo…

Ana Pérez abrió su carpeta personal y extrajo un sobre acolchado. Se lo extendió a Eva y esta lo cogió.

—Aquí tienes el resumen de la historia en la que andamos metidos, incluida una misteriosa carta matasellada en Guadarrama. Y, por supuesto, la dirección del domicilio en cuestión. Lee el informe en el avión y luego lo destruyes. Tendrás que buscar algo relacionado con la chica secuestrada, o con Tenerife, o… No sé, lo que sea. Si tienes alguna duda, me telefoneas.

—¿Quieres que registre a plena luz del día? Sería mejor esperar a la noche y regresar mañana.

—No, la casa está deshabitada. Os dije que se trataba de una casa familiar, una herencia, pero allí no vive nadie.

—Vámonos, Eva —se ofreció Bruno—. Te llevaré al aeropuerto.

Palíndromo:

¡Avisa, ve! ¡Avisa, ve! Eva sí va, evasiva

**

Se encontraban en el despacho de Trapus, porque Susana no quería convertir su casa en el centro de operaciones. Le avergonzaba reconocer que, la presencia del detective y los periodistas, le había generado cierta incomodidad, como si ella fuese víctima de una invasión de entrometidos que violaban su intimidad. Pero eran unas sensaciones injustas. Ellos habían acudido a una llamada de socorro, para ayudarla. Decidió compartir con Marcelo Girard esos sentimientos que la atormentaban, tratando de buscar su perdón o consuelo para purificarse la cabeza.

—Señor Girard, tengo que confesarle algo. Ayer me sentí como una intrusa en mi propia casa. Ustedes tres planificaban e intentaban destripar la carta, pero yo no aporté nada porque no sirvo para estas cosas. Si no fuese mi hogar, podría decirse que sobraba allí. Por eso he preferido reunirme aquí con usted.

—Pues… no creo que sea una buena idea, señora Mesa Serafín. Pero, si insiste, por mí no hay inconveniente.

—No se trata de que no quiera invitarles a mi casa, entiéndalo. Es… Me gustaría invitarle a usted, pero a un almuerzo. Y con Ivana. Son las circunstancias las que me agobian.

—Cuando acabe todo esto, les recordaré a la señora Suárez y a usted esta promesa del almuerzo.

—¿Por qué ha dicho que no es buena idea reunirnos aquí? ¿Cree que le voy a espantar a los clientes? Ahí fuera no he visto ninguno. Si entra alguien, yo podría esperar, o marcharme, así que…

—No se trata de eso. Mi opinión no se centra en repudiar mi despacho, sino en preferir su casa. Podría… No sé, el secuestrador podría llamar. Aunque no lo creo, ya nos ha hablado con la carta.

—No lo había pensado. De acuerdo, a partir de ahora hablaremos en mi casa.

—E instalaremos un contestador telefónico de mano para que nos permita grabar la llamada, si es que esta se produce. Intentaré que se encuentre usted cómoda allí, señora.

Desde su silla, Susana observó cómo el sol acribillaba la única ventana de la estancia, lo que hacía que esta se infectase de un calor insoportable. Después de todo, en su domicilio estarían más fresquitos. Ahora entendía las dos razones por las que el detective siempre estaba sudando. Trapus era como las pilas recargables, se pasaba unas horas enchufado al despacho para, después, ir usando y soltando toda esa energía calorífica (a lo largo del día) en forma de repelente y pegajoso sudor. Hasta descargarse del

todo. El otro motivo de sus excesivos fluidos parecía voluntario, como si al detective le gustara exhibir sus excreciones corporales ante los demás. Se trataba de aquella desfasada ropa. El verano estaba entrando ya, pero Trapus seguía enfundándose camisas abotonadas de manga larga, probablemente diseñadas tres décadas antes, protegidas por sus ridículos y antiguos trajes de chaqueta y (hortera) corbata. Ese era Girard, una indumentaria con tres décadas de antigüedad; o una de modernidad. Si se hubiese vestido en los años setenta (en vez de en los ochenta), la ropa habría cumplido el ciclo y estaría otra vez de moda.

—¿Ha descubierto usted algo? —preguntó, ansiosa.

—Solo lo que le he contado por teléfono. No es mucho, pero podría ser un buen punto de partida.

—O sea, que… solo tenemos un sobre con una inscripción, que puede haber salido de cualquier sitio.

—Sí. Y la confirmación de que la señora Suárez se subió a ese avión.

—La señora Suárez es mi mujer. ¿Podría usted decirme "su mujer"? ¿O Ivana? ¡Parece que le cuesta mucho!

—Intentaré llamarla Ivana.

—¿Y "su mujer"? ¡Supongo que no tendrá usted prejuicios contra las bisexuales y, por eso, le incomoda decirlo!

Susana observó el aspecto paleolítico del detective, ropa incluida, y ella misma se contestó.

—Pero, si le digo la verdad, no me sorprende.

—Yo respeto mucho su decisión, señora Mesa, aunque no la comparto.

—¿No la comparte? ¿Quién es usted para compartir o no mi decisión?

—¡Oh! No me malinterprete, no estoy en contra de que viva en pecado con la señora… Con Ivana.

—¿En pecado? ¡Esto es increíble!

—Solo es una forma de decirlo, una simple expresión. Para mí no es ningún pecado, Susana.

—Pues menos mal. ¡No sabe el peso que me quita usted de encima!

—Yo me refería a que es usted una mujer muy bella. No se lo tome a mal, solo es un piropo; no la estoy intentando cortejar.

Susana no daba crédito a lo que estaba escuchando. Conocía a Trapus, sabía que era un personaje resurgido del caricaturesco mundo de los albañiles de la época franquista, pero a veces fabricaba unos diálogos tan absurdos que era difícil, incluso, replicarlos.

—¿Quiere decir que Ivana es fea y no tiene derecho a estar con una

mujer guapa? ¿Es eso?

—No, lo que yo pienso es que es usted un desperdicio.

—¿Qué? ¿Cómo me ha llamado?

—¿A qué se refiere?

—¿Me ha llamado desperdicio?

—Bueno, no sé qué sentido le está dando usted. Disculpe si he dicho algo inoportuno, pero es que, a veces, no comprendo del todo algunas expresiones castellanas. Recuerde que soy de origen francés, y ese es el idioma que más domino. Lo que le decía, una mujer hermosa en manos de otra mujer está desperdiciada para los hombres. Es una pena para nosotros.

—Le aseguro, detective, que no debe apenarse, porque, si estuviese con un hombre, usted no entraría en la lista de candidatos.

Susana se arrepintió por la deriva de la conversación que ella misma alimentaba con sus reproches. Trapus era tan moderno y hortera como su propia canción favorita, una bailable música que lo había hecho triunfar en las discotecas, cuando era joven. En aquellos tiempos era el rey. En la pista de baile, la gente se arremolinaba a su alrededor, expectante. *"Fly, Robin, Fly"… Señoras y señores, pasen y vean. Hoy cobramos entrada, tenemos la actuación de un humorista, en directo… ¡Ja, ja, ja! ¿Habéis visto qué ridículo baila ese enano?* Era injusta con aquel cavernícola, no podía exigirle más de lo que él podía dar. Trapus era feliz con sus piropos y pensaba que las mujeres como ella los agradecían. *Déjalo tranquilo con sus pajas mentales*. ¿Para qué discutir con un personaje así, todo un viajero del tiempo? Además, estaban triturando un tiempo irreparable.

—Siento mucho lo que acabo de decirle, detective. No debe usted tenerlo en cuenta.

—¿A qué se refiere? —preguntó él, perplejo. *¡Joder, qué lento!*

—Pues… Yo elegí a un candidato, pero me equivoqué. Preferiría a diez hombres como usted antes que a uno solo como Raúl.

—Para mí es todo un honor escuchar sus palabras —dijo, al tiempo que se sonrojaba.

—Respóndame a una cosa, detective. Usted es muy listo. ¿Por qué estamos perdiendo el tiempo? ¿Por qué hablamos de temas intrascendentes?

Trapus agachó la cabeza.

—Porque no tenemos nada, ¿verdad? ¿De qué vamos a hablar? ¿De cómo se encuentra ella? No se nos ocurre nada para avanzar y nos dedicamos a regalarnos una terapia de grupo.

Más silencio.

—Va a morir, ¿verdad? —Las lágrimas asomaron, pero no se atrevieron a salir. Era el momento de currar, ya habría tiempo para las emociones.

—No lo creo, Susana. ¡Ah! Me olvidaba de una cosa. He hablado con ese profesor que se llama igual que yo.

—¿De qué me está hablando ahora? —preguntó Susana, confusa por el incomprensible giro de la conversación. Pero enseguida comprendió lo que Trapus le estaba diciendo—. ¿Se refiere a…?

—Al señor Marcelo Cejudo, el profesor de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla. Me ha dicho que no sabe nada de la señora Suárez…, de Ivana…, desde hace años.

—Así que… sabemos que llegó a Sevilla pero no se reunió con él.

—Exacto. Subió a ese avión, aterrizó allí, pero la secuestraron antes de llegar al tanatorio.

—No es mucho, ¿verdad?

—No, señora. Solo son descartes.

—Un día menos, y la investigación no avanza. Quedan tres días y estamos de brazos cruzados, atascados. ¿Qué se le ocurre que hagamos?

—Esperar y mantener la esperanza.

—¿Mantener…? ¡Cojones! —gritó, provocando que Trapus saltara de la silla y se pusiera a sudar de pie—. ¿Esperanza? ¿No es mejor, entonces, que vayamos a una iglesia a rezar por Ivana? ¡Los detectives buscan pistas, no videntes!

—No, señora Mesa, lo que quiero decir es que estoy esperanzado con los resultados que puedan conseguir los reporteros. Se están encargando del sobre y… No sé, pero la pista podría ser buena. Recuerde que el secuestrador dice que podríamos pillarlo si somos listos. Eso quiere decir que ha dejado su rastro a propósito. Debe ser un individuo muy suficiente y seguro de sí mismo, creerá que va a ganar la partida, pero lo vamos a evitar, ya lo verá.

—¿Habla usted de un loco?

—Eso es lo que parece. Además, se arroga el título de “asesino del rap”, un personaje, con todos mis respetos a usted, que alcanzó la fama en toda Canarias.

—Por culpa de la prensa, que endiosó al cabrón de Raúl —apuntó Susana.

—Pues eso, si es un loco y está jugando, tenemos una ventaja. Los locos siempre cometen errores. Pero, aunque no estuviera loco, los dioses exhibicionistas arriesgan más de la cuenta. Y no me cabe duda de que este

tipo trata de exhibirse; busca llamar nuestra atención.

—No lo busca, señor Girard, ya la ha llamado.

—¿Y la niña? ¿Ha descubierto algo oculto en esa carta?

—¡Detective! Le dimos la carta ayer, a última hora, y ahora está en el colegio. No puede haber tenido tiempo para descifrar ningún enigma. Por lo menos, no ha tenido tiempo para contármelo. ¿Qué se cree, que me telefoneó a medianoche?

—No, claro.

—Por favor, deme cinco minutos, Marcelo. ¿Puedo entrar en el cuarto de baño?

—Pues… no está muy limpio, no se lo aconsejo.

—No importa. No voy a cagar, sino a llorar.

Trapus se revolvió en la silla. *¡Qué pena! Una gran dama contaminada por la ordinariez de la calva exrapera.* Susana entró en el minúsculo receptáculo, donde solo había un lavabo en miniatura y una taza amenazada desde lo alto por una antiquísima y oxidada cadena. Se fijó en los asquerosos pegotes de porquería que acumulaba Girard, uno sobre otro, cada vez que iba al baño, completando su propia colección escatológica. *Yo digo la palabra "cagar", detective, pero usted es un violador de retretes.*

Susana quiso bajar la tapa para alejar aquella guarrada de su vista, pero no había tapa. Eso sí, extrajo algo positivo de la situación. La impactante visión ayudó a que se olvidase de llorar, que era el motivo que la había encerrado en la pocilga de Trapus.

En la puerta del baño había una llave de color amarillo. Tenía que ser relativamente reciente, pues todo el resto del despacho parecía haber sido amueblado y decorado en una época muy lejana, cuando aún no existían las llaves amarillas. Recordó aquel manojo de llaves de juguete que le regaló su "tío-pederasta-Jorge" cuando era una niña. Una de ellas abriría su corazón, eso decía él, pero cuando Susana dio con la llave mágica, esta permitió colarse a la segunda estafa de su vida. Claro, las propias llaves eran una estafa, se las había regalado el primer estafador. Cuando Susana se deshizo de las llaves, de su pasado y de sus monstruos, entonces llegó Ella. Y comprendió que su corazón estaba abierto, ya no necesitaba un juguete absurdo para guiar sus sentimientos.

Con Ivana había compartido muchas cosas, a pesar del poco tiempo que llevaban juntas. Cosas que jamás pensó que podrían ocurrir. Cosas tales que, si Girard las escuchase, acabaría vomitando en su asquerosa receptora sin tapa. Recordó la semana en que Ivana enfermó como consecuencia de una extraña infección que, según entendió, solo podía pillarse allí, en la zona sur de África, y ellas no se habían vacunado. Susana era muy buena

poniendo inyecciones. Sandra, su madre, toda una experta en su vecindario, la había enseñado. Los antibióticos que tenía que inyectar a su mujer tenían toda la pinta de causar dolor. Pero Susana, con una ternura indescriptible, metía la aguja sin que la exrapera lo notase. Luego introducía el líquido a cámara lenta, gota a gota, con mucha paciencia. *¿Ya está? No me he enterado de nada*. Después de retirar la aguja, le daba un enérgico y prolongado masaje en la zona del pinchazo para que el antibiótico no se quedase allí, apelotonado, y se dispersase. Por último, Susana besaba las nalgas de Ivana. Ambas nalgas, una y otra vez. Ella, a veces, reía a carcajadas por las cosquillas que le producían los besos. ¿Qué pensaría Girard si se enterase de esto?

*

—Insisto. ¿Qué podemos hacer ahora, señor Girard?

—No se me ocurre otra cosa que esperar. Y seguir escudriñando la carta, por supuesto.

—Un día menos. ¡Y sigo atada de pies y manos!

—Señora Mesa, tiene que tomarse las cosas con calma. Sabe que cuenta con todo mi apoyo, así que usted…

—¡No puedo tomarme esto con calma! ¿Es que su cabezota no lo entiende? ¡Tienen a mi mujer, y amenazan con matarla!

Trapus se limitó a agachar la cabeza. Susana lo miró y pareció recapacitar, pues él, al fin y al cabo, estaba a su lado para ayudarla.

—Lo siento, Marcelo. Esto me ha puesto muy nerviosa y me supera; no puedo más.

—La entiendo perfectamente.

—Y encima… tengo un jodido lunar granulado en la cara, y cada vez me pica más. Pero, aunque esté acojonada, ahora no puedo pensar en ir a un dermatólogo.

—Eso no será nada. Últimamente, yo me he hecho un montón de pruebas, y ningún diagnóstico ha sido maligno.

—¿Maligno ha dicho?

—Sí, hoy mismo he recibido los resultados de una gastroscopia y solo tengo gastritis causada por una bacteria llamada helicobacter pylori. Así que no se preocupe, señora Mesa. ¡Ya verá como ese lunar que tiene será por algo!

Susana se quedó muda de asombro, y no fue capaz de replicar a semejante sandez. ¿Por algo? ¡Por supuesto que será por algo!

—Otra cosa más, señora. Aunque este asunto del secuestro no saliera bien, sabe que podrá encontrar en mí un hombro en el que llorar —ofreció el atento Trapus.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer. Me estoy turbando con este metepatas, animal, bruto, falto de tacto —dijo Susana entre dientes, para que él no lo oyera. Luego se fue del despacho del detective sin despedirse.

Palíndromo:

O bruto o turbo

Mediodía ido, ídem

Había sido el último día de colegio. El curso, por fin, había terminado. Quedaba la fiesta de mañana, sí, pero a Julieta no le gustaban los festejos de fin de curso. A Paci sí, y no paraba de rogarle a Juli, una y otra vez, que fuese con ella.

María de la Paz era una adicta-dependiente de su amiga. En el colegio se sentía feliz y protegida porque Juli la defendía ante cualquiera que se metiese con ella. También Maru era amable con Paci, pero Maru jamás intervenía en los conflictos escolares. Estaba por encima de las niñas de su edad (y de sus conflictos, claro), ella era una campeona y ponía una barrera que la elevaba a los altares, y desde allí, desde lo alto, observaba su entorno, distante, sin intervenir en él. Lo mismo que Dios.

—¿Nos vamos, Paci? —insistió Julieta.

—Espera un momento.

Paci quería despedirse de Maruja, su ídolo, su referente en el mágico mundo de las olas. Si no conseguía convencer a Julieta, tampoco ella iría a la fiesta de despedida porque se aburriría. Tenía que ver a Maru, por si acaso. Además, tenía entendido que, quizá, el próximo curso no coincidirían en la misma clase, porque a ella le iban a repetir las mismas asignaturas y los mismos contenidos con los mismos libros, mientras que Juli y Maru pasarían a un nivel superior. Algún día, ella también llegaría a ese nivel, pero le aterraba no tener amigas en su clase.

—¡Adiós, Maru! ¡Feliz verano! —expresó, emocionada—. A lo mejor no vengo mañana.

Maruja le dio dos besos y también le deseó que pasara unas buenas vacaciones. Paci se puso muy contenta; Maru nunca le deseaba nada malo.

—A lo mejor nos vemos en alguna playa con las tablas —le dijo Paci, soñando despierta.

—Ojalá. Si nos vemos te retaré a una carrera, pero me tienes que dar algo de ventaja, campeona —bromeó Maruja.

—¿Campeona? ¡Maru la había llamado campeona! ¡Y quería competir con ella, las dos solas! Flotando, Paci llegó a la altura de Julieta con un rostro pasmado.

—¿Qué te ocurre? ¿Has visto un fantasma?

—¡Me ha llamado campeona, Juli!

—Anda, vamos. Tu madre debe estar esperándonos en la puerta.

Aurora tenía dos hijos. Estaba volcada en la pequeña porque necesitaba todas las atenciones, pero era consciente de que había descuidado la educación y la ayuda hacia Pipo. El muchacho iba avanzando en el instituto, aunque, eso sí, a trompicones, pero Aurora no tenía tiempo para empujarlo. Él estaba acostumbrado a salir adelante por sí mismo. Había crecido falto de cariño por la línea materna. Su padre sí que le había dado mucho afecto, aunque, como siempre solía llegar tarde del trabajo, no resultaba suficiente. Tras su muerte, Pipo se sentía solo. Aurora se mortificaba, porque sabía que Pipo, aunque nunca se había atrevido a verbalizarlo, la odiaba, ya que ella, su madre, había elegido. Se había decantado a favor de uno de sus dos hijos, y esa era la mayor crueldad que podía cometer una madre. Pipo no la perdonaría jamás, pero ahora, a los quince años, ocultaba profundamente sus reproches, esperando el momento oportuno para escupírselos todos junto a Aurora. Esa introversión era el arma mortífera de su hijo, una aparente indiferencia hacia ella que la mataba en vida. Quince años era una edad muy complicada. Pero poco podía hacer al respecto, Paci la necesitaba.

Curiosamente, todo el rencor de Pipo estaba concentrado en su madre. A su hermana la adoraba, y se había alegrado más que ella misma cuando consiguió el segundo puesto en la regata del domingo. Él no había podido verla porque aún no había regresado de Italia, del viaje de fin de curso. Hubiera sacrificado aquel improductivo viaje a cambio de ver su cara de alegría. *Total, todas las chicas de mi clase me dieron calabazas. Dicen que soy muy raro*.

A Julieta no le gustaba Pipo. Pero le gustaba Pipo. La paradoja no la alteraba, ni mucho menos, ella era experta en construir e interpretar paradojas; eran parte de la vida emocional. El hermano de Paci siempre la había mirado de un modo extraño, con unos ojos inquietantes que ella no estaba segura de saber interpretar. *Una mirada no es una paradoja, es una intención*. O, quizá, se negaba a hacerlo por miedo a descubrir algo sórdido. Pero la balanza se equilibraba con Paci, él era muy bueno con ella, el mejor hermano al que se puede aspirar. Paci lo necesitaba y lo adoraba, y él no escatimaba en darle cariño y felicidad. El cariño que él nunca había recibido de Aurora. Siempre jugaba con su hermana a aquellos juegos infantiles que su limitada cabeza le permitía comprender y disfrutar: el divertido juego de cartas (dos con dos, y con tres, y con cuatro); la guerra de almohadas; las bolas con números que caían desde dentro de un globo enrejado para que ellos pusieran fichas en un cartón; de oca a oca y tiro porque me toca…

Sin embargo, cuando Juli estaba presente, Pipo se volvía retraído e incómodo, y se escondía. A veces Julieta tenía la impresión de que se

alejaba para espiarlas, pero solo era una sensación, no una evidencia. Los padres de Julieta eran abogados, y sabía, por ellos, que sin pruebas no se podía acusar a nadie. Ella no estaba muy de acuerdo con esa norma. Sin pruebas sí que podían hacerse acusaciones. Otra cosa era que estas sirviesen para procesar al acusado, pero, tal vez, lo alertarían, y, si se sentía amenazado, quizá no volviese a delinquir. *Tendrías que haber denunciado a Raúl, pero no a tu padre mediante un criptograma, sino al policía bajito y rechoncho mediante una explicación, y estarías viva, Ale*.

Subieron al coche de Aurora para alejarse del colegio y del curso escolar. La madre de Paci había invitado a Julieta a almorzar, ya que sus padres estaban muy liados con el trabajo y no habían tenido tiempo de dejar comida preparada. En lugar de meter el coche en el garaje, Aurora las dejó en la puerta de la casa y les comunicó que tenía que pasar por el supermercado antes de prepararles el almuerzo.

—Tu hermano abrirá.

Pipo había terminado las clases antes que ellas, antes del viaje de fin de curso. Julieta lo notó muy alterado, más que otras veces.

—Rápido, Paci. Mamá dijo que te fueras bañando desde que llegaras. Ella no tardará mucho en venir.

Paci obedeció. Fue a su habitación a por ropa y se encerró en el cuarto de baño. Julieta se quedó en la sala, esperando. Extrajo la carta de Ivana, que llevaba oculta dentro del libro de Conocimientos del Medio, y le echó un vistazo. Se trataba de un acertijo muy complicado, nunca había visto nada igual. Seis pistas, seis palíndromos, y el primero se había materializado por sí solo, o eso, al menos, es lo que parecía.

1) A Don Urbano, tetona BrUNO da
2) Así pone coDOS o doce no pisa
3) A casa, cuTRES, o coser tu casaca
4) AdeCÚA TROno, honor tau ceda
5) Oral a ese calabaCÍN COrrígele, elegir roc, ni cábala cese al aro
6) A ti reparan, aviSEIS oreja pajero, si es Ivana raperita

¿Cómo era posible? En la carta, el secuestrador presumía de adivino, tenía dotes para leer el futuro; eso es lo que quería que pareciera. Ale no creía en la brujería ni en la magia. Julieta tampoco, pero no por convicción propia, sino por imitación. Por culpa de Ale. El cerebro de Ale parecía perfecto; su razonamiento, inapelable. Igual que Julieta, solo aceptaba lo que podía demostrarse científicamente. Pero, eso sí, Alejandra se había visto obligada a aceptar hechos extraños, aunque no pudiesen demostrarse, y eso molaba. Siempre habría una explicación, aunque hubiese que esperar al futuro para conocerla. Alejandra era paradójica. No creía en las

premoniciones, excepto en las suyas, a las que (decía) el futuro daría una explicación algún día.

¿Y si el secuestrador era capaz de visualizar el futuro, como Ale? Ale era capaz de proyectar el futuro inmediato. El secuestrador, en tal caso, tendría una capacidad mucho más desarrollada, porque podía anticiparse con varios días de antelación. Todo era posible, y Julieta no estaba dispuesta a rechazar ninguna hipótesis. *¿Por qué te estás engañando? ¡Tú no crees en estas idioteces! ¡No se puede adivinar el futuro!*

La niña daba por hecho que el detective o los reporteros estarían investigando a todo aquel que supiera que eso de la prostituta iba a ocurrir. Salvo a Bruno, ella no conocía a los personajes, ni a los mencionados (Elena y don Urbano) ni a los colaterales. Su labor era descifrar, no investigar a las personas.

Del resto de palíndromos, no entendía a qué se referían. Quizá, si contara con más información… Pero Girard le había asegurado que no había mucho más. Solo el último era inquietante, porque nombraba explícitamente a Ivana, y no le gustaba nada su contenido; aunque podría significar cualquier cosa. Tampoco le gustaba nada la sensación en la nuca.

En su propia nuca, sabía que, en estos momentos, tenía unos ojos clavados. Pipo. Quizá eso contribuía a que su cabeza estuviese tan espesa y no fuese capaz de encontrar ni una sola pista.

Julieta abrió la mochila y volvió a esconder la carta dentro del libro de "Cono". El extraño joven quinceañero estaba por allí, detrás de alguna puerta, espiando. Lo presentía. Dado que Paci se estaba bañando y Aurora tardaría en regresar, decidió ponerlo a prueba para que se avergonzara de su extraña actitud. Julieta se dirigió a él, pero sin miedo. Pipo no la asustaba, no era más que un adolescente introvertido y complicado. Quizá enfermizo, pero inofensivo. La tranquilidad y la decisión de Julieta, seguramente, pudieron ser las causantes de que Pipo interpretara la llamada (a su conveniencia) como una invitación.

—¿Vas a salir de tu escondite? Sé que me espías. ¡Venga, atrévete a salir!

Surgió de detrás de una cortina, muy cerca de ella, y Julieta se llevó una tremenda impresión. El corazón se había disparado, incontrolable. La cara de Pipo era amenazante, salvaje, mientras caminaba hacia ella con los ojos hinchados de deseo. Traía su pito en la mano, muy erecto, y Julieta miró hacia él. Primero le estudió la cara y leyó sus intenciones. Luego le miró el pene. Después, de nuevo, la cara, cada vez más cercana. Todo ello en décimas de segundo. Dio cuatro pasos hacia atrás, casi corriendo, y alargó la mano para invitarlo a detenerse.

—¡Espera! ¿Qué pretendes? ¿Cómo se te ocurre hacer esto delante de

tu familia?

Textualmente era mentira, pero, emocionalmente, aquella era su casa y allí estaba su hermana. Su madre estaba a punto de llegar. Julieta había sabido jugar la mejor carta que tenía, había aprendido con Ale a manejar situaciones de este tipo. Pipo se detuvo, confuso, internándose en un profundo laberinto emocional que le impedía ver la salida.

—¡Tú me llamaste! —se atrevió a decir.

Julieta seguía trazando la siguiente jugada a gran velocidad. Había conseguido capturar al muchacho, aprisionándolo entre sus contradicciones mentales. Ahora tenía que tener mucho cuidado, porque, si apretaba las cadenas, podría reventar, y las consecuencias serían terribles para ella. Lo inteligente era ofrecerle a Pipo una salida digna, una luz en la oscura caverna donde Julieta lo tenía secuestrado. *¿Le darán a Ivana una oportunidad así?* Así acabaría todo. De momento.

—Escucha, yo no te llamé para esto. Solo quería que dejaras de espiarme, podrías estar aquí sentado, hablando conmigo, mientras tu hermana está en la ducha. Así estaríamos entretenidos.

La inflamación eréctil remitió paulatinamente, pero Pipo seguía mudo. Julieta había encendido la luz, sí, pero apenas tenía la potencia suficiente para alumbrar su vergüenza.

—Guárdate eso, yo no lo quiero.

—¿Lo vas a contar?

—No sé.

—Quiero pedirte perdón —dijo, con su pene ya a buen recaudo.

—Pues… pídemelo

—Si cuentas esto, le harás mucho daño a Paci. Ella no lo comprendería.

Chantaje emocional.

—Lo que has hecho no está bien. Yo no he cumplido los doce años y tú tienes quince. Además, no me has pedido permiso para… Lo que has hecho no ha estado bien, pero lo que pretendías hacer es abominable.

—Lo siento.

—Aurora estaba entrando en la casa, y había que tomar una decisión. Ya.

—¿Se lo vas a contar? ¡Para mí sería un caos! —dijo Pipo, muy angustiado.

—No.

No. No era inteligente. Almorzaría con ellos y evitaría mirar a Pipo. No tenía sentido formar un escándalo familiar en caliente, con ella en el centro

de la discordia. Además, lo peor era que, si Pipo caía, Paci se moriría.

Cuando Julieta llegó a su casa, estaba convencida de que había adoptado la actitud más sensata. *¿Por qué me lo reprochas, Ale? ¿Acaso no habrías hecho tú lo mismo?*

Palíndromo:

Sea, di, ¿acoso acuso acaso? Pipo saca; o su caos o caída es

Atardecer, apareced, rata

Sabía que jamás saldría viva de allí. La muerte nunca le había asustado, pero le aterraba ser el último eslabón de su familia y, sobre todo, sentirse incapaz de evitar su destino, el mismo destino que habían rubricado para Ale y sus padres.

Le aterraba la oscuridad. La habitación podría tener unos asfixiantes nueve metros cuadrados, a lo sumo. No tenía muebles, no tenía ventanas, solo un pequeño respiradero en una de las cuatro paredes, muy cerca del techo. Su única compañía era una considerable cantidad de paja, arrinconada en una esquina, para que hiciera sus necesidades. Él se llevaba esa paja cuando el olor le resultaba insoportable. A ella no le molestaba, se había acostumbrado a él. Además, su cabeza le impedía detectar olores, o quizá mantener la concentración en ellos. Se estaba volviendo loca, pero era por algo más que el simple miedo.

Le aterraba la claridad. Paradójicamente, a veces ansiaba que la luz fuese su mejor amiga, pero, la irrupción de esta, significaba que él estaba entrando en la habitación, con su repugnante y enorme barba y sus anticuadas gafas de fina montura dorada. ¿Por qué la obligaba a beber tantísima agua, cuando ella no tenía sed, y después lo turnaba con horas y horas (días, tal vez; su orientación temporal se había atrofiado) sin dejarle beber ni una gota? Y luego otra vez el agua, la maldita "rotación trienal". *El sistema de barbecho no tiene sentido, pertenece a otra época, cabrón.*

El exceso de agua, seguro, era el responsable directo de que estuviese perdiendo la cordura, porque, en el período de descanso, la iba recobrando poco a poco. En los momentos más críticos, los músculos corporales no le respondían, y ni siquiera era capaz de articular las palabras, ni física ni cerebralmente. *¿Cómo se pronuncia la "eme" con la "a"?*

¿Sería de día o de noche? Daba igual, iba a morir pronto y ella no era supersticiosa; no tenía especial interés en elegir "la hora de la suerte" para acoger mejor "la hora de la muerte". *¿No te importa fallecer a las trece y trece, o a las seis y sesenta y seis minutos?*

¿Cuándo volvería él a traerle algo de comida? ¿Ahora tocaba agua o descanso? No hacía falta que la asesinara con sus manos, ni privándola de comida. El agua era quien acabaría con ella, no tenía dudas. Hacía pocos minutos (¿u horas?) creyó que estaba sufriendo un paro cardíaco, pero, de ser así (la falta de riego no le permitía jurarlo), había sido un infarto leve. El siguiente, con la nueva intoxicación por agua, tenía todas las papeletas

para llevársela a la tumba.

De repente, Ivana sintió las mismas náuseas, las que iban y venían a visitarla, una y otra vez, sin previo aviso. Luego los calambres y el maldito dolor de cabeza. Pero un nuevo síntoma penetró en su cerebro con intención de quedarse para siempre, susurrándole malévolamente que su salud estaba empeorando: las putas y jodidas alucinaciones.

—¿Ale?... ¿Eres… tú? Ya… voy. He visto… Ale… He visto a San Sebastián y… al malvado Cupido. Ten… cuidado con… ellos.

La oscuridad era total. No solo a su alrededor, sino, sobre todo, dentro de su cabeza. Ivana decidió que era la hora de entregar su alma al coma irreversible, pero le aterraba que no le extirparan también el cuerpo. No quería vivir como un vegetal, sin tener conciencia de nada, mientras Susana lloraba a los pies de su cama.

Y se hizo la luz. El fogonazo la sorprendió, pero esta vez no tenía miedo. Ya no tenía sensaciones; ninguna sensación. Él estaba entrando. El sádico había vuelto para alargarle la vida, e Ivana no sabía si eso era lo que ella deseaba.

—Hola, chica. Aguanta solo un poco, te he traído los electrolitos. La bajada de sodio te está matando.

Palíndromo:

Andes a delatar a la rata, le da sed: Na

**

La casa parecía desierta, tal como Ana había pronosticado. Además, estaba en las afueras, alejada del núcleo central de Guadarrama. Ambos factores implicaban darle mucha ventaja, todo un juego de niños. Eva se sentía como si fuese un jugador abusón de la NBA que se enfrenta a un niño de minibasket. *¿Para esto me habéis hecho pasar tanto miedo en ese puto avión de los cojones?* Cualquiera podría entrar en la casa, a su alrededor no había vecinos; solo terrenos abandonados.

—¿Qué hago? ¿Fuerzo la puerta, rompo un cristal, busco alguna ventanilla abierta?

Entrar era tan fácil que podía elegir, incluso, de entre todo su repertorio artístico, el tipo de allanamiento más atractivo. Miró su reloj. Tenía tiempo, el aterrador avión de regreso salía de noche, y registrar la casa no debería suponerle más de una hora. Dos, como máximo. No era una casa muy grande, aunque eso, en principio, tampoco era un seguro de registro rápido,

porque podría tener muchos muebles llenos de papeles y muchos rincones llenos de suvenires, pistolas, revistas guarras, fotos del asesino posando junto a Ivana… Era el hecho de estar deshabitada (lo cual era obvio, a simple vista) lo que garantizaba que no habría mucho que registrar.

Sin prisas, Eva decidió intentar buscar una entrada simple, triunfal. Siempre existía un pasillo de honor para cualquier ladrón eventual que se acercara a robar en un lugar así, pero a cualquier ladrón no se le ocurriría buscar esa entrada. Actuaría como una bestia, rompiéndolo todo; destrozaría los cristales, astillaría la madera. Eva no era cualquier ladrón, y su olfato le decía que había una llave escondida. Eso no era un tópico que solo ocurría en las películas. Si el dueño de una casa tenía que recorrer miles de kilómetros para llegar a la misma, no iba a correr el riesgo de llegar y llevarse un chasco. *¡Joder! ¡Me he olvidado las llaves!* Levantó las macetas que bordeaban la entrada de la vivienda, una a una, hasta que la encontró. *Pase usted, aquí no hay mucho que robar, pero, si insiste, no me destroce puertas y ventanas*.

Tal como había intuido, en la vivienda no había mucho que registrar. La mayoría de utensilios tenían un olor a campo y a humedad, olor que impregnaba con efectos acumulativos, a lo largo de los años. Todos los objetos, muebles, sábanas, toallas… vivían allí desde siempre. No acababan de llegar, no tenían nada que ver, por ejemplo, con las islas canarias.

La pequeña despensa era la prueba definitiva de que por allí no pasaban humanos; por lo menos para quedarse. Había algunos enlatados, la mayoría de ellos a punto de caducar. La nevera, por supuesto, estaba vacía, pues en la casa tampoco había luz conectada cuando Eva entró. En cuanto a documentos, había de dos tipos: gráficos y escritos, todos ellos dentro de una cajonera, cerca de la entrada principal, que Eva dejó intencionadamente para el final. Era lo último que registraría por ser lo único que le podría llevar algo de tiempo. Así que, antes, rebuscó minuciosamente en las diferentes zonas de la vivienda: un dormitorio, una cocina, un aseo y una sala. Nada. A por la cajonera.

Entre los escritos encontró diversas facturas y algunos documentos oficiales de bancos, administraciones tributarias, pólizas de seguro… De todos ellos, por fin, apareció lo que estaba buscando. No es que estuviera buscando algo concreto, pero era la relación con Canarias. Su importancia era desconocida para ella. Serían Bruno y Ana los que tendrían que valorarlo.

Eva no sabía nada del caso que tenían entre manos, excepto la poca información que le había detallado Ana Pérez. Había visto la carta, y lo único que le sonó de la misma fueron los nombres de Bruno y don Urbano, el nombre de la emisora, y la rúbrica del remitente. El asesino del rap. A

pesar de trabajar en una radio y en un periódico, ella no conocía ese caso, salvo aspectos muy generales, porque nunca mostró el más mínimo interés por estar al día de las sucesivas aberraciones de un asesino en serie. Eva se había especializado en deportes. En su día, había gente en la emisora que se encargaba de ese tipo de noticias, gente que ya no trabajaba con ellos. Después de eso llegó Bruno pisando fuerte. Un profesor suyo, impresionado por los dotes del muchacho, se lo recomendó a don Urbano (con quien dicho profesor solía jugar al golf). Eso fue un par de semanas antes de que llegara Ana Pérez, la estrella, quien terminaría por impulsar y lanzar "La Emisora Escrita" hacia cotas impensables.

Uno de los primeros éxitos del joven Bruno fue aquella maravillosa entrevista a una niña de once años que, por lo visto, había sido decisiva para atrapar al asesino del rap. Eva no conocía los detalles del papel desempeñado por Julieta, pero lo que sí sabía era que Bruno y ella habían conectado, tanto entre ellos como con la audiencia. Más que una entrevista, fue una batalla críptica entre dos genios. Bruno y Julieta habían sido geniales no solo en sus agudos razonamientos, sino, sobre todo, en la facilidad para transmitir a la audiencia sus complicados saltos mentales. Tanto fue así que, al día siguiente, muchos medios nacionales se hicieron eco de la entrevista.

En la cajonera, además, había una colección de fotos de familia, algunas de ellas con mucha antigüedad. Muchos rostros eran sobrecogedores, de esos que, si los miras, te atrapan para no soltarte. Parecían seres delirantes y atormentados que llegaban de ultratumba, de los que hacía tiempo habían dejado de susurrar a los gusanos, pero que habían plasmado su huella, su legado, en forma de tortuosas y alarmantes miradas. También había fotos actuales. Y una de ellas la desconcertó. Él estaba abrazado a una joven.

—¿Ese no es…? ¡Se parece todo! ¿Cómo lo llamaban? Tonterías. Solo es un parecido.

Palíndromo:

Eva llegó casa, coge llave

**

El encuentro lo había organizado Susana. Sospechaba que Bruno y Julieta, juntos, podrían ser mucho más efectivos que Trapus, Ana Pérez y toda la policía de la isla en cooperación. La intención inicial era que se reunieran en su casa, pero los padres de Julieta opinaron que su hija estaría

más segura en su propio hogar. Eso sí, no pusieron inconveniente alguno para que Bruno y la propia Susana pasaran la tarde con la niña. Al contrario, ellos tenían que salir y llegarían un poco tarde. Mejor, Julieta no estaría sola.

Bruno apareció sobre las seis. A Susana le hubiera gustado que dispusiesen de más tiempo, pero los compromisos laborales del joven no le permitieron adelantar la cita. Susana, simplemente, no llegó. Optó por quedarse en su casa, y se los comunicó a ambos por teléfono. Tenía dos buenas razones para justificar su ausencia. La primera, la improbable posibilidad, apuntada por Trapus, de recibir una llamada del secuestrador en su teléfono fijo. Y, por otra parte, creía que las complicadas y especiales cabezas de Bruno y Julieta sintonizarían mejor sin injerencias externas. Susana se consideraba una injerencia externa, y podría distraerlos mientras discurrían. Más tarde, cuando ellos estaban ya en plena reunión, la mujer de Ivana se arrepintió de no asistir, porque, tal vez, dado el perfil de Julieta y la impresión que le había causado Bruno, se podrían pasar la tarde jugando a las adivinanzas. Al fin y al cabo, eran unos niños a pesar de los dieciocho años de uno de ellos.

—Hola, Julieta.

Se quedó impresionada. Bruno siempre la había impresionado. Desde que la entrevistó en la radio se enamoró de él, porque le recordaba muchísimo a uno de sus seres más queridos, que, desgraciadamente, se había ido para siempre. *¿Te llamas Bruno? Yo pensaba que tu nombre era "Ale, segunda parte*". El joven, además, era guapísimo, y ese rasgo era algo que solía turbar bastante a las niñas de su edad. A Julieta nunca le había turbado la belleza. Hasta que conoció a Bruno. Pero el impacto que le producía ahora, al entrar en su casa, rebasaba todas las expectativas que había apilado en su estructurado cerebro. El muchacho tenía otra cara, mucho más atractiva. Al principio no se dio cuenta de a qué se debía, pero luego abandonó su aturdimiento inicial y recuperó su aguda percepción.

—¿Te estás dejando la barba, Bruno?

Las pocas veces que lo había visto, tanto en persona como por videoconferencia, tenía un rostro aniñado, casi lampiño. Era de esos chicos que se afeitaban a diario; quizá varias veces al día. Ahora portaba unos incipientes pelos de tres días que, en su excreción, habían arrastrado y exhibido con ellos unas insultantes facciones varoniles. La cara del niño había muerto, y eso lo alejaba un poco más de ella.

—¡No, qué va! —rió—. Es que no he tenido tiempo de afeitarme desde el domingo. He estado superliado con las pruebas de PAU, ¿sabes? Entre eso y el trabajo, yo…

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—¡Eso no es verdad! Nos vemos frecuentemente por videoconferencia, Juli. Tu memoria empieza a fallar.

—Bueno, sí, pero el mundo virtual es muy limitante.

—¿Limitante? ¿Qué dices? ¡Es perfecto!

—Pero solo nos deja percibir la realidad a través del oído y de la vista. La realidad virtual terminará por extirparle a la especie humana el gusto, el olfato y el tacto.

—Visto así… —reconoció Bruno.

—Te queda muy bien —reconoció la niña, señalando hacia la cara del joven.

—¿Qué cosa? ¿Te refieres a la barba? —preguntó, a la vez que se la acariciaba.

—Sí, es muy bonita, Bruno. De verdad. Deberías dejártela.

—Es un poco incómoda, pero veré lo que puedo hacer. Si lo hago será por ti.

—No, te lo digo en serio. Deberías dejártela.

—Es que… Julieta, la barba no se queda así, seguirá creciendo y, entonces, me convertiré en un señor mayor. Pero si a ti te gusta, me afeitaré cada tres días.

—Sí, y al tercer día nos conectamos por videoconferencia para ver si has cumplido la promesa. ¡Es preciosa! —dijo Julieta, pasándole la mano a contrapelo. Era una sensación muy extraña para ella, nunca la había sentido. Su padre (el hombre más cercano) también se afeitaba a diario, y su cara era extremadamente suave. Como la de su madre.

—Vas a conseguir que me ruborice. Venga, vamos a sentarnos. Tengo una adivinanza para ti que te va a hacer flipar en colores.

—¿En serio? ¿Quieres un refresco?

—¿De qué?

—Cola o naranja.

—Naranja.

—Yo tomaré cola.

Sentados en torno al pequeño escritorio que Julieta tenía en su habitación, Bruno extrajo de su mochila un plástico lleno de hojas escritas a mano. Julieta se percató de que se trataba de varios garabatos desordenados, unos tachados, otros sobrescritos, flechas que remitían a alguna anotación marginal… Obviamente, eran los bocetos a partir de los que, el artista Bruno, creaba su obra críptica.

—¡Vaya, Bruno! ¡Sí que le has dado al coco últimamente! —dijo

Julieta, sorprendida, mientras él extraía algunos folios y rebuscaba entre ellos.

—¡Mira! ¡Verás qué bueno! —expresó triunfal, con gran emoción.

Julieta captó algo que, hasta ahora, le había pasado desapercibido. Se trataba de la diferencia entre Bruno y Ale. ¡Por fin la había descubierto! *Ni siquiera los hermanos gemelos son idénticos*. A los dos (a los tres) les apasionaban los pasatiempos y los retos mentales, tanto el hecho de crearlos como el de resolverlos. Pero Ale era fría. Muy fría. Si bien era una chica muy alegre, se tomaba los criptogramas en serio, como un trabajo, salvo cuando estaba colocada. Claro, es que era su trabajo, ella publicaba. Bruno, en cambio, era más infantil, se emocionaba fácilmente con los acertijos.

A Julieta se le ocurrió que, tal vez, Bruno podría superar a la gran Alejandra Suárez, porque tenía ese "algo" que a ella le faltaba. La expresividad. Estaba convencida: si analizas o creas un juego con el corazón y la cabeza, sin dejar que aquel obstruya a esta, lo harás mejor que si utilizas únicamente el coco. Las emociones, mientras no enturbien, no tienen por qué restar erudición. El razonamiento de la niña era inapelable, porque estaba demostrado empíricamente. La paradoja era que lo había demostrado la propia Ale. *Cuando te fumabas un porro, tu inspiración y tu alegría se desataban en paralelo, y construías los mejores palíndromos*. Lo bueno de Bruno era que no necesitaba porros para emocionarse. Disfrutaba de los pasatiempos en cualquier instante y en cualquier situación.

—¡Mira!

Julieta cogió el folio con ambas manos y, al leer el acertijo que Bruno le proponía, se quedó asombrada. No esperaba algo así.

Actinio, yodo, erbio
Tantalio, arsénico, einstenio
Indio, astato, oxígeno
Litio, azufre, tantalio

—¿Qué significa esto? —alcanzó a articular, a pesar de seguir descolocada por el impacto.

—No hay pistas. Debes resolverlo sin pistas adicionales.

—¡Pero Bruno…! ¿Me tomas el pelo?

—¿Por qué?

—¿A qué viene este acertijo? ¡Es para niños de preescolar! —se quejó.

—Yo creí… Lo siento.

—Supongo que habrás pensado que, a mi edad, no he visto nunca la tabla periódica. ¿Crees que, por colocarlo en forma de versos, me despistarías y no me daría cuenta? Solo tendré que sustituir cada elemento

por su símbolo y aparecerá una frase oculta. ¡Supongo! A no ser que yo te haya infravalorado y tenga trampa.

—No, soy yo el que te ha infravalorado a ti.

—Veamos… Ac, I, Er, Ta… ¿Se dice tantalio o tántalo?..., As… ¿Cómo es el símbolo del einstenio?

—“E”-“S”.

—Es, In, At, O, Li, S, Ta. ¡Ya lo tengo! “Acierta asesinato, lista”.

—¿Ves? No era solo un juego de niños, sino un reto. ¿Te gusta?

—¿De qué asesinato hablas? No han asesinado a nadie, que sepamos —corrigió Julieta.

—No, claro. Me refiero a la amenaza de asesinato. ¿Te parece ingenioso?

—Sigo diciendo que es demasiado infantil.

—Entonces, para ser un tío que se está dejando la barba, debería madurar un poco.

—Termina el refresco, que tenemos que hablar del secuestro.

Julieta confiaba en que la ayuda de Bruno podría ser decisiva para conseguir un punto de partida en el enigma, no tanto por sus dotes para “desencriptar” (que, de hecho, los tenía, pero ella también) sino, sobre todo, porque era un reportero de investigación, y tal vez contaba con información adicional que ella desconocía.

—Oye, Julieta. Antes de empezar, ¿tú no tienes nada para mí?

—Yo te iba a hacer la misma pregunta. Quería saber si tenías información.

—Sí, ahora vamos con eso. Pero algún enigma tendrás preparado, estoy seguro.

—He trabajado en algunos palíndromos. Desde que Ale me metió el gusanillo, no he podido parar. Se me ocurren ideas a todas horas.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que aparecerían los palíndromos! Por eso quería aparcar la carta, para irnos ambientando.

—¿Ambientando? ¿Qué quieres decir?

—Pues… como cuando te ponen anestesia. Te están preparando para una intervención. Si “jugamos” a los palíndromos, nuestras cabezas se harán más receptivas a los mismos. Así que, cuando nos pongamos con la carta, esos seis palíndromos nos permitirán un…

—¿Crees que la cabeza tiene que adaptarse para leer palíndromos, Bruno? ¡Bueno, la tuya puede que sí! —rió Julieta.

—¿Qué tienes tú? —Cada vez estaba más emocionado y ansioso—. Te

adelanto que luego te daré una sorpresa.

—Vale. Es un poco abstracto, pero creo que valdrá. He visto una cosa de matemáticas que se llama “sistemas de ecuaciones”.

—¿Los sistemas de ecuaciones? ¿En el colegio? Eso no puede ser, Julieta.

—No, lo vi una vez en casa de Paci, en un libro del hermano. A mí me parecen fáciles.

Bruno notó un profundo cambio de registro en la expresión de la pequeña, pero no sabía a qué se debía. *¡Claro! ¡A ti no te apuntaron con un pene erecto!*

—¿Hablamos de ecuaciones o de palíndromos? —se desesperó Bruno.

—De ambas cosas. He inventado un sistema de dos palíndromos con una sola incógnita.

—Y yo tengo que despejar esa incógnita. ¡Ponme a prueba! ¡Soy un as para las matemáticas! ¡Palíndromos matemáticos, nada menos!

—Espera que te lo enseño. Pero primero te enseñaré una cosa que hice el fin de semana. Bueno, no te lo enseño, te lo recito. Es un palíndromo que inventé en honor a la resolución del caso del “emir cojo”. Sé que fue muy importante para ti, así que decidí adornarlo.

—¿Cómo es?

—Pues… “Ojo crimen, unamos a islas, sal si asoman un emir cojo”.

—¿Seguro que es un palíndromo?

—Claro. Escríbelo si quieres.

—No, si tú lo dices lo es. Me parece muy bueno. Venga, vamos ya con las ecuaciones.

Si a él ondula sus ropajes, no cae; le aconseja por su salud: no leáis

Solapa = ropaje, que se queja por = a palos

De un cajón del propio escritorio, extrajo una cuartilla con los dos palíndromos anotados.

—Bueno, he tratado la “q” y la “u” como si…

—Sí, como si fueran una sola letra. ¿Esto qué es? —preguntó Bruno, señalando los signos de igualdad—. ¿Una trampa para que te cuadre el palíndromo?

—Se llaman palíndromos con símbolos. Los inventó Ale. ¡Venga, intenta averiguar la palabra oculta!

—Está complicado. El primero me sugiere… ¿unas gafas? Si las necesitas y no las llevas, no debes leer. Por motivos de salud. Pero el principio no lo entiendo. ¡Mi razonamiento es una tontería!

—Ya, es verdad y tú lo sabes. Estás hablando por hablar, para ganar tiempo.

—En los dos hablas de ropa… Ropa que se lleva puesta, ¿no? ¿Eso es lo que significa “ropaje”? Nada, necesitaría tiempo para pensar. Seguro que en una hora, con tranquilidad, lo descifro.

—No me cabe duda, pero te quedan veinte segundos.

—¿Por qué? ¡Tú planteamiento no tenía cronómetro! De acuerdo, me rindo. Sigo diciendo que el primero hace referencia a unas gafas.

—¿El primero? Tu razonamiento es pésimo, Bruno, no te ofendas. No existe “el primero”. Has olvidado la máxima del enigma. Te dije que se trataba de un sistema de ecuaciones, y solo una incógnita.

—¿Y qué?

—Tú has tratado de descifrarlo como si fueran dos ecuaciones independientes.

—Si nos ponemos pijoteros, Julieta, las ecuaciones están formadas por dos miembros separados por un signo de igualdad. Y las tuyas no…

—Por ahí no me vas a pillar; hay dos ecuaciones y, también, dos signos de igualdad.

—¡Joder contigo! ¡No hay quién te contradiga! Por ponerte un “pero”, que no te lo mereces, los dos “iguales” están en una misma ecuación.

—Ya te dije que era un poco abstracto. Escucha, Bruno, en un sistema, una de las ecuaciones tiene que relacionarse con las otras, ¿no es así?

—Más o menos. Hay tres métodos de resolución, llamados igualación, reducción y sustitución. ¿Cómo vas a resolver tu sistema, listilla? —la retó.

—Por… sustitución, creo. Despejo en una y… Ni siquiera despejo, ya está despejado en la segunda. Aquí, solapa es un sinónimo de ropaje. Eso es lo que pone.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Me estoy enrollando, empezaré por el final. La solución es “libro”.

—¿Libro?... La solapa de un libro… es como la ropa que lo protege. Muy original, Julieta.

—La primera ecuación palindrómica dice que, aunque trates mal a un libro, no lograrás joderlo. Ondular sus ropajes es algo así como doblar o arrugar la cubierta, ¿lo entiendes?

—Sí, conozco a mucha gente que tiene esa manía de maltratar a los libros, sobre todo la solapa. Aunque le rompas la solapa, no cae, o sea, no lo jodes, como dices tú, ¡malhablada! Y la otra parte… es obvia, si vas a tratar mal a un libro, mejor es que no lo leas. ¡Qué bueno, Julieta! Esto es sustitución, como tú dices. Despejas “ropaje” en la segunda, y sustituyes su valor, “solapa”, en la primera ecuación.

—“Se queja por igual a palos” se referiría al maltrato que tú mismo has nombrado. La solapa se queja de que la maltraten.

—Maltraten u “ondulen”. Es otra sustitución.

—Te ha gustado, ¿verdad?

—Mucho, pero ya te dije que te guardaba una sorpresa. Hoy te traje dos adivinanzas. La segunda la tenía escondida en la manga, porque sabía que iba a salir el tema de los palíndromos.

—¿Has hecho un palíndromo para mí?

—¡Más que eso! ¡Me lo acabas de poner a huevo con tu reto, Julieta! Te he superado. Tengo… ¡Cha-chán! ¡Un sistema de cinco ecuaciones con una incógnita!

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pero el asesino del rap, o su imitador, te supera. El sistema de la carta tiene seis ecuaciones.

—Lo sé Julieta, pero las dos tuyas más las cinco mías suman siete. Entre los dos tenemos más poder que él. Por lo menos eso es lo que cree Susana, y por eso nos ha reunido.

—Son seis ecuaciones, pero el problema es que no sabemos cuántas incógnitas tiene su sistema. Él sugiere dos, el paradero de Ivana y su propia identidad. Nuestros sistemas solo tienen una.

—Nadie dice que será fácil. ¡Espera!

Bruno extrajo de la mochila su nueva propuesta críptica. Julieta concluyó que era el tipo de acertijos que la extasiaban.

1) A domina, imita dvd, a ti mi ánimo da

2) La e rota, da dato real

3) La u giró por igual

4) La de pedí, sí, de pedal

5) Erre, icono cierre

—Repíteme el enunciado, Bruno. No quiero que me pase como a ti, que olvidaste que se trataba de un sistema.

—Solo puedo decir que se trata de una adivinanza-palíndromo-anagrama.

—Los palíndromos son muy buenos, Bruno. Cada vez me recuerdas más a Ale.

—Salvo por mi preciosa barba.

—Veamos… Una “e” que se rompe… ¿me da un dato real? La e… La u… ¡Son letras sueltas! Repite lo que has dicho. ¿Son palíndromos y adivinanzas?

—Dije adivinanza-palíndromo-anagrama.

—¿Anagrama? Esa es la clave, ¿verdad? Me estás dando letras sueltas para que las combine. ¡Está chupado!

—¿Solución? —inquirió Bruno.

—Está chupado, pero dame un minuto. Los símbolos de la tabla periódica también eran una evidencia, pero hay que deletrearlos para responder. A ver… ¡Lo tengo! ¡Rueda!

—¡Es sorprendente! ¡No has tardado nada! ¡Deberías ir a un concurso de la tele para superdotados!

—Es rueda, pero tengo que “revisar el examen”.

—¿Crees que puedes haberte equivocado?

—No, yo no. Quiero averiguar si el profesor ha cometido algún fallo. Una rueda gira. Empecemos por la “a”. Imita a un dvd, que también gira. Primera ecuación, dos puntos.

—¿Qué haces, loca? ¿Me estás evaluando?

—Sí. La “e” me había confundido. No está rota, del verbo romper. La “e” rota como una rueda, del verbo rotar. ¡Excelente! Dos puntos, y ya van cuatro. La “u” giró por igual es una pista explícita. Te has lucido, Bruno.

—O sea que te gusta.

—Mucho. La “d”, escrita como se lee, es la típica pista que despista.

—Y una rueda puede girar por la acción de un pedal, Julieta —añadió el joven.

—¿Y la “erre”? Erre, icono cierre.

—Al girar, la rueda cierra un círculo. La “erre” es el icono por ser la

primera letra de la palabra oculta, “rueda”.

—¡Felicidades! Es de lo mejor que he visto, Bruno. A, e, u, d y r. “Rueda”.

—¡Lo sabía! ¡Te he impresionado! Toma, quédatelo.

—Julieta guardó la adivinanza de Bruno dentro del mismo cajón de donde había extraído la suya. Sobre la marcha, cogió la carta del secuestrador y la extendió encima de la mesa.

—Vamos, Bruno, empecemos con esto de una vez. Dentro de un rato van a regresar mis padres, y hemos estado perdiendo el tiempo.

—Tienes razón. Si Susana nos estuviese viendo, nos asesinaría. ¡Y con razón! ¿A ti se te ha ocurrido algo, Juli?

—No mucho, la verdad. Confiaba en que tú me aportases algo de información.

—Bueno… No creas que sé mucho más que tú. Por lo menos tú conoces a Ivana.

—¿Qué me dices del primer palíndromo? —insistió Julieta, exigente.

—¡Ah! ¿Te refieres a eso? ¿Tú…? ¿Qué te han contado?

—Que le has llevado una prostituta a tu jefe.

—¡Joder, Julieta! Hablar de esto contigo es muy incómodo para mí, solo tienes once años.

—Eso no importa, Bruno. Además, no se trata de tus actos, nadie te va a juzgar por eso. Lo que hemos de averiguar es quién lo sabía.

—Es complicado. Le he dado muchas vueltas, una y otra vez. Elena es… Elena, la chica que le ofrecí a don Urbano, estudia conmigo, es una buena amiga. Lo que ocurre es que necesita dinero, y su trabajo no es, precisamente, el más…

—¡Bruno! No te desvíes. Además, sé en qué consiste su trabajo. Eso no me interesa en este momento. ¿Quién sabía esto?

—Teóricamente, solo nosotros dos. Eso es lo que me angustia.

—¿Has hablado con Elena? Tienes que investigar a las personas con quien ella haya podido hablar de este asunto.

—Es muy reservada para estas cosas. No puedo hablarle del secuestro, es muy peligroso implicar a más gente. Tampoco puedo preguntarle que a quién contó que iba a tener una relación sexual con don Urbano.

—¿Por qué no?

—Uno, porque está fuera de lugar. Dos, porque no me respondería. Tres, porque… El tres me lo reservo.

—Tres, porque es una posible sospechosa —remató Julieta, tendiéndole

un cable.

—La conozco muy bien, Juli. No creo que esté metida en esto. Pero, si lo estuviera, no podemos provocar al secuestrador haciéndole preguntas. Ivana está en peligro, no lo olvides. No deberíamos hablar aún con Elena. Tal vez mañana o pasado, si nos vemos muy desesperados. Tenemos que trabajar con otras pistas.

Julieta se quedó un buen rato meditando las palabras de Bruno. Podría tener razón. Si Elena era una sospechosa, no sería prudente darle a entender que le seguían el rastro. Mejor era vigilarla desde la distancia.

—Por lo menos, Bruno, hay que controlar sus movimientos.

—Lo intentaré, pero te aseguro que la conozco. Es absurdo imaginar algo así. Mañana mismo la veré. Nos dan los resultados de la PAU.

—¿Se ha examinado de la PAU? ¿Cómo tú?

—Sí, ya te dije que estudia conmigo.

—Vaya, eso está bien. ¿Tú irás a la universidad?

—Claro, Juli. Lo más probable es que estudie Ciencias de la Información, ya sabes, periodismo. Mi padre no quiere, está empeñado en convencerme para que me matricule en Medicina, como mi hermano. Tengo un hermano que está en tercero de Medicina. Papá dice que, como se me dan tan bien la química, las mates y la biología, debería seguir sus pasos. Pero para estudiar Medicina hay que tener estómago.

—¿Cuándo planificaste lo del encuentro con tu jefe? Bueno, ¿cuándo se lo propusiste a Elena?

—No recuerdo exactamente, pero fue la semana pasada.

—¿A principios?

—No sé. ¿Qué importancia tiene?

—Pues que la carta se envió el jueves desde Guadarrama. El jueves, alguien sabía que eso iba a ocurrir y, además, ya había confeccionado un palíndromo con esa información. Es muy extraño, Bruno. Todo ocurre muy aprisa.

—¿Puedo confesarte una cosa? Pero prométeme que no saldrá de esta habitación.

—Claro, Bruno.

—Tengo miedo.

—¿Cómo?

—¿Crees en las premoniciones?

—Pues… Ale tenía visiones del futuro inmediato, y yo la creía a ella. Sí, supongo que sí.

—Esto me supera. Yo… no encuentro una explicación lógica para el primer enigma. Ni siquiera estoy seguro de haberle hecho la propuesta a Elena antes del jueves. ¡Joder! ¡Ni siquiera estoy seguro de que a mí se me haya ocurrido antes del jueves!

—Siempre hay una explicación. Hay que saber encontrarla. Pero de ahí a que te dé miedo…

—¿No lo ves, Juli? Me están implicando a mí.

—Y a don Urbano. Y a Elena.

—El secuestrador… A veces pienso que viene a por mí. Él exigió que "La Emisora Escrita" participase. Si nos conoce, sabe que el peso de la investigación correrá a cargo de Ana Pérez y de Bruno Barreto. Bruno Barreto entiende de criptogramas y de palíndromos. A Bruno Barreto lo expone y lo exhibe en un palíndromo. ¿No lo ves? ¡Me está provocando!

—Puede que tengas razón. No lo había pensado, Bruno. Ale estaría muy decepcionada conmigo por mi falta de reflejos.

—Me está diciendo que es todopoderoso, que adivina el futuro. Es un "¿por qué no me pillas?". No va a por Ivana. Viene a por mí. Ivana es una herramienta que está usando, pero le es indiferente.

—De eso no estoy tan segura. El hecho de que te nombre tampoco prueba que vaya a por ti. Más bien plantea un reto para ver si alguien, seas tú, el detective u otro, es capaz de superarlo.

—Coincidirás conmigo en que sabe todo sobre los crímenes del rap. Conoce a Susana, a Ivana, al detective, utiliza el seudónimo del asesino… Mi pregunta es muy inquietante para mí, porque reafirma mi teoría. ¿Por qué no solicitó tu participación?

—Porque soy una niña.

—Eso es una tontería, Juli, lo sabes muy bien. Tú eres tanto o más experta que yo en estos juegos. Me eligió a mí.

Julieta se levantó y se dio un lento y concienzudo paseo por la habitación con el fin de dejar que su cerebro hiciera la digestión. Entendía la preocupación inicial de Bruno, su sospecha, pero tanta insistencia implicaba una obsesión. Y eso le impediría razonar libremente al joven. No podía permitirlo, necesitaba a Bruno al noventa y nueve por ciento de su rendimiento. Tenía que hacérselo ver, pero con mucho tacto. Para eso se había levantado Julieta, para medir sus palabras.

—¿Crees que somos amigos, Bruno?

—¡Claro! ¿Acaso lo dudas?

—No. Los amigos tienen que confiar. Y ayudarse, ¿no es así? Entonces no debes enfadarte por lo que te voy a decir.

—Nunca me enfadaría contigo, Juli. Dispara. Tengo un buen chaleco antibalas.

—Te estás volviendo un poco paranoico. Eso es algo que no nos conduce a ninguna parte.

—Lo sé. Sí, lo sé, lo sé. Es verdad. Pero es que, desde que leí esa frase en casa de Susana…

—El secuestrador tenía la información, igual que podía tener otras cosas. Está claro que conoce bien tu entorno. Pero, Bruno, tú sabes, como yo, que construir un palíndromo no es fácil. Habrá probado varias cosas, con diferentes datos disponibles, y resultó que, con este, le cuadró. Le salió un palíndromo perfecto. Por eso lo habrá utilizado, no porque vaya a por ti.

Bruno recapacitó las palabras de Julieta y, finalmente, pareció quedar convencido. Julieta lo interrogó con la mirada, pero él no captó lo que ella solicitaba: desatascarse y avanzar.

—¿Hay algo más, Bruno?

—Sí, hay otra posibilidad relacionada con el posible secuestro, pero que tampoco explicaría lo de los palíndromos. Es algo que se me ha ocurrido, pero no me he atrevido a compartirlo con nadie. Prefiero investigarlo primero. No te lo contaré aún; mucho menos a ti.

—¿Te refieres a…? ¡Sé lo que estás pensando! Yo lo he considerado, pero las conozco muy bien. A las dos.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando? ¿También tienes premoniciones? Me estás asustando.

—No, es porque has dicho “posible secuestro”. Estás considerando la posibilidad de que sea una especie de broma de Ivana, o que Susana y ella lo hayan planificado todo.

—Susana puede haber estado mintiendo desde el principio. Es la única testigo de que Ivana salió de casa el domingo. A lo mejor la mató; o están compinchadas por algún motivo que soy incapaz de comprender.

—¡Ja, ja, ja…! ¿La mató? ¡Ja, ja, ja…! Entiendo que puedas sospechar esas cosas, porque no las conoces. Pero a mí sí me conoces, y te aseguro que es imposible. Confía en mí, Bruno.

—Está bien, pero tú también tienes que confiar en mí cuando te digo que Elena no tiene nada que ver en esta historia. Lo cual, lejos de relajarla, aumenta mi inquietud por ese maldito palíndromo.

—Solo es un truco, Bruno. Todo truco tiene una explicación, ya daremos con ella.

Los padres de Julieta regresaron, y Bruno comprendió que era la hora de irse. Julieta le insistió en que no se guardase nada. Era fundamental

conocer todos los datos para avanzar.

—Verás, Julieta. Hay algo que no te he contado, y no sé si debería. Tenemos una pista muy buena. Se trata del sobre. Tenía una inscripción y la estamos rastreando. ¿Recuerdas a Eva, mi compañera?

—Sí, claro. El lunes la vi en la emisora.

—Ella debe estar, en estos momentos, buscando datos precisos al respecto. Solo lo sabemos los de “La Emisora Escrita”.

—¿Por qué no se lo habéis dicho al detective Girard?

—Ana no cree que sea una buena idea. Y tiene razón, ¿qué ganaríamos con eso? Esta parte de la investigación es nuestra, es el acuerdo al que llegamos con el propio Girard. El detective no va a aportar nada que no podamos controlar nosotros.

—Pero… No deberíais ocultar información, sino compartirla.

—Ya se lo diremos cuando tengamos algo concreto. No se trata de ocultar, Juli, sino de no precipitarnos ni adelantar posibles castillos en el aire. El problema es que, si se lo decimos al detective, él se lo dirá a Susana.

—¿Y qué? ¿Sigues creyendo que es sospechosa?

—No, sino que… no es buena idea darle falsas esperanzas. Si la pista es buena, mañana mismo se la comunicaremos a los dos. A los tres; a ti también. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, los periodistas son así —reprochó Julieta—. Solo piensan en sus logros. Nunca comparten sus ideas. Solo exhibirán sus éxitos.

—Yo no soy periodista. Quizá tengas razón, pero, repito, por el bien de Susana debemos esperar.

—Sí, eso ya lo has dicho, para no darle falsas esperanzas. Lo que tú no entiendes, Bruno, es que Susana lo que necesita es, precisamente, esperanzas.

—Siento que nos consideres unos patosos, pero así es la moda periodística actual. Oculta tus datos hasta que sepas qué hacer con ellos.

Palíndromo:

La moda: ese dotado patoso tapó dato deseado; mal

¡Eh! Con esa mimase noche

—¿Has terminado? ¿Tan pronto?

—Sí, del todo. He pasado todas las notas. Soy todo tuyo —dijo Rafael.

—Ven aquí, mi amor. No te has levantado ni para ir al baño.

Ana se acercó a él y se colgó de su cuello, besándolo. El coordinador de PAU había logrado, en un tiempo récord, no solo corregir todos sus exámenes, sino pasar al ordenador sus notas y las de los demás profesores encargados de la corrección, los cuales le habían hecho llegar por correo electrónico, a lo largo de la jornada vespertina, los resultados finales de las diferentes materias. Él, como coordinador, había generado un fichero de calificaciones globales, en EXCEL, que luego había enviado al otro coordinador de PAU (encargado de su publicación).

—Me gustan tus besos. Sobre todo tras la satisfacción por el deber cumplido.

—Ya se puede decir que estás de vacaciones, Rafael.

—No creas. Mañana publicaremos las notas y vendrá el aluvión de reclamaciones. Todos los años pasa lo mismo. ¿Qué vamos a cenar, Ana? ¿Quieres que salgamos?

—¿Salir? No, quiero que nos quedemos aquí. Podemos encargar comida china, ¿qué te parece?

—¡Estupendo!

—Voy a llamar. Oye, hazme un favor. ¿Podrías bajar al trastero?

—¿Al garaje?

—Sí, en alguna de las repisas debe haber una bolsa con boro. No creo que te cueste reconocerla. Lo que sí puede resultar complicado es encontrarla, porque hace tiempo que no la uso. Pero está en los estantes, te lo aseguro.

—¿Has dicho boro?

—Sí. Es para matar a las cucarachas.

—¿Cucarachas? ¿Dónde están las cucarachas?

—¿No las has visto? A veces se esconden y a veces salen en manadas. ¡No me creo que no hayas visto ninguna, con todas las veces que has dormido en mi casa! ¡Odio las cucarachas!

—Está bien, voy a por el boro.

—Gracias, amor.

Rafael estuvo bastante rato entretenido en el trastero, buscando la supuesta bolsa de boro, pero convencido de que la misma no existía. Tampoco había cucarachas. Estaba seguro, era un farol de Ana. Cuando subiese, rendido tras la infructuosa búsqueda, no habría comida china encargada. Ana estaría cocinando una lasaña, el plato favorito de Rafael, y luego se vestiría con su lencería más provocativa. Él le diría “no hay boro”, y ella le abriría la puerta cubierta solo con un body, un liguero y una lasaña.

A Rafael se le hizo la boca agua hasta que, finalmente, apareció el puñetero boro.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Yo también odio a las malditas cucarachas!

Palíndromo:

Avísale, a farolear a él o Rafael así va

**

—Tengo que contaros una cosa.

Después de marcharse Bruno, Julieta se había dado una ducha relajante que le sentó de maravilla. Había sido un día muy duro e intenso, con vivencias extremas que escapaban a la rutina habitual. Más tranquila, cenó un bocadillo y un vaso de leche mientras esperaba a que sus padres se acomodasen en la sala donde, cada noche, solían cenar sentados en el sofá, con sendas bandejas sobre sus rodillas, viendo la televisión.

—¿De qué se trata? —preguntó Carlos, su padre.

—Oye, Juli —intervino Remedios, la madre—, mañana ¿vas o no vas a la fiesta del colegio? Aurora acaba de telefonear. Al parecer, Paci sufre un ataque de ansiedad, y así seguirá hasta conocer tu decisión.

—¿Ha llamado? ¿Qué ha dicho?

—¿No me has oído, cariño? Quiere saber si mañana vas al cole.

—No. No iré —respondió, contundente.

—¿Qué querías decirnos, Juli? —insistió Carlos.

Julieta llenó los pulmones de aire y, sobre la marcha, los vació, espirando violentamente por la boca. Repitió el proceso dos veces más. Ella creía que, el hecho de respirar tres veces antes de hablar, era uno de los pocos tópicos que, realmente, funcionaba. No lo relacionaba con un proceso de oxigenación de su cerebro (para ganar en claridad), sino de distracción de la mente (para ganar en tranquilidad).

—¿Qué ocurre? —preguntó Remedios, alarmada. El ritual de su hija no tenía buena pinta.

—El hijo de Aurora me ha enseñado su pene.

Silencio. La frase de Julieta, pronunciada con mucha tranquilidad pero encolada con pegamento extrafuerte, amordazó el entorno. La reacción de los padres se volvió espesa, costando salir del fondo de sus atónitos filtros interpretativos.

—Veamos, Julieta —dijo su madre, tratando de imitar la calma que (incomprensiblemente) mostraba su hija—, ¿estás segura de lo que has dicho? ¿Esto no es una broma tuya, o algo mal interpretado?

—Yo no bromeo con estas cosas, mamá. Y un pene que te enseñan se puede ver o no ver, pero no se puede malinterpretar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carlos.

—Que los penes no se malinterpretan; no son problemas de matemáticas, papá.

—No, eso ya lo sé, me refiero a que te expliques mejor. ¿Te lo ha enseñado o se lo has visto? Supongo que entenderás que el matiz es muy importante.

—Claro, papá, no soy tonta. Bien, como veo que tenéis alguna duda de lo que digo…

—No es que no confiemos en ti, hija —aclaró Remedios—. Solo buscamos una interpretación exacta de lo que ha ocurrido. Tú cuéntanoslo para poderlo valorar.

—Es fácil, os sacaré de dudas. Lo tenía inflado y se dirigía hacia mí.

—¿Inflado? ¿Qué palabra es esa?

—¿Empalmado te parece mejor?

—¡Julieta! ¡Ese lenguaje no lo voy a tolerar! —gritó Remedios. Su marido le cogió la muñeca tratando de suavizar su reacción.

—Mamá… Este tema es muy serio. Olvídate de la palabra, ¿qué importancia tiene? ¿Cómo quieres que lo exprese?

—Erecto —dijo Carlos, para echarle un cabo a su hija.

—¿Te dijo algo? ¿Te tocó? —preguntó Remedios.

—Yo pude controlar la situación en todo momento, pero sus intenciones… Creo que no se hubiera atrevido a forzar las cosas, solo estaba tanteando.

—¿Tanteando dices? —preguntó Carlos.

—Sí, para ver cómo reaccionaba yo. Pero sé que él respetaría mi decisión. De hecho, la respetó.

—Eso no quiere decir que debas exculparlo de…

—¡No lo exculpo, papá! Solo expongo los hechos. Una cosa es que respetara mi decisión, pero está claro que no me respetó a mí. Lo peor de todo es que no soy una chica de su edad, soy una niña.

Remedios y Carlos se miraron, buscando apoyo para decidir cómo proceder. Ambos eran abogados y habían lidiado con miles de casos como este, pero en ninguno de ellos se había visto implicada su información genética. Era su hija. Era el hermano de la mejor amiga de su hija. Era la puta adolescencia mal enfocada, por culpa de una hermana llena de limitaciones, un padre fallecido, una madre volcada en su hija… Y, como consecuencia de todo, un hijo que había cruzado la complicada pubertad solo, sin apoyo, sin cariño y sin ayuda. El monstruo sacaba el pene como protesta.

— ¡Joder!

—¡Carlos, por favor! —intervino Remedios, quien jamás toleraba que se hablase así delante de Julieta.

—¿Y ahora qué? —preguntó la niña, impaciente.

—Mañana hablaré con el juez de menores —propuso Remedios.

—No le van a hacer nada, y tú lo sabes.

—Sí, papá —intervino Julieta—, le van a dar un buen susto. Pipo es un chico muy tranquilo y nunca ha tenido problemas. El escarmiento, aunque solo sea una advertencia, va a ser muy duro para él.

Remedios se acercó a la silla donde estaba sentada su hija. Se agachó junto a ella y la cogió por los hombros, mirándola directa y profundamente. Julieta sabía qué significaba aquel ritual. Su madre quería que prestase mucha atención a las palabras que, ceremonialmente, iba a pronunciar a continuación. Ella no necesitaba esas escenas pueriles, porque siempre escuchaba lo que le decían. Pero su madre era así, no se daba cuenta de que, en todo caso, el impacto visual de una buena interpretación dramática, podría hacer que el destinatario centrase toda su atención en la misma y no escuchase las palabras.

—Mira, hija. Si seguimos adelante, tienes que estar preparada para las consecuencias que traerá este asunto. Esto no va a ser fácil para ti.

—¿Te refieres a Paci?

—Sí; y a su madre, sobre todo. Las vas a destrozar.

—¿Yo, mamá?

—¡Claro que no! —intervino Carlos, incómodo—. ¿Cómo se te ocurre, Reme?

—Tú no, de acuerdo, pero así es como se van a sentir ellas. No te van a

creer, Julieta. Pipo lo negará. Al fin y al cabo, será tu palabra contra la suya. Podría ser, incluso, que el juez no te crea a ti. Eso… me da miedo.

—¡Por favor, Remedios! ¿Quieres que se olvide de todo?

—Solo digo… No sé, Carlos. Por lo menos debe estar preparada para cuando llegue el momento.

—Mira, mamá, sé que Aurora no me va a creer, porque Pipo ha cometido un acto que no concuerda con su perfil. Y así mismo pienso decírselo al juez. Soy consciente de que su madre, me crea o no, va a sufrir mucho y vivirá con la duda. Pero, mamá, estas cosas… no deben esconderse.

Remedios y Carlos se miraron, orgullosos de la hija que tenían. Julieta remató la frase, enfatizándola.

—¡Nunca! Bajo ningún concepto. Este mediodía he sido muy cauta, Pipo se creía a salvo, pero su caos comienza ahora. ¡Lo voy a pisar! —expresó con rabia.

Palíndromo:

Así parece, acaso acusa tu acoso, cauta, su caos acaecerá. ¡Pisa!

Se ve ujier, oye, yo reí JUEVES

El alba, háblale

—Dame un beso, Ari —rogó Isaac, con los ojos cerrados, sin estar convencido de haberse despertado.

Su brazo derecho rodeaba el cuello de su novia. Su intención consistía en que fuese ella la que se acercara a él, porque aún no tenía la mínima coordinación muscular como para dirigir su cara y acercarla los apenas diez centímetros que la separaban de Ari. Definitivamente, su cabeza se había despertado antes que su cuerpo.

Las tres sensaciones de Isaac, infinitesimalmente consecutivas, se solaparon en un mismo instante, lo que provocó que diese un tremendo salto en la cama, incorporándose como un resorte y sintiendo cómo el infarto le trepaba la espina dorsal. Afortunadamente, no llegó a invadirle el descontrolado corazón. Tres sensaciones. Casi en simultáneo, abrió los ojos, percibió la textura (peluda) del cuello de su novia, y le dio un boquinazo en su picudo morro. Por lo inesperado del descubrimiento, el impacto fue brutal. *¿Por qué te has convertido en Guaycas, Ari?*

—¡Joder, qué asco! —dijo, limpiándose la boca compulsivamente con las sábanas, las cuales recogieron una buena muestra salivar del feísimo chucho.

Con un escalofrío enquistándose por todo su tronco, se incorporó de la cama y miró por la ventana. Aún no había amanecido, pero pronto lo haría. ¿Qué estaba haciendo Ari? Últimamente estaba muy liada con el trabajo, y no era la primera vez que, insomne, se levantaba de madrugada para ponerse a currar.

—¿Ari? —susurró, buscándola por toda la casa, intentando dejarse oír para no asustarla.

Ari había terminado ya el cartel anunciador del concurso de cocina que le había encargado a su empresa la Comisión de Fiestas del municipio donde residían. Arrastraba un saco repleto de proyectos atrasados, y ahora tenía entre manos el más urgente de todos ellos. Se trataba de una lámina publicitaria encargada por una agencia de viajes, y, si no la terminaba en un par de días, el contrato rescindiría. Era el inicio de las vacaciones de verano, y la agencia estaba perdiendo la paciencia. La presión a la que Ari estaba sometida (no solo por esta agencia) era la responsable de su insomnio.

—Hola, cariño.

—¡Jesús! —exclamó, sobresaltada.

—¿Te he asustado?

—No te vi entrar. ¿Por qué no sigues durmiendo?

—Pues… Tu perro me ha besado.

—¿Me estás poniendo los cuernos con *Guaycas*?

—Bueno, podría decirse que yo no quería, pero me forzó. ¡Qué bonito! ¿Qué es?

—Un volcán —dijo Ari, volviendo a la faena.

—¿Estás rotulando un volcán para una agencia? ¿Qué volcán?

—¿Rotulando, Isaac? Nunca te había oído decir esa palabra.

—¿No se dice así?

—Es el Etna. Se trata de un cartel y unos folletos para promocionar unos vuelos programados a Sicilia.

—Pues te está quedando genial. ¿Por qué no ponen fotos en vez de dibujos?

—Dentro de los folletos ponen fotos, pero en su carátula y en el póster quieren un dibujo de un volcán gigante —explicó Ari.

—Gigante es un término relativo en un dibujo.

—No si haces que ocupe el noventa por ciento de la lámina y lo contrapones con un paisaje en miniatura a su alrededor.

—Ya. Te quiero, Ari.

—Y yo.

Palíndromo:

Etna gigante

Atada ve una nueva data

Remedios y Carlos salieron muy temprano tras dejarle organizado el desayuno a su hija. Lo habían hecho por rutina, no era necesario que se molestaran, pues Julieta no tenía ninguna prisa esta mañana. El colegio había terminado, así que podía levantarse a la hora que quisiera y prepararse ella misma el desayuno. De hecho, cuanto más tarde se levantase, mejor. Sería una prueba de tranquilidad, de que había descansado. Les preocupaba ver a su hija inquieta, o con pesadillas, después de lo que les había contado. Por la noche, habían estado dándole vueltas a la posibilidad de llevarla a un psicólogo infantil, aunque habían decidido esperar un poco para observar su comportamiento y sus posibles cambios de humor.

La conversación telefónica (con sabor a bilis) que mantuvieron por la noche con Aurora fue, posiblemente, uno de los momentos de mayor tensión que habían vivido nunca. Por su profesión, habían visto muchas cosas, algunas extremadamente inquietantes, pero decirle a una amiga que su hijo de quince años tenía un problema psicosexual, sabiendo que no te iba a creer, equivalía a hacer un brindis con un trago de amoniaco. El destrozo sería interno, muy profundo y ulcerante.

El daño ya estaba hecho, y Aurora era, de todas las partes implicadas, la más perjudicada debido al efecto carambola.

*

Aurora estaba sentada en la cocina con los guantes de la loza puestos. Tenía los cacharros del desayuno a medio fregar. Su hijo, Pipo, acababa de salir por la puerta rumbo a la parada de autobús. Hoy tenía programada una excursión al Teide con unos amigos. Los tres habían desayunado en silencio, incómodos. La conversación se había producido muy temprano, cuando Aurora lo despertó y le contó lo que le habían dicho Remedios y Carlos, los padres de Juli. En el momento de mayor intensidad, había aparecido Paci, con cara de sorpresa, asustada. Tenía toda la pinta de haber estado escuchando desde el principio.

Cuando Pipo salió de casa y Paci subió a su habitación, Aurora se derrumbó en la silla con los guantes aún puestos. Ella era, de todas las partes, la más perjudicada. El efecto carambola. El mayor daño lo había recibido Aurora. Quizá no el mayor, pero sí el más cargado de

incertidumbre, pues no sabía quién le estaba disparando. ¿Remedios y Carlos, que habrían pillado alguna conversación de su hija y la habrían deformado? ¿Julieta, que inventaba una aberración para sentirse protagonista, por falta de cariño? ¿Sería Pipo el pistolero, y todo lo que había escuchado era cierto?

Aurora les había dejado claro que no se lo creía, y que deberían preocuparse por la mentirosa de su hija. La guerra estaba declarada.

*

Pipo se dirigía al punto de encuentro donde había quedado con sus amigos para, desde allí, subirse a otro autobús y encarar la excursión al Teide. El día había amanecido espléndido, con un sol que apuntaba a caldear pero sin dañar. Estaba muy nervioso, porque jamás pensó que a Julieta se le ocurriría hablar. ¿Por qué lo habría hecho? Pipo había confiado en ella, estaba seguro de que la niña había aceptado su arrepentimiento, así que las cosas no tendrían que haberse desmadrado. Pipo se había confundido. Y Pipo se había arrepentido. Entonces ¿por qué tendría que pagar un precio tan alto?

—¡Que te den, Julieta!

Pipo le tenía mucho cariño a Julieta, a pesar de todo. Lo que hacía por su hermana no podía pagarse de ninguna manera. Julieta podía tener todas las amigas que quisiera, porque era muy inteligente y muy sociable. No era como ellos. Paci no era sociable por sus problemas. Él no era sociable por… sus problemas. La introversión. Su falta de soltura, sobre todo con las chicas, era la causante de su carácter tan retorcido, y de esos impulsos que, a veces, tanto le costaba controlar. Con Julieta, siempre lo había controlado. Por lo menos se había ocultado. Hasta ayer.

Pipo jamás le haría daño a Julieta, la niña que había elegido a su hermana como mejor amiga. Él sabía valorar esas cosas, esa generosidad infinita. Pero a él lo había decepcionado. Él le pidió perdón y ella lo aceptó; o eso dijo. Su madre lo pilló desprevenido, y él tuvo que mentirle. *No, mamá, yo no he hecho nada. Esa chica debe de estar loca. La fama para Paci y el provecho para Julieta.*

*

María de la Paz Hernández Guillén estaba organizando, mentalmente, la visita que tenía previsto hacer a la Parroquia de San José. Lo primero que haría sería hablar con su madre para que buscara un hueco y la llevara ante

las majestuosas figuras de la Virgen de los Dolores, San Juanito (el alcahuete), y el Cristo que, crucificado en la esquina izquierda del templo, vigilaba a todos los que cruzaban las enormes puertas de la entrada. Paci sabía que, unos clavos como aquellos que atravesaban a Jesús, tendrían que provocar heridas con mucha sangre, pero el Padre Dios no permitía que su hijo sangrase. La niña nunca había visto a San José, pero estaba convencida de que tendría que andar por allí, en alguno de los recodos, porque era el dueño de la iglesia.

María de la Paz creía que iba a morir pronto, y quería ir a la parroquia para despedirse de sus santos. Así se aseguraría de que ellos la vieran y la recordasen para que, cuando llegara el momento, no permitiesen acercarse (a ella) al malvado demonio. Le quedaba poca vida, lo había oído en algún sitio. Tal vez en clase de religión; o en la propia iglesia en boca de algún sacerdote. Paci estaba recibiendo las señales. Las de ambos tipos. Y las recibía cada vez más frecuentes, cercanas e intensas.

Primero la había visitado un demonio y un ángel, juntos, y, en esa ocasión, el ángel había vencido, rescatándola del agua cuando estaba a punto de morir ahogada por culpa del demonio, y colgándole una medalla del cuello. Ahora, tan solo cuatro días después, el diablo le estaba lanzando un ataque cruel para ponerla a prueba. Lucifer había logrado un enfrentamiento entre su hermano y su mejor amiga. Uno de ellos decía la verdad y el otro mentía. Uno era un ángel, pero el otro era un demonio, y Paci tenía que elegir. Si se equivocaba, el demonio se la llevaría con él, pero, si acertaba, iría directa al cielo.

María de la Paz se encontraba sola, sentada en el purgatorio de su habitación, meditando para tomar una decisión. Atada de pies y manos.

*

Acostada en la cama, tenía los ojos clavados en la lámpara que colgaba del techo, muy cerca de la vertical que marcaba su mirada. Sus padres ya habían salido, así que era hora de levantarse. Sabía que estaban muy preocupados, y los había escuchado hablar mucho, por la noche, en su dormitorio. Julieta era muy inteligente, y, por eso, comprendía que, lo más prudente, era simular tranquilidad para evitar un proteccionismo excesivo o, lo que era peor, una obligada visita al psiquiatra. Julieta estaba inquieta y ansiosa, pero no por el incidente con Pipo, eso ya estaba más que superado. Eran los irremediables colaterales; esos eran los proyectiles más dañinos.

Por lo poco que pudo sacarle a sus padres, sabía que Aurora se había enfadado mucho. Con ellos y con Julieta. Remedios y Carlos habían sido tajantes cuando entraron en su habitación, antes de marcharse, y la

“despertaron” (ella solo simulaba dormir) para darle instrucciones: desayuno listo, juez de menores en la agenda, prohibido llamar a Paci hasta nueva orden.

—Los padres piensan que los niños somos tontos, y pretenden tomar nuestras decisiones como si fueran suyas —murmuró.

Se levantó y, tras asearse un poco, se puso una ropa cómoda para andar por casa. Eso sí, aún no tenía cerrada la opción de ir a la fiesta del colegio. Si Paci quería ir, trataría de convencer a Aurora para que las llevara. Al fin y al cabo, su hija era la más interesada en dicha fiesta, y no tenía ninguna culpa de los actos de su hermano. O de las mentiras de su amiga, claro. Para Aurora, ambos escenarios eran (o deberían ser) posibles.

Julieta cogió una galleta de la cocina, para ir abriendo apetito, y se sentó en el recibidor, junto al teléfono, para morderla a la vez que marcaba el número de Aurora. *¿Me prohíbes llamar a Paci, mamá? De acuerdo, seré obediente. Llamaré a Aurora.*

—¿Sí?

—¿Aurora? Soy Julieta.

Dado que sabía que Aurora no podía esperarse su llamada, Julieta aprovechó los (seguros) segundos de desconcierto y recuperación de la mujer para morder un buen trozo de galleta. No recordaba si el teléfono de Paci tenía identificador de llamadas, creía que sí, pero, en cualquier caso, Aurora podría haber imaginado que escucharía la voz de Remedios o la de Carlos (*¡El juez va a detener a tu hijo, por acoso!*); nunca la de Julieta.

—Julieta… ¿De qué va toda esta historia?

—Lo siento mucho, Aurora, pero no me lo estoy inventando. Es la verdad.

—Pipo… ¿te enseñó… su pene? ¿Es eso?

—Sí.

—¿Cómo fue? ¿Se estaba duchando y tú entraste en el baño, sin querer? ¿O en su habitación?

—Sé cómo te sientes, Aurora. Te repito que fue voluntario e intencionado. Pipo quería que ocurrieran más cosas, pero le detuve.

—¿Crees que sabes cómo me siento? No, niña, no lo sabes. ¿Acaso crees que siento dolor por lo que dices que ha hecho Pipo? ¡Te equivocas! ¡Lo que yo siento es…!

—Sé lo que sientes, Aurora, claro que lo sé. Estás decepcionada, pero no con Pipo, sino conmigo, porque crees que me lo estoy inventando todo. Supongo que eso, en principio, te honra como madre, aunque no estoy muy segura.

—¡Eres una mentirosa!

Julieta se limitó a no responder. Esa no era una pregunta, sino un insulto, o, como mínimo, una opinión. Replicar era perder tiempo y saliva.

—Escucha bien, niña. Dices que mi hijo tenía otras intenciones, ¿no es así?

—Correcto, Aurora. Pero yo le detuve.

—¡Ah! ¡Ahí quería llegar! ¿Cómo pudiste tú, una flacucha niña de once años, detener a un chico de quince, muy fuerte?

—Hablando.

—¿Lo detuviste con palabras? ¿Lo hipnotizaste?

—Tu hijo es una buena persona, Aurora.

Las palabras de Julieta la descolocaron, y su discurso se interrumpió bruscamente. Julieta no tenía esperanzas de que la creyese, aunque tampoco es que le importase mucho. No era su vida, no era su hijo, no era su problema. Pero sí era su amiga, y para eso había llamado.

—Sé que estás incómoda hablando de este tema, y yo también. Te telefoneaba para saber si Paci iría a la fiesta del colegio.

—¿Contigo? ¿Piensas que la voy a dejar? Tus padres son unos irresponsables por dejarte telefonear a mi casa después de la que has armado.

—¿Yo? Yo no he sacado el pene, ni siquiera tengo pene —se quejó.

—¿Qué le dijiste a Pipo para que se detuviese? —preguntó, con curiosidad.

Julieta comprendió que Aurora, en el fondo, dudaba; era lógico. Si estuviese segura de que Pipo no mentía, la pregunta que estaba formulando estaría fuera de lugar. Pero la madre del muchacho quería conocer la versión de la supuesta víctima.

—Nada. Solo que se detuviera.

—¿Y se detuvo?

—Claro, Aurora, ya te he dicho que es un buen chico. Yo sabía que no me iba a hacer nada. Solo tanteaba. Además, Pipo se disculpó.

—Pero… Si eso fuera verdad, ¿por qué lo contaste? Todo estaba arreglado, si es que le aceptaste la disculpa.

—¿Todo arreglado, Aurora? Me sorprende que digas eso, siendo su madre.

—¿Qué quieres decir?

—Que su cabeza no está arreglada, y es tu responsabilidad. Aunque no me creas, deberías…

—¡Eres un demonio, niña!

Julieta se quedó perpleja. Siempre se quedaba perpleja cuando le ocurría cualquier cosa que no le hubiese ocurrido antes. Y esta era la primera vez en la vida que un adulto le colgaba el teléfono, dejándola con la palabra en la boca. Decidió que Aurora no funcionaba mucho mejor que Pipo. ¿Por qué castigaba a Paci? ¿Qué culpa tenía ella?

*

Aurora se sentía amenazada. El diablillo de la coleta parecía como dispuesta a romper la armonía que siempre había regido en su familia. Era una niña prodigio, nadie lo dudaba. Lo decía Paci, lo decían los profesores, lo decían los vecinos, los padres de otras niñas… Lo decía la propia Aurora. Pero una niña prodigio podía suponer también una amenaza según cómo canalizase su inteligencia. Si se lo proponía, podía causar un daño atroz. Eso es lo que había hecho. De una sola jugada, con una sola frase, "Pipo me la enseñó". Cuatro palabras, solo cuatro, suficientes para destrozar la vida de tres personas, una familia entera. Tenía que proteger a Paci para que el virus no se extendiese.

—Tengo que hablar contigo, hija. Es algo muy serio e importante. Se trata de tu hermano y de tu amiga. Ha ocurrido algo muy malo.

—Ya lo sé, mamá. Anoche te oí hablar con los padres de Juli, y hoy estabas discutiendo con Pipo.

—No discutíamos, solo le preguntaba por una cosa muy fea de la que Juli lo ha acusado. Dice que tu hermano hizo algo… muy… cochino. Algo que no debe hacerse.

Paci había escuchado más cosas. La cosa cochina que decía su madre era que Pipo le había enseñado el pito a Juli. Paci no entendía por qué era tan importante y tan cochino. Todos los niños tenían pito, y tenían que sacarlo para hacer pis. Pero si su madre decía que no estaba bien, pues no estaba bien. Así que, si su hermano lo había hecho, era el diablo. Su madre no creía a Julieta. Si su madre tenía razón, su mejor amiga era el diablo.

Julieta nunca había dicho mentiras. Nunca. ¿Por qué tendría que inventarse algo así? ¿Sería el diablo disfrazado, y siempre la había engañado? Paci tenía que decidir, el futuro de su amistad estaba en sus propias manos. Entonces su madre le dio el ultimátum, presionándola aún más. *Habla ahora o calla para siempre*.

—No quiero que vuelvas a hablar con ella, Paci. Tienes que buscar a otra amiga.

Paci no podía controlar sus ojos. Las lágrimas estaban fluyendo y

resbalando por toda la cara. ¿Por qué su madre le hacía esto? Mamá siempre había sido buena con ella.

—El próximo curso no estará en clase contigo. Te será fácil olvidarte de Julieta y empezar una nueva amistad.

Paci sabía de qué acusaba Julieta a Pipo, pero su madre no sabía que Paci tenía tanta información. Había que decidirse ya: caer en la apatía, en el infierno, o recuperar el paraíso junto a Julieta.

—Como tú digas, mamá.

Aurora sonrió, sorprendida. No podía imaginar una reacción tan resignada por parte de su hija. Mejor así, menos sufrimiento. Las cosas volverían a un cauce controlable; el desbordamiento no había derivado en metástasis.

—Por cierto, mami —añadió Paci desde la puerta de la cocina, a la vez que se retiraba y le daba la espalda para que no le leyera la mirada—. Ayer, mi hermano le enseñó el pito a Julieta. Lo vi desde lejos, pero ellos no me vieron a mí.

—¡Oh! —exclamó Aurora, temblorosa, mientras se agarraba fuertemente a la silla para no caer al suelo.

*

El grado de perplejidad de Julieta se multiplicó cuando llamaron a la puerta y las vio. En micromilésimas de segundo, su cerebro y su intuición registraron el contraste entre ambas expresiones, y enseguida supo que algo no iba bien. Paci sonreía escandalosamente, resucitada de una enfermedad terminal. Aurora se arrastraba encorvada, con la cabeza hacia abajo y su mirada buscando el centro de la tierra. *No estoy avergonzada, lo que ocurre es que mis párpados están magnetizados, y la fuerza de la gravedad los reclama*.

—¡Paci…!

—¡Hola, Juli!

María de la Paz se abalanzó sobre su amiga, dándole un fortísimo abrazo, y se quedó allí, cogida a ella para siempre, por si acaso su madre volviese a sacar la tijera. Aurora seguía expectante, sin saber qué decir.

—¿Qué ocurre, Aurora? —preguntó Julieta, suspicaz. No le encontraba sentido al cambio de actitud de la madre de su amiga. A no ser que…—¿Ha confesado? ¿Es eso?

Julieta se acercó a Aurora con la intención de abrazarla, compasiva, en el caso de que se fuese a derrumbar.

—No, él no. Ha sido Paci.

Julieta se frenó a tiempo, justo antes de entrar en contacto físico con ella. Su elevado coeficiente intelectual le hizo un boceto aproximado de los acontecimientos, aunque no llegaba a alcanzar todos los detalles.

—¿Paci? ¿Cómo…?

—¡Yo lo vi todo! —se apresuró a decir—. ¿Vamos a la fiesta? Mamá quiere llevarnos.

—¡Espera, Paci!

—No; vamos, Julieta.

¿Julieta? ¡Nunca la había llamado Julieta! Paci trataba de ser contundente, de cerrar el libro sin leer el final. Su vida, su futuro, su felicidad, pendían de un hilo. Dependía de su capacidad para cortar de raíz la conversación. No más explicaciones, no más preguntas, ¡vamos a la fiesta! *El mundo es perfecto, Juli, yo misma lo he manipulado. No me lo estropees, amiga.*

—¿Qué viste, Paci? —preguntó, incrédula.

—Vio lo que hizo su hermano.

Julieta se quedó bloqueada. Jamás imaginó que su amiga Paci, la niña de los múltiples problemas, fuese capaz de retarla, de someterla a un duelo tan duro y doloroso. Estaba demostrando ser una gran jugadora, la mejor. Sabía más de póker que de windsurf, quizá porque el póker requería mucha psicología, y Paci le estaba dando toda una lección. Tenía acorralada a la niña-prodigio-Julieta en un irreversible jaque mate. Si la desmentía, era un jaque mate a la propia Paci, pero eso destrozaría también a Julieta. Si le seguía la corriente, era un jaque mate directo a Julieta, a sus principios, a “la verdad a cualquier precio”. Ambos jaques eran igual de dolorosos; por eso Paci era la mejor. *La mejor jugadora es la más cruel, la más letal, aun sin querer serlo.*

Estaba acorralada. No encontraba salida, salvo una de las repudiadas dos posibles. Julieta intentó acorralar, a su vez, a Aurora, tal vez para ganar tiempo, aunque sabía que eso era injusto.

—Aurora… ¿No me has creído a mí cuando te lo conté y, sin embargo, ahora crees a tu hija?

—Ahora tienes un testigo, Juli. Ella confirma tu versión.

—¿Sabes cuál es el problema? ¿La paradoja? Que yo no te mentí, pero no me creíste. Y Paci te está mintiendo, pero la estás creyendo.

María de la Paz se echó a llorar, desesperada, y se puso a tirar del brazo de su mejor amiga.

—Por favor…, Juli —dijo entre sollozos—. Vamos a… la fiesta. Por…

favor.

Julieta la cogió por los hombros y la miró a la cara, obligándola a sostener la mirada. Paci quería mirar hacia abajo, siguiendo el camino de las lágrimas.

—¿Qué quieres decir, Juli? —preguntó Aurora, confusa.

—Estaba en la ducha cuando ocurrió, Aurora. De hecho, no salió del baño hasta después de que tú llegaras. No pudo ver nada.

La apatía la invadió. Nada tenía sentido para ella, solo había pretendido salvar su amistad. ¿Por qué Juli actuaba así? ¿Sería Juli el demonio?

—Vamos, hija —exigió Aurora, enfadada, desde la puerta.

—Escucha, amiga, sé por qué lo has hecho, pero debes contar la verdad. Siempre; aunque pueda doler. No llores más. La amistad que hay entre nosotras no se va a terminar, recuérdalo.

—Pero mamá dice…

—¡Shh! No terminará. Lo que pasa es que, a veces, hay que hacer una pausa.

—¿Una… pausa? —se repetía Paci mientras salía, tratando de asimilarlo.

Aurora se la llevó de allí, pero se fue con muchas más dudas de las que tenía a primera hora, tras hablar con Pipo.

Palíndromo:

Oyó pausa; apática Paci tapa a su apoyo

**

Abrió la puerta principal de su edificio y se enfrentó al exterior, una mañana camuflada de inactividad y bienestar, vestida con sus mejores telas climatológicas, pero, en realidad, era una mañana espía, contradictoria y letal. Las tres únicas nubes que decoraban el cielo trazaban una forma de sonrisa, sí, pero a Susana no podían engañarla. Era la sonrisa cínica y despiadada del tiempo, del recordatorio de que solo quedaban dos días. Además, las nubes permanecían totalmente rígidas en su posición, no se les estaba permitido mover ni una sola de sus plumas de algodón. *La calma anuncia tempestad. ¿O es al revés? Tal vez el tópico es tan reversible como los palíndromos del secuestrador*.

Mientras esperaba al detective junto a la carretera, en el mismo bordillo de la acera, su inquietud iba en aumento. No le gustaba esperar, porque

implicaba una evidente pérdida de tiempo. Tiempo era, precisamente, lo que les faltaba. Las palabras de Girard, cuando la había telefoneado, no tenían mucho sentido para ella. Había hablado muy rápido, insertando algún que otro término en francés, y había colgado enseguida, sin permitirle hablar para solicitar aclaraciones. De una cosa sí que estaba segura: Girard vendría con Bruno y, luego, los tres irían a la universidad.

El viejo Citroen azul enfiló la avenida donde residían Ivana y Susana. Desde la distancia, Susana pudo comprobar que, en efecto, Trapus no venía solo. Ella estiró el brazo para que la vieran, como si estuviese haciendo señas al autobús para detenerlo. Trapus frenó junto a Susana y ella se subió al asiento trasero.

—Hola, Bruno.

—Hola. ¿Cómo lo llevas? Me refiero a tu estado nervioso, claro.

—Bien… Más o menos. ¿Qué ocurre? ¿Alguna pista?

—Buenos días, señora Mesa. Verá…

—¡Oh! Detective, lo siento. No le he dado los buenos días a usted.

—Sí, ya lo hizo por teléfono. Le decía que, esta mañana, he recibido una extraña llamada del señor Barreto. Estaba muy nervioso y casi no podía hablar. Ya le he dicho a usted por teléfono lo poco que yo fui capaz de entender de esa conversación, pero ahora él me la ha aclarado. Cuénteselo usted, señor Barreto.

—Me llamo Bruno, detective, y solo tengo dieciocho años. Preferiría que me llamase por el nombre, no por el apellido. Verás, Susana, aunque Ana y yo formemos una unidad de trabajo independiente, ella no puede venir conmigo por…

—Esto no es una competición por equipos, joven Bruno —recriminó Trapus.

—Tiene razón, detective. Ana está liada en la emisora. Por eso he llamado al señor Girard, para que me acompañe él.

—¿A… buscar tus notas de PAU? Eso es lo que me ha parecido entender —apuntó Susana, cada vez más confusa.

—Sí. Esta mañana he recibido una llamada de Elena; ya sabes, la chica que le ofrecí a don Urbano. Estaba en la Facultad de Ciencias Económicas consultando las notas.

—¿Para qué iba a consultar las notas una prostituta, Bruno? ¡No entiendo nada!

—Creí que te había dicho que… Es igual. Elena es una compañera mía de estudios, por eso la conozco. Y no es exactamente una prostituta. No la busqué en una esquina, al azar, para contratarla. Ella trabaja en una barra

americana, pero ese es otro tema. El caso es que estaba muy contenta porque los dos habíamos aprobado la PAU. Me dijo mi nota global, que, por cierto, me parece muy baja para cómo me salieron las pruebas. Hasta ahí, todo normal. Pero resulta que los coordinadores publicaron un listado de calificaciones ordenadas por ranking, aparte del listado oficial hecho por apellidos. Me dijo que yo era uno de los mejores. En concreto, me especificó que estaba situado en el puesto doce del ranking.

Susana permaneció callada, esperando a que Bruno rematase el diálogo entre Elena y él. No tenía ni idea de cómo iba a terminar.

—¿No lo ves aún, Susana? Al principio, yo también me quedé indiferente porque no me había dado cuenta. Pero luego me puse a temblar, y… aún… sigo cagado de miedo.

Trapus intervino, ante la interrogante cara de Susana.

—El señor Barreto lo asocia al segundo palíndromo, señora Mesa. A mí, particularmente, me parece una tontería, una casualidad, pero él está convencido.

—¿El… segundo…?

Susana abrió su bolso y extrajo la copia de la carta. Sus ojos se dirigieron a los seis palíndromos.

1) A Don Urbano, tetona BrUNO da

2) Así pone coDOS o doce no pisa

3) A casa, cuTRES, o coser tu casaca

4) AdeCÚA TROno, honor tau ceda

5) Oral a ese calabaCÍN COrrígele, elegir roc, ni cábala cese al aro

6) A ti reparan, aviSEIS oreja pajero, si es Ivana raperita

—Yo digo, Susana, que, para conseguir ese puesto en el ranking, he puesto los codos. Vaya si los he puesto. Es más, me he preparado tanto que, incluso, considero injusto el puesto duodécimo.

La mujer de Ivana buscó el primer párrafo de la misiva: la parte del exhibicionismo arrogante.

Casi todos ellos [los palíndromos] son, simplemente, pruebas de mi poder premonitorio al que acabarás rindiéndote.

—Es mucha casualidad, señor Girard.

—Susana, ¿también usted…?

—Ya nos han sorprendido con el primero. Esta sorpresa, al lado de aquella, es una simpleza —insistió Bruno—. Pero a mí me acojona, porque ese hijoputa me está apuntando directamente. ¿Por qué yo? ¡Solo soy un crío, joder!

Marcelo Girard aparcó en una amplia avenida perpendicular a la

disposición natural del módulo de la ULL, módulo destinado a la docencia de los estudios relacionados con la economía, la empresa y el turismo. Desde allí, frente a las vías de la “línea uno” del tranvía insular, accedieron a la Facultad por la amplia entrada institucional.

—¿Por qué se ha empeñado en entrar por aquí, detective? Nadie entra por aquí salvo para ir a la biblioteca. A no ser que vengas en tranvía, claro.

—Es la entrada principal, ¿no es así?

Justo antes de entrar al edificio escucharon un tremendo alboroto. Al principio solo percibieron ruidos indefinidos, como de varias voces hablando a la vez, solapándose. Todo apuntaba a una gran concentración de gente en un mismo punto, quizá junto a los tablones de calificaciones. Pero, en el momento en que estaban accediendo al recinto interior, la música y las “angelicales” voces acariciaron el corazón de Trapus y lo hicieron levitar, elevándolo, en una inesperada experiencia astral. Las lágrimas de Marcelo Girard no se hicieron rogar a aquella llamada del mundo de los duendes.

—*Claveliiitos, claveliiitos, clavelitos de mi corazoooón…*

Mientras la tuna de Económicas elevaba su gutural sonido a los cielos (cubriendo estos de claveles), un puñado de incondicionales oscilaba su cuerpo pendularmente (izquierda-derecha-izquierda), a la vez que las palmas de sus manos echaban chispas al tratar de seguir el compás con tanto ímpetu.

—*Nooo teee creas que ya no te quieeerooo…*

Trapus, contagiado por la desbordada euforia, sonrió a sus atónitos acompañantes e imitó a los fans. Sin poder contenerse, su potente y cavernosa voz se soltó, y el detective desafinó por encima de todos, eclipsando con su fuerza las voces planas de los tunos y pisoteando (y deshojando) los repelentes clavelitos.

El foco de atención de la audiencia se desplazó al instante. Pronto dejaron de hacer caso a la tuna y se rindieron al entretenimiento proporcionado por el regordete de bigote, quien, a buen seguro, debía ser uno de los novatos de la pandilla, obligado a vestirse con aquel ridículo y apolillado disfraz. Eso sí, un novato quizá un poco talludito, no tanto para ser estudiante pero sí para entrar a formar parte de un espectáculo tan grotesco. Ante tanta admiración, Trapus se corrió de gozo y dio lo mejor de sí mismo, sin importarle la consecuente afonía que, a buen seguro, lo limitaría en las próximas horas.

Bruno parecía disfrutar con Trapus. Sus dieciocho años podrían ser los responsables. Pero Susana era la única que no le veía la gracia. Más bien le entraron ganas de echarse a llorar. Su mujer estaba en peligro de muerte, le

quedaban dos días de vida. Su mejor aliado para impedirlo estaba bailando y chillando como un cerdo ridículo, totalmente ajeno a las burlas que lo acuchillaban a su alrededor.

—Bruno, creo que ya es suficiente.

—¿Qué quieres que haga yo, Susana? ¿Que lo pare, para que todos crean que es mi padre o algo parecido? Yo estudiaré en la universidad, y entraría sin reputación. ¡Sería mi ruina! —festejó Bruno, divertido.

—¡Venga ya, Bruno! ¡Para al bonsái de los clavelitos de los cojones!

De repente, ante el estupor de su público, Girard se detuvo bruscamente, creando un impactante descenso de registros en la propagación de la canción. Elevó el dedo índice de su mano derecha y buscó con la mirada a sus acompañantes.

—Un momento —dijo a los forofos, mientras trataba de ubicar a Susana y a Bruno.

—¿Seguimos, detective? —alentó Susana, aprovechando la extraña pausa, debida, quizá, a la necesidad de coger aire para evitar el infarto (o el orgasmo) y poder continuar cantando.

—No, un momento, señora Mesa Serafín. ¡Mire allí!

Al comprender que el achaparrado personaje había terminado su show, el público se fue olvidando de su presencia y volvió a la tuna. *¿Acaso esperabais un número más largo? ¿Gratis? La época de "Fly, Robin, Fly" es historia*. Susana siguió con la vista la dirección hacia donde apuntaba el dedo del detective. Bruno se unió a ellos.

—Ese es el grupo de novatos, señor Girard —explicó el joven—. ¿Qué pasa con ellos?

En un lateral del grupo principal (que seguía entonando el estribillo de "Clavelitos", una y otra vez) bailaban los ridículos novatos con un ridículo traje de época. Alguno de dichos trajes, incluso, recordaba a Napoleón Bonaparte.

—¡Fíjense en la ropa! —dijo Trapus, exaltado.

—Sí, ¡ja, ja, ja…! —rió Bruno—. Ese de allí parece un ujier. ¡Ja, ja, ja…!

—Sí, detective, parecen más apropiados para bailar un minué que los clavelitos. Resultan de lo más esperpéntico. Y ahora ¿podemos seguir? —apremió Susana.

—¿Es que no lo veis? —insistió, sacando la copia de la carta que llevaba en el bolsillo de su chaqueta y señalando los palíndromos—. ¡Lo que llevan son casacas!

—¿Casacas? —preguntó Bruno.

—Soy francés, joven. Sé lo que es una casaca.

—¿Qué tiene que ver que sea usted francés? ¿Acaso las casacas son francesas? —preguntó Susana. Entonces, al fijarse en el insistente dedo de Trapus, se dio cuenta de lo que quería decir: el palíndromo número tres.

3) A casa, cuTRES, o coser tu casaca

—¡Joder, detective! ¡Esto no puede estar pasando! ¡Dígame que se trata de un sueño! —imploró Bruno.

—Por lo menos, joven, esta vez no lo implica a usted —reconoció Trapus, mientras se rascaba la cabeza, incapaz de encontrar una explicación razonable.

—¿Qué significa esto, Girard? —preguntó Susana.

—Pues… no lo sé —reconoció.

—¿Significa que tiene premoniciones y, además, es capaz de convertirlas en palíndromos? ¿La vida de mi mujer depende de que seamos capaces de vencer a Supermán?

—Eso es lo que parece, señora Mesa. Vamos a acercarnos, tengo un pálpito.

—¿Quiere decir usted una corazonada?

Se aproximaron al grupo de los novatos, y el detective, sin cortarse, se dedicó a examinarlos, observándolos con detalle desde muy cerca.

—¿Qué hace, detective?

—Las casacas. Ayúdenme a analizarlas.

—¡Aquí está! —gritó Bruno, alarmado, al descubrir lo que el detective buscaba.

Girard y Susana se acercaron al joven que Bruno señalaba. Estaba de espaldas a ellos. La casaca, por detrás, estaba rajada a lo largo, casi medio metro.

—Disculpe, joven —dijo Girard, dirigiéndose al novato—. ¿Sabe que tiene descosida su casaca?

—¿Mi qué? ¿Se refiere a la chaqueta? Sí, me he dado cuenta esta mañana, cuando empezamos a cantar.

Los tres estaban estupefactos, como si fuesen víctimas de una inteligencia superior que se había asomado a la Tierra solo para jugar un rato con los primitivos e ignorantes seres que habitaban el planeta. No podía ser, la carta se había escrito una semana antes. Pero sí; uno de los cutres novatos validaba el palíndromo.

Bruno, por petición de Trapus, los condujo a los paneles informativos donde se habían publicado las notas de PAU. En efecto, existían dos listas.

Una de ellas, ordenada por apellidos; y la otra, junto a la primera, recogía el ranking de resultados por orden decreciente de puntuación. Bruno ocupaba, exactamente, el duodécimo lugar.

—¿Sigue usted creyendo que es casual, detective? ¿Cree que mi posición nada tiene que ver con el segundo palíndromo?

—No, joven, ya no. Después del numerito de la casaca, no. Alguien quiere gastarnos una broma.

—¿Una broma, Marcelo? ¿Cree que van a matar a Ivana pero lo hacen de broma?

—No es eso lo que yo he…

—Y lo de la casaca… ¿cómo lo ha llamado? ¿Numerito? ¿Piensa usted que el secuestrador se está luciendo, como si fuera un prestidigitador?

—Yo no creo que tenga telepatía, señora Mesa. Me niego a creerlo.

—Pero ¿qué coño…? No se llama telepatía, Monsieur, sino videncia —corrigió Susana.

—Ella tiene razón, detective. No nos lee la mente, esto es algo mucho peor, más improbable. Llámelo videncia, premonición o anticipación. Pero, le ponga el nombre que le ponga, el adjetivo es el mismo: espeluznante.

—¿Qué podemos hacer ahora, Marcelo?

—¿Ahora? No lo sé. Pensar en todo esto, supongo. Ese cabrón nos está tomando el pelo.

En ese instante sonó el móvil de Bruno. El joven se alejó hacia las primeras páginas de calificaciones, donde debía aparecer él ya que su apellido era de los primeros. Susana y Trapus observaron cómo ponía cara de sorpresa, aunque no sabían si se debía a la conversación que estaba manteniendo o a sus notas detalladas. Una vez que Bruno cortó la comunicación, permaneció allí unos instantes más, con los ojos compitiendo con las chinchetas, muy clavados en los listados.

—¿Ocurre algo? —preguntó Susana.

—¿Eh? Era Ana. Le he contado lo ocurrido, y le gustaría que nos reuniéramos todos dentro de un par de horas. Quizá juntos seamos capaces de encontrar alguna explicación a todo este desatino.

—De acuerdo —aceptó Girard—. ¿A qué hora y dónde?

—Podría ser en la emisora, si no tenéis inconveniente. Pero yo… creo que no iré. Ahora mismo voy a presentar una reclamación y a solicitar una reunión con el coordinador. Tengo entendido que me recibirá esta tarde, porque no disponen de más plazo para dar respuesta a las protestas. Me gustaría aprovechar este mediodía para repasar y hacer memoria del examen que hice. ¡Tengo que estar preparado para todo!

—Bien, nos reuniremos con la señorita Pérez después de mediodía. Podríamos ir a mi casa y, de paso, almorzar.

—Tienes cara de preocupación, Bruno. ¿Hay algo más? —se interesó Susana.

—Sí, bueno, es que… Verás, el examen de matemáticas me salió perfecto, pero solo me han puesto un cinco. Por eso voy a reclamar.

—Vaya, lo siento.

—No, señora Mesa —intervino Trapus, vidente—. ¡No lo sienta! Creo que estoy adivinando la causa por la que el joven Bruno está tan preocupado. No es solo porque crea que merece más nota, ¿me equivoco?

—No, detective, es usted muy ágil.

—Deformación profesional, joven.

—¿Me lo pueden explicar a mí? —solicitó Susana.

—Alguien ha manipulado las notas para que yo aparezca en el puesto doce.

—Y eso es bueno para nosotros —se congratuló el detective.

—¡Claro! —dedujo Susana—. Eso descartaría la premonición.

—Joven, esta tarde no vendrá usted solo a la entrevista con el coordinador.

—¡Hola, Bruno! —gritó Elena la "comerrabos", a la vez que se acercaba.

Al detective se le cayó la baba al ver a aquella preciosa gatita de enormes pechos y provocativa minifalda. Si dejaban entrar a la PAU a criaturas así, no le extrañaba nada que Bruno fuese un alumno tan aplicado.

Palíndromo:

A PAU gatita guapa

Mediodía ido, ídem

A Susana le había costado convencer a Remedios, pero, finalmente, la madre de Julieta accedió a que su hija fuese a almorzar a casa de Marcelo Girard. Recogió a la niña, a mediodía, y se reunieron con Girard y Ana Pérez. Bruno se había excusado, pues necesitaba preparar su defensa de cara a la resolución de la reclamación que había interpuesto.

Estaban sentadas en unos rígidos sillones antivisitas que Trapus había elegido para darle el toque de color que necesitaba su casa. Acorde a su propio aspecto, la vivienda de Girard podría considerarse heredada de sus abuelos, mobiliario incluido. Además, su cuidado estaba totalmente abandonado, pues parecía que necesitaba tantos retoques que, al acumularse su ausencia a lo largo de los años, daba la sensación de que se vendría abajo en cualquier instante.

Todo allí era de color neutro, insulso. Los muebles, todos ellos, de madera de pino marrón. Las paredes y techos, de un sucio y descascarillado color garbanzo. Las baldosas del suelo, color crema-sucio, tenían pinta de haber sido encajadas allí por los conquistadores de las islas. Incluso los electrodomésticos, la línea blanca, tiraban más al beige que al blanco; pero eso, seguramente, era debido al propio carácter insociable de los mismos: hacía tiempo que no aceptaban la visita de un buen estropajo con desinfectante. En cuanto a la capa de grasa acumulada en la prehistórica cocinilla de gas, esa era la prueba definitiva de la inocencia de la casa: antigua sí, pero los lunares, llagas y espinos sebáceos que desarrollaba en sus paredes y muebles, no surgían por un problema dermatológico intrínseco; era el huésped, Trapus, el responsable, ya que descuidaba su higiene.

—¡Qué horror! —dijo Susana, mientras señalaba el tapizado y le guiñaba un ojo a Julieta.

Los incómodos sillones, la única “nota de color”, estaban revestidos con la misma tela gruesa de los estandartes de la iglesia. También sus tonos recordaban a la cabecera de cualquier procesión, pues dos de ellos eran de un siniestro verde esperanza, y el tercero era tan violeta como la túnica del nazareno. Sin embargo, a pesar del llamativo ambiente que el tresillo proporcionaba para facilitar la complicidad, Julieta, ignorando el guiño de Susana, no sonrió.

Trapus estaba en la cocina con Ana Pérez, quien se había ofrecido para ayudarlo a preparar la comida. Cuando llegaron a la casa (Susana y la niña,

primero, y Ana al cabo de un instante), Marcelo tenía todo organizado, con los dos calderos al fuego. Ana se dedicaba a vigilar y revolver el contenido de los mismos, mientras Girard estaba preparando unos entremeses. La mesa del comedor estaba lista antes de ellas llegar, con cuatro servicios completos y una bandeja de pan en el centro. A Susana le había sorprendido gratamente la rapidez del detective, dado el poco tiempo con el que había contado tras la visita al recinto universitario.

—¿Has descifrado algo? —preguntó Susana a la niña, esperanzada.

—Lo siento, estoy muy atascada. No entiendo nada. Además, lo que te venía contando en el coche…, lo de Pipo… Mejor dicho, lo de Paci, me está afectando mucho. Me cuesta mantener la concentración.

—Ya verás como su madre recapacitará. Aunque no te crea, se dará cuenta de que no puede llevarse por delante a su hija.

—A lo mejor tiene miedo de que acuse a Paci de alguna aberración. No sé, creo que Aurora se está volviendo muy retorcida.

—¡La comida! —anunció Trapus, ceremonialmente.

*

—¿Dados de carne con uvas, detective? —preguntó Susana.

—¡Exacto!

—La sopa estaba riquísima, pero esto… lo supera. Es usted un magnífico cocinero. ¿No ha pensado en dedicarse a esto? Seguro que se le da mejor que lo de detective.

—¿Tan poco confía en mi profesionalidad, señora Mesa?

—¡Oh! No me malinterprete. Es usted un gran detective, no lo dudo. Pero como cocinero…

—Sería un gran cocinero si tuviese un poquito más de higiene —intervino Ana con un tono recriminatorio que incomodó a todos—. ¿Qué? ¡No me miren así, es la verdad!

—¿Se refiere acaso a que no me baño, señorita Pérez? Eso no es cierto. Además, es una falta de respeto por su parte hacia su anfitrión.

—No, Marcelo, no se refiere a su higiene personal —se apresuró a desenredar Susana, muy tensa. Luego se dirigió a Ana—. Es por la mezcla de idiomas. A veces le cuesta captar el sentido de algunas frases.

—Lo siento, señor Girard, no hablaba de su cuerpo; seguro que huele usted muy bien —dijo Ana Pérez con mucha ironía, buscando una mirada cómplice en Susana o (incluso) en Julieta. Pero, a estas, o no les gustó la intencionada y ácida broma, o no pillaron el doble sentido. Sí tenía claro

que las dos tenían que ser conscientes, a la fuerza, de que Trapus nunca olía bien. Trapus siempre desprendía un desagradable tufillo a sudor.

—Ana se referirá, supongo, a su cocinilla, que necesita que la limpien un poco —dijo Susana.

—No era eso exactamente, Susana. Bueno, eso… también. Pero, detective, quizá le vendría bien un buen curso de manipulador de alimentos. Podría usted convertirse en uno de los grandes cocineros de este país, la comida es genial.

Girard interpretó el comentario de Ana como un piropo. La periodista le hablaba de especialización, de erudición. Ya tenía el talento, la habilidad y la práctica; solo le faltaban los fundamentos teóricos, la perfección. *Cuando mezcle usted el caviar con la mermelada, incline la barbilla hacia arriba, con clase, con arrogancia. No mire nunca el plato*.

Susana y Julieta interpretaron, asqueadas, el comentario de Ana. ¿Manipulador de alimentos? Los dados de carne con uvas se les atragantaron al imaginar que en ellos, posiblemente, habría algún esputo o algún espolvoreado de caspa del detective. También era cierto que Ana había estado a su lado, y si Trapus se había metido un dedo en la nariz, luego en la sopa y luego en la boca, la periodista no había tenido reparo alguno a la hora de saborear el (quizá más salado) caldo.

—¿Cómo se prepara este plato?

—Es fácil. He buscado la receta en internet y, luego, me he limitado a seguir los pasos.

—Pues los ha seguido usted muy bien.

Tras la comida, llegó el momento que estaban esperando, el motivo que los había unido y les había hecho probar, por primera vez, unos dados de carne con uvas. Hablaron en la misma mesa a la vez que se levantaban por turnos y recogían. Girard y Susana explicaron lo que había sucedido durante la mañana en la universidad. Ana no daba crédito, aunque Bruno ya se lo había resumido por teléfono. Julieta miraba la carta, los palíndromos, una y otra vez.

—Me gustaría conocer la opinión de esta inteligente señorita —dijo Ana.

Julieta levantó la vista, mirándola. Luego observó al detective y a su amiga. No tenía exactamente una opinión, pero sí una pregunta.

—¿Por qué quería que supiésemos desde dónde envió la carta?

—¿Cómo? —preguntó, a su vez, Trapus.

—Eso, Julieta… —dudó Susana—, es discutible. Es una interpretación tuya. Puede haber cometido un error, o, quizá, le da igual. Podría haberla enviado de cualquier sitio, y eligió uno al azar.

—Déjala seguir —interrumpió Ana, cogiendo la mano de Susana.

—Nos enfrentamos a un individuo muy inteligente, que mide todos sus actos. Esto no es un error, porque él no es un principiante. Estaba interesado en que supiésemos eso. Quería que investigáramos Guadarrama.

Pensativo, Trapus se rascó la cabeza. La niña tenía razón, él ya le había estado dando vueltas a esa idea, pero era incapaz de encontrarle otro sentido que no fuese el que el propio secuestrador le daba.

—Él dice que esto es un juego y que pone en riesgo su propia identidad. Está apostando muy fuerte, nos deja pistas para que lo encontremos. Si podemos, claro.

—¿Usted se cree eso, señor Girard? —interrogó Julieta.

—Es una posibilidad. No estoy seguro, pero tampoco tengo otra respuesta.

—Yo solo soy una niña ingenua que no se cree que un delincuente vaya dejando pistas para que lo cojan.

—Te sorprenderías, Juli. Eso es algo típico de los asesinos en serie —añadió Ana Pérez.

El concepto de asesino en serie revolvió las entrañas de Susana. Ella había estado casada con uno, "el asesino del rap". Ahora se estaba enfrentando a otro, un tal "el asesino del rap". ¿Podría ser uno solo, la misma persona, fuese Raúl o no? ¿Podrían ser dos diferentes? ¿Podría haber un tercero que los guiase a ambos, formando una especie de Misterio de la Santísima Trinidad?

—Bien, si les parece, vayamos con lo que tenemos. Una cosa está clara. Aunque la pista de Guadarrama sea una estrategia maquiavélica, supongo que todos estamos de acuerdo en que hay que investigarla.

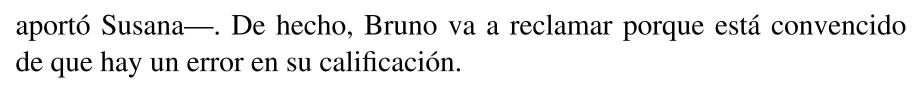
—Sí, detective. Por cierto, traigo información fresquita. Hemos averiguado algunas cosas.

—Estupendo. Vayamos por partes. Esta tarde iré con el joven Bruno Barreto a ver su examen de matemáticas, porque hay algo en el recinto universitario que me da malas vibraciones.

—Esta mañana parecía que le ocurría a usted justo lo contrario —dijo Susana, recordando la alegría y el vozarrón de Trapus cuando la tuna lo llevó al clímax.

—Tengo dos preguntas en el aire. Bueno, tres, y corresponden a los tres primeros palíndromos. Pero, al primero de ellos, le llevamos dando vueltas desde hace un par de días. Vamos con los más recientes. Primero, ¿por qué aparece Bruno en el puesto número doce exactamente?

—Esta mañana concluimos que las notas pueden estar manipuladas —


aportó Susana—. De hecho, Bruno va a reclamar porque está convencido de que hay un error en su calificación.

—¡Joder! —exclamó Ana. Trapus hizo un esfuerzo por ignorar la vulgaridad.

—Segundo. ¿Cómo sabían lo de la tuna? ¿Quién lo sabía?

—¿A qué se refiere, detective?

—Hace una semana, el secuestrador escribió… Déjeme que lo busque… ¡Aquí está! A casa, cutres (se refiere a los novatos)…, o coser tu casaca. ¿Cómo puede explicarse eso?

—Hay dos opciones.

Los tres miraron a la niña.

—La primera, que tenga premoniciones, como Ale.

Trapus y Ana se intercambiaron una mirada incómoda. No querían perder el tiempo, pero Susana se había empeñado en dejar participar a los niños en este juego.

—Y la segunda… que no las tenga, ¿verdad? —remató el detective, ansioso por avanzar—. Vale, descartando la primera opción, vuelvo a mi pregunta. Si…

—Detective —interrumpió Julieta, de nuevo—. Si le parece, le ayudaré a esquematizar para avanzar y no perder el tiempo.

—¡Demonio de niña! —murmuró entre dientes, mirando a una (ahora) divertida Ana Pérez.

— El secuestrador tenía una información triple. Sobre la tuna.

—¿Triple? —preguntó Susana.

—¡Claro, Susana! Primero, como dice el detective, sabía que la tuna actuaría hoy.

—¿Hoy? ¿Por qué hoy? —preguntó Trapus, al tiempo que anotaba en su agenda las agudas reflexiones de Julieta.

—Pues… No sé, quizá otro día, pero sabía que actuaría esta semana y que alguno de nosotros sería testigo.

—¿Por qué dices que alguno sería testigo? —preguntó Ana.

—Para dar fe al palíndromo. Para que admiremos su videncia.

—Muy bien, continúa —dijo Trapus, arrepentido, reconociendo que la había menospreciado a pesar de que la niña lo había ayudado a encerrar a Raúl.

—Segundo. Sabía que los novatos vestirían casacas.

—Eso ya lo he investigado esta mañana. Por lo visto, ese es su disfraz a lo largo de todo el curso, y siempre lo usan en sus actuaciones. Es como un

uniforme. ¿Tercero?

—La casaca descosida —se adelantó Ana.

—Sí, eso es lo más raro de todo —reconoció Susana—. El secuestrador tuvo que estar allí, esta misma mañana, y la rajó con un cuchillo.

—Es lo más probable —dijo Trapus—. Arriesgado pero probable. Trataré de averiguar quién sabía, hace una semana, que la tuna actuaría hoy.

Un móvil empezó a sonar en la vivienda. Ana Pérez se levantó, abrió su bolso y contestó.

—¿Cómo?... ¿Estás seguro?... Vale, Bruno… Bien, tú tranquilo, que el detective te acompañará.

—¿Ocurre algo, señorita Pérez?

—Pues… creo que tenemos a otro vidente.

—¿A qué se refiere?

—Parece ser que Bruno nos ha leído el pensamiento y se nos ha adelantado.

—¿Leído el pensamiento? —se sorprendió Trapus, y buscó apoyo en Susana con la mirada—. Se dice… ¿telépata, señora Mesa? El vidente es el de las premoniciones.

—Da igual. Bruno averiguó que la tuna de Económicas fue contratada por la Facultad de Ciencias Económicas con el fin de festejar y ambientar el fin de la PAU. Aprovechando que las pruebas de acceso se celebraron en su recinto, la Facultad de Económicas trataba de engolosinar a los estudiantes para que se matriculasen en el grado de Economía o en el de Administración y Dirección de Empresas.

—Y eso, supongo, lo tendrían apalabrado con la tuna desde antes del pasado jueves.

—Seguramente.

—En definitiva, señor Girard, buscamos a alguien relacionado con la PAU —sentenció Julieta.

—¿Con la PAU? Con la Universidad de La Laguna, pequeña. En todo caso, con la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales —generalizó Trapus.

—Si la tuna iba a actuar el jueves, cuando se publicaban las notas, estoy segura de que los responsables de la PAU estaban informados. Ellos estaban trabajando en el edificio esta misma mañana, aunque solo sea poniendo notas y atendiendo reclamaciones. Les habrán tenido que pedir permiso para dejar cantar a la tuna; o, por lo menos, se lo habrán comunicado, por deferencia —insistió Julieta.

—Te acepto que los que regulan la PAU supieran que la tuna actuaría. Pero también lo sabría mucha más gente. Por ejemplo, los integrantes de la rondalla, sus amigos, sus familiares… Lo sabía todo el mundo, eso no importa. ¿Por qué habríamos de centrarnos en alguien relacionado con la PAU, pequeña?

—Es evidente, detective Girard. El duodécimo puesto de Bruno hace que nos centremos en la PAU.

—Yo… —balbuceó Zorra—. Tengo que aportar dos cosas. La segunda se centra en la pista de Guadarrama. La primera es algo personal, y no pensaba compartirla con nadie, pero… los acontecimientos me llevan a… ¡Joder! ¡Esto no me gusta nada!

—¿De qué va esto, Ana? —preguntó Susana.

—Bruno está convencido de que alguien va a por él. De hecho, parece que lo saben todo sobre él. Tal vez no vayan a por él, sino a por toda la emisora. Creo que me han utilizado. Puede que yo sea la clave, la capital de todo este asunto.

Palíndromo:

La tipa capital

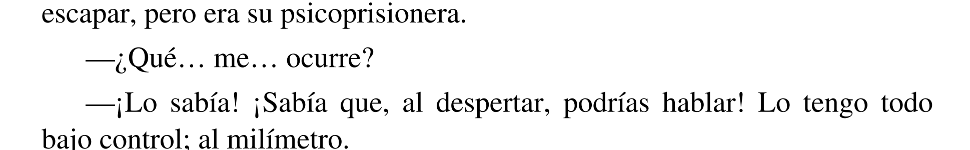
**

Abrió los ojos y supo que él estaba allí. Le oyó pasar la página, siempre hacía el mismo ruido cuando estaba leyendo. Era como si doblara un papel, arrugándolo. Desde la entrada le llegaba la luz de la nave exterior. ¿Izquierda, derecha? ¡No! La puerta estaba justo frente a ella, totalmente abierta, y, a su través, vio su silueta. Estaba sentado con su libro, leyendo y vigilando. Él percibió su presencia, sabía que había recuperado la consciencia, y se levantó. ¿Qué tocaba ahora? ¿Agua?

Se acercaba hacia ella lentamente. Odiaba sus pasos, odiaba su poblada barba, sus gafas, su libro. Lo que más odiaba era su agua; cuando se la daba y cuando se la negaba. Él decidía por ella, no respetaba su sensación de sed.

—¿Cómo se encuentra mi invitada? —susurró en su oído.

Ivana se estremeció y sufrió un espasmo corporal. Era incapaz de detectar si el sonido le entraba por la oreja derecha o por la izquierda. ¿Qué quería de ella? ¿Por qué no mataba ya su cuerpo para permitir que se reuniese con su alma, que ya había muerto? Estaba viviendo por vivir, aunque ella no quería. Vivía porque él quería que viviera. Ivana deseaba



escapar, pero era su psicoprisionera.

—¿Qué… me… ocurre?

—¡Lo sabía! ¡Sabía que, al despertar, podrías hablar! Lo tengo todo bajo control; al milímetro.

—¿Qué… me… ocurre?

—Hiponatremia…, hipernatremia…, hiponatremia…, hipernatremia… —recitaba él, mientras se pasaba un pequeño objeto de una mano a otra.

—¿Qué… me…?

—Yo controlo la concentración de sodio en tu sangre. Yo decido cuándo se te va la cabeza, y regulo hasta qué nivel permito tu locura.

—¿Por… qué… me…?

—Creo que ha llegado la hora de que hables —dijo él, acercando el MP3 a la exrapera.

Más tarde, sin recordar lo que había dicho ni cuánto tiempo había transcurrido, Ivana volvió a escuchar cómo doblaba las hojas mientras leía, mientras la dejaba vivir para que ella pudiera elevar su cuerpo y su alma. No a la otra vida, que era su aspiración, sino a la misma mierda en la que seguía vegetando.

Palíndromo:

Oír doblar, tú en la nave lee, solo se vive, solo se elevan al neutral bodrio

**

—Si tienes alguna información importante es mejor aportarla ahora, Ana —presionó Susana.

—No sé, tal vez sea una casualidad, pero… estoy llevando una relación con un hombre. No hace mucho tiempo que empezó, quizá un mes. El caso es que… es uno de los coordinadores de la PAU.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Le tenemos! ¡Él debe tener retenida a mi mujer!

—Tranquila, Susana, no te precipites —dijo Julieta.

—Es un buen hombre, un simple profesor. No lo creo posible, le conozco. Pero… esto es como un círculo que se va cerrando sobre sí mismo. Son muchas casualidades.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Trapus, preparado para anotarlo en su cuaderno.

—Rafael. Rafael Carrión. Yo… Hay algo más. Él… Ayer, por la mañana, me enseñó el examen de Bruno.

—¿Qué quiere decir? ¿Quería portarse bien con el muchacho por trabajar en la emisora, con usted?

—No, señor Girard. Teóricamente, él no lo conoce, y no sabe que es compañero mío. Fue como una casualidad, pero ahora lo dudo. Es posible que supiese quién es Bruno y me enseñase el examen adrede para exhibir su poder. Como si, para él, fuera un puto juego. ¡Me cago en Rafael!

—¿Con qué pretexto te mostró el examen, Ana? —preguntó Julieta.

—Al parecer faltaban dos hojas. Bruno las había numerado y registró en la cabecera una indicación con el total de folios entregados. Pero, supuestamente, dos de ellos se habían extraviado.

—Las justas para que su nota bajase. Las justas para llevarlo al puesto doceavo —dedujo Trapus.

—No se dice doceavo, señor Girard, eso es una fracción. Es decimosegundo o duodécimo —corrigió la niña.

—Lo siento, Ana —dijo Susana, tratando de consolarla.

—Ya… Pero sigo sin estar convencida. Confío en él. Lo voy a provocar directamente. Si me miente, lo leeré en sus ojos.

—No creo, señorita Pérez, que eso sea lo más prudente. Piense que la vida de una persona corre peligro.

—¿Qué me aconseja?

—Que lo vigile.

—¿Y que me lo siga follando, sabiendo que podría ser un asesino? Lo siento, detective, pero aún me quedan escrúpulos. Ahora bien, si usted se presta a ello se lo presentaré, por si fuera bisexual, y así le sigue usted el juego.

—No debería hablar así, señorita. Usted tiene estudios universitarios.

—Pero… ¿qué idioteces está diciendo ahora? Haré como que no le he escuchado. Veamos, solo nos quedan dos días. En principio, no he quedado citada con Rafael, pero intentaré tantearlo sin llamar la atención.

—Pues eso. Es lo que yo decía.

—Lo sé, detective, le estoy dando la razón.

—De acuerdo entonces. Solo lo encararíamos abiertamente si el tiempo se nos echa encima.

—¿Cuándo será eso, Girard? —preguntó Susana, angustiada—. ¿Cuando queden dos horas para la ejecución? ¿Por qué no lo interrogamos de una vez?

—No serviría de nada, Susana —intervino Julieta—. Él lo negará, sea culpable o no. Lo que dice el detective es lo más sensato, hay que tener

mucho tacto. Por cierto, Ana, ¿cómo le conociste?

—En una cafetería. No dejaba de mirarme, y sentí curiosidad. Luego se me acercó y empezamos a hablar. Bien, en cuanto a la otra pista, la de Guadarrama… No es mucho, pero tal vez, tirando del hilo, nos lleve a algún lado. Quizá al propio Rafael.

—¿Qué tiene usted?

Eva, una de nuestras reporteras, ha estado en la casa donde, supuestamente, se escribió la carta.

—Explíquese.

—*Roberts&Ariadna* es una empresa catalana dedicada al diseño. Resulta que una de las socias, la tal Ariadna, posee una casa en Guadarrama. Bueno, su familia, para ser más exactos.

—¡Lo sabía! —exclamó Trapus con alegría—. ¡Sabía que esa pista era buena!

—Eva estuvo allí.

—¿En la casa? ¿En Madrid? ¿Cuándo? ¿Con quién habló?

—No, Girard, no habló con nadie. Entró sin pedir permiso y la registró.

—¡Por Dios! ¡Siga!

Ana Pérez cogió su bolso e introdujo en él su mano derecha. Luego, teatralmente, extrajo un documento y lo agitó en el aire, como si fuera el mapa del tesoro.

—Encontró esto. Se trata de un contrato de compraventa de un centro comercial. Un contrato corriente.

—¿Qué tiene de especial, señorita?

—Pues que el centro comercial está en Tenerife. Es un contrato entre un constructor y Ulises Ejido. Ya tenemos una relación entre Guadarrama y Tenerife, detective.

—¿Quién es Ulises Ejido?

—¿No lo sabe? Se trata de uno de los empresarios más importantes e influyentes de la isla.

—¡Qué gusto acaba de darme! ¡Me ha tocado usted en el clítoris, señorita Pérez! —exclamó Trapus, sin procesar lo que estaba diciendo.

La cara de Susana cambió, pero, en vez de alegrarse, mostraba preocupación. ¿De qué le sonaba tanto el nombre de Ulises Ejido? Si se trataba de un famoso empresario, seguramente lo habría leído en la prensa, o lo había visto en televisión, pero le sonaba mucho más familiar que eso.

Ana se levantó y abrió la nevera para servirse un vaso de agua fría. Allí se topó con un racimo de uvas acribilladas por unos pegajosos polvos,

ligeramente azulados.

—¿Esto no es…? ¡Detective! ¿Dónde ha comprado las uvas? Creo que el racimo tiene aún veneno. ¿Cómo es posible que se las vendieran así?

—Pues…

—¿No las ha lavado usted? ¡Espero que las que le puso a la carne no estén contaminadas!

—El veneno muere en la nevera por congelación. Y si resiste, muere en el caldero por ebullición —afirmó Trapus, muy convencido.

Julieta se echó a reír, divertida.

—¡Detective Girard! ¡Ja, ja, ja…! ¿Por qué dice esas cosas tan graciosas? ¡Ja, ja, ja…! ¡El veneno no muere, no es un ser vivo!

—¿Dónde compró las uvas para preparar los dados?

—Yo… las cogí de una finca que está cerca del balneario al que suelo ir todos los…

—¿Las ha robado? ¿Usted? ¿Un policía? —preguntó Susana, atónita.

—Ahora solo soy un detective, señora Mesa. El dueño de la finca… tiene muchas uvas.

—¡Hay que joderse!

Palíndromo:

En racimo cogido reparé veneno, pone nevera, pero digo, comí carne

Atardecer, apareced, rata

No reveló a nadie sus intenciones. Era algo que tenía que hacer ella sola, y tampoco estaba dispuesta a que cualquiera intentase detenerla. Por eso, Susana dejó a Julieta en su casa y le dijo que quería irse a dormir toda la tarde. Julieta, claro, no la creyó. Susana no iba a disfrutar de una larga siesta mientras se consumían las últimas horas en la vida de su mujer, pero la niña respetó su intimidad y no la presionó para arrancarle la verdad. Mejor.

En su día se había enfrentado a una de sus bestias, la primera pesadilla. Al trasplantarle un espejo dentro del cerebro al "tío-pederasta-Jorge" para que siempre viese reflejado al animal que era, la cirujana Susana había cosido con perfectas puntadas la enorme brecha, aquella por donde había salido la podrida pus que la había salpicado en el pasado. El gran monstruo había sido recluido dentro de sí mismo. En cuanto al pequeño monstruo (del gran monstruo), la cirujana Ivana (más agresiva) había preferido aplicar bisturí en lugar de sutura. *¿Por qué tan conservadora, mi reina? Cuando la enfermedad es invasiva, lo mejor es amputar.*

Respecto a la segunda bestia, había creído que podría superar el trauma que le había causado sin tener que encararla. Pero ahora, motivada por las circunstancias, se había enfundado la coraza más resistente que tenía en su armario y había llegado a la sala de visitas de la prisión.

En total habría unas catorce o quince mesas en la sala, pero solo seis de ellas estaban ocupadas por parejas: un preso, un visitante. De las seis, en cuatro de ellas, sendas mujeres jóvenes hablaban con sus (seguramente) respectivas parejas, con una mezcla de alegría y tristeza en sus paradójicos ojos. Otro de los reclusos, que acababa de entrar en la sala, se sentó frente a un individuo de una edad similar a la suya y se dieron una sonora palmada en las manos. Tenían toda la pinta de ser colegas. El visitante llevaba una barba afilada y una larga coleta que le tapaba toda la columna vertebral. Los demonios tatuados en ambos brazos, junto con su chándal de los años ochenta, podrían haber sido decisivos para que Susana pensase que el preso era él. Pero no, había entrado allí casi a la vez que ella. También había un recluso escuchando con mucha atención a un señor encorbatado que portaba un maletín; posiblemente su abogado.

La entrada de Raúl fue impactante para ella, pero el mayor shock se lo llevó él. Susana no estaba muy segura de si, a los presos, les informaban o no sobre la identidad de los visitantes, pero su reacción le confirmó que le

había pillado por sorpresa y que, además, la visita de su exmujer (y exvíctima) le venía muy grande.

El asesino del rap se tambaleó. Los seis presos que estaban sentados en la sala (¡los seis!) se levantaron cuando él se agarró de la pared para no caer al suelo. Dos de ellos lo ayudaron a incorporarse, y todos se interesaron por su estado. Raúl, con una actitud déspota, los apartó de un manotazo, y ellos volvieron a sus asientos.

"El asesino del rap". La leyenda. Susana estaba informada, pero no porque quisiera. Era su madre la que, cada vez que almorzaban juntas, la ponía al día sobre los "progresos" de su exmarido. Sandra, a su vez, estaba informada a través de su hermano, el indeseable pederasta Jorge Nara. *¿Mi primer monstruo da cuenta de las hazañas de mi segundo monstruo y tú me lo restriegas a mí, para que no me olvide de ellos? ¿Tú eres mi madre o mi tercer monstruo?*

Gracias (posiblemente) a la prensa, a su inteligencia y a su habilidad para manipular, Raúl había sacado provecho de su estancia en la cárcel. Era un líder. ¡No! Era el líder por excelencia; el más respetado. El apelativo de "asesino del rap" ya se había convertido en un mito en la prisión antes, incluso, de su detención. Cuando Raúl aterrizó en la cárcel, todos los presos hicieron lo posible por intimar con él, o, por lo menos, por demostrarle servilismo para evitar tenerlo en contra. Por eso, la cárcel, en vez de castigar las aberraciones que había cometido, había ayudado a nutrir su vanidad. Susana sabía que no se toparía con un Raúl arrepentido de lo que había hecho, sino con un Raúl arrogante y endiosado.

Por lo que Susana tenía entendido, hasta los carceleros temían el poder de Raúl. "El asesino del rap" había logrado extender unos interesados y provechosos tentáculos de corrupción entre los internos y parte del funcionariado de prisiones. El control de Raúl, ese poder de manipulación, era el motivo que había llevado a Susana hasta él. Quizá Rafael hacía el trabajo de campo, pero ella quería comprobar o descartar si "el asesino del rap" era el cerebro del secuestro.

Raúl hizo un claro gesto de retirada, de volver sobre sus pasos y rechazar la visita, pero, tras unos segundos de duda, miró a su alrededor y pareció pensárselo mejor. Estaba entre sus parroquianos, y no podía mostrar debilidad ante ellos. Huir de una mujer podría generar incómodos rumores entre el ganado de la prisión. Se acercó a la mesa de Susana y se sentó frente a ella en absoluto silencio. Sus ojos jugaban con el entorno, incapaces de centrarse en Susana.

—Hola, Raúl.

El saludo lo descolocó, porque él, seguramente, esperaría un insulto o un reproche como presentación. Como consecuencia, ahora, Raúl estaría

pensando que su exmujer ya había superado la pesadilla, antes de lo previsible, pero eso no era verdad. Susana estaba viviendo un nuevo infierno, cuya inmediatez hacía que se apoderase de toda su mente y de todos sus sentimientos. La presencia de Raúl le generaba malas vibraciones, sí, pero era llevadero porque Susana solo le estaba enfrentando el cuerpo. La cabeza estaba lejos, muy lejos de allí, muy lejos de la cama en la que casi muere, asfixiada, junto a Julieta.

—Te veo muy bien, Su.

Su. Ese nombre. Fue una de las primeras cosas que, en su día, había borrado de los recuerdos. No quería volver a oír esa palabra, jamás permitiría que alguien volviese a llamarla así. El monosílabo le arañaba los oídos, y tenía una sensación de picor en ellos, como si le hubieran salido hongos. Pero la palabra no era suya, el copyright era de Raúl, así que no podía prohibírsela.

—¿Tienes algo que contarme, Raúl?

—Pues… Ha pasado mucho tiempo, Su. La verdad, me has cogido por sorpresa, no te esperaba.

—Yo pensaba que sí. Creía que tu intención era hacerme venir. Ya estoy aquí, Raúl. Si estás jugando, dime lo que tengo que hacer y llegaremos a un acuerdo.

La expresión del "asesino del rap" era de auténtica perplejidad. Susana intuía que no sabía nada del secuestro, pero también podría estar fingiendo. Había demostrado ser un gran actor, a ella la había estado engañando durante varios meses.

—¿Me puedes explicar de qué estás hablando, Su?

—¿Cuál es el objetivo final de la carta, Raúl?

—¿La… carta? ¿Qué carta? ¿Te refieres a los palíndromos?

Susana notó la brusca traición de su propio corazón, que, sin avisar, pisó a fondo el acelerador. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía desde el principio! ¡El muy cabrón atacaba de nuevo! ¿Por qué?

—Escucha, Raúl, yo nunca te hice daño. Al contrario, te amé, te entregué mi vida. No tienes nada que reprocharme, yo no te metí aquí, lo has hecho tú solito.

—¿Te has vuelto loca, Su? —gritó, y algunos reclusos miraron hacia él. "El asesino del rap" los fulminó con el fugu (que aún conservaba en la mirada), y ellos se refugiaron en sí mismos, nerviosos.

—¿Ese no es el asesino del rap? —oyó decir Susana a una de las novias de los presos, que se mostraba muy asustada y mirando de reojo a los vigilantes, cuya presencia no le debía parecer suficiente para garantizar su seguridad.

—Devuélveme a Ivana y haré lo que me pidas siempre que esté en mi mano.

—¿Ivana? ¿Mi cuñada? ¿Qué le pasa a Ivana? ¿Dónde está?

—No sigas jugando, te lo ruego, Raúl.

—¡Esta broma no me gusta nada! ¡Me voy! —Raúl se puso de pie mientras hablaba.

—¡La quiero, Raúl! ¡Devuélvemela, por favor! —suplicó, a punto de llorar. Raúl volvió a sentarse.

—¿La quieres? ¿Qué es lo que quieres que te devuelva? ¿La carta? No entiendo nada de lo que dices, es como un trabalenguas.

—Quiero a Ivana, y daría mi vida por ella si es tu deseo.

—¡Joder! —dijo él, poniéndose en pie de un salto—. ¿Quieres decir… que Ivana y tú… sois… pareja? ¿Te has vuelto lesbiana de repente? ¡Vamos, Su, no me lo creo! ¡No!

—¿Qué me dices de la carta? ¿Y de los palíndromos?

—Eso debería preguntarte yo. ¿Por qué me interrogas a mí sobre cuál es el objetivo de la carta? ¿Crees que la escribí yo o qué? Eso podría haberme ayudado en mi propia defensa. Sin esos malditos palíndromos que dejó Ale no tendrían mucho para encerrarme.

—¿Ale? ¿De qué hablas? ¡Oh, no! ¿Te referías a la carta que dejó Ale antes de morir, acusándote?

—¿Yo? ¡Tú eres la que ha sacado esa maldita carta, Su!

—O sea… que no tienes ni puta idea de nada. Tú no eres el asesino del rap.

—¿Ah, no? Pregunta a cualquiera aquí dentro. ¡Me temen, Su! Soy una especie de dios para ellos.

—No has derramado ni una sola lágrima, Raúl. ¿No te arrepientes de nada?

Silencio.

—¡Vamos, contesta! ¿Me querías?

—Sí, te lo demostré.

—Entonces… ¿por qué? —El corazón de Susana decidió bajar la guardia para hacerle compañía a su cuerpo.

—¿Que por qué, Su? ¿No lo sabes? ¡Tenía que hacerlo!

—¡Eres un cerdo! ¿Era prioritario? ¿Esconder tus crímenes era más importante que la vida de tu mujer y la de una niña indefensa?

—Escúchame, y seguro que lo entenderás, pero no me interrumpas. Me pasé la mitad de mi vida planificando la otra mitad. Mi padre fue un héroe,

hizo una proeza que no está al alcance de cualquier ser humano. Eso le permitió vivir como un rey, y, estoy seguro, él hubiera deseado que sus hijos heredaran ese modo de vida. Pero Ricky… Mi hermano era un idealista, un romántico. Yo estudié Económicas, sé lo importante que es el dinero, pero a ese mequetrefe se le inflamó la vena artística y lo jodió todo. Su influencia sobre mi padre era peligrosa, por eso tuve que matarlo.

—Yo te hablo de mí, Raúl, de nosotros.

—Mi vida estaba planificada, y era perfecta. Tu tío no se rindió a las evidencias y siguió mi rastro, una y otra vez. Incomprensiblemente, no se conformó con la supuesta muerte accidental de mi hermano, así que le tuve que entregar a Isaac como sacrificio. Pero él no quería a Isaac. ¡Quería al negro! Fue entonces cuando me di cuenta, demasiado tarde, de que tu tío no se había detenido por albergar dudas sobre el supuesto accidente de Ricky, sino porque era idiota. Si lo llego a saber desde el principio, no me hubiera arriesgado.

—Y tu vida hubiera sido un engaño para mí. Yo viviría con un asesino, sin saberlo.

—Sí, pero, después de todo, si quieres que te diga la verdad, no me arrepiento del desarrollo de los acontecimientos. Yo habría sido millonario, sí, y estaríamos juntos, pero…

—Pero nunca habría nacido “el asesino del rap” —se anticipó Susana, leyendo su vanidad.

—Sí, Susana, me he dado cuenta de que el dinero tampoco es lo que más importa, sino el poder. Ahora soy una leyenda.

—No has respondido a mi pregunta, Raúl. ¿Yo era secundaria?

—Entiéndelo, Su, tenía que sacrificarte para que no sufrieras. ¡Ahora estás sufriendo!

—¿De verdad? Puede ser, pero no por ti, te lo aseguro.

—Intenté darte una muerte digna. No ibas a sufrir, ibas a morir en reposo, Su. Además, la vida es muy dura, y te habría evitado el sufrimiento que conlleva. Yo… te quería.

—¡Eres patético! Pareces un mal actor que está relatando un drama, pero de cuyos ojos no sale ni una sola gota.

Susana se levantó para marcharse, pero, antes, quiso asestarle un golpe a su vanidad. No le habló a él, a la rata, sino a los otros siete reos (uno de ellos, recién incorporado) de la sala.

—Yo era la mujer de este mierda, al que adoráis. “El asesino del rap” no está en la calle, no era tan bueno como para que no lo pillaran. ¿Sabéis por qué no se salió con la suya? Porque lo atrapó una de sus víctimas, llamada Alejandra Suárez, y una simple niña de once años llamada Julieta.

Cuando Susana salía, el bahai cedió, dejando escapar dos disimuladas lágrimas.

Palíndromo:

El asesinato gaseoso personal, bahai cede, decía 'háblanos reposo', esa gota ni se sale

**

—Detective, si él es el secuestrador y sabe quiénes somos, ¿cómo va usted a justificar su presencia? —preguntó Bruno.

—Joven, no importa que el señor Carrión sospeche que estamos investigando los palíndromos. Eso es, precisamente, lo que espera de nosotros. De hecho, llamaría la atención el que no lo hiciéramos.

—Pero… enfrentarnos a él, en su cara…

—No nos vamos a enfrentar a él. De momento. Tiene que parecer que investigamos los palíndromos, no que lo investigamos a él. Hay que hacerle creer que su secreto está a salvo, que piense que tiene el control.

—¿Es que acaso no lo tiene? Si es que está detrás del secuestro, claro, porque ni siquiera estamos seguros. El que se tire a Ana podría ser una casualidad.

—Demasiadas casualidades, ¿no le parece, joven Bruno?

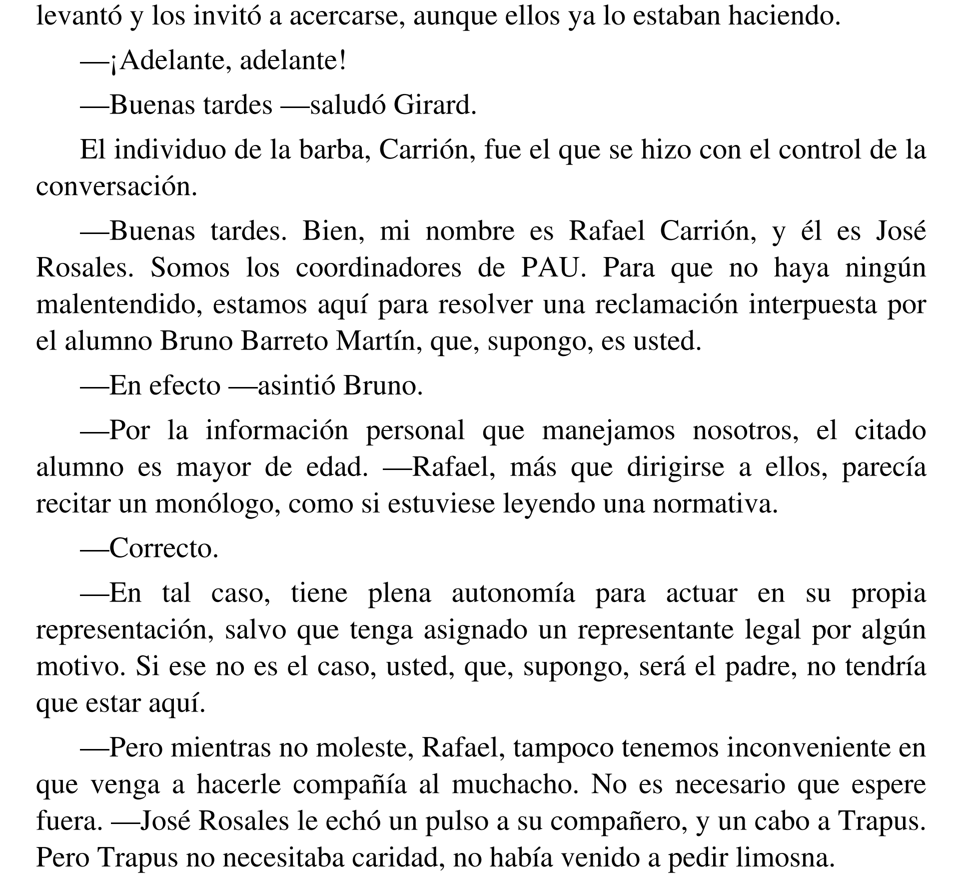
—Bruno, detective. "Joven" es redundante. Es un… epíteto.

—¿Un qué?

—Pues… una obviedad, para que me entienda.

—Vamos a por él, joven.

Enfilaron un largo pasillo que conducía al aula donde estaba citado con Rafael Carrión, el coordinador de la PAU, profesor de Matemáticas de la Universidad de La Laguna que, un par de años antes, había ejercido en Enseñanza Secundaria e, incluso, le había dado clase a Bruno. La puerta del aula estaba abierta. Se asomaron y vieron a un hombre de unos cincuenta años, muy serio, con una poblada barba que acentuaba la tensión ambiental propia de una reclamación. Rafael Carrión. A su lado había otro individuo, un poco más joven, que ofrecía una generosa expresión jovial para equilibrar aritméticamente el nerviosismo colectivo. Los dos profesores se encontraban al fondo, frente a la entrada, sentados detrás del amplio escritorio que había sobre la tarima. A su espalda había una enorme pizarra, que ocupaba todo el ancho del aula, con varios garabatos matemáticos a medio borrar. Al verlos entrar, ambos se sorprendieron. El más joven se



levantó y los invitó a acercarse, aunque ellos ya lo estaban haciendo.

—¡Adelante, adelante!

—Buenas tardes —saludó Girard.

El individuo de la barba, Carrión, fue el que se hizo con el control de la conversación.

—Buenas tardes. Bien, mi nombre es Rafael Carrión, y él es José Rosales. Somos los coordinadores de PAU. Para que no haya ningún malentendido, estamos aquí para resolver una reclamación interpuesta por el alumno Bruno Barreto Martín, que, supongo, es usted.

—En efecto —asintió Bruno.

—Por la información personal que manejamos nosotros, el citado alumno es mayor de edad. —Rafael, más que dirigirse a ellos, parecía recitar un monólogo, como si estuviese leyendo una normativa.

—Correcto.

—En tal caso, tiene plena autonomía para actuar en su propia representación, salvo que tenga asignado un representante legal por algún motivo. Si ese no es el caso, usted, que, supongo, será el padre, no tendría que estar aquí.

—Pero mientras no moleste, Rafael, tampoco tenemos inconveniente en que venga a hacerle compañía al muchacho. No es necesario que espere fuera. —José Rosales le echó un pulso a su compañero, y un cabo a Trapus. Pero Trapus no necesitaba caridad, no había venido a pedir limosna.

—Verán ustedes, señores, no soy su padre, sino su abogado.

Ambos profesores se miraron, extrañados. ¿Un alumno de PAU, que había aprobado con buena nota, necesitaba un abogado para reclamar?

—Mi cliente considera que se ha cometido una injusticia por parte del tribunal calificador. Yo no voy a entrar en los contenidos concretos objeto de su reclamación, solo haré de testigo de todo lo que aquí ocurra. Quiero asegurarme de que el proceso de corrección es limpio y que no se han vulnerado los derechos de mi cliente.

—¿Vulnerado…? ¿Qué derechos? ¿Seguro que es usted abogado? Parece que se ha aprendido algunas frases y las aplica sin venir a cuento —se quejó Rafael.

Bruno echó una intencionada mirada a Trapus, recriminando su evidente metedura de pata. Pero Trapus no se rindió, e insistió.

—Si el mecanismo de la PAU no está contaminado, no tomaremos medidas.

Rafael miró a José y, por primera vez, sonrió.

—Creo que esto puede llegar a ser divertido. Si este tipo es abogado, yo

no soy profesor.

—¿Qué insinúa usted? ¿Duda de mi palabra?

—Sigo pensando que este joven no tiene dinero para pagar un abogado con el fin de que lo acompañe a revisar un examen. ¡Sería una frivolidad! Apuesto mi sueldo de este mes a que usted es su padre.

—¡Está bien! —cortó Bruno—. Le pido disculpas, señor Carrión. Es mi padre y está muy nervioso. Intenté disuadirlo para que no viniera, pero es muy testarudo. Le prometo que es inofensivo; por lo menos, más que yo. Si permite usted que se quede, se lo agradeceré. Si tiene que marcharse, también lo entenderé.

—Empecemos ya, puede usted quedarse, señor Barreto —le dijo Rafael al sonrojado detective.

—Yo… Mi intención no es protestar por protestar. No es que quiera más nota. Pero creo que puede haber un error en la prueba de matemáticas. Salvo que usted me demuestre lo contrario, juraría que el examen me salió perfecto, pero solo me han puesto un cinco.

—Imaginaba que los tiros irían por ahí. Tenemos todas sus pruebas, y si hubiesen discrepancias con alguna asignatura que no fuese Inglés o Matemáticas, de las que el señor Rosales y yo somos los máximos responsables, tendríamos que avisar a otros compañeros. Pero creo, José, que ni siquiera tu presencia es necesaria.

—Bueno, Rafael, estamos aquí como coordinadores, no como expertos. No lo olvides.

—¿Por qué dice que imaginaba que los tiros…? —trató de indagar Trapus.

—Hemos revisado las pruebas, como les decía. Todo parece normal, las notas de su hijo son excelentes. Menos en Matemáticas. Nuestra reunión va a ser muy breve. De hecho, está a punto de terminar. Su examen, señor Barreto, consta de cuatro hojas, pero solo se habían corregido dos. Ya hemos subsanado el error. Bueno, lo hemos detectado. Ahora lo subsanaremos. Para serle franco, estábamos en ello cuando ustedes llegaron.

—No tan deprisa —presionó Trapus—. ¿Por qué no se había corregido el examen completo?

—Pues… por error. Fue culpa mía, yo era el responsable de ese examen. Es algo muy curioso. Yo diría extraño, pero no hay nada extraño, debió ser un despiste. Recuerdo perfectamente que, al corregirlo, solo había dos de los cuatro folios que su hijo había escrito. Me extrañó mucho, porque él había indicado una entrega de cuatro, y, sobre todo, porque las dos hojas estaban perfectas.

—¿Qué ocurrió con las otras hojas? —preguntó Bruno.

—Aparecieron después.

—¿Aparecieron después? —repitió Trapus, cada vez más desconfiado.

—Se habían traspapelado. Aparecieron desgrapados en medio de los exámenes.

—¿Cómo que desgrapados, señor Carrión? ¡No pueden haberse desgrapado solos!

—Se sorprendería usted, señor Barreto —interrumpió Rosales—. En mis años de docencia he visto de todo. Puede que el profesor que recogió el examen de su hijo no lo grapara bien, o que, al manipular los exámenes, hayamos desprendido esas hojas sin querer, o… ¡Qué sé yo! Puede haber miles de explicaciones. ¿Qué importancia tiene eso? Es un simple error que se ha subsanado, y ya está.

—¿Puede enseñarme el examen, señor Carrión? Si no es mucha molestia, por supuesto —solicitó Bruno.

—Desde luego, está usted en su derecho.

—Primero quiero que contesten a una pregunta —ordenó Girard—. ¿Pueden manipularse las notas de la PAU?

—Pero… papá —dijo Bruno, el primer sorprendido por el repentino abandono de las sutilezas; aunque tampoco Girard había mostrado muchas hasta el momento.

—¿Manipularse? —expresó Rafael, furioso—. ¿Sabe qué? Parece usted un policía. Tendría que haberse hecho pasar por un policía en vez de por un abogado, y así nos habría engañado. No estamos manipulando, solo corrigiendo. Y, además, lo hacemos a favor de su hijo. ¿Qué pretende usted? ¿Joderlo?

—Lo siento, señor Carrión, no pensaba en mi hijo, pensaba en otro caso. En un caso hipotético.

—Vale, mantengamos la calma —intercedió José Rosales—. Está usted muy nervioso, pero no debe preocuparse. Su hijo saldrá de aquí con mucha más nota de la que tiene. Acabo de arreglarlo. Ya está incorporada la corrección. Le responderé a su pregunta para satisfacer su curiosidad. El señor Carrión recibió las calificaciones de cada prueba y creó un fichero con ellas. Luego me las envió y yo me encargué de su publicación. Si alguien puede manipular las notas globales, está usted delante de ellos. Somos los únicos con acceso a ese fichero.

—Y mi… hijo… ¿ya no está en el puesto doceavo del ranking?

—¿Doceavo? —dijo Carrión, sorprendido.

—Déjeme comprobarlo —apuntó Rosales, consultando los ficheros—.

No. Su hijo es el tercer mejor alumno de la PAU. Es lo que le corresponde por sus méritos. Y se dice duodécimo, señor Barreto. Yo, a veces, también me equivoco, pero a los matemáticos les revienta que se confunda un ordinal con un quebrado.

Mientras Rosales se explicaba, Rafael Carrión había extraído la prueba de Matemáticas de Bruno. El muchacho se fijó en la cabecera, donde aparecía el cinco tachado y había sido sustituido por un “nueve coma ocho”.

—Creí que lo había hecho perfecto.

—Puede decirse que sí. Solo tienes un fallo muy pequeño en el resultado del cuarto problema, el de Geometría. Es un simple error de calculadora. En vez de “veintiséis coma tres”, tendrías que haber puesto “veintitrés coma seis”.

—Señor Carrión… Es posible que haya hecho bien la operación. Lo más probable es que, al transcribir el resultado de la máquina al papel, intercambiara el tres con el seis.

—Eso mismo pensé yo, pero algo tengo que penalizar. Por cierto, hay una cosa en ese problema que me ha sorprendido, joven. Es… la nomenclatura. Has sido el único alumno de la PAU que ha utilizado “tau” en lugar de “pi”.

—¿Eso qué significa? —preguntó José Rosales, por curiosidad.

—Normalmente, el profesorado de Matemáticas de Enseñanza Secundaria trabaja en Geometría con el concepto de “pi”, la letra griega que indica la relación entre la longitud y el diámetro de una circunferencia. Pero muchos matemáticos defendemos el uso de “tau”, símbolo que recoge la relación entre la longitud de la circunferencia y su radio, no su diámetro.

—“Tau” es el doble de “pi” —aclaró (o lo intentó, al menos) Bruno.

—Será mejor que nos vayamos ya, hijo mío. Ya les hemos hecho perder demasiado tiempo a estos amables señores.

Una vez en el exterior, Bruno abordó a Girard antes de llegar al vehículo.

—¿A qué venía esa brusquedad final? ¿Tiene usted prisa para llegar a algún sitio?

—¿Prisa? Solo quiero que pensemos en el rompecabezas que tenemos en las manos. Cada vez se complican más las cosas.

—Pero ¿qué le pasa ahora, detective? No hemos sacado nada en claro.

—Veo que usted solo va leyendo los palíndromos de uno en uno, a medida que se van cumpliendo.

—¿Qué?

Bruno extrajo la copia de la carta de dentro de su mochila.

—¡Coño, Girard! ¡Ese hijoputa es un visionario! ¡También ha adivinado lo que iba a ocurrir esta tarde!

4) AdeCÚA TROno, honor tau ceda

—Sí, joven Bruno. La PAU ha rectificado, ha adecuado tu nota, te ha colocado en el trono, donde te corresponde, y… lo más sorprendente es que el secuestrador sabía lo de esa letra griega.

—Rafael podría saberlo. Él fue quien sacó la conversación.

—Pero ¿cómo podría saber el pasado jueves, cuando se envió esa carta, que tú ibas a añadir la dichosa letra griega el lunes, en el examen? Eso, en todo caso, solo lo podrías saber tú.

—¡A mí no me mire! El jueves… yo no sabía qué preguntas caerían en el examen.

—¡Joder! ¡Esto no me gusta!

—¿Podemos reconocer ya que nos enfrentamos a un vidente?

—Me gustó más la otra palabra que dijo usted… ¿Cómo era? ¡Visionario!

Palíndromo:

¡Eso, joded, o José…! ¡Olé, parad! Rafael no para, pon su parte de malo; bola me dé Trapus, no para, ponle a fardar a pelo. ¡Eso, joded, o José…!

¡Eh! Con esa mimase noche

A Trapus no le costó mucho obtener la información. Un par de búsquedas a través de internet y un par de llamadas a sus contactos, que aún conservaba de la policía (llamadas que ya había hecho desde primera hora de la tarde), le facilitaron los datos que necesitaba del Registro de la Propiedad, sin tener que esperar a las horas de oficina de la mañana siguiente. El tiempo corría en su contra, y cada vez más deprisa. Eso sí, había perdido unos valiosos minutos por culpa de la electricidad.

Se encontraba en su despacho a pesar de lo tarde que era. La razón era que el detective no tenía línea ADSL en casa. Se negaba a pagarla dos veces. Tanto las llamadas de teléfono como los paseos por la red tenían un elevado coste en su domicilio. Había ido hasta allí para investigar el contrato de compraventa de un centro comercial, contrato que había encontrado Eva en la casa de Guadarrama. La mala suerte se cebó con Girard. Cuando estaba en plena faena, leyendo en internet la biografía del empresario Ulises Ejido, el tubo de neón del techo se apagó y, un par de décimas de segundo después, el ordenador lo imitó. De nada sirvieron los improperios del detective. No era la primera vez que ocurría. Toda el ala izquierda de la oficina, como en otras ocasiones, se había quedado a oscuras. El detective tuvo que desplazar el ordenador a un enchufe del ala derecha, conectarlo y empezar de nuevo. *¿Por qué no has llamado aún a un electricista para que "te retoque el ala" (izquierda)? ¿Será porque sus servicios no están incluidos en la cuota del ADSL?*

El centro comercial en cuestión se localizaba en Radazul, pero, al parecer, no estaba funcionando aún. Se habían adquirido los terrenos, tenían un propietario y un destino, pero su explotación se había demorado. El contrato firmado entre el constructor y el señor Ejido (un próspero y reputado empresario murciano afincado en Tenerife) tenía fecha de dos meses de antigüedad. Era bastante reciente.

Trapus, por supuesto, no tenía idea (ni intuición) de la relación que podía existir entre el contrato y el secuestro, si es que existía alguna. Pero aquel estaba en la casa de Guadarrama, propiedad de una señora cuyo nombre aparecía estampado en el sobre de la maldita carta. El contrato se centraba en una transacción comercial realizada en Tenerife, lugar donde se produjo el secuestro. Mejor dicho, lugar de procedencia de la secuestrada, porque, teóricamente, la habrían raptado en Sevilla.

Por más que lo intentó, el detective no pudo localizar al constructor del

complejo. Por lo visto, después de la venta, se había ido de España, quizá para buscar trabajo en algún otro punto del planeta donde la actividad de la construcción no estuviese en declive. Pero lo que sí consiguió fue el número de teléfono personal del propietario, el señor Ulises Ejido.

—¿Señor Ejido?

—Soy yo. ¿Quién es?

—Verá, me llamo Marcial Gerardo —respondió Trapus, demostrándose a sí mismo su total falta de originalidad para improvisar una falsa identidad —. Quería hablar de negocios con usted. Tengo un capital importante que desearía invertir. Me han dicho que, tal vez, usted me…

—¿Cómo ha conseguido este número? ¡Bueno, da igual! ¿En qué sector le gustaría invertir, señor…? ¿Gerardo? ¿Ese es su apellido?

—Pues… No, es mi nombre. Mi apellido es Marcial.

—¡Ah! —exclamó Ulises, impresionado por escuchar a un tipo tan original, que anteponía el apellido al nombre para presentarse. *¿Original? ¡Si tú supieras!*

—Había pensado en ese centro comercial de Radazul.

—¿Radazul? ¿Qué centro…? ¿Se refiere a…? No sé quién le ha dado esa información, señor… ¿Marcial? Suena más a nombre que a apellido. Verá, supongo que ha conseguido esos datos hace un par de meses, pero las cosas han cambiado. Yo no soy propietario de ese complejo.

—¿Cómo dice? —se sorprendió Trapus, a la vez que miraba el contrato —. ¿Podría…? ¿Podríamos quedar mañana por la mañana para pedirle detalles de la transacción? Por supuesto, también me gustaría que me asesorara sobre dónde puedo invertir, aparte de ese recinto de Radazul. Usted tiene muchas empresas, y yo tengo mucho capital.

—Pues… De acuerdo, le espero en mi oficina a las nueve en punto, pero solo dispongo de cinco minutos, que tendré que robárselos al alcalde de Candelaria con el que estoy citado a esa misma hora.

—Perfecto. Allí estaré. No sabe cuánto se lo agradezco.

Si Trapus tenía suerte y la pista era buena, quizá podría invitar a Ivana Suárez y a Susana Mesa a pasar el verano con él, en Radazul.

Palíndromo:

Luz, a dar neón, a revisar ala. Gerardo podrá regalar, así, verano en Radazul

**

Incluso don Urbano se había reunido con ellos, a pesar de la hora. Don Urbano raramente se pasaba por la oficina durante la mañana. Por la tarde era imposible encontrarlo allí, nunca se le había visto. Pero por la noche… ¡Era un milagro! Superaba todo lo humanamente imaginable. El secreto estaba en que el caso del secuestro misterioso, adornado con una partida de ajedrez, superaba al del "emir cojo", que tanta fama había reportado a la emisora. Al fin y al cabo, aquel había sido un mero trabajo de investigación llevado por ellos con mucha astucia y mucho mimo. Los resultados y los consecuentes premios no eran más que el producto de un trabajo bien hecho. Pero ahora era diferente, se enfrentaban a un ser con toda la pinta de residir en el más allá.

—Tenemos que darte las gracias, Eva. El documento que has encontrado puede ser importante, aunque aún no lo sabemos. El detective está trabajando en él.

—Habéis dicho que el caso está prácticamente resuelto. Por eso estamos aquí —se impacientó don Urbano—. ¿Aún quedan cosas por investigar?

—Solo tenemos un sospechoso —aclaró Bruno—. Pero necesitamos algo más. Puede que sea suficiente con lo que tenemos, claro. Por lo menos para sacar un artículo de lujo.

—Tiene razón —dijo Ana—. Quizá podamos dar por zanjado el asunto. Contamos con material suficiente para asombrar a nuestros oyentes y a nuestros lectores. Podríamos abandonar el caso ahora mismo, si quisiéramos.

—Pero… ¿Y la señora Suárez?

—Su paradero es una incógnita, jefe —apuntó Bruno—. Si no aparece, seguiremos contando con un gran artículo. Aunque hay algo que no cuadra. ¿Qué relación tiene Rafael Carrión con Ivana?

—¿No tenéis corazón, jóvenes? ¿Queréis abandonar a ese detective y a la mujer de la señora Suárez?

—No es eso, jefe. Ana dijo que podríamos abandonar, no que vayamos a hacerlo. Pero, sinceramente, no sé qué más podemos hacer, salvo vigilar al sospechoso de aquí al sábado. Tal vez sea suficiente. Ahora, si quiere mi opinión, no creo que se arriesgue a ir al escondite. Yo apostaría a que Ivana lleva muerta desde el mismo día que desapareció.

—Yo apoyo esa teoría —ratificó Ana—. No me había atrevido a exponerla en alto, sobre todo en presencia de su mujer, pero siempre he sospechado que está muerta.

—Entonces…, ¿a dónde puede llevarnos ese contrato? ¿A ninguna parte?

—Lo curioso del contrato es que estaba en Guadarrama, y nos hace viajar de nuevo a Tenerife. Algo tendrá que ver —dedujo el joven—. Oye, Eva, ¿seguro que no había nada más allí? ¡Algo se te puede haber pasado!

—No, pero…

—¿Qué?

—No es nada. Solo que… había una foto y se me pareció a alguien, pero es un absurdo. No tiene nada que ver, y solo era un parecido.

—De todos modos puedes compartirlo con nosotros, no hay nada malo en decirlo en alto.

—Era un tío que repartía cartas en mi barrio. ¿Cómo lo llamaban? ¡Ah, sí! ¡*Ghost Rider*! ¡El motorista fantasma!

—¡Me cago en…! —dijo Ana, sorprendida, levantándose como un resorte y accediendo a su portátil—. ¿No lees nunca la prensa, Eva? ¿No ves la tele? ¡Joder!

—¿Qué pasa, Ana? —preguntó Bruno—. ¿Qué buscas?

—Mis archivos personales. Los perfiles de todos los que estaban relacionados con "el asesino del rap".

—¿Y bien?

—Quiero saber a dónde se fue. Ya no vive aquí. Veamos…

—¿De quién demonios hablas?

—Escuche, jefe. —Sus ojos brillaban, y el brillo iluminó la estancia—. Creo que tenemos amarrado este caso. Bruno, es hora de que viajes a Baleares. Tu municipio de destino se llama Alaró. Apuesto mi prestigio a que allí encontrarás el cadáver de Ivana Suárez.

Palíndromo:

Redirígelo, colegí Rider

Oído sacro, llamas en “Re”, Ivana, VIERNES a Mallorca sodio

El alba, háblale

Guaycas estaba llegando al límite. La tarde anterior, su dueña no lo había sacado a la calle como solía hacer a diario. Su vejiga estaba a punto de reventar, pero era plenamente consciente de que tenía que alargar la espera todo lo posible. Ari solía enfadarse mucho si se meaba dentro de casa. Dado que Ari estaba trabajando con sus proyectos, el chucho se sentó junto a ella, mirándola fijamente para tratar de reactivar su inteligencia. Los humanos eran tan arrogantes que se creían más inteligentes que ellos, los perros, pero ni siquiera se daban cuenta de cuándo un animal les pretendía comunicar algo. Así que la diferencia entre ambas especies no era el coeficiente intelectual. La diferencia estribaba en que el humano jugaba con ventaja: podía hablar. ¡Así cualquiera! Si Ari desease que Isaac la sacase a corretear y a hacer sus necesidades, solo tenía que verbalizarlo. Pero su arrogancia les hacía confundir la mudez con la idiotez.

Isaac estaba incómodo, soñando la pesadilla recurrente de cada madrugada, pesadilla que siempre terminaba materializándose en un acto (final) real. El sueño comenzaba con muchos besos de Ari que, paulatinamente, eran sustituidos por una húmeda mascarilla que su propia novia le aplicaba en la cara, para derivar luego en unos vaporosos fomentos, supuestamente relajantes, aplicados en su rostro con una rasposa toalla. Al final del proceso, el corazón de Isaac se inmolaba (porque él sabía lo que venía a continuación y, aun así, seguía adelante con el sueño), con una repentina detonación que le descargaba en toda la boca la asquerosa lengua babosa de *Guaycas*. Pero Isaac estaba incómodo, porque, en esta ocasión, los vapores se alargaban, y la toalla que descansaba sobre su cara le empezaba a asfixiar. ¿Por qué no venía *Guaycas* de una vez a rescatarlo de la angustiosa pesadilla?

Ari estaba muy ansiosa. El cartel para la agencia de viajes, por fin, estaba terminado. Le había quedado muy bien, estaba bastante orgullosa de su trabajo, porque tenía que reconocer, modestia aparte, que la imagen del Etna impactaba. Ese era el mensaje que le había sugerido el publicista de la agencia de viajes. *Quiero ir a Sicilia porque soy adicto a las emociones fuertes*.

Ari miró a su perro, que llevaba un buen rato allí haciéndole compañía. No dejaba de mirarla, podía estar contenta por tener una mascota tan fiel y tan lista. *Tú sí que eres lista; por eso confundes la desesperación con la fidelidad*.

—¿Por qué no vas a acompañar a Isaac?

Ari levantó el cartel, a la altura de su cabeza, para observarlo desde otra perspectiva. Sí, podría considerar que había hecho un buen trabajo. Estaba muy contenta, y se planteó regresar a la cama. Decidió llamar al perro para jugar un rato con él y compartir su propia alegría.

—¡*Guaycas*! ¡Ven aquí, *rabiscagañosito*!

Guaycas no le hizo caso. En vez de ir hacia ella, dio media vuelta y se fue a por Isaac, porque, de repente, recordó que él sí que cumplía con sus rutinas, con sus obligaciones. No como otras. *Voy a despertar a mi amo, es mi obligación.*

Ari recordó algo. La tarde anterior había estado tan liada con el cartel que no había sacado al chucho. Todas las tardes lo hacía, pero, esta vez, lo había olvidado.

—¡Mierda! Tengo que salir.

Isaac se despertó sobresaltado, como siempre. Quizá un poco más, porque, en el torturador sueño reiterativo, la toalla se había eternizado sobre su cara.

—¿Por qué has tardado tanto, *Guaycas*?

El chucho, atónito, no daba crédito. Por primera vez, Isaac parecía estar sustituyendo la protesta por agradecimiento. En correspondencia, los lametones se volvieron más intensos y pringosos que en ocasiones anteriores.

—¡Vale, vale, ya está!

Cuando se asomó a la habitación donde Ari trabajaba, esta aún sostenía el póster en las manos. Las palabras de Isaac volvieron a sobresaltarla, igual que hacía apenas veinticuatro horas.

—¿Todos los días lo mismo? ¿Nunca puedes dormir?

—Lo siento, cariño, tenía que acabar con esto esta misma mañana. ¡Mira! ¿Te gusta?

—Claro. Al final… ¿el volcán está activo?

—¿Qué esperabas, amor? Te dije que el cartel tenía que causar impacto. Un volcán apagado o dormido no causa impacto.

Ari dejó la tabla que sujetaba la enorme lámina en el suelo, apoyada contra la pata de la mesa de escritorio donde trabajaba. Sobre la boca del Etna se podía leer el nombre de la agencia de viajes que había hecho el encargo, “Éxtasis Viajes”, pero la tipografía no era ortodoxa. Las letras, en tonos de amarillo, rojizo y naranja, aparecían difuminadas y con formas fantasmagóricas, como diluyéndose, logrando el pretendido efecto que la rotulista quería conseguir: “Éxtasis Viajes” eran unas furiosas llamas que

emergían desde las entrañas del volcán y, tras atravesar la chimenea, salían al exterior, por erupción.

—¿Te das cuenta, Isaac? El primer punto del cartel al que se han dirigido tus ojos ha sido al nombre de la empresa. "Éxtasis Viajes" crea impacto. Sicilia, con su atractivo volcán, es un destino de impacto.

—Ya está listo del todo, ¿no es así?

—Sí.

—O sea que, a partir de ahora, no te levantarás antes que los gallos.

—No te lo garantizo. Ya sabes cómo funciona esto del insomnio. Una vez que acostumbras al cuerpo…

—Necesitas descansar. ¿Qué te parecería si nos tomamos un respiro durante el mes de agosto? Podríamos pasarlo en la casita de Guadarrama.

—¿Otra vez allí? ¡Pero si estuviste en ella la semana pasada! ¿Por qué te gusta tanto ese lugar?

—No sé, pero tiene algo especial. Tu familia la quiere vender. Me gustaría disfrutar de la casa antes de que eso ocurra.

—No sé, ya lo pensaremos.

—Por lo menos te tomarás unos días de descanso. Las dos últimas láminas que has hecho te han quedado impecables, pero el trabajo te tiene abducida.

—Menos mal que reconoces que me he superado a mí misma. Este póster está bien, pero el del concurso de cocina es…

—Genial. Y original, Ari.

—Sí, pero un poco atrevido. Lo del calabacín… Pensé que me lo criticarían, ¿sabes?

—El calabacín fue lo mejor. Esa es la genialidad.

—Lo sé, pero, para un concurso de cocina, un poco excesivo.

—El calabacín es comida, ¿qué querías? ¿Poner fuego en la cocina y un calabacín sobre el volcán?

—Calla, tonto, me refiero a la intención, y tú lo sabes.

Guaycas se fijó en las llamas. Si creían que él no era un perro listo, estaban equivocados. Él no era humano, pero distinguía perfectamente el fuego. Y también sabía que el fuego era peligroso y destructivo. Por eso, había un grupo de humanos, llamados bomberos, que se encargaban de su extinción. Los bomberos realizaban una gran labor, vaya que sí. *Guaycas* quería realizar una gran labor. Ari lo había puesto a prueba, le había colocado las llamas a su alcance para que él mostrara su habilidad.

Con la vejiga a punto de reventar, *Guaycas* levantó la pata derecha,

enfocó las llamas y descargó la manguera sobre el amenazante Etna.

Palíndromo:

Lámina Etna, mal foco puso su poco flamante animal

Atada ve una nueva data

Las oficinas del grupo empresarial ULEJSA, propiedad de Ulises Ejido, se elevaban estratégicamente hasta el último piso de uno de los edificios más altos del centro neurálgico de Santa Cruz de Tenerife. Desde allí, el empresario podía divisar la ciudad tal como él la imaginaba: rendida a sus pies. Aunque consciente de la indecencia de su propio carácter, desde que su prosperidad se elevó a las alturas (y al rascacielos), nunca había podido evitar el identificar y tratar a los ciudadanos comunes de la isla como si fueran nativos de una tribu que adoraba reverencialmente al dios conquistador, personificado este en el propio Ulises Ejido.

Sin embargo, un capitalista, como el individuo que lo había telefoneado por la noche (un tal señor Gerardo Marcial, o Marcial Gerardo; no le había quedado muy claro), no era un ciudadano común. Era otra cosa diferente, mucho más arriba en su particular pirámide insular: una herramienta de trabajo.

La labor de Ulises Ejido, en Canarias, consistía en invertir dinero para producir más dinero. Y si parte de ese dinero provenía de inversionistas externos a la empresa, mucho mejor. Así ganaban todos, él (porque no arriesgaba) y la herramienta, que, con casi total seguridad, se convertiría en una herramienta más poderosa. Así, gente como Marcial Gerardo escalaría algunos peldaños en la estructura piramidal.

La pirámide de ULEJSA era más que un organigrama empresarial, pues abarcaba a toda la sociedad tinerfeña. El vanidoso y narcisista empresario no solo estaba en la cúspide, sino que él era capaz de imprimir impulso a ese pico (vértice) superior de la figura geométrica, tirando de él hacia arriba, hacia las nubes, hacia el rascacielos. El resultado era un triángulo muy tirante y afilado, afiladísimo, y esa verticalidad, tan extrema, tensa y acentuada, era un claro y pretendido sinónimo de dictadura. Ese era el sueño erótico (pornográfico, en realidad) que orgasmaba a Ulises Ejido cada día, una pirámide en forma de triángulo isósceles con un ángulo superior que, cada día, se tornaba más agudo.

La agudeza (y el dinero) del señor Ejido le permitía flotar en su propio sueño, porque, en parte, lo había convertido en realidad. Aunque al principio le había costado, finalmente había logrado situar, en un escalón inferior a él, a la clase política insular, encabezada por el presidente del Cabildo y los alcaldes de cada término municipal. Si Ejido decía “Quiero un centro comercial en Vilaflor” o “Voy a financiar un hospital y un casino

en La Victoria", la respuesta no podía ser otra que un "Sí, señor". El dinero lo podía comprar todo.

Tenía el poder. En cierta ocasión, solo por exhibir este y ganar una apuesta que había hecho con un paisano suyo (un buen amigo de la infancia que había venido desde Murcia a visitarlo), llegó a cortar un tramo de la Carretera General del Norte durante toda una mañana. *¿Qué te apuestas a que, apretando un botón, soy capaz de desviar el tráfico y generar un caos entre mi ganado?* El pretexto fue la organización de unas "Jornadas en Bicicleta para Venerar al Medio Ambiente". Se permitió el lujo, incluso, de emplear el término "venerar", en lugar de "respetar", camuflando con mucha sutileza el intencionado cinismo de la frase. *Los borricos políticos, los ciclistas y los automovilistas perjudicados, me veneran a mí, no al Medio Ambiente.*

La única parte negativa, razón por la que su divinidad no lograba dejar de ser un simple sueño, era la falta de reconocimiento explícito de su dictadura. En el fondo su pirámide lo era, él decidía lo que había que hacer y cuándo tenía que hacerse, pero, oficialmente, de cara a la opinión pública, el triángulo tenía que parecer volcado, horizontal. La horizontalidad recoge la democracia entre los seres humanos. ULEJSA (y, por extensión, Tenerife) no era democracia, ni mucho menos, pero al gran público le gusta leer de izquierda a derecha aunque el libro esté escrito de arriba abajo. Esa hipocresía social empeñada en ocultar el poder del empresario, en impedir llamar a las cosas por su nombre, era la responsable de la incipiente úlcera de Ulises Ejido. Se sentía como un gran pintor cuyos cuadros mantenía escondidos en un cajón de su escritorio, porque sus motivos irreverentes serían una auténtica amenaza para él si los exponía.

El shock inicial que le causó el señor Gerardo Marcial, nada más verlo, se fue transformando en admiración. Ejido estaba acostumbrado a los lameculos que se parapetaban detrás de un traje carísimo y una corbata de diseño exclusivo, como si así fuesen capaces de reunirse con Dios en igualdad de condiciones. A pesar de traer su dinero (los inversores) o de detentar un cargo (los políticos), todos mostraban temor y servidumbre ante Ulises Ejido, el único hombre en la isla capaz de hundirte (incluso textualmente) con solo mover un dedo. Por eso, si un inversor osaba dar el paso de solicitar una cita con él, dicho inversor sabía que, ahora, estaba en sus manos. Ejido tenía la potestad de aceptar su dinero, rechazarlo, o joder a su dueño, incluso por puro placer. Era el riesgo que solo los más atrevidos estaban dispuestos a correr.

A Ulises le gustaban los atrevidos. Un tipo con un nombre extraño que tenía arrestos suicidas como para ser capaz de telefonearle a su número personal, a altas horas de la noche, era un atrevido. Pero lo que nunca pudo llegar a imaginarse la noche anterior era la provocativa extravagancia que

multiplicaría esa osadía, a la mañana siguiente, delante de sus narices. El apolillado disfraz y la ridícula corbata era todo un exitoso y espectacular arte de sorprender. Marcial los tenía tan bien puestos que, ante los atónitos ojos de Ulises Ejido, ni siquiera temblaba a la hora de extrapolar el Carnaval al mes de julio.

—¿Señor Ejido?

—Señor… ¿Marcial? ¿O Gerardo?

—Llámeme como prefiera, señor.

—¿Cómo le llaman los amigos?

—Pues… Trapus —se le escapó—. Bueno, realmente… esos son los enemigos. Soy de origen francés, y "trapus" no es una palabra que me haga honor.

—¿Sabe que es usted muy divertido? ¡Me gusta! Creo que vamos a hacer negocios juntos, señor… Trapus. ¿Le molesta que lo llame así? Todavía no sé si seremos amigos o enemigos. Conmigo no cabe el término medio, se lo adelanto.

—Sí, he leído algo sobre su perfil, señor Ejido. Es usted uno de los grandes empresarios, si no el más grande.

—¿Tiene dudas de que lo sea? Le voy a contar un chiste. Me lo he inventado yo mismo. ¿Sabe cuál es la diferencia entre Dios y Ulises Ejido?

—Pues… ¿Acaso hay alguna?

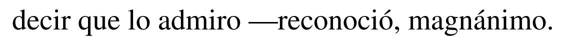
—Muy bueno, señor Trapus, sí señor. Pero sí, la hay. La diferencia es que nadie puede garantizar que Dios exista realmente. ¡Ja, ja, ja…! ¿Le ha gustado?

—Sí, señor.

—Verá, yo no acostumbro a recibir a nadie sin concertar una cita previa. Y durante ese tiempo, desde la petición de la cita hasta la fecha de la misma, investigo al detalle a mi presa. Disculpe la crudeza de mis términos, señor Trapus, pero mi poder me permite la licencia de ser un poco irónico. Como ve, he hecho una excepción con usted. Su llamada a mi teléfono personal me sorprendió. ¿Quién es capaz de atreverse a algo así? Pocas personas hay en el mundo capaces de sorprenderme. Por eso he seguido mi instinto y he decidido recibirle hoy. Tenía curiosidad por ver su aspecto. ¡Y le garantizo que su aspecto me ha sorprendido mucho más que la osadía telefónica!

—¿Mi aspecto? ¿Qué quiere decir usted?

—Cuando mi secretaria me anunció que usted había llegado, consideré probable que hoy iba a dedicarme a hundirle socialmente; ya sabe, por el atrevimiento de anoche, pero su aspecto…, su personalidad… Casi podría


decir que lo admiro —reconoció, magnánimo.

—Y usted… ¿no ha investigado aún sobre mí?

—No he tenido tiempo. Le aseguro que lo haré en cuanto salga por esa puerta.

—Pues ya puede olvidarse de eso, sería una tontería. Si quiere saber la verdad, le he mentido. Soy un detective privado, aquí está mi placa —dijo Trapus, enseñándole la acreditación pero sin permitir que su pulso temblara —. He venido a preguntarle una cosa. Espero que me ayude.

El rostro de Ulises Ejido se transformó, pero, por primera vez en su vida, el empresario se sentía acorralado en un brutal laberinto psicológico de emociones fuertes, contradictorias y disparatadas. Sobre todo disparatadas. Tenía que reconocerlo; aquel memo era un ignorante integral, no mostraba temor alguno ante Su Supremísima. O no conocía su Poder Infinito, o confiaba en su inexistente Bondad Infinita, o era un loco que se reía de su propia muerte (en cualquiera de sus modalidades: física, social, laboral…). Pero su tranquilidad, sus arrestos… ¡Eran cómicos! ¡Todo él era cómico! Un personaje sacado de un cuento. De terror o de risa, aún no estaba claro; pero de un cuento. Cuando leyó su nombre en la placa, Ulises alcanzó el clímax del humor absurdo y estalló.

—¡Ja, ja, ja…! ¡Pero…! ¿Cómo…? ¡Ja, ja, ja…! ¿Será posible? ¡Ja, ja, ja…! ¿Marcelo Girard? ¡Ja, ja, ja…! ¿Marcial Gerardo? ¡Joder! ¡Ja, ja, ja…! ¡Qué bueno!

—Con todos mis respetos, señor Ejido, no debería tomarse a burla una seria investigación en la que me he visto envuelto. Haga el favor…

—¡Ja, ja, ja…! ¿Que yo le haga un favor…? ¿A usted…? ¡Ja, ja, ja…! ¿A Gerardo? ¡Ja, ja, ja…!

—Mi paciencia tiene un límite, señor. Si no quiere colaborar por las buenas, dígamelo y me iré. La vida de una persona puede estar en juego, y no tengo tiempo para un espectáculo tan ridículo.

—¿Ridículo? ¿Yo? ¡Ja, ja, ja…!

—¡Me voy! —dijo el detective, dirigiéndose a la puerta.

—¿Se va? ¡Ja, ja, ja…! ¡Soy yo el que se va…! ¡A mear! ¡Ja, ja, ja…! ¡Espere! ¿Sabe que podría ordenar que lo asesinaran? ¿Por ejemplo? ¡Ja, ja, ja…!

—¡Es usted patético!

—¡Lo gracioso es que es verdad, señor Trapus, puedo hacer que lo maten! ¡Ja, ja, ja…! Está bien, no se enfade. ¡Ja, ja, ja…! Mire, me cae usted bien. ¿Sabe cuántos meses…, años…, hace que no me lo pasaba tan bien? Ni siquiera mi exmujer era capaz de hacerme reír así. Al contrario, la muy puta me hacía llorar. ¡Ja, ja, ja…! Venga, si me promete que aceptará

que lo invite un día a tomar unas copas, lo ayudaré. ¿De acuerdo?

—¿En serio?

—En serio. Tal vez lo llame mañana mismo, que es sábado. Pero, eso sí, esa noche irá usted vestido como hoy. ¡Ja, ja, ja…! Es broma. Bueno, no lo es, prométame que llevará esa jodida ropa. ¡Ja, ja, ja…! Venga, no se enfade. ¿Qué quiere saber? Me ha alegrado usted el día. Si se queda sin trabajo, no dude en llamarme. Le exigiré un traje arlequinado, pero le pagaré bien. ¡Ja, ja, ja…!

—El centro comercial de Radazul.

—¡Ah! ¿Eso? Ya le dije que no es mío.

—Pero usted firmó un contrato con el constructor, ¿me equivoco?

—Correcto. Mire, todo se basa en negocios. Era una buena oportunidad, un buen proyecto, pero la contraoferta fue muy tentadora y decidí aceptarla.

—¿Qué contraoferta?

—La de ese intermediario sudafricano. Negoció con el constructor y conmigo simultáneamente. Aún no habíamos cerrado del todo el acuerdo, así que el constructor quiso participar en el tema, y llegamos a sellar un pacto que beneficiaba a todas las partes. Nada especial, solo dinero que se mueve por aquí y por allí.

—Y ese dinero… ¿Dice usted que era un intermediario?

—Sí.

—¿Qué es lo que hacía tan atractiva la venta?

—Verá, señor Trapus, sería complicado detallárselo, pero digamos que al constructor y a mí no nos venía mal, en esos momentos, que nos pagaran con dinero negro. Además, yo ya poseo muchas galerías comerciales. Así que decidí no coger otra.

—¿Dinero negro?

Ulises Ejido se levantó y se acercó al detective. Se puso frente a él y empezó a acomodarle el nudo de la corbata.

—Sí, Trapus. Dinero negro. Le queda muy bien esta corbata. Se estará preguntando usted: ¿Cómo se atreve a confesar esto a un detective? La respuesta es sencilla. Porque sé que al detective Trapus le interesa que su corbata le siga quedando bien, es decir, en consonancia con su aspecto y en disonancia con su entorno. ¿Me equivoco, detective?

—No, señor, yo no soy inspector de Hacienda. Además, he venido aquí buscando información y usted ha tenido la amabilidad de proporcionármela sin pedir nada a cambio.

—No se infravalore, Girard. Usted me ha hecho reír, y ese es un don

especial que pocos saben apreciar.

Palíndromo:

O dijese sí, luego, con aire lagarto, otra galería no coge Ulises Ejido

Mediodía ido, ídem

La llamada la recibió cuando estaba almorzando. No se había alimentado decentemente en toda la semana, pero, curiosamente, el día antes de la ejecución, Susana ingería todo tipo de productos de forma compulsiva. El almuerzo consistía en rebanadas de pan del día anterior, frutos secos de una bolsita de cóctel, una zanahoria, galletas untadas en mantequilla, y tres mordidas a una manzana que dejó así, marcada para que ennegreciera, cuando sonó el teléfono. Era un número fijo, con un prefijo que ella desconocía. El mecanismo de grabación que Trapus había dispuesto, por medio de una especie de contestador que se activaba al descolgar, saltó cuando Susana levantó el auricular, igual que en otras ocasiones. Pero esta vez era diferente, porque, "en otras ocasiones", la grabación había resultado improductiva. Toda la posible rentabilidad de la idea de Trapus se concentró en el tramo inicial de la tarde del viernes.

—¿Diga?

—Quiero… agua… Sed…

—¿Ivana?

Lejos de acelerarse, el corazón de Susana experimentó una extraña relajación. La voz de su amada, en lugar de alterarla, le produjo unos emotivos sentimientos que no podía controlar. Esos sentimientos le generaban, a su vez, una sensación ilógica, como de paz, algo así como un estado de alegría y felicidad por oír su voz. Ivana aún palpitaba, eso era bueno. Pero también era cruel sentirse así, casi contenta, en contraposición al lamentable estado mental que la calva mujer sugería, al hablar, con su voz y su demencia. Quizá ese supuesto estado era producto de alguna droga. *¿Por qué me siento feliz si mañana la ejecutarán?* El llanto de Susana era suave, muy fluido y prolongado; no se trataba de un chaparrón pasajero.

—Tengo… Ayúdame… ¡Agua!

—¡Ivana! —lloró.

—Es… el sodio… Sí…, el sodio… Ale, ten… cuidado… con…

Bruscamente, la voz de Ivana se esfumó, y, con ella, los registros ambientales que la acompañaban. Era como si la línea de teléfono hubiese sufrido una metamorfosis. Ahora sonaba más clara, más limpia. Alguien le había filtrado el delirio, habían arrancado a Ivana para siempre. Su voz y los ruidos que la envolvían se desvanecían para viajar al fantástico mundo

imaginario, que solo existía en las expectativas de los creyentes, donde la esperaba Alejandra con los brazos abiertos.

La voz de Ivana se esfumó, sí, pero una voz ronca, modificada, camuflada y limpia de ruidos, la sustituyó. Era Él.

—El segundo sustantivo del sexto palíndromo tiene dos anagramas.

—¡Por favor, dígame qué quiere…!

Y eso fue todo. No hubo oportunidad para Susana. El jugador había impuesto las reglas, y en ellas no cabía la súplica.

Susana se sentó junto al teléfono y trató de serenarse para aclarar sus ideas e impedir que las emociones enturbiasen más sus, ya de por sí, mermados reflejos. Consideró que lo más inmediato implicaba tres acciones. Tenía que buscar una cosa y hacer dos llamadas. Primero averiguaría a qué provincia pertenecía el número de teléfono, en qué provincia estaba Ivana. No era Madrid, no estaba en Guadarrama. Tampoco le sonaba que fuese el prefijo de Sevilla. Con esa información llamaría a Trapus para ver si se le ocurría algo. Pero, antes que a él, telefonearía a Julieta o a Bruno con el fin de que interpretasen el extraño mensaje del "jugador", referido al sexto palíndromo. Cualquiera de ellos lo descodificaría enseguida, estaba segura. Tal vez ella misma, si tuviese las neuronas al cien por cien, podría descifrar la pista.

Susana se levantó y se dirigió al aparador donde guardaba las guías de teléfono. Cogió la versión miniaturizada que habían repartido ese año, donde mezclaban, en un mismo libro liliputiense, las páginas blancas y las amarillas. Y no había más mezcla porque, por la crisis, ni había más colores, ni más empresas suicidas dispuestas a gastar lo que no tenían en anunciarse.

Desolada, comprobó que la compañía telefónica había eliminado de sus páginas informativas el listado de prefijos provinciales. Dado que su ordenador era un perezoso crónico a la hora de despertarse, Susana lo encendió, pero, mientras esperaba y aguantaba sus interminables bostezos habituales, decidió probar con el teletexto. Tras buscar en una cadena privada y no encontrar la información que buscaba, accedió a la primera cadena pública y, allí, en la página quinientos cincuenta y nueve, pilló el listado de prefijos telefónicos. El hallazgo se completó antes de que la foto de Ivana le diera los buenos días desde el fondo de pantalla de su ordenador.

—Nueve-siete-uno. ¿Baleares?

Antes de telefonear, decidió recoger la cocina para tranquilizarse y asegurarse una voz lo más firme posible de cara a que se le entendiera a través de la línea. Quería, además, aprovechar unos instantes para consultar

a su memoria, por si esta era capaz de inyectarle información adicional. Pero no fue así. No; que ella supiera, no conocía a nadie relevante en las islas mediterráneas.

Desde el primer día, Susana tenía sus sospechosos respecto al secuestro, aunque no había querido imponerlos en las reuniones mantenidas con Trapus y "La Emisora Escrita". No quería condicionar ni manipular la objetividad en la investigación. Si presionaba para que controlaran a sus presas y luego resultara que estaba equivocada, jamás se perdonaría la pérdida de tiempo que ella misma habría generado. Si había que llegar a sus monstruos, que lo hicieran los profesionales a partir de datos objetivos. El que ella odiase a Raúl y a su tío-pederasta-Jorge no era suficiente para que encabezaran la lista de enemigos públicos.

De todas formas, Susana confiaba en que Trapus, por lo menos él, barajaría esas posibilidades, sobre todo la segunda, ya que ella, por su cuenta y en secreto, había encarado a Raúl y podía asegurar que quedaba descartado. El "asesino del rap, segunda parte" era un imitador. Pero Nara… Nara ya había sido sospechoso en la primera versión de la película. Nara odiaba a Ivana, ella le había seccionado el tesoro de la entrepierna. Si bien Susana no lo había nombrado, podía leer en los ojos de Trapus que también él sospechaba (igual que Susana) y, por supuesto, deseaba (igual que Susana) que el inspector fuese culpable, ya que ansiaba (igual que Susana) destruirlo. Trapus tenía muchos asuntos pendientes con Jorge Nara. Por eso mismo no era buena idea calentarle más la cabeza, alentándolo a seguirle el rastro como un perro de presa. Lo último que ella deseaba era que el detective también perdiera objetividad, y que solo quedasen Bruno y Ana como último cartucho.

—¡Baleares! ¡Joder!

Si fuese Guadarrama, tendría sentido. Si fuese Sevilla, aún más. Yendo más lejos, si la llamada proviniese de Sevilla, Almería o alguna provincia cercana, aumentarían sus sospechas hacia su tío, pues este podría tener contactos (y un cómplice) en aquella zona del país donde había trabajado unos años antes.

Sin tiempo que perder, llamó a casa de Julieta.

—¿Julieta?

—Hola, Susana. Te noto alterada. ¿Hay novedades?

—Sí, ya te las contaré. Intentaré organizar una reunión para esta tarde. Pueden ser los últimos cartuchos que nos quedan por quemar. Te volveré a llamar para confirmar la hora. Ahora quiero que me resuelvas un jeroglífico, o como se llame. Deja que haga memoria… Se trata del segundo sustantivo que hay en el último de los palíndromos. Hay dos anagramas.

—No lo entiendo, Susana. Lo que dices no tiene sentido.

—Tendría que escuchar la grabación, pero no me atrevo a tocar nada hasta que Girard venga, no sea que vaya a romperse este trasto.

—¿Qué grabación? ¿Ha llamado, Susana?

—Sí, ya lo escucharás. Pero ahora…

—Repíteme lo de antes. Espera, estoy consultando la carta… Aquí está. ¿Has dicho el segundo sustantivo?

—Sí. Del sexto palínd…

—Pajero. El segundo sustantivo es pajero. ¿Qué más? ¿Hay dos anagramas? ¿Eso dijo? ¿Dónde hay…?

—No recuerdo las palabras textuales. Dijo algo de dos anagramas.

—Tal vez haya querido decir que formes dos anagramas con esa palabra.

—¡Sí, eso es! Por lo menos es lo que yo intuí cuando lo escuché.

—En tal caso, es fácil. Veamos… Pajor… Jep… ¡Ya está! “Ropaje” y “parejo”.

—¿”Ropaje” y “parejo”? ¿Qué habrá querido decir, Julieta? ¿Se te ocurre algo?

—No. Debe referirse a algo que relacione las dos palabras. Yo me atrevería a decir que las tres.

—¿Las tres?

—Sí, “parejo”, “ropaje” y, por supuesto, “pajero”. Esa palabra es clave, está en el propio palíndromo.

—¿Crees que tienen a Ivana escondida en un pajero? ¿En Baleares?

—¿En Baleares? Susana… ¿Hay más cosas?

—Es que llamó desde Baleares. En la reunión hablamos. Ahora tengo que llamar con urgencia a Trapus.

—Está bien, Susana. Yo intentaré pensar en esas palabras por si encuentro alguna relación.

—Adiós, Julieta. Te agradezco mucho tu ayuda, de verdad. Ale estaría muy orgullosa si viese cómo te estás portando.

—Tampoco es que haya servido de mucho, Susana.

—Me refiero al apoyo psicológico. Solo de poder hablar contigo me calmo un poco y me recargo. No puedes imaginarte cuánto supones para mí.

Julieta era muy lista, mucho, y, una vez más, fue rápida interpretando. Las palabras de Susana sonaban a exceso, lo que estaba diciendo no era para tanto. Su agradecimiento rimbombante engrandecía lo que era una

simple conversación entre dos amigas apuradas que aspiraban a un objetivo común. O sea que Susana tenía los nervios a flor de piel (eso era obvio) y, además, había abierto un canal cuyas terminaciones nerviosas (sensitivas) concentraban su receptividad, su respuesta, en Julieta. La niña era su estímulo, su compañía emocional. *¿Por qué has vuelto a abrir ese canal, Susana? ¡Era mejor dejarlo como estaba! ¡Enterrado!*

—Es decir, Susana…, que has ido a verle.

—¿Qué? —se estremeció. *¡Demonio con coleta! ¡Es imposible que lo sepas, que te refieras a lo que imagino!*

—¿Te has atrevido?

—¿De qué hablas, Julieta? No sé lo que dices.

—¿Cómo es que has sido capaz? ¿Es porque sospechas de él? ¿Por la firma de la carta?

—¿Cómo puedes saber eso, Julieta? ¿Quién te ha dicho que he visitado a Raúl?

—¿Quién me lo ha dicho? Tú. Tu reacción. Estás muy sensible conmigo, y no había ningún motivo especial. Solo podía ser eso, la experiencia más intensa que nos ha unido. ¿Qué ha pasado?

—Eso es lo de menos. El caso es que es inocente. Estoy casi segura.

—Tenemos un sospechoso menos. Entonces ¿nos vemos esta tarde y escuchamos esa grabación?

—Claro. Adiós.

Se quedó un rato de pie, temblando junto al teléfono. La imposible intuición de la niña le hizo pensar en la pesadilla que quería apartar en todo momento de su mente, para evitar que pudiese desviarla del sentido común. Dicha pesadilla estaba enfocada en el secuestrador. No en su identidad, eso podría considerarlo, incluso, secundario para ella. Los reporteros y el detective eran los expertos, los responsables de ponerle nombre y apellido. A Susana le aterraba otra cosa: su poder. Su posible naturaleza sobrehumana. Había pensado en que podría ser un extraterrestre, un ángel caído o un humano capaz de rebasar y voltear las leyes físicas. Susana no se avergonzaba por considerar esas irracionales opciones porque Ivana merecía que no descartase ninguna de ellas.

Se sentó, sin despegarse del teléfono, y volvió a leer los palíndromos. ¿Cómo era posible semejante número de magia? Quizá porque tal vez no era magia, sino la aterradora realidad. Ale era el referente al que siempre recurría para dar credibilidad a la teoría de Supermán. Ingenio, talento, inteligencia y premonición. Por lo menos, Alejandra afirmaba que el futuro se le presentaba anticipadamente, y Susana nunca había puesto en duda su palabra.

—¿Señor Girard?

—Señora Mesa, tengo que hablar urgentemente con usted. Pensaba ir a su casa ahora mismo.

—Pues esa sería una buena idea, porque tengo novedades.

—¿Buenas o malas?

—Inquietantes. Lo de buenas o malas… dependerá de que podamos o no sacarle provecho. Él ha llamado, Monsieur.

—¡Oh! Eso es… más de lo que podíamos esperar a estas alturas. Ahora mismo voy para allá.

—Bien. Dejó un enigma.

—¿Cómo?

—Por teléfono. Julieta me ayudó a descifrarlo. Habla de una relación entre tres palabras, pero no sabemos a qué se refiere. Ya lo comprobará usted mismo.

—Enseguida estoy en su casa. ¿Qué palabras son esas?

—Pajero, pa… Espere que lo compruebe, lo tengo apuntado. ¿A ver? Pajero, parejo y ropaje.

—¡Qué extraño! ¿Qué hay que hacer con ellas?

—Pues no lo sé. Se trata de…

—¡Un momento! ¿Puede repetir las palabras?

—Pajero, parejo y ropaje.

—Ropaje…, parejo… "Ropaje parejo". ¡Ropaje parejo! ¡En un pajero! ¡Dios mío!

—¿Qué ocurre, señor Girard?

—Pues… Escuche, Susana. Lo que le voy a decir es muy importante. No salga de casa hasta que la vuelva a llamar. No toque el mecanismo de grabación, por si vuelven a telefonear. Me reuniré con usted… y con los demás… esta noche. Ahora no puedo ir.

—¿Por qué, detective? ¿Qué ocurre?

—Es… una corazonada, no se preocupe.

—Se lo exijo, Girard.

—Es una pista. No se haga ilusiones, Susana, pero, quizá…

—Lo acompañaré, Girard.

—No, puede ser muy peligroso.

—Me da igual, es mi mujer.

—Necesito que esté pendiente del teléfono. Si necesito refuerzos, le daré una llamada a usted para decirle dónde estoy y que se lo comunique a

la policía.

—¿Está loco? ¡No puede hacerlo solo!

—He sido policía. Le aseguro que no voy a arrastrar a un ama de casa ni a unos periodistas. Adiós.

—¿Ama de casa? ¿Será hijo de puta?

Marcelo Girard volvió a experimentar una regresión. El asesino del rap no había muerto, estaba claro. Su estela seguía cubriendo de espesa intriga las vidas de todos los implicados. Ahora, el nuevo asesino hacía un llamamiento al detective para que visitara, de nuevo, el lugar del crimen. El paradero de Ivana Suárez se le antojaba tan claro como el "abecé".

Palíndromo:

¿Será el abecé Baleares?

**

Julieta se había quedado muy preocupada tras la conversación mantenida con Susana. La niña estaba viviendo otra pesadilla, como la que se había llevado a Ale hacía unos meses. Temía perder a Ivana, pero, a estas alturas, consideraba que sería inevitable salvo que su captor se apiadase de ella. No se le ocurría ninguna solución, estaba muy atascada en el centro de confluencia de miles de callejones con miles de salidas, pero, de las cuales, solo una te libraba del infierno. Ale, gracias a su inteligencia, se lo había explicado una vez. Vale más un callejón sin salida que cien de ellos con noventa y nueve salidas falsas. En el primer caso, estarías preparada para lo que pudiera acontecer, o incluso, si tenías suerte o eras superdotada, quizá lograrías abrir una puerta imaginativa que burlase la inaccesibilidad. El segundo escenario, el de Ivana, implicaba mantener falsas esperanzas hasta el último segundo. Entonces, en ese momento, el golpe emocional sería brutal. Como consecuencia, Julieta perdería también a Susana; por lo menos su alegría y sus ganas de vivir.

Su amiga tenía razón en una cosa. Quedaba un cartucho, y, hasta que no oyeran la grabación, no podían concluir cuánto de letal podría resultar. No había que tirar la toalla, no aún. Pero los acontecimientos que, en su día, provocó el asesino del rap, estaban espaciados, mientras que, ahora, todo estaba concentrado en cuatro días. Julieta no estaba acostumbrada a funcionar bajo esa presión, el reloj de arena la superaba. Además, aunque eran asuntos menores por simple comparación, todo había coincidido en esos jodidos días con la perversión de Pipo, el enfado de Aurora y la pérdida (de contacto) de Paci.

Si intentaba abstraerse de todos esos hándicaps, objetivamente era cierto que Julieta tampoco era capaz de avanzar, porque no tenía mucho que la ayudase. Por ejemplo, los tres anagramas de los que Susana acababa de informarle no le decían absolutamente nada. Ni una pista. No sabía relacionar esas palabras con el secuestro ni con la historia del "asesino del rap". No es que afirmara que dicha relación no existiera, pero sí sería capaz de jurar que los tres términos se acoplarían por mediación de una variable que ella desconocía. Lo mismo ocurría con los palíndromos. Ella no sabía nada de la vida de Bruno, de don Urbano, de las pruebas de acceso a la universidad… Los palíndromos no los habían hecho para ella, eso estaba claro. El secuestrador no había solicitado su colaboración. Los acertijos los habían diseñado para Bruno (como experto) y para Trapus (como investigador de campo). El detective no tenía mucha pinta de ser el más adecuado para el trabajo de campo, pero había que confiar en él.

La niña no había almorzado aún. Sus padres, que no volverían hasta muy tarde, le habían dejado preparada una ensalada y un plato de filete de pescado con papas listo para calentar al microondas. Se había levantado tarde, pues las clases habían terminado y necesitaba descansar, con lo que el desayuno se prolongó hasta bien avanzada la mañana. Julieta quería dejar pasar el tiempo suficiente para sentir hambre y atacar la ensalada. El teléfono sonó tres veces hasta que ella descolgó. El número de móvil que aparecía registrado le sonaba mucho, pero tenía una duda: ¿era el de Mónica, una compañera de clase, o el de Bruno?

—¿Sí?

—¿Julieta?

—¡Hola, Bruno! ¿Qué tal?

—Bien. Estaba aburrido y tenía ganas de hablar con alguien.

—¿Y te acordaste de mí?

—Sí, bueno, no solo de ti. Ya he llamado a mis padres, y también a Ana. Pero el último plato siempre es el postre, que es lo mejor.

—¿Por qué has llamado a Ana y a tus padres? ¿Dónde estás?

—Estoy en el aeropuerto de Valencia, esperando para coger un avión. Por eso estoy aburrido.

—¿Qué haces en Valencia, Bruno?

—Pues… asuntos de trabajo, Julieta. ¿Qué tal el comienzo de las vacaciones? ¿Has ido a la playa?

—No, todavía no. Quizá más adelante, cuando pase todo este asunto.

—Sí, claro, entiendo cómo puedes sentirte. Tú la conoces bien y… Para nosotros es un tema más profesional, una simple investigación, pero, para Susana y para ti, la parte afectiva debe suponer un dolor terrible. Mira, te

doy mi palabra de que la encontraremos.

—¿Tu palabra, Bruno? No debes jugar con estas cosas. Susana y yo tenemos que estar preparadas para todo. Un exceso de fe puede suponer… como recibir un disparo a bocajarro.

—Tienes razón, Julieta, pero ya verás, tengo una corazonada.

—Tu voz suena muy segura, Bruno. ¿Tenéis algo? ¿Habéis encontrado alguna pista importante que yo desconozco?

—No puedo hablar de ello, Julieta. De momento.

—¿Por qué no? No tiene sentido ocultar cosas. Tu viaje… ¿está relacionado con el caso?

—Mira, eres una niña y es complicado que puedas entenderlo.

—Creo que es la misma conversación que tuvimos el miércoles.

—Sí, comprendo que te pueda parecer… indecente. Si quieres te doy la razón en que lo es. Pero yo me debo a mi trabajo, a “La Emisora Escrita”. Estoy aquí porque la empresa me paga, y si me pide silencio tengo que mantenerlo.

—Es algo más que eso, Bruno. Se trata de una vida. No puedes jugar con una vida. Debes hablar.

—Creo que tenemos las cosas bajo control. Solo voy a hacer unas comprobaciones. Una vez que tengamos cosas concretas (porque, de momento, solo tenemos sospechas), las compartiremos. Ayer hicimos lo mismo, ¿recuerdas? Mira, no creo que sea positivo ni productivo adelantar y compartir sospechas. Si le digo a Trapus lo que sospecho, quizá intente hacer lo mismo que yo, y eso supondría duplicar el trabajo. No nos podemos permitir el lujo de tener a dos personas haciendo lo que puede hacer una. Trapus puede seguir otro camino. De hecho, creo que lo está haciendo.

—Vale, confío en ti. Quizá sea más rentable de esta manera. Pero como yo no estoy haciendo nada, por lo menos podrías compartirlo conmigo. ¿Qué sospechas y qué buscas?

—Traicionaría mis principios si te lo contara. Me debo a mi empresa, Julieta.

—¿Me das una pista?

—No te rindes nunca, ¿eh? No me gusta que pienses que quiero ocultarte cosas, o que no las comparto contigo. Haré lo siguiente. No te daré ningún dato salvo una sola cosa, pero es un secreto. El vuelo que voy a coger me llevará a Palma de Mallorca. ¡Y no preguntes más!

—¿A… Baleares?

—Sí.

—¿Y si te digo que hay otra pista que lleva a Baleares?

—¿Otra pista? ¿Qué pista? ¡Eso sería perfecto!

—Una pista que pensaba contarte cuando me llamaste, pero no sé si estoy autorizada a revelarla. Ya sabes, por eso de la confidencialidad. Si quieres más datos, habla con Susana, porque no voy a ser yo quien te lo cuente.

—¡Vengativa!

—En serio, Bruno, tal vez sería bueno contrastar lo que los dos habéis averiguado. ¿La llamarás?

—Lo pensaré. Si tengo tiempo, lo haré. Oye, ya te he dicho que estoy muy aburrido, aquí, esperando a que salga ese avión. Por casualidad ¿no tendrás algo para mí?

—Claro, Bruno, siempre hay algo. ¿Qué prefieres? ¿Palíndromos, anagramas, adivinanzas, juegos de astucia…?

—Sorpréndeme.

—Espera. Deja que consulte una cosa. No cuelgues.

La niña se alejó del recibidor de su casa, donde gobernaba el teléfono, y se dirigió, a toda prisa, a su habitación. Allí, dentro de uno de los cajones del escritorio, recuperó una antigua libreta de notas, totalmente abarrotada de acertijos, jeroglíficos y garabatos. Sonriente y ansiosa, pasó las páginas velozmente, a la vez que las visualizaba con agilidad, hasta que encontró una que le pareció apropiada para entretener y sorprender a Bruno. De vuelta al teléfono, se sintió importante ante él.

—¿Sigues ahí, Bruno? ¡Ya está!

—Dispara.

—¿Puedes escribir? Te será más fácil.

—Sí, venga.

—Son tres versos. Pero esto es importante; mientras te los recito, tienes que imaginar que estás oyendo un saxo de fondo.

—¿Has dicho un saxo?

—Sí. Si quieres te los leo dos veces. La primera, para que te concentres en el sonido del saxo, y la segunda para que tomes nota.

—Empieza, me tienes intrigado.

—Ahí va.

Unes guerras sin bregas en sí

Osas, clemente, perlas

Genes concede trance

—Me lo pones difícil, Julieta. Veamos… Unes guerras sin bregas en…

—Pero ¿ya lo has copiado?

—Claro, eso me dijiste.

—¿Y el saxo?

—¿Qué saxo? En el poema no hay ningún saxo.

—Te dije que…

—Sí, ya lo sé, que imaginara que alguien tocaba el saxo. ¿Qué importancia tiene eso? Si se necesita sensibilidad musical para solucionar el acertijo, yo no la tengo.

—Está bien, Bruno, inténtalo, pero no olvides…

—El saxo. Vale, ya lo he pillado, eso es una pista importante. Dijiste "saxo de fondo". Los versos hablan de diferentes guerras sin conexión entre ellas, de un…

—¿Sin conexión? ¿Por qué, Bruno?

—Quizá no, lo estoy interpretando mal. "Bregar" es batallar. Si unes diferentes guerras sin generar conflictos entre ellas… ¿qué conseguimos? ¿La paz?

—O más guerra. Una multiplicación de guerras —sugirió Julieta.

—Dejaré eso de momento. El segundo verso me suena a una persona ambiciosa pero, además…, arrogante, tal vez. Una persona clemente sería una especie de perdonavidas. En cuanto al tercero… Genes concede… ¡Qué chungo! ¿Puede ser un político? ¿Un líder? ¿Un líder importante, hijo de otro? Por ejemplo, algún presidente de Estados Unidos.

—¿Qué respuesta es esa, Bruno? ¡Ja, ja, ja…!

—Un tipo ambicioso de poder, con el don de conceder clemencia, y que se cree garante de la autoridad suficiente para intervenir y manejar las guerras a su conveniencia.

—¡Ja, ja, ja…! ¡Y con los genes heredados de su padre! ¡Muy bueno, Bruno!

—Entonces… ¿he acertado?

—¿Y el saxo?

—¿Qué saxo? El presidente de Estados Unidos no toca el saxo. ¡Que yo sepa!

—¡Ja, ja, ja…! ¡Me haces reír mucho, Bruno!

—Vale, ya sé que esa no es la solución. Jamás te inventarías un acertijo tan tonto, con unas frases tan forzadas para definir a un líder. ¡Frases forzadas! ¡Eso es! Ahí debe estar la clave, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Me das una pista?

—Solo una. Al saxo tendrás que hacerle lo mismo que al poema, pero al revés.

—¡Coño, Julieta! Tendría que haber imaginado que se trataba de un juego de palabras o algo similar. Viniendo de ti, era lo más evidente. Dame unos instantes y te lo resuelvo, ya verás.

Julieta permaneció a la escucha, divertida, mientras oía cómo el joven murmuraba todo tipo de burradas que se le ocurrían, a la vez que elevaba y bajaba la entonación acorde a sus súbitas ocurrencias.

—Oye, dentro de un rato te llamarán para embarcar. Como no te des prisa, te vas a quedar con las ganas —presionó Julieta.

—Está bien, me rindo.

—Pues… Te doy la última pista, pero, si aciertas, ya no te lo daré por válido. Resulta que el poema tenía saxo de fondo, ¿recuerdas?

—Sí, claro. ¿Y…?

—Y el acertijo (su solución) tiene sexo de fondo.

—¿Sexo de…? ¿De qué hablas? ¿Dónde está el sexo? ¿En los genes del presidente? Vamos, Julieta, dime la respuesta.

—Es evidente, Bruno, recuerda la pista que te he dado. Al saxo tienes que hacerle lo mismo que al poema, pero al revés. El poema tiene saxo, la respuesta tiene sexo. Y te aseguro que lo tiene. ¡Vamos, despeja la equis!

—¿Qué equis?

—¡Es una regla de tres! ¿Es que no lo ves? Esperaba más de ti, Bruno. ¡Qué decepción!

—Es que me pones nervioso, Juli.

—Si el poema tiene saxo, entonces equis (o sea, la solución) tiene sexo. ¿Cómo se pasa de saxo a sexo?

—Pues… ¿cambiando la “a” por la “e”? ¡Claro!

—¿Ahora lo pillas? Al poema se le hace lo mismo que al saxo, pero al revés.

—Déjame terminar a mí. Si se hace lo mismo al revés, no sería una regla de tres directa, sino inversa. En vez de cambiar la “a” por la “e”, a los versos se les cambia la “e” por la “a”. Y quedará…

Tras unos segundos de lectura modificada, el joven reportero quedó impresionado, pero no tanto por el acertijo, sino porque era una niña de once años quien se lo proponía.

—Julieta… No me atrevo a recitar esto. ¿La solución es lo que yo me imagino?

—Sí, Bruno. “Unas guarras sin bragas, ansiosas, claman tapar las ganas

con cada tranca". Solo había que cambiar todas las letras "e" por la letra "a". ¿A que tenía sexo de fondo?

—¿Tú te has inventado una cosa así?

—¡No, qué va! Esto es una creación de Ale. Ella se lo inventó, el mérito es todo suyo.

—¿Y te lo enseñó? ¿A una niña? Pero… ¿cómo…?

—¡Ja, ja, ja…! ¡Si mi madre me oye, me mata!

—No es para menos.

—Por cierto, Bruno, estoy delante del ordenador, y "clemente" significa compasivo, no arrogante.

—¡No tienes límite, Juli!

—Bien, ¿a que te he sorprendido?

—Bueno, Juli, en cualquier caso, reconozco que, esta vez, me has dejado más helado que sorprendido.

—Si quieres te compenso con otro acertijo, pero este sí es mío. Lo he inventado para ti.

—¿Para mí? ¡Venga!

—Es muy fácil. Algo tuyo, muy bonito, que, si lo abres, es un palíndromo.

—Intuyo… ¿Si lo abro? Abres la… ¡Ya lo tengo! Es muy fácil, tienes razón. La barba. Desde que me crecieron algunos pelillos, dijiste que era una barba muy bonita.

—¿Y el palíndromo?

—Si la abro, es un palíndromo. Está chupado. "Abra barba". Ese es el palíndromo.

—¡Qué listo eres, Bruno!

Palíndromo:

Atinó barba, la palabra bonita

Atardecer, apareced, rata

Había decidido acudir solo porque no tenía miedo. A su edad ¿qué tenía que perder? ¿La vida? Ya la había perdido en los últimos meses mientras se sometía a las tortuosas prácticas de la sádica comunidad médica, y, sobre todo, mientras esperaba, sudando más de lo habitual, los resultados de las inquietantes pruebas y analíticas. Fundamentalmente la maldita gastroscopia y su consecuente biopsia. La ansiedad que le causaron los individuos más crueles del conjunto de torturadores del sistema sanitario (los patólogos, sin duda alguna), quienes parecía que disfrutaban alargando la agonía de los desesperados pacientes, había mermado su esperanza de vida; por lo menos su percepción de la misma.

Aunque el detective no era capaz de definir la causa exacta, estaba seguro de que alguien había atravesado aquella vegetación en las últimas horas. Podría ser que estuviese dentro del pajero, con Ivana. Hasta que no entrara no podría saberlo.

Agachado detrás de un tronco retorcido por los años, vislumbró, a través de los cereales, la pequeña choza que parecía amenazarlo desde los treinta metros de separación entre ambos. A Trapus no le quedaban más escondites hasta el pajero. O reptaba como una serpiente, entre las espigas, o se arriesgaba a llamar la atención al acercarse, con la más que considerable probabilidad de que le pegaran un tiro. Se miró la abultada barriga y concluyó que los relajantes baños de balneario no eran, precisamente, una terapia para bajar la panza. Ni siquiera la gastroscopia había servido para nada. *Ya que me metieron una manguera hasta el estómago, podrían haberme hecho una aspiración de grasa*. Se introdujo la corbata dentro de la camisa, entre dos botones, quizá para proteger con ella su barriga, y empezó a reptar.

Por la reconstrucción de los hechos, Trapus sabía, y ahora lo recordaba, que estaba haciendo aproximadamente el mismo recorrido que hizo Alejandra Suárez mientras Raúl la perseguía para quitarle la vida. El mismo recorrido, pero en sentido inverso. Ale huía de la cabaña, Trapus se dirigía a la cabaña.

Cuando la policía estaba inventariando minuciosamente todos los bártulos del “asesino del rap”, bajo la dirección de Girard, se había determinado que la cabaña, donde Alejandra Suárez había permanecido retenida hasta ser asesinada, era, en realidad, un pajero abandonado y reconvertido. El propio Raúl lo había acondicionado para ejecutar sus

planes, pero lo cierto era que estaba escriturado como pajero, no como cabaña o vivienda. Ese pequeño detalle, totalmente intrascendente en la investigación, ahora había recobrado toda la importancia del mundo.

Pajero, parejo, ropaje. Al principio, cuando Susana le recitó los tres vocablos, no lo había relacionado. Pero después lo recordó. Él mismo participó en el registro de la cabaña. En su interior, en una especie de armario sin cajoneras ni perchero (compuesto únicamente por cuatro baldas), encontraron una pila de ropa que llamó ligeramente su atención. Se trataba, básicamente, de alguna ropa de abrigo y otras piezas de faena, como de limpieza (algunas, tal vez, destinadas a borrar todas las huellas): dos abrigos, toallas, algunas mantas, trapos de cocina, paños absorbentes, una alfombrilla de baño y varios estropajos. Lo que despertó la curiosidad de Trapus y de los demás agentes era su disposición. La ropa estaba perfectamente doblada y apilada, de una manera minuciosa, casi enfermiza. Quien la había colocado así tenía que ser un auténtico maniático del orden, un perfeccionista. Raúl lo era. El hallazgo se convirtió así en una evidencia más en su contra.

El ropaje parejo dentro del pajero. ¿Cómo lo había asociado tan rápido? El detective estaba convencido de que había tenido un momento de lucidez, un golpe de suerte para acoplar las tres palabras en un simple registro policial ocurrido unos meses antes en Icod el Alto. También podría ser una asociación de ideas subconsciente, claro, pues el secuestrador actual se hacía llamar igual que el anterior, y la secuestrada actual era hermana de la anterior. O, tal vez, Trapus estaba siendo guiado por un ángel de la guarda, que podría llamarse Alejandra Suárez y pretendería que el detective sacase a su hermana de la cabaña maldita. Al fin y al cabo, el secuestrador tenía poderes, adivinaba el futuro. ¿Por qué no podía acceder él, también, a algo de ayuda divina para equilibrar el juego? La necesitaba.

Su cabeza fantaseaba con todo tipo de sandeces y de planteamientos estériles. ¿Qué más daba cuál había sido la razón para asociar las tres palabras? Lo importante era haber llegado hasta aquí. Sus pajas mentales del momento solo eran un entretenimiento, un apoyo psicológico para recorrer (reptar) los treinta metros con mayor tranquilidad (frente al miedo escénico) y menor dolor físico (por el esfuerzo y por el efecto escoba que ejercía su barriga). El culebrear entre el cebadal no le garantizaba, ni mucho menos, su invisibilidad. *El tiro te puede llegar igual, solo que, en vez de morir a pecho descubierto, lo harías como una rata.*

Cuando se dio cuenta, había llegado a la zona donde terminaba (o empezaba) el cebadal, a unos tres metros de la puerta de la cabaña. El detective sentía que los latidos de su corazón y, sobre todo, los jadeos que emitía tras el esfuerzo, estaban amplificados, como si el malo le hubiese colocado micrófonos ocultos en la arteria aorta y en sus recién descubiertos

pólipos nasales. Antes de entrar, era necesario respirar hasta tranquilizarse. *Aspira…, espira… Despacio… Relájate*.

Aguzó él oído, tratando de captar algún sonido interior. Contemplaba tres posibilidades: una magnífica, otra peligrosa y una tercera decepcionante o indiferente, según cómo se la tomara. Ivana podría estar sola, acompañada o, sencillamente, no estar allí. Esas eran las respectivas biyecciones.

En el fondo, Girard tenía pocas dudas. Ivana estaba allí dentro, donde mismo había habitado su hermana, en el mismo corredor de la muerte. El imitador de Raúl seguía sus mismos pasos. Al final, el juego era así de simple. Lo presentaba como una dura prueba de ingenio, pero la solución, como casi siempre suele ocurrir, era evidente. Trapus había logrado ponerse las gafas adecuadas. La carta lo decía. Si eres listo, lo solucionarás. Había una pista, en la carta, escrita en letras mayúsculas de tamaño descomunal: la rúbrica. "Soy el asesino del rap" equivalía a decir "Ven a la cabaña donde cometí mi último crimen".

—Tranquilo, Marcelo. Es el momento de entrar o de pedir ayuda —susurró—. ¿Estará él con ella, esperándote?

Si el malo lo había visto, ya era demasiado tarde para huir o para sacar su teléfono móvil. Lo abatiría si lo intentaba. Lo único que podía y debía sacar era la pistola.

Con sigilo, se levantó torpemente (por el sobrepeso) del suelo y se acercó a la entrada. Pegó la oreja a la puerta, conteniendo la respiración para filtrar el ruido que esta generaba. No escuchó nada. Con calma, caminó alrededor de la cabaña, bordeándola. Trapus recordaba que solo había una pequeña ventana, situada en la pequeña estancia que, en su día, Raúl había convertido en los aposentos de Alejandra Suárez. Estaba en la parte posterior. Allí era donde sospechaba que tendrían retenida a Ivana. Se dirigió a la izquierda y, tras girar dos ángulos de noventa grados (dos de las esquinas del pajero), se vio caminando pegado a la pared trasera del recinto.

A unos cuatro metros de la curva estaba la ventana. A su través esperaba ver a Ivana, viva o muerta, drogada o amordazada. El detective se detuvo justo al lado. Se agachó para situarse por debajo de la ventana y así poder abarcar con la mirada la zona interior de la choza desde la parte inferior, poco a poco. Fue justo en el instante en que se estaba incorporando cuando sintió el calambre y escuchó el ruido que le paró el corazón.

Girard siempre se había caracterizado por ser un policía muy metódico, concienzudo y algo testarudo. Cuando se le metía una cosa en la cabeza, no cejaba en el empeño hasta que las circunstancias se pronunciasen, fuese a su favor o en su contra. Así había sido siempre, como en aquella ocasión,

cuando se empeñó en que Isaac regresaría al Aula Veranos tras la muerte de Oso Coronel. Nadie daba un duro por esa posibilidad, excepto Girard. El detective se había basado en una circunstancia insólita: una analítica de sangre y una intuición de un dudoso diagnóstico. Sea como fuere, Isaac apareció por allí y pudieron detenerlo.

El entonces subinspector Girard era de los que repasaba cualquier intervención policial una y mil veces, hasta agotar y poner de muy mal humor a sus subordinados, quienes consideraban excesivos los "ensayos" del director Trapus antes del día de la actuación. Por esa admirable cualidad suya, le había costado tanto comprender cómo era posible que el asesino del rap hubiese detectado la presencia policial junto a aquella papelera, donde Raúl había depositado el supuesto rescate que tendría que haber comprado la libertad de Alejandra Suárez. Pero no, el secuestrador nunca podría haberlo averiguado, Trapus tenía un escudo protector impermeable llamado minuciosidad; la presencia policial era totalmente invisible. Lo que ocurrió fue que ya la conocía de antemano, pues el secuestrador era el propio Raúl.

Girard se maldijo. Tan solo llevaba apartado de la policía unos meses y sus neuronas ya habían traicionado su meticulosidad. Se trataba de una falta de reflejos imperdonable, un error que podía costar la vida de cualquier policía. Y, por supuesto, de cualquier detective. El ruido que le golpeó el corazón y le produjo un ligero calambre en la ingle, por la vibración, fue la llamada entrante que alertó a su escandaloso móvil. La sintonía hacía poco que se la había descargado de internet, su favorita "*Fly, Robin, Fly*". Trapus tuvo que sacar el móvil del bolsillo delantero de su pantalón y apagarlo, sin mostrar interés por la procedencia de la llamada. Si el asesino no sabía, hasta ahora, que Girard había llegado, el detective le estaba dando las buenas tardes a gritos.

—¡Me cago en la puta!

Se levantó como un resorte y, dejándose de sutilezas (ya no tenían razón de ser), encañonó la ventana con su pistola. Evaluó la situación en el interior, tratando de registrar algún movimiento. La falta de claridad dificultó un escrutinio veloz, pero, afortunadamente, no recibió ninguna amenaza del cuartucho. Se fijó bien, pegando la cara a los barrotes, y comprobó que la pequeña estancia estaba vacía. Quedaba la otra, la principal, pero su esperanza de encontrar a Ivana en el pajero empezó a perder fuerza.

Girard recorrió el resto de pared posterior a la carrera. Quería acceder a la puerta por el otro lado para bordear la cabaña en su totalidad, haciendo así un estudio ocular y superficial del contorno. Tras rebasar las cuatro esquinas llegó a la entrada, jadeante. En la puerta no había pomo, solo un

grueso ojo de cerradura apto para una de esas pesadas llaves antiguas de hierro. El pajero estaba cerrado, y Girard sabía que él no podría, por sí solo, derribar la pesada puerta.

—¡Mierda! ¡Mierda!

Introdujo el ojo por la cerradura y, en base al amplio espacio que su vista logró abarcar, se le antojó complicadísimo que Ivana o cualquier persona estuviese dentro. En cualquier caso, dentro estaba muy oscuro como para detectar alguna presencia. Desolado, el detective se dejó caer en el suelo, sentado, con la espalda apoyada contra la puerta. Se había hecho muchas ilusiones, había soñado que le devolvería viva, a la señora Mesa, a Ivana Suárez. Quedaba poco más de veinte horas para que el malo cumpliese su amenaza. Girard esperaba que entonces, por lo menos, tuviese escrúpulos para detener el juego y no se le ocurriese idear otra partida, o segunda parte de la anterior (como prometía en la carta), para localizar los restos, tal vez por piezas, de Ivana Suárez.

Fue justo al ir a levantarse cuando se fijó. La tensión, seguramente, se lo había impedido antes, pero era bastante visible. Se trataba de una nítida flecha, en el suelo, justo frente a la entrada, hecha con tiza. Una flecha con una punta que señalaba a la derecha, hacia el lugar por donde Trapus había aparecido tras bordear la cabaña. Se levantó y observó la zona apuntada. Unos metros más allá había otra flecha. Esta, a su vez, se curvaba hacia el lateral derecho de la cabaña. Marcelo giró la esquina y descubrió una última flecha que señalaba hacia la pared de piedras. Se agachó a la altura de la punta y observó. Una de las piedras, en la zona inferior, parecía estar desprendida o suelta. Trapus la cogió con ambas manos, tiró y la piedra salió con él. Luego metió la mano en el hueco y cogió el objeto que contenía: la llave.

Intrigado, se dirigió a toda prisa a la entrada, de nuevo. Pronto el sol se pondría, y dentro de la cabaña no había luz. Sabía que encontraría algo, porque el jugador había pintado una flecha y una llave en el tablero de juego. No tuvo problemas para abrir, la cerradura no opuso resistencia. Girard se enfrentó a una habitación vacía, con solo una banqueta en un lateral. Encima de esta había algo envuelto en papel de regalo. Era un objeto del tamaño aproximado de un estuche de gafas. El detective se acercó y, harto de juegos, arrancó el papel de regalo sin contemplaciones.

Justo entonces se volvió a quedar sin aliento, pero, esta vez, no era una falsa alarma como cuando había sonado su móvil. Tenía ante sí un brillante ataúd de madera, perfectamente lijado y barnizado de negro, con un sobrecogedor crucifijo que, abarcando casi toda la tapa, encogía el inestable corazón de Girard. Era un ataúd en miniatura, donde podría caber, tal vez, un ratón o un periquito.

Aunque Marcelo era muy duro para las lágrimas, se sintió impotente, con ganas de llorar, porque se acordó del sexto palíndromo e imaginó el contenido de la caja.

6) A ti reparan, aviSEIS oreja pajero, si es Ivana raperita

Trapus se sintió sofocado, como si estuviese a punto de desmayarse. Su cabeza flaqueó, y presintió que una fuerza maligna se estaba apoderando de aquella claustrofóbica cabaña. Miró hacia la supuesta puerta de entrada y no encontró esta, había desaparecido. ¿Dónde estaba el hueco por donde él había entrado en el recinto? No se veía la claridad entrando desde el exterior. Luego recapacitó. Ya empezaba a oscurecer, y su percepción, debido al miedo, había recibido una invasión destructiva. ¡Claro que había puerta! ¡Lo que casi no había era luz! La imagen de un ataúd, aunque minúsculo, en medio de las penumbras, era aterradora. El ataúd llevaba una cruz, sí, pero esa cruz la había incrustado el diablo para atacar con ella.

Con las manos y las piernas temblando por anticipación a lo que iba a ver, el detective levantó la tapa. Entonces la soltó sobre la banqueta y empezó a vomitar.

Palíndromo:

Oreja pajero

¡Eh! Con esa mimase noche

Aunque la reunión comenzaba pasadas las diez de la noche, Remedios y Carlos entendieron que el equipo verde de la peligrosa partida de tablero, del que su hija, para bien o para mal, formaba parte, estaba desesperado. Así que, con muchas reservas, la dejaron acudir a casa de Susana. El bonsái se había comprometido a llevarla y traerla de regreso, y eso tranquilizó a ambos; no por su cualidad de detective, sino por el papel de taxista.

Cuando Ana Pérez llegó, no fue Susana, sino Trapus, quien le abrió la puerta. Embutida dentro de un sillón y enjaulada dentro de ella misma, una desencajada Susana los observaba desde una distancia situada a años luz de su propia casa. La demencia parecía haberse apoderado de ella, porque, a la implacable cuenta atrás, se le había sumado el hallazgo de la oreja de su mujer. La periodista observó a la niña, quien parecía estar valorando y calibrando la situación anímica de Susana, su grado de cordura. Julieta, a veces, hacía amagos de acercarse a ella, tal vez para abrazarla, pero luego se lo pensaba mejor, como si considerase que un abrazo la debilitaría aún más. La mujer de Ivana estaba sola, lejana y ajena a la realidad.

Marcelo Girard le había relatado a Susana Mesa Serafín lo que había encontrado en la cabaña. Se lo había dicho en persona, hacía pocos minutos, cuando él y la niña llegaron a su casa. Había dejado el miniataúd en el coche, por respeto, para evitar que viera el miembro cercenado de la exrapera. Estaba escondido en el maletero, ya que lo había puesto allí antes de recoger a Julieta, porque, obviamente, tampoco pretendía horrorizar a la menor con semejante sorpresa.

—¿Cómo está, detective? —preguntó Ana, mirando a Susana.

—No levanta cabeza. He tratado de decírselo con el mayor tacto posible, pero, en estas cosas, el tacto no ayuda mucho.

—Bien, de todas formas tenemos que avanzar. No podemos detenernos ahora.

—Es verdad. ¿Ha avisado usted a Bruno?

—No puede venir. Está trabajando.

—¿Trabajando? Don Urbano prometió que esto sería prioritario. ¡Nos quedan pocas horas, señorita!

—Está trabajando en este asunto. Tenemos una pista, y Bruno ha tenido que irse de viaje para investigar —explicó la periodista.

—¿De qué se trata?

—Hasta que no tengamos algo en firme no pienso decirlo, por mucho que usted insista. Es el pacto que hicimos.

—¿Pacto? ¿De qué habla usted? No recuerdo haber pactado nada.

—Yo creo que es un pacto unilateral —reprochó Julieta—. Hoy he hablado con Bruno y me contó un cuento parecido. Creo que tienen miedo de que usted se chive a otro periódico y les pisen la noticia.

—Pero ¿qué dices? —dijo Zorra, sorprendida.

—No tiene sentido que nos ocultemos información entre nosotros —insistió la niña.

Susana parecía empezar a recuperarse. Por lo menos se había acercado a ellos un par de galaxias. Sus ojos manifestaban que estaba prestando atención a la conversación. Julieta fue la primera en darse cuenta. Se acercó a su amiga, le agarró la mano izquierda y la apretó fuertemente. Susana se acercó más aún, sustituyendo el autismo por lágrimas. Trapus la observó y tradujo lo que él creía que ella quería verbalizar.

—Señorita Pérez —expresó con dureza—, la niña tiene razón, y usted lo sabe muy bien. O nos habla de esa pista o la reunión termina aquí para usted.

—De acuerdo. Bruno está…

—En Mallorca —se adelantó Julieta. Todos miraron hacia ella, incluida Susana.

—¿Te lo dijo? Bueno, da igual. Está siguiendo una pista relacionada con la casa de Guadarrama. Resulta que Ariadna vive allí, en Baleares. Solo pretendemos vigilarla, pero no tenemos nada consistente. Nuestra única intención al ocultarlo es evitar hacer más daño a Susana dándole esperanzas muy débiles. Y Bruno ya no está en Mallorca. Ahora mismo… —Ana Pérez hizo una consulta a su reloj—su avión debe estar aterrizando en el aeropuerto Reina Sofía.

Julieta leyó la cara de la periodista a medida que hablaba. Estaba mintiendo. O, al menos, estaba ocultando una parte. Se había guardado cosas en la manga para cuando llegara el momento. Bruno investigaría, tal como ambos decían, pero solo informarían de resultados concretos que pudiesen obtener, no de sospechas. Aun así, no podía seguirla presionando, porque Ana no reconocería más cosas; había llegado al límite permitido por ella misma. *Hasta aquí puedo leer. Ni un punto más, ni una coma menos*.

—Está bien —dijo el detective.

—Recuerde, Girard, que también le oculté que habíamos viajado a Guadarrama. Pero cuando conseguimos la pista, el dichoso contrato que le entregamos, se puso usted tan contento que me largó una frase impropia de un caballero. *¡Me ha tocado usted en el clítoris, señorita Pérez!*

—Por cierto, señorita, tenemos que hablar de ese contrato. Pero hemos de esperar a que la señora Mesa se recupere del todo. Además, lo primero que haremos es lo más importante. Escuchar la grabación. Solo la señora Mesa escuchó la voz del secuestrador.

—¿Han dejado registrado el número? ¿Sabemos de dónde llamaron? —preguntó Ana.

—Pues… No creo, pero ahora lo sabremos —contestó Trapus, observando a Susana, por si acaso esta se decidiese a volver en sí y aclarar algo—. Veamos el registro de llamadas entrantes.

—Yo sé desde dónde han llamado —dijo Julieta, generando intriga.

—¿Y bien? —se impacientó el detective.

—De Mallorca.

—¡Joder! —pronunció Ana, ante la asqueada mirada de Girard. El asco le había entrado por el oído, procedente de un taco en una boca femenina, y había viajado por las trompas de Eustaquio para desembocar, no se sabe cómo, en sus airados ojos.

—Aquí está. Tenemos el número. Permítanme que haga una llamada y ahora seguimos hablando.

El detective se alejó del recibidor de Susana y entró en la cocina. Desde allí hizo una llamada desde su móvil. Tanto para Julieta como para Ana (una, por su lógica, la otra, por su profesión) era evidente lo que Trapus pretendía y estaba intentando. Habría llamado a alguno de sus contactos policiales para que rastrearan el número y averiguasen el nombre de su abonado. Eso sí, ambas sospechaban que se trataría de una tal Ariadna. Igual el detective también trataría de devolver la llamada a ese número, pero dudaban de que obtuviese respuesta.

—Podemos continuar —anunció Girard, tras terminar de hablar por teléfono—. Mañana a primera hora sabremos desde dónde se hizo la llamada.

—¿Mañana? —se sorprendió Ana—. Sus contactos… ¿no pueden solucionarlo ahora?

—Mi contacto está leyendo en la cama de su casa. Si le hubiese detallado los pormenores del caso, se hubiese levantado como un resorte y hubiera generado una situación de emergencia en todo el Cuerpo Nacional de Policía.

—Esto es urgente, Girard.

—Recuerde lo que nos advirtieron. Nada de policía. El peligro sería mayor si levantamos la liebre. Le he dicho a mi amigo que es urgente, pero no tan urgente.

—Vale, ponga la grabación, por favor.

El detective se dirigió a la zona de teléfono y se puso a trastear con el contestador que había grabado e inmortalizado la voz del jugador. Tras accionar un botón de rebobinado, pulsó el de reproducción, y los cuatro prestaron atención. Susana regresó del todo. Para ella, volver a enfrentarse con la pesadilla suponía demasiado dolor. Pero tenía que hacerlo, quería volver a oír a Ivana. La voz de esta sorprendió a los otros tres, ya que no sabían que el secuestrador la había puesto al teléfono. Susana no les había obsequiado con ningún detalle concreto de la llamada; solo les había dicho que el diablo había telefoneado.

—*¿Diga?*

—*Quiero… agua… Sed…*

—*¿Ivana?*

—*Tengo… Ayúdame… ¡Agua!*

—*¡Ivana!*

—*Es… el sodio… Sí…, el sodio… Ale, ten… cuidado… con…*

Cuando el sonido con la voz de Ivana se cortó bruscamente, Girard pulsó el botón de pausa y levantó un dedo.

—Un momento.

Le dio una breve pulsación al rebobinado y volvió a accionar el “play”. Otra vez, cuando el ruidoso sonido de fondo se esfumó a la vez que Ivana para dar paso a la voz del jugador, detuvo el avance.

—*… ten… cuidado… con…*

Clic.

—*El seg...*

—¿Qué pasa, detective? Quiero escucharlo todo.

—Sí, sí, yo también. Solo que… Se trata de una llamada en “Re”.

—¿Eso qué significa?

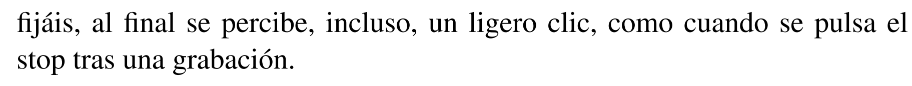
—Es la jerga que utilizábamos en la policía para referirnos a una llamada grabada. Esa parte no es en directo.

—¿Cómo lo sabe?

—Primero, es obvio que Ivana no está presente cuando el secuestrador habla. El sonido cambia completamente. Además, él no se iba a arriesgar a que ella lanzase algún grito con alguna pista.

—¿No estaba con él? —preguntó Susana, saliendo del banquillo de suplentes y entrando en el equipo.

—No lo sé. Me refiero a que, cuando ella habló, tuvo que ser otro momento previo. Antes de producirse la llamada. Grabaron su voz. Si os


fijáis, al final se percibe, incluso, un ligero clic, como cuando se pulsa el stop tras una grabación.

—La ha matado, y todos lo sabemos. Mi mujer ha muerto. Primero la obligó a hablar. Luego la mató y le seccionó la oreja.

—No lo creo, Susana —dijo Julieta para tranquilizarla—. Es un jugador pulcro, estoy segura.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es de los que hacen trampas. Asesinará a Ivana mañana a las cuatro, no antes.

—¿Por qué la llaman “llamada en Re”, Girard? —preguntó Ana.

—No estoy seguro, pero, si no recuerdo mal, “Re” hace referencia a “rewind”, o sea, al rebobinado. Cuando un secuestrador quiere enviar un mensaje de la víctima, lo lógico es grabarlo para poder filtrar su contenido. Así podrá rebobinar y eliminar la parte indeseable que el secuestrado pudiese haber dicho.

—¿Qué significa esa alusión al sodio? —preguntó Susana.

—Eso sí que no lo sé.

—Yo puedo explicarlo.

Los tres se volvieron hacia Julieta, extrañados.

—¿Por qué me miráis así? Esto no lo sé por mis supuestos dotes deductivos, Susana, sino porque leo mucho y veo cosas interesantes en televisión. Creo que a Ivana la están envenenando con agua.

—¿Un veneno en el agua? ¿Le ponen sodio y la envenenan con él? —preguntó Susana de nuevo, sorprendida.

—No, no es eso. Simplemente la obligan a beber mucho agua, muchísima. Aunque no tenga sed. Así la saturan y su cerebro se ve afectado. Eso explica su forma de hablar tan incoherente.

—Pues yo pensaba que estaba drogada.

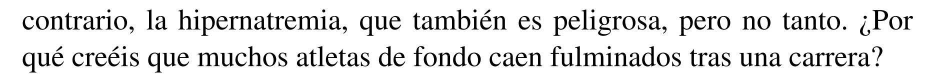
—No lo sé, también podría ser, pero, si ella misma habla del sodio, será porque se lo oyó al que la tiene retenida.

—Y eso… es… ¿irreversible, Julieta?

—Me parece que no, pero, si se le va de las manos, podría matarla. Siento decirlo así. El exceso de agua puede llevar al coma y a la muerte.

—Yo soy una ignorante en esto —confirmó Ana—. ¿Qué pinta el sodio en lo que estás diciendo, Juli?

—Resulta que, si bebes mucha agua, la concentración de sodio en la sangre disminuye. Si no recuerdo mal, creo que eso se llama… hip… hiponatremia. Cuando tu cuerpo pierde mucha agua, se daría el efecto


contrario, la hipernatremia, que también es peligrosa, pero no tanto. ¿Por qué creéis que muchos atletas de fondo caen fulminados tras una carrera?

—Porque han bebido mucha agua —dedujo Girard.

—Exacto, más de la cuenta. Los riñones tardarán mucho en filtrar tanta agua, y, mientras lo hacen, se hinchan las células. Las del cerebro están totalmente aprisionadas por el cráneo, y eso es lo que puede generar diferentes trastornos nerviosos: náuseas, dolor de cabeza, vómitos, calambres…

—¡Joder! —se quejó Susana. Trapus, por una vez, no se lo tuvo en cuenta.

—Mi opinión es que le está combinando tomas excesivas de agua con períodos donde la mata de sed para equilibrar —apuntó Julieta.

—¿Eso no es más peligroso?

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Por qué hará eso? ¿Por sadismo? —preguntó Susana.

—Quizá sí —dijo Marcelo—. También es posible que no tenga acceso a drogas. Esta es una forma más fácil.

—¿Fácil?

—Siempre que tenga conocimientos adecuados para saber lo que hace. Un mínimo error de cálculo y perdería a la víctima —apuntó Girard.

—A él se la suda perder a la víctima —insistió Susana. Esta vez, los oídos de Girard rechinaron.

—Bueno, tampoco estamos seguros de que esto sea así. Quizá a la señora Suárez la están drogando y se ha imaginado lo del sodio, Susana.

—Mi mujer, detective. Puede usted decir “quizá a su mujer la están drogando”. Estoy harta de escuchar decir señora Suárez, señora Mesa, señorita Pérez o joven Bruno. Ponga el resto de la cinta, por favor.

—*El segundo sustantivo del sexto palíndromo tiene dos anagramas.*

—*¡Por favor, dígame qué quiere…!*

—Ha protegido la voz. Es imposible detectar si se trata de Rafael Carrión. ¿Ha sabido algo más del profesor, señorita Pérez?

Ana miró, divertida, a Susana, cuya cara era de auténtica desesperación ante cada formalismo de Trapus en las interpelaciones personales. La mujer de Ivana debía pensar que la forma de hablar del detective, por desesperante, generaba una ralentización en el avance de la investigación.

—Me ha llamado para follar, señor Marcelo —contestó con la expresión más seria que su rostro pudo sostener. La cabeza de Trapus se espasmó sola, hacia atrás, y los ojos le salieron de las cuencas—. Le he

dicho que espere al lunes. No me gusta hacerlo cuando tengo la regla o cuando mi pareja está acusada de secuestrador.

El detective se echó la mano a la boca, como si pretendiese frenar la arcada que amenazaba desde la entrada inferior de su esófago. Ana Pérez lo hacía para provocarlo, él no era tonto y se daba cuenta, pero, aun así, ¿cómo podía rebajarse una periodista de éxito nacional a disfrazarse de vulgar? Si su intención era desajustarlo y sorprenderlo a él, desde luego que lo había conseguido.

—Se lo diré de otra forma, señor Girard —continuó Ana—. Rafael está en su casa, en Santa Cruz. Hoy mismo he hablado con él. Le aseguro que no puede haber telefoneado a Susana desde Mallorca. Vamos a esperar a ver qué descubre Bruno.

Julieta no se despegaba de Susana. Permanecía junto a ella, cogiéndole la mano y transmitiéndole un poco de calor. Su amiga estaba desesperada, estaría imaginándose a su mujer agonizando en una oscura celda, muerta de sed, al borde de la locura y sin la oreja derecha. ¿Le habrían detenido la posible hemorragia? En cuanto a las esperanzas de liberarla, ambas eran conscientes de que era prácticamente imposible. Para empezar, estaba en Mallorca, y la policía de Mallorca no sabía nada de un secuestro. Bruno se había ido hasta allí, pero ya venía de regreso; eso sí, no sabían si había descubierto algo.

—Nos queda por hablar del contrato, señora Mesa. ¿Está usted preparada?

—¿Yo? ¿Para qué? ¿Qué más puede aumentar mi dolor? ¿Un dedo dentro de otro… féretro?

—Creo que nos debe usted una explicación, y ha llegado el momento de hacerlo. Quizá hemos estado dando palos de ciego. Y no me refiero al sospechoso, o a la pista que "La Emisora Escrita" tenga en Mallorca. Hablo del motivo del secuestro.

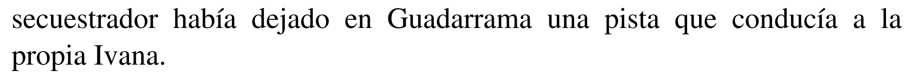
—¿De qué demonios habla, Girard? ¿Ha estado bebiendo?

— No, he estado hablando con el señor Ejido, y me lo ha contado todo —exageró, para provocarla.

—¿Todo? ¿De qué habla? Por favor, explíquese. Mañana ejecutarán a Ivana, así que no siga perdiendo el tiempo.

—De acuerdo. Un constructor de un centro comercial firmó la venta del mismo con un empresario famoso, el señor Ulises Ejido. Pero una tercera persona, desde Sudáfrica, envió a un representante para hacerse con ese complejo. De hecho, se hizo con él, ahora es de su propiedad, aunque figura a nombre de una sociedad. Y… ¿quién vivía en Sudáfrica?

Ana Pérez y Julieta se quedaron atónitas, mirando a Susana. El


secuestrador había dejado en Guadarrama una pista que conducía a la propia Ivana.

—¿Quiere eso decir, señor Girard…? —inició Ana—. ¿Significa que ellas son las dueñas del centro comercial? ¿Apunta usted a un posible móvil económico?

—No han pedido ningún rescate —rebatió Julieta.

—No, pero… Es un jugador. Tal vez nos esté dando pistas. Y se me ocurre una idea —dijo Ana—. ¿Se da cuenta, detective? Con esta información estamos en paz. Ahora es usted quien acaba de frotarme el clítoris.

El detective se ruborizó y, totalmente avergonzado, dirigió la cabeza al suelo para evitar exhibir su rostro, sonrojado por culpa de la chusma barriobajera.

—Detective… ¿Se refiere a un centro comercial inexistente? ¿En Radazul?

—Sí, señora Mesa. ¿Por qué no lo había mencionado antes?

—¿Mencionar? Nadie me había preguntado por él. ¿Qué tiene que ver con el caso?

—Es lo que tratamos de averiguar. ¿Puede ayudarnos?

—Juré que nunca hablaría de esto. Se lo juré a mi mujer, pero su vida está en juego, así que tendré que contarlo. No puedo hacer que me lo prometan, pero confiaré en vuestra discreción. Hay una parte… delictiva… en todo este asunto.

—Tranquila, Susana —dijo Julieta, apretándole la mano.

—La explotación de ese complejo es uno de los motivos por los que decidimos volver a Tenerife. Bueno, no es cierto del todo. Digamos que queríamos volver a Tenerife, y por eso decidimos invertir en la isla.

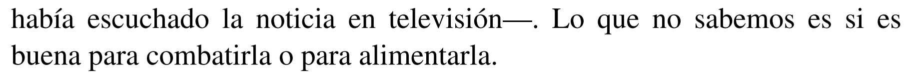
—Hablamos de mucho dinero, ¿verdad? —preguntó Ana—. El detective querrá saber de dónde salió, pero creo que el detective tendrá la decencia de olvidarlo cuando todo esto acabe.

—Por supuesto —se apresuró a confirmar Girard.

—A nivel…, digamos…, oficial…, Ricky Roque había ahorrado mucho dinero… cantando. Invirtió en unos terrenos, en Sudáfrica. Allí tenía un asesor fiscal que le llevaba todos los asuntos. Digamos que, tras la venta de esos terrenos, Ivana, la heredera, se está beneficiando de la amnistía fiscal que está concediendo el Gobierno de España.

—Sí, es una medida para la crisis —dijo Girard—. No hay nada delictivo, Susana.

—Sí, la medida es muy buena para la crisis —reconoció Julieta, que


había escuchado la noticia en televisión—. Lo que no sabemos es si es buena para combatirla o para alimentarla.

—Como decía, esa es la versión oficial. La real es la misma, pero con la diferencia de que el dinero no salió de los conciertos de Ricky, sino de una donación encubierta. Se lo dio su padre, y procedía de la venta de los cuadros que robó en el Palacio Real. Esa es la parte delictiva, señor Girard.

—¿Quién sabe todo esto? Alguien está enterado de que Ivana era la dueña de ese complejo comercial.

—¿Ulises Ejido? —preguntó Trapus, en alto—. Porque el profesor Carrión no sé qué pinta. Aunque, claro, pinta. Es el autor de los palíndromos.

—¿Cree que los escribió él? —preguntó Julieta.

—No lo sé, pero sí es seguro que él fue quien modificó las circunstancias para que aquellos se cumplieran.

—Sigo pensando que no me imagino a Rafael rasgándole la capa…, la casaca…, a un novato de la tuna.

—No lo defienda usted, señorita Pérez. La calificación del joven Bruno y la dichosa letra griega de la circunferencia solo puede ser obra suya. ¿Algo más, Susana?

—Creo que no. Según usted, puede que detrás del secuestro haya un móvil económico. Entonces el juego, las frases…, serían una maniobra de despiste. ¿Con qué objeto? Eso no cuadra. Además, Julieta tiene razón, no han pedido ningún rescate.

—El secuestrador es muy listo y pretende liarnos, Susana —dijo la niña.

—¿Qué crees tú, Julieta?

—Que lo ha conseguido.

—¿Qué cosa?

—Liarnos. Nos ha puesto un sendero lleno de pistas para que nos entretengamos con ellas. Lo que pasa es que no todas las pistas son buenas. La solución es cuestión de suerte, solo eso. Y aparte de esto, yo me pregunto una cosa. ¿Para qué ha llamado hoy?

—Eso es fácil de contestar. Llamó para dejar la pista del pajero. En otras palabras, para dar validez al sexto palíndromo.

—¿Solo para exhibir su poder? ¿Usted cree?

—Es evidente.

En ese momento, el teléfono fijo de Susana sonó, generando una repentina tensión en el ambiente. Susana empezó a morderse las uñas y a temblar mientras Julieta la abrazaba.

—Por favor…, que no empiece por nueve-siete-uno…, por favor…

—Es Bruno —comunicó Ana, y descolgó—. Hola… Sí, claro… ¿Estás seguro?... Espera, que lo anoto… Sí… Ya lo tengo… Oye, Bruno… Tú y yo no siempre nos hemos querido por fuera, pero sabes que te quiero. Eres un sol… Adiós.

—¿Y bien? —se impacientó Girard.

—Me ha dado una dirección de internet. ¿Podemos conectarnos?

—Claro —respondió Susana, abriendo su portátil y encendiéndolo.

Ana estaba inquieta, ansiosa por acceder a la red y teclear la dirección. Todos la miraban expectantes. Julieta se desesperó.

—¿De qué se trata, Ana?

—Son… las fiestas del pueblo de Ari… La página web.

—¿Ari?

—Ariadna. ¿Ya tienes conexión, Susana?

—Sí. Escribe tú.

Tras teclear la dirección de la web que Bruno le había proporcionado, se abrió la página principal de las fiestas de un municipio balear, Alaró. Siguiendo las indicaciones del joven reportero, Ana navegó hasta la sección de concursos y pinchó en el de cocina. El cartel anunciador los dejó boquiabiertos. La imagen de un calabacín mitad guisado, mitad crudo, y de una boca femenina, muy sensual, que devoraba, eróticamente, la parte cruda, era una incitación explícita al sexo oral.

—Muy atrevido para un cartel de cocina, ¿verdad? —comentó Ana.

Era verdad, pero no era ese el motivo de su asombro. Los cuatro recordaban el quinto palíndromo.

5) Oral a ese calabaCIN COrrígele, elegir roc, ni cábala cese al aro

—La rotulista del cartel se llama Ariadna. Nuestra Ariadna. Pero lo que ha averiguado Bruno os va a dejar helados. El novio de Ariadna se llama Isaac, exsospechoso de los crímenes del rap.

—¿Isaac? —preguntó Susana, sorprendida.

—Sí, vive en Alaró. Me voy a casa de Bruno para que me dé más detalles antes de que se quede dormido. Mañana hablamos. Por cierto… Julieta… Bruno dice que intentes descifrar el quinto palíndromo. Y también me ha dado un recado para usted, detective. Dice que intente averiguar dónde estuvo Isaac el jueves de la semana pasada, cuando se envió la carta.

—Un momento, Ana —dijo la niña—. Tengo una curiosidad. Hemos trabajado con muchas pistas, algunas mejores que otras. Pero la del centro

comercial, que parece no llevarnos a ningún sitio, es la que más te ha sorprendido positivamente. Lo digo por esas feas palabras que le dijiste al detective.

—¿Lo del clítoris? Yo se lo froté a él ayer cuando nos invitó a los dados de carne con uvas, él me lo dijo —provocó—. Girard me ha devuelto el favor, y se lo agradezco.

—Y yo le agradecería, señorita Pérez, que no vuelva usted a hablar en esos términos. Además, está hablando con una niña de once años. Si sus padres se…

—Verás, Julieta —interrumpió Ana—, todas las pistas tienen que ver con los palíndromos, incluso el cartel que acabamos de ver. Creo que solo eran exhibiciones de poder, validaciones. Pero lo del centro comercial no tiene nada que ver, no está en esos palíndromos. Por eso me parece importante.

—¿Crees que alguien se enteró de que Ivana y Susana cogieron el dinero de la venta de los terrenos, luego valoraron la opción de invertirlo en Tenerife y, finalmente, fueron a por el negocio? Y entonces…

—Si encontramos a ese “alguien”, tendremos al secuestrador —remató Ana.

—No te ofendas, Ana, pero te había infravalorado. Creía que Bruno era la parte aguda de la emisora, pero tu razonamiento es impecable —dijo Julieta a modo de felicitación.

—Viniendo de ti, tus palabras me ruborizan. Pero lo mío es periodismo e instinto, no talento.

Palíndromo:

Oí cogen dinero, la valoren, id negocio

O dabas ánimo gen o pone gomina SÁBADO

El alba, háblale

Se lo había pedido su amigo Bruno, y ella no estaba dispuesta a defraudarle. El sol estaba a punto de salir, y Julieta quería tener la respuesta para primera hora de la mañana. La mitad del quinto palíndromo hacía referencia al póster que anunciaba un concurso de cocina en el municipio de Alaró.

—¿Alaró? ¡Claro! ¿Cómo no lo había visto antes?

Al dar un paso más, el que descifraba la parte final, Julieta optó por investigar el municipio en internet. A pesar de la hora, se arriesgó a arrancar el ruidoso ordenador de su habitación, cruzando los dedos para que sus padres, que dormían en la habitación contigua, no se despertasen. Para asegurarse, decidió asomarse al pasillo y comprobar que la puerta del dormitorio principal estaba cerrada, como de costumbre. Una vez encendido, mientras esperaba la aparición de su fondo de pantalla (un complejo collage de figuras geométricas, auténtico reflejo de su compleja mente), volvió a salir de su habitación para ir al cuarto de baño.

5) Oral a ese calabaCÍN COrrígele, elegir roc, ni cábala cese al aro

—Ni cábala cese —recitó, mientras vaciaba su vejiga—. Suposiciones que no deben cesar. Hay que resolverlas.

La última parte se le había hecho obvia. “Ni cábala cese al aro”. Tenía que “leer de otra forma”, como decía siempre Ale. Estaba claro, “al aro” era, en realidad, Alaró. Allí estaba Ariadna, la mujer que le comía el calabacín a Isaac. Pero faltaba algo, aunque estaba segura de que lo descubriría a través de alguna web municipal. Intuía que, en las fiestas, se celebraría un concurso de rock.

—¿Por qué escribir rock sin la “k”?

No todo el mundo era capaz de construir palíndromos puros. A veces resultaba imposible. Así que, el prescindir de una letra, no era más que un artificio para que cuadrara el palíndromo. En palabras de Alejandra Suárez, una trampa. La máxima contradictoria de Ale era “Apártale de la ‘trapa’”, un palíndromo “tramposo” que pretendía denunciar y repudiar a los palíndromos tramposos.

Julieta regresó a su habitación, dispuesta a encontrar el concurso de rock que se celebraría en Alaró.

—¿Qué haces con el ordenador encendido? —sonó desde dentro de su habitación, justo cuando entraba.

—¡Mamá! ¡Qué susto!

—Lo siento, hija. Me pareció oír un ruido de motor y me acerqué para ver qué era. ¿Qué estás haciendo a estas horas? ¡Aún no ha amanecido!

—Estoy investigando.

—¿Investigando? ¿Por lo del secuestro? Trata de descansar un par de horas. Después tendrás la mente más despejada para investigar —le aconsejó Remedios con una sonrisa complaciente.

—No nos quedan muchas horas, mamá. No creo que lleguemos a ningún sitio, pero habrá que intentarlo.

—Supongo que llevas razón. Si no lo intentas, quizá jamás te lo perdonarás. Si Ivana no regresa os tiene que quedar el consuelo de haberlo intentado —dijo, mientras acariciaba la coleta de su hija.

—Gracias, mamá. Te quiero.

Remedios se quedó inmóvil durante unos segundos, mirándola.

—¿Crees que, a veces, tu padre y yo no somos muy comprensivos? ¿Y que, cuando lo somos, tiene pinta de milagro?

—No, mamá. Te quiero de verdad, y sí que eres comprensiva. De lo contrario no me hubieras dejado participar en esta tragedia. Tu obligación es protegerme, y eso es lo que intentas. Tomar la decisión que has tomado te ha costado muchísimo. Esa es la prueba de tu cariño y de tu comprensión. Si me hubieses impedido ayudarles lo habría entendido, aunque me hubiera costado un cabreo inicial.

—Vale. Si no averiguas nada, intenta dormir un rato más.

De nuevo a solas, tecleó Alaró en su buscador para contar con una visión general del municipio balear. Posiblemente, después teclearía las palabras “Alaró” y “rock”, conjuntamente. Pero no hizo falta.

—¡Joder! —exclamó, acordándose de Ale e Ivana, quienes, quizá por algún factor genético, pronunciaban esa fea expresión continuamente. De hecho, se la habían pegado a ella y a Susana.

Tras el hallazgo, concluyó que “roc” estaba bien escrito. Sin “k”. No sabía si en las fiestas locales habría algún concurso de rock, pero tampoco le interesaba ya. La palabra hacía referencia al patrón del municipio, en cuyo honor se celebraban las fiestas (y, como consecuencia, el concurso de los calabacines): Sant Roc. San Roque.

Cábala resuelta. Elegimos las fiestas de Sant Roc, en Alaró, donde aparece el dichoso calabacín. Era el palíndromo que el jugador había insertado para que lo detuvieran, si es que eran lo suficientemente listos.

—Tampoco había que ser muy lista, sino fijarse un poco —murmuró.

Julieta tenía una sensación agridulce. Había interpretado lo que

quedaba de palíndromo, sí, pero, por otra parte, esa información adicional resultaba insustancial. Ya habían pillado a Isaac, ya habían llegado a Alaró. Tiempo perdido. Sintió que estaba haciendo lo mismo que el jugador: (re)validando palíndromos. Esa era la verdad.

Palíndromo:
O sea, di la verdad, revalida eso

**

Otra vez había madrugado. Estaba nerviosa debido a que notaba a Isaac un poco raro en los últimos días. Ella se consideraba culpable. Cada vez estaba más hipnotizada por su propio trabajo, por sus propias creaciones, y ese hipnotismo no era impuesto por nadie, salvo por ella misma. Últimamente aceptaba todos los encargos que le hacían, de forma compulsiva (agencias de viajes, fiestas locales, diseño de webs…). Tras el incidente de *Guaycas* y su manguera, del cual ella era responsable (pues el exceso de trabajo le había hecho abandonar sus obligaciones primarias), se había prometido tomarse un descanso. Isaac se lo había agradecido, pero, ahora, Ari se estaba dando cuenta de que su descanso era más de lo mismo.

—Me estoy obsesionando.

Había aparcado el trabajo para retomar su hobby. La paradoja era que, entre su trabajo y su hobby, la línea era más fina que la primera cuerda de su guitarra. Aun así, confiaba en la resistencia del nylon: aunque apenas se pudiese vislumbrar, estaba ahí, existía y separaba. Pero ¿cómo iba a explicarle a Isaac que su hobby (igual que su trabajo) la obligaba a levantarse antes que el sol, privándole a él de su compañía?

El cuadro que estaba pintando lo había comenzado hacía ya más de un año. Su abandono era el mejor testigo de cómo el trabajo la había abducido en los últimos meses. Las personas normales se alimentaban del trabajo o gracias a él, pero, en su caso, el trabajo se había alimentado de Ariadna, al engullirla.

Se enfrentaba a un lienzo que recogía la figura de un pescador cuya red, a modo de aureola, flotaba sobre su cabeza, a punto de caer para aprisionarlo. Era la metáfora perfecta de su vida, la red era el trabajo-hobby que atrapaba al trabajador. Su paleta de pinturas estaba abarrotada de tonalidades rojizas, porque todo el cuadro era una pretensión carmesí de sueños e ideales inaccesibles, un escapismo del ocaso que acechaba a los despistados para devorarlos.

Ariadna observó la figura del pescador y se arrepintió. Su vida había

cambiado. No estaba dispuesta a permitir que aquella red amenazante la pillase desprevenida. Embadurnó su pincel con una crema rojiza intensa y decidió retocar, sintiéndose entonces poderosa, pues era capaz de modificar el guion que el destino había previsto para ella.

—Hoy no vas a atrapar a nadie, maldita red.

Palíndromo:

Ojo, red a merced, ate la paleta de crema de rojo

—¿Estás seguro, Barrios?... Sí, claro, sé que has hecho tus deberes… Bien… Necesito otra información sobre ese tipo… Sí, ya sé que tenía que haberte avisado antes, pero es que… Da igual. Quiero que averigües si salió de la isla la semana pasada… Claro, dónde estuvo, si… Gracias. Te debo una… Otra cosa, dale un pellizco en el culo a Ana Silva. De mi parte… Espero tu llamada.

Trapus colgó el teléfono y se quedó mirando la carta. Parecía mentira, pero, a última hora, iban casando todos los datos extraídos a partir de las pistas que la propia carta había dejado.

—Nos has infravalorado, hijo de puta.

Si bien ya las había verbalizado, el detective se arrepintió inmediatamente de sus conclusiones mentales. Quizá habían acorralado a los malos, pero eso, en principio, no iba a cambiar el destino de Ivana. Era demasiado tarde. ¿O no? Una llamada a la policía de Mallorca y… Mala idea, quizá esa llamada se convertiría en el adelanto del asesinato de Ivana. *Nada de policías*. Si es que no estaba muerta ya.

Para que la espera no se le hiciera demasiado larga, Girard abrió una gaveta de los muebles de cocina y sacó una de las recetas que tenía impresas. Como las demás, la había descargado de su página de cocina favorita, en internet, la misma página de donde sacó los dados de carne con uvas, plato con el que había agradado, el jueves, los paladares de Ana Pérez, Susana Mesa y la niña. Aunque era muy temprano para ponerse a cocinar (y, teóricamente, las circunstancias no eran las más adecuadas), quería hacer una prueba culinaria, por si acaso ocurriese un milagro y todo saliese medianamente bien. No podía hacer otra cosa, salvo esperar una nueva llamada de Juan Barrios.

—Pasos a seguir para hacer crepes con salsa de naranja. A la harina se le añaden los huevos, el azúcar, la sal y la leche...

El detective se deleitaba con sus propias fantasías. Se imaginaba sentado en la mesa del comedor en compañía de tres señoras: Mesa, Pérez y, por supuesto, Suárez. El joven Bruno estaría entretenido en el recibidor, haciendo de canguro con la niña. Los dos grupos disfrutarían más si se separaban. Para eso, claro, las cosas tenían que salir medianamente bien. Eso significaba que en la mesa habría cuatro personas, pero solo siete orejas.

—¿Brandy? ¿De dónde saco el brandy? ¿Es… lo mismo que coñac? ¡Bah! Improvisaré y quedará mejor. El chef Girard pone su talento al servicio de la restauración.

Miró su reloj, inquieto. Tenía que hacer algo, pero no sabía qué podía hacer. Tal vez debería transmitir a los reporteros la mitad de la información, pero mejor era esperar la llamada de Barrios, no fuera a ser que, el hecho de interrumpir la línea telefónica sin necesidad, supusiera una pérdida de tiempo. Tiempo era de lo que menos disponían.

—Sal, sal… ¿Le he puesto el punto de sal? ¿Qué es un punto de sal? No sé, ¡toma sal! Vamos a cocer… la salsa.

El teléfono sonó. Era Juan Barrios de nuevo. Marcelo sonrió, contento por la eficiencia de aquel policía que tanto lo había ayudado profesionalmente. Barrios tenía una ventaja respecto al propio Girard. No se metía en problemas. Por eso y por sus dotes (olfato, metodismo, paciencia y eficacia), el detective estaba seguro de que, algún día, llegaría a convertirse en inspector. Él no había podido conseguirlo, debido a su empecinamiento en desenmascarar a Jorge Nara, pero era algo de lo que no se arrepentía. Su conciencia, perfectamente encajada y encastrada entre sus parámetros morales, le permitía dormir tranquilo. *Mejor comer un bocata de pepino con mantequilla en un monasterio, que hartarse a caviar y langosta en la guerra de Irak*.

—¿Juan? ¿Qué has averiguado?... ¿Estás seguro?... Sí, era lo que yo sospechaba… No puedo contártelo aún, pero estamos detrás de algo gordo… Serás al primero que llame si necesitamos ayuda… Gracias, Juan. ¿Ya le has dado ese pellizquito a la nena?... ¿Cómo sigue su culito? ¿Igual de apetitoso?... Vale, adiós.

Nada más colgar, Girard salió corriendo hacia la cocina para evitar que la salsa de sus crepes quedara inservible.

—¿Le he puesto sal? No me acuerdo… ¡Toma sal!

De vuelta al teléfono, marcó el número móvil de Ana Pérez. Estaba gastando mucho dinero con las llamadas. Debería haber ido a su despacho, donde tenía contratada la línea ADSL, pero el caso que tenía en las manos no era como para plantearse ese tipo de opciones rácanas e indecentes.

—¿Girard?

—Tengo noticias frescas, señorita Pérez. ¿Dónde está usted? Se oye un fondo cavernoso, como si estuviese dentro de una cueva.

—Ahora no puedo decírselo —susurró.

—¿Por qué habla así? Casi no la oigo.

—¡Sssh! No puedo hablar más alto. Luego le llamo. Quizá necesitemos su ayuda.

—¿Qué? ¿Dónde demonios está? Escuche, he comprobado la llamada que recibió ayer la señora Mesa. Se hizo desde la casa de Isaac Parra, en Baleares.

—Luego le llamo. Tengo que colgar —volvió a susurrar Ana.

—¡Espere! Hay otra cosa. ¿Sabe dónde estuvo el señor Parra el jueves de la semana pasada, cuando se envió la carta?

—¿En Guadarrama, detective? Si es así, me voy a dejar mear en las bragas —provocó Ana, en voz baja.

Girard respiró profundo, muy profundo. No estaba dispuesto a caer en el juego que a la periodista tanto le gustaba, quizá para reírse de él y de sus principios. Había mucha gente como ella, gente que pensaba que él estaba muy anticuado solo porque no toleraba ese tipo de lenguaje sucio y barriobajero en boca de una mujer. Según Girard, Ana no era gentuza, pues tenía estudios, pero se hacía la que lo era para provocarlo.

—Señorita Pérez, tenemos la confirmación. Isaac Parra estuvo allí tres días, incluyendo el jueves. Creo que ha llegado el momento de telefonear a la policía balear. Sabemos que Ivana Suárez viajó el domingo hasta Sevilla. A partir de entonces perdimos su rastro. No sé si habrá llegado a Mallorca ni cómo lo ha hecho, pero sí que sabemos que el gestor de esta operación se llama Isaac Parra.

—Escuche bien, detective. No haga algo de lo que pueda arrepentirse. Nada de policías, de momento.

—¿Es una orden?

—Tómelo como usted quiera. Le llamaré dentro de unos minutos y hablamos. Tal vez le dé una sorpresa.

—¿Buena?

—¡Ojalá!

De vuelta a la cocina, nervioso, comprendió que no le quedaba otro remedio que esperar noticias de Ana. Implicar a la policía era un arma de doble filo. De doble filo, pero un arma. Y esa arma había que utilizarla cuando no quedara más remedio.

Las crepes con salsa de naranja estaban listas. La sonrisa de Trapus era muy amplia, producto del apetitoso aspecto de las mismas. Como un niño en el día de Reyes, se llevó una a la boca, ritualmente, para saborear el momento.

—¡Puaf!

Al morder el primer trozo, lo escupió encima de la bandeja donde reposaba el resto. Aquellas crepes… no había quien se las comiera porque estaban excesivamente saladas.

—¡Buf! Pero… ¡Si no recuerdo haberles puesto sal!

Palíndromo:

La salsa de tu crepe rico cocí, repercute, das la sal

**

La mañana del sábado tenía lugar la entrega de calificaciones finales en el colegio donde estudiaba. Había ido con Remedios, su madre, quien estaba arriba, en la segunda planta, haciendo cola hasta que le llegase el turno para hablar con la tutora. Julieta, mientras tanto, se había quedado en el patio charlando con otras niñas de aquel aberrante colegio de monjas. Julieta no creía en una enseñanza para cada sexo, pero su madre no se planteaba ese punto de vista. Simplemente creía que las monjas eran más protectoras y, además, contrataban a los mejores profesores. Juli no estaba de acuerdo. Los mejores profesores lo eran por sus méritos académicos y pedagógicos, no por sus creencias religiosas.

Por la puerta principal entró su amiga, y el corazón de Juli se alteró. Hacía pocos días que no había visto a Paci, solo dos, pero le parecía un mundo. Era una separación forzada y, además, no solo física, sino afectiva. Ese hecho le daba un efecto de eternidad. La niña miraba hacia ella, sonriendo. Luego tiró del brazo de su madre y señaló hacia Julieta sin pudor alguno. La madre miró y disimuló, pero Paci insistió y le dijo algo al oído. Aurora dudó, valorando las alternativas de actuación de las que ella era la máxima responsable. Le cuchicheó algo a su hija y subió sola las escaleras.

Era un primer paso hacia el acercamiento. Mintiese o no Juli, la magnífica relación que siempre habían tenido las dos niñas no tenía por qué desaparecer. Paci se acercó, corriendo, hasta la altura de su amiga.

—¡Hola!

—Hola, Paci. ¿Cómo estás?

—¡Bien! ¡Me alegro de verte! —dijo atropelladamente.

—No pensé que volvería a verte tan pronto. ¿Va todo bien en casa?

—Sí. Le he preguntado a Pipo por lo que pasó el miércoles, pero no quiere contarme nada.

—¿Ni siquiera te ha dicho que es una mentira mía?

—No. No quiere hablar de eso.

Para Julieta, la actitud de Pipo era loable. No lo tenía por mal chico a pesar de lo que había intentado. Estaba convencida de que él jamás hubiera

llegado a dañarla, solo buscaba su consentimiento; el consentimiento de una niña de once años para dar rienda suelta a sus desviados instintos. Podría haberlo negado todo para quedar bien. De hecho, era lo que había decidido respecto a su madre. *Mamá, Juli se lo ha inventado*. Pero Pipo quería mucho a su hermana, y era consciente de que su hermana quería mucho a su amiga Juli. La propiedad transitiva. Por eso Pipo no había negado los hechos; porque le haría un daño atroz a Paci. La dejaría sin su única amiga. *Cree lo que más te convenga, hermanita. Decídelo tú misma*.

—Quizá sea mejor así, Paci. Deberías olvidarlo todo. ¿Qué dice tu madre?

—Tampoco habla conmigo de ese tema. Pensé que no me dejaría verte hoy, pero, por si acaso, te traía preparado un recuerdo mío. Lo tengo en la mochila.

—¿Para mí?

—Sí.

—¡Mira! ¡Por ahí viene Maru! —gritó Juli, señalando hacia la entrada.

María de la Paz Hernández Guillén, por una vez, a pesar de oír pronunciar el nombre de su ídolo, no se giró. Ahora no le importaba Maru. Tenía una sorpresa, un recuerdo, y quería dárselo cuanto antes a su mejor amiga. Introdujo la mano en la mochila y extrajo un pequeño CD.

—¡Toma!

—¿De qué se trata, Paci? —preguntó Julieta, totalmente intrigada, a la vez que adelantaba la mano para cogerlo.

—Es mi entrevista. En “La Emisora Escrita” me dieron una copia, y yo quería que tú también la tuvieras.

—¿Lo has copiado tú, Paci? ¿De disco a disco? —preguntó, incrédula, dadas las limitaciones de Paci con el tema informático.

—¡Sí! Pipo me iba guiando, pero lo hice yo. Primero, pongo el disco de la emisora en el ordenador. Luego se abre y pulso encima. Entonces le doy a “Copiar”. Después no me acuerdo mucho, pero había que sacar ese disco y poner otro que estuviera vacío.

—Y a ese pegaste el fichero, ¿verdad? —apuntó Juli, tratando de echarle una mano.

—Sí.

—¿Querías que yo tuviera una copia? ¿Como recuerdo?

—¡Claro! Eres mi mejor amiga. Además, me acompañaste a la regata y a la radio.

Julieta se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo.

—Te lo agradezco mucho, Paci. Escucharé ese disco para recordar la

maravillosa entrevista que te hicieron.

—Gracias. Sé que mi hermano o tú, uno de los dos, ha dicho una mentira muy grande. Como no sé cuál de los dos ha sido, prefiero olvidarlo todo, como si nunca hubiera ocurrido. Eso es lo que dice mi madre, porque no quiere verme sufrir.

Julieta se sorprendió del último comentario. Por un instante había creído que Paci había sanado del dolor derivado de los excesos de Pipo, pero, en su interior, se había quedado una incómoda cicatriz.

Palíndromo:

Sane Paz apenas

**

Cuando sonó su móvil, el detective estaba en casa de Susana, relatándole lo que había descubierto gracias a sus contactos en la policía. Por si la señora Mesa tenía alguna duda, Trapus le dejó claro que su contacto no era Jorge Nara, enemigo común de ambos. Lo que no sabía él era el motivo por el que Susana odiaba a su tío. Creía que estaba relacionado con lo que le había hecho a Ivana cuando era una niña, pero, como no estaba seguro de que la rapada se lo hubiese contado a la sobrina del inspector, era un tema que Girard consideraba tabú. Hablar del pasado de Jorge Nara ante la señora Mesa o la señora Suárez sería una falta de delicadeza por su parte, como mínimo.

La implicación definitiva (certificada) de Isaac pareció conmover a Susana. No tenía claro qué motivos podrían haberlo llevado a algo así. *Ajos y Soja* lo había echado, pero los máximos responsables de ello serían, en tal caso, Ricky Roque (ya fallecido) y José Tomás Ropy. ¿Qué tenía Isaac contra Ivana? La relación entre ellos era indiferente. Había sido novio de Ale, y a Ivana no le gustaba mucho esa relación. Pero ese no era motivo suficiente para secuestrar a alguien, salvo que su cabeza no funcionase muy bien.

—¿Diga?... ¿Oiga?... Es Ana Pérez, pero se ha cortado la comunicación.

—Detective Girard, ¿por qué puede estar haciendo esto?

—¿Isaac? Por dinero. Estoy seguro de que esto tiene que ver con el complejo comercial. Si es así, sería bueno para nosotros.

—¿Por qué lo dice?

—Si quiere dinero no la matará. Quizá solo quiera atemorizarla a usted.

A lo mejor volverá a llamar a las cuatro de la tarde y le dará un ultimátum, pidiendo un rescate esta vez.

—¿Otro ultimátum? La carta era un ultimátum. No tiene sentido que busque dinero y no lo haya dicho aún. De ser así no hubiera dejado pistas para que sepamos que es él.

—No se me ocurre otro…

—A mí sí. Es una idea descabellada, lo sé. Puede que “el asesino del rap” sea él, desde el principio. Por lo menos que haya cometido parte de los crímenes. Quizá Raúl y él son “asesinos del rap” a partes iguales. Dejaron cuatro cadáveres, sin contar a los padres de Ivana.

—Eso es absurdo, señora Mesa.

—Supongo.

En ese instante, el móvil volvió a sonar. Trapus comprobó que se trataba, de nuevo, de Ana Pérez. La periodista no debía tener mucha cobertura. Cuando había hablado con ella, desde su casa, parecía que estaba metida en algún sótano o en alguna caverna, rodeada de un sonido sordo y hueco.

—¿Señora Pérez?

—¿Monsieur Girard?

Trapus se sintió confuso, porque aquella no era la voz de Ana Pérez. A menos que se hubiese sometido a una operación exprés de cambio de sexo. Eso sí, había que barajar ese milagro, porque la voz (en línea con la conversación anterior) seguía empeñada en susurrar.

—¿Es usted el joven Bruno?

—Sí, señor —continuó con el mismo tono.

—¿No puede hablar más alto?

—Es peligroso. Escuche, debería venir usted. Si quiere vaya a casa de Susana y tráigala. Si no se lo decimos, tal vez no nos perdone.

—¿Dónde está usted? ¿Ana está ahí?

—Sí. Escuche. ¡Y no grite! Hemos oído una voz. Creemos que la hemos localizado. No sabemos el lugar exacto, pero apostaría a que estamos cerca de Ivana Suárez.

—¿Cómo? ¿Están ustedes en Mallorca… de nuevo?

—¿Mallorca? No, Girard. Le he dicho que venga, ¿cómo vamos a estar en Mallorca? Estamos en Radazul, patrullando el centro comercial.

—¿Patrull…? ¡Oiga, si ella estuviese ahí, podría ser peligroso!

—Por eso queremos esperarle. Usted puede protegernos, ¿verdad? —ironizó.

—Cuando llegue al exterior, les daré una llamada perdida para que me digan el lugar exacto… ¿Eso es una especie de galerías comerciales vacías?

—En efecto. Una red de pasillos y escaleras bordeando locales cerrados; algunos están abiertos, como a medio construir y llenos de escombros. Mire, no voy a seguir hablando. Podrían oírme y es peligroso. Ana me está haciendo señas para que la siga a una zona de aseos. Nos vemos dentro de un rato. Tengo el móvil de Ana en modo vibración, sin sonido. Espero esa llamada, Girard.

Susana tenía las manos tapando su boca cuando el detective cortó la comunicación. Había intuido algo de la conversación, pero quería frenar a su desesperada garganta por miedo a llevarse una desilusión. Si había algo, una mínima pista, prefería que fuese Girard quien lo sacase a colación.

—Vámonos, señora.

—¿A dónde?

—Se lo contaré por el camino. No debe hacerse ilusiones, pero esos reporteros tienen una extraña sospecha. Mi opinión es que se trata de una falsa alarma, pero ya lo veremos.

*

Conducía como un poseso, rumbo a Radazul, y Susana lo miraba, orgullosa de estar a su lado. Girard tenía una personalidad paradójica, agridulce. Era uno de esos tipos capaces de generar sentimientos muy encontrados en aquellos que lo rodean. Podías pasar de odiarlo (por su machismo o por su exceso de sudor) a necesitarlo (como ahora, porque le proporcionaba una seguridad de la que ella carecía). A pesar del dolor que la atenazaba, a pesar de su estado nervioso, Susana le sonrió. En ese instante, casualmente, Trapus giró la cabeza hacia ella y la descubrió. Pero no dijo nada. Se sentía importante, estaba haciendo lo que mejor se le daba. Él era policía, un buen policía, aunque las circunstancias lo hubiesen relegado a un cuchitril de oficina que, difícilmente, le proporcionaba los ingresos mínimos para comer. Pero ahora estaba de servicio, rumbo al rescate, mientras protegía a una atractiva dama.

—¡Aparta! —gritaba continuamente, mientras picaba las luces, dándole la lata a los coches que entorpecían su carrera contrarreloj. No quería llegar tarde, tenía que evitar la fatalidad en su destino: Radazul.

Palíndromo:

Luz a dar lata, fatal Radazul

Mediodía ido, ídem

El macrocomplejo consistía en una enorme mole de cemento y ventanales que, como un insólito pringue, daba un aspecto agrio al abrupto paisaje colindante. No había pintura, no había rótulos, no había nada, salvo una edificación repelente que exigía una apremiante puesta en marcha para cobrar vida y compensar los antiestéticos meses (paisajísticos) de espera. Por la información que había recabado, Trapus tenía entendido que el centro comercial contaba aún con luz de obra, pero Susana no supo confirmárselo. Al fin y al cabo, la dueña era Ivana, no ella. De no ser así, la iluminación natural que recibía el recinto tampoco debería ser insuficiente para los intrépidos reporteros, porque la cantidad de cristaleras parecía devorar cada rincón interior. Y, a último remedio, se habrían surtido de un par de buenas linternas.

A Ana Pérez y a Bruno Barreto no se les veía por ninguna parte; la tierra (el cemento) se los había tragado. Vagaban como dos faraones por el interior de la disforme pirámide que desgastaba Radazul.

Susana caminaba junto al detective, inquieta. No se había separado de él desde que bajaron del vehículo. Girard la había intentado convencer para que aguardase en su interior, pero no insistió mucho porque sabía que era una batalla perdida que, además, les haría perder tiempo.

El espacio contaba con numerosos accesos posibles, pues no había puertas cerradas ni empleados de seguridad en las (inexistentes) zonas de entrada. Simplemente, estaban frente a un queso salpicado de agujeros, pues algunos ventanales tenían cristales y otros no. Eso sí, para aproximarse, tuvieron que esquivar un par de vallas que rodeaban inútilmente todo el perímetro.

Trapus solicitó sigilo a Susana con un gesto de silencio procedente de su dedo índice, cruzando con este, verticalmente, sus labios. A medida que se acercaban, ambos pisaban con más cautela para no hacer ruido. A la altura de una especie de salida de emergencia (unas escaleras laterales que ascendían por el interior, pero sin adentrarse horizontalmente hacia el corazón de la nave), el detective Marcelo Girard se detuvo y cogió su teléfono móvil.

—¿Detective? —contestó Ana, con un hilo de voz—. ¡Creo que la tenemos localizada!

—¿Dónde están?

—Dentro. Escuche, el centro comercial consta de tres plantas de locales que se elevan desde la entrada.

—Yo estoy justo por fuera.

—Vale. Tiene que bajar. ¿Lo ha entendido?

—¿Bajar?

—Hay tres plantas subterráneas que corresponden a los garajes. También hay, aquí abajo, una especie de habitáculos con cuadros eléctricos, motores, patinillos…

—¿Patinillos? ¿Qué es eso, señorita Pérez?

—Pues… cuartos de contadores. Ese tipo de cosas, Girard. Tiene que bajar hasta el tercer sótano, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Luego… espere en medio de alguna zona amplia y abierta. Nosotros lo buscaremos a usted.

—¿Hay luz?

—Creo que sí, pero no la hemos encendido. Podría ser peligroso. La iluminación es suficiente, no se preocupe.

—Señorita… ¿Cree usted que hay alguien más aquí?

—Yo… estoy segura de ello.

—¿Por qué lo dice?

—No sé, pero hemos oído ruidos extraños. No hemos visto a nadie, ni nada sospechoso, pero tengo la sensación de que nos vigilan. Y Bruno también.

—Pero si os vigilan… habríais visto a alguien, dado que estáis en zonas abiertas.

—Es… diferente… Como si fuesen unos ojos… Se va usted a reír, Girard. Sentimos tener clavados unos ojos del más allá, de una fuerza superior. ¡Sentimos su puto poder!

—Está bien, no se desespere que ya bajamos. Pero yo no creo en ojos del más allá. Podrían estarles siguiendo con un sistema de cámaras de vigilancia. Es posible que las hayan montado. Supongo que la preinstalación estaría hecha, por lo que no debe haberles costado mucho prepararlo.

—Puede ser. Marcelo…

—¿Sí?

—Otra cosa. Antes de bajar… llame ya a la policía. No queremos sorpresas de última hora. Si acaban con todos nosotros, tiene que llegar alguien más.

—No hagan tonterías, ¿me ha entendido? Llamaré a Barrios y bajamos.

—¡Espere! —gritó, pero en un intento de susurro.

—¿Qué ocurre?

Girard escuchó otras voces a través del teléfono. Le hizo señas a Susana para que fuera llamando a la policía, pero ella no lo comprendió. Además, él tenía que dar indicaciones precisas, y quería hablar directamente con Barrios para acelerar la llegada de efectivos.

—¿Me oye, señorita Pérez? ¿Con quién habla?

—Con Bruno. Estamos caminando mientras hablamos. Detective, le he pedido que esperase un instante porque hemos oído su voz, y cada vez estamos más cerca.

—¿Su voz? ¿La de quién?

—La de Ivana, supongo. Es… como un… lamento terrorífico.

Girard tiró del brazo de Susana y la introdujo, junto a él, en las escaleras de incendio. Efectivamente, había un tramo que subía y otro que descendía. Decidió ganar tiempo, dirigiéndose hacia donde le esperaban los reporteros pero tomando la precaución de bajar la voz igual que ellos.

—¡Está aquí! —oyó decir a la voz lejana de Bruno—. ¡Tras esa puerta de…!

—¡Oiga! ¡No hagan ninguna tontería hasta que yo llegue!

—¡Girard! ¡Dese prisa! ¡Creo que la hemos localizado con vida!

Marcelo colgó sin despedirse, mientras avivaba las zancadas escaleras abajo. Susana lo seguía torpemente, no por el hecho de que Trapus fuese más ágil que ella, sino porque las piernas apenas le respondían. No sabía qué le habían comunicado al detective, pero estaba claro que tenían que actuar con urgencia.

—¿Barrios?... Escuche atentamente…

*

Susana y Girard se sentían desprotegidos, en medio de una amplia zona de aparcamientos sin nada alrededor, salvo las lógicas columnas que mantenían la mole. Eran, desde luego, un blanco fácil para cualquiera que portase un arma de fuego. Girard llevaba la suya en la mano y oteaba a su alrededor, pero la sombría estancia generaba esa sensación que Ana Pérez había descrito: una presencia oculta.

—¡El maligno!

—¿Cómo dice, Girard?

—¡Oh! Lo siento, estaba pensando en alto, señora Mesa.

—¡Psssshhh!

Por un instante, ambos se sobresaltaron, y enseguida se giraron hacia la zona de procedencia de la llamada. En medio de la penumbra divisaron la figura difuminada de Bruno.

El complejo había sido construido aprovechando la ladera de una montaña, lo que permitía que cada planta, incluso los sótanos, tuviera acceso directo al exterior. Eso permitía la existencia de algunos ventanales en el sótano tres que dejaban pasar una tenue iluminación. Muy tenue. Tanto que, la misma, era responsable directa de una buena parte del miedo escénico que se había apoderado del detective. Pero no de Susana. Ella solo pensaba en Ivana, no en que el maligno los vigilase.

—No se preocupe, señora Mesa. Solo se trata del joven Bruno —se apresuró a aclararle, tratando de tranquilizarla (y a él mismo, de paso).

—Ya lo veo, Girard. ¿Quién pensaba que era?

El joven se acercó hasta ellos y les hizo un gesto para que lo siguieran. Abandonaron el punto de mira central y se deslizaron a través de una pared lateral. Llegaron a una puerta abierta, que parecía más un hueco de ascensor. La claridad apenas dejaba ver nada, pero Bruno encendió una linterna y apuntó hacia dentro. Por su estrecho espacio interior se abría, hacia las alturas, una red de tuberías, algunas más gruesas que otras. Había también una escalera de hierro, unida a una de las paredes, que se perdía en el cielo. Bruno señaló otro hueco un poco más arriba de donde estaban, pero no mucho. No pertenecía al segundo sótano, sino a una zona intermedia, una especie de entresuelo.

—¡Vamos! —susurró.

Trepó por las escaleras hasta la pequeña entrada. Susana subió tras él, y Trapus lo hizo en último lugar. Sin que Bruno apagara la linterna, porque hasta allí no llegaba la luz, se vieron inmersos en un estrecho pasillo de techo muy bajo, tanto que tenían que caminar encorvados (excepto Trapus). Alrededor, todo era ventiladores, turbinas y más tuberías. Tras una pronunciada curva a la izquierda vieron a Ana Pérez, a unos seis metros. Entonces Susana la oyó.

—¡Uuuuuhhh! ¡Vaaaa….!

La voz salía de detrás de una pequeña puerta de metal, custodiada por la periodista. Ana miraba a izquierda y derecha continuamente, como vigilando, por si el mal se apoderaba de la estancia sin avisar. Susana corrió hacia allí y, sin contención ni cautela, se puso a aporrear como una loca.

—¡Ivana! —gritó, histérica.

El grito y los golpes en la puerta paralizaron a todos: a la propia voz

encerrada, que enmudeció, y a los atónitos investigadores, que no daban crédito a la gran metedura de pata de Susana, motivada por las circunstancias y por su falta de profesionalidad para manejar este tipo de situaciones. *Acabas de devaluar todas nuestras precauciones. ¡Eh, secuestrador! ¡Estamos aquí…! ¡Los de las caras de tonto!*

Girard se fue a por Susana, pero Bruno, más ágil, se le adelantó. La agarró por la cintura y la separó de la puerta, aunque ya era tarde. El daño (es decir, el ruido) ya estaba hecho. Ana Pérez, muy nerviosa, seguía mirando para todos lados.

—¡Por favor, Susana…! —susurró Bruno.

—Ahora da igual —intervino Trapus—. Si no sabía que tenía visitas, hemos llamado a la puerta.

—Textualmente —puntualizó Bruno.

La mujer de Ivana estaba tiritando y llorando. Bruno seguía agarrándola, pero no por miedo a que volviese a armar un escándalo, sino porque sabía que, de soltarla, podría caerse, ya que su equilibrio (el físico también) se estaba columpiando. Cuando se notó más repuesta, se zafó de Bruno e hizo un gesto de pausa, con ambas manos, para que confiaran en ella. Aunque ya daba igual. Si el jugador andaba por allí, no hacía falta seguirse escondiendo. Volvió a acercarse a la puerta, llorando, y volvió a hablar, pero sin gritar.

—Ivana… ¿Eres tú?

—¿Ale? —se oyó.

—Soy Susana. ¡Cariño…! ¿Me oyes?

—Susana, cariño, mi amor Susana. Cariño Susana, mi niña…

Desde fuera podían intuir que la cabeza de la rapera, si bien le faltaba todo el pelo y una oreja, seguía desvariando, pero parecía mucho más entera. Su tono ya no era tan dramático ni angustioso. Era más bien como el despertar de una anestesia, como un disparate más alegre.

—Tenemos que entrar —exigió Susana a Girard, moviendo el pomo de la puerta en vano.

—No, tenemos que esperar. Llegarán enseguida. Nosotros tardaríamos mucho en abrir esa puerta.

Fly, Robin, Fly…

—¡Joder! —se quejó Ana—. ¿No se le ha ocurrido quitarle el sonido a ese trasto, detective? ¿Qué pasa? ¿Aún tiene dudas de que el secuestrador nos haya oído y quiere asegurarse?

—¿Barrios? Escuche bien. Bajen hasta el tercer sótano y esperen en medio de la zona de aparcamientos. Un reportero se reunirá ahí con usted.

¿Habéis traído herramientas para abrir una puerta? Este es un caso de secuestro.

El tono imperativo no había sido más que un masturbatorio viaje al pasado, cuando era subinspector y daba órdenes a Barrios. Pero no importaba, sabía que el joven policía lo admiraba, ya que lo seguía tratando como a un superior. Aunque también era posible que Juan Barrios le tuviese lástima por la pérdida del empleo y, simplemente, se estuviese limitando a no patear al árbol (bonsái) caído.

Cuando el equipo policial, guiado por Bruno, llegó al pasillo, Ana, Girard y Susana, sin ensayo previo, irrumpieron en un aplauso y ninguno pudo frenar las lágrimas. Bruno, tal vez por su juventud, prefería sonreír, comiéndose las orejas con las esquinas labiales. Susana, inquieta, se adosó a la puerta para tranquilizar a su mujer.

—¡Todo ha pasado! ¡Ya han llegado para liberarte!

Palíndromo:

Os aclaman, avises Ivana, mal caso

**

Mientras la policía trabajaba con la cerrajería de la puerta, Ana Pérez, arrinconada en una esquina, marcó un número de teléfono en su móvil. Marcelo Girard estaba cerca de ella, y sospechaba a quién iba dirigida la llamada. Pero estaba equivocado.

—¿Le va a dar la noticia a don Urbano?

—No, Monsieur. Es una llamada… privada. ¡Espere! No se vaya, puede usted escucharme. No me arrepentiré de lo que voy a hacer, y quiero que sea testigo.

Tecleó el botón verde de activación del número marcado y esperó. Girard estaba intrigado. En otra esquina, el joven reportero trataba de darle conversación a una cada vez más desesperada Susana, cuya ansiedad desbordaba por todos sus gestos.

—¿Rafael?... Sí, soy yo… Rafael, lo sabemos todo… No intentes disimular conmigo… No, Rafael, no estoy bromeando ni me he vuelto loca… ¡Escucha, joder! —gritó, desesperada.

El detective estaba mudo de asombro. Todavía no quedaba claro si el profesor era el responsable del secuestro, aunque las evidencias apuntaban a que sí. Si Ivana estuviese en Mallorca, todo apuntaría a Isaac. De todas maneras, hasta que no abriesen aquella puerta, nadie podía asegurar que la

que decía cosas incoherentes, al otro lado, era Ivana Suárez. Nadie salvo Susana, pero quizá su seguridad era más un deseo que una certeza a la hora de identificar la voz. Pero le inquietaba que Ana Pérez llamase al sospechoso número uno. ¿Qué pretendía?

—Quiero que me escuches y no interrumpas o te cuelgo ahora mismo. Solo quiero darte una oportunidad… Te hemos descubierto. Te voy a dar un consejo, aunque no debería… ¡No digas nada, coño! ¡Escúchame! Cuenta la verdad, di que Isaac Parra lo planificó todo. Yo… te quiero. Te he querido, y ahora quiero ayudarte. Tu responsabilidad es menor que la suya, así que… ¡Joder! ¡A tomar por culo!

Ana Pérez pulsó el botón rojo y asesinó al móvil con los ojos. Girard estaba tan impresionado que ni siquiera los tacos finales le causaron estragos auditivos.

—¡Ese cabrón se niega a reconocerlo! ¡El muy torpe no lo va a confesar!

—¿Qué pretende usted, señorita Pérez? ¿Lavar su imagen?

—Algo así. Si está implicado, no quiero que pague más de lo que le corresponde. Estoy convencida de que Isaac es el cerebro de esta aberración.

—Sí, pero lo que ocurre es que el señor Carrión, de confirmarse su participación, podría ser el autor directo de secuestrar y drogar a la señora Suárez, o envenenarla con agua como dice la niña, y de mutilarle la oreja. El señor Parra no se ha movido de Baleares en toda la semana.

—¡Mierda! ¡Mierda!

Susana no podía estarse quieta. Caminaba a un lado y a otro, tratando de no acercarse a la “celda” para no entorpecer la labor policial. Había oído decir a los agentes que, dos de ellos, estaban recorriendo todo el complejo comercial, porque los periodistas estaban convencidos de que allí había alguien más. Susana no estaba segura de eso. Creía que estaban solos; Trapus, Ana, Bruno, ella y los nueve o diez agentes que habían aparecido hacía un par de minutos. Hasta que él entró y ella lo vio. A pesar de que su corazón estaba desesperado, él se apoderó del mismo, implacable, y le dio un abominable vuelco, haciendo que las náuseas invadieran a Susana.

—¡Tío…! —exclamó, sorprendida.

—Hola, Susana. ¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Está Ivana ahí dentro? —preguntó el hombre al que la exrapera había capado rente.

—Señor… —intentó aclarar Barrios. Pero Nara lo detuvo con un gesto enérgico.

—¿Cómo estás, Susana? —preguntó con aire arrogante.

—Bien.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó de él, dejándole sus preguntas encasquilladas en la plataforma de lanzamiento: su podrido cerebro. Jorge Nara se puso al mando del equipo de rescate. Barrios le trató de contar algunas cosas, pero tampoco tenía mucha información.

Se vieron casi a la vez. Justo cuando Barrios lo señaló y Nara miró hacia él, Trapus detectó la presencia del inspector. Tras breves segundos de batalla visual, en la que ninguno la dio por perdida, se acercaron hasta un punto intermedio, equidistante de ambos. *Este es un territorio neutral. El protocolo exige que nos comportemos como caballeros*.

—Me alegro de verle, Trapus.

—Y yo a usted, inspector —mintió—. Pero prefiero que me llame Girard. Ya no soy su subordinado.

—Pero ¿qué tonterías dices? ¿Piensas que te llamaba Trapus por abuso de poder? ¡Todos te llaman así, incluso los novatos! Dígame, ¿qué ha pasado aquí?

Girard le relató a grandes trazos los acontecimientos, sin profundizar demasiado en los pormenores y las pistas que los habían llevado hasta allí. Ya habría tiempo para eso, porque la puerta estaba a punto de abrirse.

—Reconozco que ha hecho usted un buen trabajo, Trapus… Girard. Sabe que siempre he valorado sus capacidades, aunque hayamos tenido nuestras diferencias.

En ese instante, la puerta se abrió. Bruno intentaba contener a Susana. Ella no podía entrar la primera, tenía que esperar el permiso policial, pues ellos tenían que evaluar la situación y la ausencia de peligro.

—Tranquila, Susana. Tienes que esperar. No te van a dejar entrar aún.

Varios agentes se introdujeron en el recinto, y Susana se dirigió hacia allí.

—¡Dejen paso, por favor!

La voz irrumpió por sus espaldas. Desde la nada, materializándose entre las sombras como por arte de magia, dos camilleros, una médico y un auxiliar entraron a toda prisa. Susana se coló tras ellos. Ana, Bruno y Trapus la siguieron, arropándola, como guardaespaldas.

Ivana estaba sentada en el suelo, sonriendo, aunque con la mirada perdida. No había mucha iluminación; los policías, si bien portaban linternas, no querían abusar de ellas, posiblemente para no dañarle la retina. No sabían cuánto tiempo podía llevar a oscuras.

—¡Ivana! —susurró Susana, acercándose y llorando.

—¿Su…Susana? —dijo con voz apagada.

—¿Se encuentra usted bien, señora? ¿Cómo se llama? —preguntaba la

médico forense, sin cesar, tratando de hacer una evaluación clínica inicial.

Susana se le echó encima y se fundieron en un abrazo. Ivana la agarró fuerte, casi clavando sus uñas en la espalda de su mujer para soldarse a ella e impedir su separación.

—¿Se ha fijado, Girard? —dijo Bruno, con gestos de alucinación, señalando hacia ellas.

—¿Qué? —contestó el detective.

—¡Lleva…! ¡Lleva… las dos orejas!

—¡Ostias! ¡Las lleva puestas! ¡Las dos!

—¿Puede usted ponerse en pie? —insistió la médico. Susana la miró.

—Creo que le han estado descontrolando el sodio a base de forzarle la ingesta de agua —aclaró.

—¿Cómo puede usted saber…? Eso podría explicar… ¿Está segura?

—No. Es la deducción de una niña de once años.

Entre dos agentes, por indicación de la doctora, pusieron a la exrapera en pie para estudiar su sentido del equilibrio. Girard se acercó hacia el punto caliente, más para apartar un poco a Susana, con el fin de que el personal médico pudiese trabajar mejor, que por curiosidad.

—Mira, Ivana, ¿te acuerdas de Girard? Él es quien te ha encontrado. Gracias a él estás viva.

Ivana les sonrió. Trapus agarró a Susana por los hombros y le pidió que esperara fuera para no distraer a los policías ni al personal sanitario. Ya habría tiempo para los abrazos. El detective permaneció en la pequeña habitación. Susana, al girarse para salir, se tropezó con la seria y dura mirada de Ana “Zorra” Pérez. La de Bruno no era de odio, sino de decepción: más dañina, por tanto. Ella supo enseguida lo que le estaban recriminando. Había metido la pata.

—Yo… Lo siento —se disculpó, una vez los tres afuera.

—¡Bah! No te preocupes, estás muy nerviosa —reaccionó Ana, a quien le había bastado con el propio reconocimiento de Susana. Desde luego, no había sido Girard quien había encontrado a Ivana, ni mucho menos.

—Me alegro de que tengáis una buena historia que contar. ¡De verdad! Y yo… nunca en mi vida voy a olvidar esto. Os estaré eternamente agradecida.

—Estamos en paz, Susana —dijo Bruno—. Nosotros te hemos dado a Ivana y, a cambio, tenemos una buena historia.

Susana se abrazó a ambos y los acribilló a besos.

En el interior, las labores de reanimación no cesaban. Jorge Nara había

salido para hablar por teléfono con el comisario. El personal sanitario debía creer que Girard era un policía importante, quizá un inspector, ya que no iba de uniforme y no paraba de dar órdenes a un divertido Juan Barrios. Eso sí, su indumentaria dejaba mucho que desear. Parecía que era él quien llevaba mucho tiempo encerrado. Trapus, incluso, se permitió el lujo de estrenar el interrogatorio a la señora Suárez.

—¿Se encuentra usted bien, señora Suárez?

Ivana lo miró y, sin que él se lo esperara, le clavó la mirada. Sus ojos parecían desprender odio, como si quisiera asesinarlo. Trapus se miró a sí mismo intentando comprender qué había visto en él. *¿Tan feo soy? ¡Tú tienes menos pelo que yo!* Pero, en vez de veneno, lo que Ivana le echó encima fue todo un charco de vómito que, desde su tubo digestivo, parecía haber estado esperando un momento como este para explosionar.

—¡Jooo…der! —gritó, mientras la forense y el auxiliar se ocupaban de ella. Girard salió de la habitación asqueado.

—¿Qué le ha pasado, detective? —preguntó Susana al ver a Trapus mucho más sucio de lo acostumbrado.

—¡Su mujer me ha echado encima toda la pota!

—¡Vaya, detective! ¡Por fin ha dicho “su mujer”!

Palíndromo:

¡A tope de pota!

Atardecer, apareced, rata

De nuevo Girard había insistido en poner él la casa. Dado que ninguno había almorzado, excepto la niña, improvisó unos “pesquitos” empanados precocinados, y Julieta lo agradeció. Tal vez por las emociones tan intensas que lo invadían y la consecuente falta de concentración, tal vez por su poca destreza culinaria, o incluso por una mezcla de ambas cosas, los empanados de pescado adquirieron un parduzco color carbón que podría considerarse el mal menor si se comparaba con el insoportable sabor a requemado. Por eso Julieta lo había agradecido. No la invitación de Trapus, sino el hecho de haber almorzado antes, en su casa.

Bruno y Ana no se fueron por las ramas a la hora de protestar abiertamente el desastre que había generado el detective. Él, sin embargo, parecía disfrutar de la exquisitez. Quizá le gustaba la comida así, quemada, pero también podía ser que su paladar estuviese insensibilizado como el resto de su cabeza, sofronizada por los acontecimientos. Ana Pérez no creía posible que un paladar insensibilizado no captase ni rechazase el carbón. Sería, en todo caso, un paladar muerto. Muerto por muerte violenta, quizá reciente, producida por la propia ingesta del primer bocado de pescado.

Se habían reunido los cuatro, sin Susana, quien se había ido al hospital para no separarse de su amada. Girard se había encargado de la niña, tanto de recogerla como de devolverla a casa. Había sido Susana quien le había insistido al detective para que no la dejaran al margen. Ella formaba parte del equipo y se merecía una explicación, igual que Girard. El motivo principal de reunirse, más que para celebrar el rescate, era para aclarar cómo se habían desarrollado los hechos. Quienes más tenían que aportar a la conversación eran el reportero y la periodista, porque, a buen seguro, Girard y Julieta tenían muchas incógnitas sin despejar. También tenían que ponerse de acuerdo para decidir cómo abordar el tema cuando hablasen con la policía, aunque no creían que un detective o unos periodistas pudiesen tener problemas legales por ocultar la información del secuestro, máxime cuando ellos mismos lo habían resuelto. Además, la propia Ivana nunca presentaría denuncia contra ellos por el hecho de no haber avisado a la policía.

—¡Detective…! ¡Esto está…! ¡Asqueroso! ¡Esa es la palabra! No hay quien se lo trague —protestó Ana después de escupir el trozo de carbón en el plato.

—¿No le gusta el pescado, señorita? Si me lo hubiera advertido podría

haber sacado unas empanadillas congeladas que tengo en…

—¡Puajjj! —se sumó Bruno a la protesta—. ¡Está más quemado de lo que sugiere su aspecto! ¡Necesito agua!

Una vez Trapus hubo terminado de comer (el único que lo hizo), se sentaron en el pequeño recibidor dispuestos a rematar la historia. Girard apremió a los reporteros para que iniciaran la narración.

—Démonos prisa. El señor Nara nos ha concedido un par de horas para reponernos. Lo ha hecho como un favor personal hacia mí, pero le hemos prometido ir a declarar enseguida. Vosotros dos iréis primero mientras yo llevo a esta pequeña damisela de vuelta a su casa. —Julieta tuvo que taparse la boca, para contener la risa, ante la ridícula forma de hablar de Girard—. Bien, entonces… ¿Isaac y Rafael eran cómplices del secuestro?

—Claro, no puede haber ocurrido de otra forma —explicó Bruno—. Veréis, Isaac dejó pistas adrede, como una especie de reto para ver si éramos capaces de descubrirlo. Tenemos el matasellos de Guadarrama, la inscripción en el sobre con el nombre de su novia, una foto suya en la propia casa de…

—¿Una foto? —preguntó el detective, extrañado—. No sabía nada de esto.

—Sí, bueno, fue una casualidad que nos enteráramos —reconoció Ana —. Eva la vio en Guadarrama. Ella no conocía a Isaac por su implicación en los asesinatos del rap. Bueno…, más que implicación, su cualidad de sospechoso. Si llego a ser yo la que hubiera registrado la casa, que lo saqué en mi programa de la tele… Pero la casualidad jugó a nuestro favor. Resulta que Isaac había trabajado de cartero en el barrio de Eva. Al principio, ella pensó que el de la foto era alguien que se le parecía, y nos lo contó como una anécdota, pero, finalmente, fue la pista decisiva que nos llevó a Isaac.

—¿Dejó su rastro a propósito, foto incluida? —preguntó la niña.

—Sí, Juli, y ese fue su error.

—Pero Bruno… Entonces Isaac es un poco tonto.

—Ya nos lo había advertido en la carta, existía la opción de que lo atrapásemos, si es que teníamos la inteligencia suficiente para eso.

—Yo conozco a Isaac. Puedo creerlo capaz de secuestrar a Ivana, porque es un tipo muy raro. No sé cómo Ale pudo ser su novia. Pero no lo veo confeccionando un palíndromo. Ni siquiera de tres letras, como “ama” u “oso”.

—Ahí es donde entra en escena Rafael —apuntó Ana, con gesto triste y agachando la cabeza.

—Antes de pasar al señor Carrión, señorita Pérez, ¿cómo llegasteis al

quinto palíndromo? Me refiero al cartel de cocina con el…

—Lo vimos en internet —se adelantó Bruno—. Cuando fui a investigar a Mallorca, busqué todo lo que pude sobre Ariadna e Isaac. A partir de ahí casaron todos los datos.

—¿Tienes explicación para todos los palíndromos, Bruno? —preguntó Julieta, ansiosa.

—Creo que sí.

En ese instante sonó el teléfono fijo de Girard. El detective lo cogió, y los reporteros detuvieron el relato para no tener que repetirlo dos veces. Captaron que Marcelo hablaba con uno de los policías, un tal Juan Barrios. Cuando colgó, la cara de Trapus era un poema. Un poema de amor.

—Sabéis que Juan Barrios…, mi contacto en la policía, investigó el teléfono de Isaac, o sea, el teléfono desde el que se hizo la llamada a la señora Mesa. Pues bien, acaba de confirmarme que aparecen varios registros de llamadas mutuas entre su domicilio y el del señor Carrión.

—O sea, que… se conocían —reflexionó Julieta.

—Se conocían y se hablaban con cierta asiduidad. Joven Bruno, creo que ahora será más fácil que entendamos el juego de palíndromos.

—No; "el juego de palabras" o, simplemente, "los palíndromos", señor.

—¡Ya está bien, Bruno! —se quejó la niña.

—Vale. Primer palíndromo. "A don Urbano, tetona Bruno da". No hay nada de premonitorio, ni en este ni en ninguno. Mi opinión es que Rafael se enteró por Elena, pues…

—¿Tu opinión, Bruno? ¿No es una certeza?

—No, Juli, pero es pura lógica. Deja que lo explique. Elena ha sido cliente de Rafael Carrión, ella misma me lo dijo cuando fuimos a examinarnos de la PAU. ¿Sabéis qué hizo allí? ¡Le guiñó un ojo y le dedicó gestos obscenos delante de todo el mundo! ¡En los pasillos de la Facultad! Él se ruborizó, pero no dijo nada. Claro, no le interesaba enemistarse con su confidente. Creo que Elena se fue de la lengua. Le habrá contado la propuesta que yo le hice, o él le habrá sacado información sobre mí con habilidad.

—Lo más seguro —continuó Ana—es que Rafael contrató los servicios de Elena, el muy cabrón, porque sabía que la chica era amiga de Bruno. Así obtendría información sobre él, y la podría aportar a los palíndromos.

—Eso lo decimos ahora porque los palíndromos ya están construidos, Ana, pero ¿con qué objeto querría hacer palíndromos sobre Bruno alguien que iba a raptar a Ivana, que no tiene nada que ver con Bruno?

—Recuerda que yo hundí a Isaac una vez, Julieta. Él buscaba,

simplemente, hacerme daño a mí, y, por extensión, implicaron a “La Emisora Escrita”; y también quería dañar a Ivana, quien, me atrevo a afirmar, era una de las pocas personas del doloroso pasado de Isaac que quedaban vivas. Ivana y yo éramos su diana.

—También está PepeTom.

—Quizá tenía algo pensado para él, no lo sé, Julieta. Mira, creo que Isaac lo planificó todo. Con la ayuda de Rafael, claro. Él es matemático, y se encargaría de las construcciones abstractas y los enigmas. Rafael me conquistó en un bar, y yo caí en la trampa. No lo vi venir.

—Era imposible saber esto, Ana —dijo Bruno.

—Rafael, dirigido por Isaac desde la distancia, me investigó. A mí y a mi entorno. Así llegó a Bruno y a Elena. Cualquier información sería buena para hacer sus jodidos palíndromos, contárselo a Isaac, y, entre ambos, escribir una enigmática carta con tintes paranormales.

—Entonces, Bruno… Tuviste que hablar con Elena, sobre don Urbano, desde el jueves de la semana pasada, como mínimo. Fue cuando se escribió la carta con el palíndromo en ella.

—No lo recuerdo, pero tuvo que ser por esos días.

—Los palíndromos llegaban a Isaac, quien los transcribía en la misiva infernal que, finalmente, envió desde Guadarrama.

—¿Por qué? —preguntó el detective.

—No estoy segura. O fue porque estaba allí, casualmente, o lo hizo adrede para ir dejando pistas geográficamente dispersas, con el fin de que tardásemos más en dar con su paradero, en Alaró. Usted nos ha confirmado que el jueves estaba en Guadarrama, ¿verdad?

—Así es. Avancemos, o Nara enviará una patrulla a buscarnos. El quinto palíndromo queda claro. Era la pista directa que nos conduce a Sant Roc, a Alaró, a Ariadna y, en definitiva, a Isaac. El último es el de la oreja en el pajero, oreja que, por suerte, no era de Ivana. En cuanto al tercer palíndromo… ¿Cómo era?

—“A casa, cutres, o coser tu casaca” —recitó Julieta.

—¡Ese! No tiene nada de misterioso. Los organizadores de la PAU sabían que actuaría la tuna, y que sus novatos llevaban casacas. Rafael pudo rajarle la chaqueta a uno de ellos.

—¡Muy bien, Girard! ¿Podrá terminar el resto usted solo? —provocó Bruno.

—No. El segundo y el cuarto son una incógnita para mí. Es hora de que usted se luzca, joven Bruno.

2) Así pone coDOS o doce no pisa

4) AdeCÚA TROno, honor tau ceda

—Obviamente, ambos están relacionados, y la intersección es Rafael Carrión. Él y solo él pudo manipular las notas. Yo digo que optó por la vía más fácil; no comprometer a otra asignatura que no fuera la suya. Simuló haber traspapelado una parte de mi examen de Matemáticas.

—Sí, y además, sabiendo que Bruno trabaja conmigo, se hizo el sorprendido con el supuesto hallazgo: un alumno que tenía medio examen perfecto y el otro medio desaparecido. Pensó que así tendría más credibilidad, como si yo pudiese testificar que esos dos folios se habían perdido accidentalmente. Perdona, Bruno, continúa.

—El caso es que Rafael me colocó en el puesto duodécimo y…

—Un momento, Bruno —interrumpió Julieta—. Por mucho que tramase esconder parte de tu examen, él no podía saber el jueves de la semana anterior, cuando se escribió la carta con el palíndromo, que caerías exactamente en esa posición.

—No, claro, tienes razón. Cuando fui a reclamar, cosa que Rafael sabía que yo haría, me di cuenta de que, aparte de esas dos hojas, había calificaciones "extrañas" en otras asignaturas. De hecho, no comenté nada allí dentro, aunque creo que se lo dije al detective al salir.

—Sí, recuerdo que usted no estaba conforme con todo.

—¿Por qué callaste? —preguntó Ana.

—Porque algunas notas me favorecían —dijo, con una pícara sonrisa —. Por ejemplo, el examen de inglés no me había salido tan bien como sugería la nota que obtuve, ¡pero no iba a protestar por eso! ¡Y menos con José Rosales delante!

—¿Qué insinúas, Bruno? —preguntó la niña.

—Que Rafael manipuló algunas calificaciones, en la medida de lo posible al alza, para que yo quedara exactamente en la duodécima posición.

—Yo estaba con él cuando transcribió las notas que le enviaban sus compañeros. Lo hizo en mi casa, con su portátil, y puedo asegurar que no se levantó de la silla hasta que no hubo enviado las calificaciones finales al correo de José Rosales, el otro coordinador. No hay posibilidad de error. O las manipuló él o lo hizo el profesor de inglés, que no pinta nada en esta historia. Lo cierto es que "colocaron" a Bruno en el puesto número doce.

—De acuerdo, vamos con lo de esa letra griega. Tau —presionó Trapus, mirando su reloj.

—Tenemos que partir de un hecho, porque, si no es así, este misterio no podría explicarse. ¿Cómo podría saber Rafael desde el jueves que yo utilizaría "tau" en el examen, cuando lo habitual es utilizar "pi"? Eso suena a magia y a premonición, detective.

—Continúe, por favor.

—Solo puede ocurrir si aceptamos una premisa. Rafael Carrión podía leerme la mente.

Un incómodo silencio se apoderó de la estancia. Girard fue quien más se impacientó, porque la benevolencia de Jorge Nara tenía un límite, y lo menos que deseaba era que el muchacho sacara su tablero de ciencia ficción para jugar con ellos a un juego que solo le gustaba a él y (tal vez) a Julieta. Efectivamente, la niña manifestó su conocimiento en este tipo de partidas, pero, para consuelo de Trapus, no en el sentido que creía el detective.

—No ponga esa cara, señor Girard. Bruno solo está hablando en lenguaje críptico…, en lenguaje figurado. Lo que quiere decir es que el profesor de mates lo había investigado y sabía cómo razonaba, ¿no es así, Bruno?

—Muy bien, Juli, eso es. Siento haberle asustado, detective. O decepcionado, no lo sé, quizá usted prefiera detener a unos marcianitos para que lo feliciten y lo readmitan en la policía.

—¡Bruno!

—Está bien. Como decía, Rafael sabía que yo iba a utilizar "tau". También yo lo sabía. Quizá soy el único estudiante de secundaria que lo hace, y eso tiene que llamar la atención.

—¿Cómo crees que se enteró, Bruno? —preguntó Ana—. Yo no lo sabía, así que no puedo habérselo dicho.

—Hay dos posibilidades. O bien a través de Elena (no olvidemos que ella estudiaba conmigo), o bien lo recordaba. Rafael me dio clase hace un par de años, antes de irse a trabajar a la universidad. Había un tema de trigonometría, y yo usaba mucho la nomenclatura de "tau". Digo nomenclatura para entendernos, porque no se trata de un simple símbolo sino de un concepto.

—Todo cuadra —reconoció Trapus—. Y ahora nos vamos a declarar. Felicidades, chicos. Habéis hecho un trabajo excepcional.

—¿Tiene usted planes para esta noche, detective? —preguntó Ana.

—¿Es… una cita lo que me propone? —contestó, ruborizado.

—Sí; Bruno, usted y yo.

—Tenía pensado salir a tomar unas copas. Por favor, vengan con nosotros —invitó Girard, a su vez.

—¿Con… nosotros?

—Bueno, es que tengo un nuevo amigo —presumió el detective.

—¿"Nuevo" amigo? ¿Es que acaso tenía usted otros? —bromeó Bruno,

con su habitual mala baba—. De acuerdo, yo me apunto.

Una vez los periodistas se hubieron marchado hacia la comisaría de policía, Girard marcó el número de móvil de Susana. Sobre todo quería tranquilizar a Julieta antes de devolverla a su casa.

—¿Girard?

—Hola, señora Mesa. ¿Cómo está la señora Suárez? ¿Ya rige mejor?

—¿Rige…? Sí, según la doctora, rige, Girard. Cada vez mejor.

Palíndromo (según la…):

Dra., rige, Girard

**

Cuando llegó la Policía Nacional, Ariadna estaba paseando a su perro por la calle donde estaba el piso que compartía con Isaac. Hacía dos minutos que había salido, y, siguiendo la rutina, el feo *Guaycas*, antes de alejarse hacia su solar favorito tres manzanas más allá, olisqueaba todos los rincones de su barrio para detectar la presencia de excrementos intrusos entre los casi inexistentes de los perros del vecindario.

Guaycas, al principio, creía que las personas de su barrio, incluida su dueña, eran las más limpias del mundo, porque no permitían que sus mascotas cagaran la mierda en aquella zona. Y si algún animal lo hacía, la mayoría de propietarios recogía las cacas. Pero los "extranjeros", aquellos que vivían más allá de su calle, no eran iguales. Sus chuchos cagaban sin piedad ni respeto el barrio de *Guaycas*, y muchos vecinos se quejaban. Más adelante, el animal comprendió que todos los humanos eran iguales. Simplemente no querían que sus mascotas ensuciaran su barrio, por eso las llevaban al barrio de los demás. Al fin y al cabo, *Guaycas* también cagaba en otras calles, y a Ariadna no parecía importarle. La torpeza de esa actitud daba lugar a una cadena circular de cagadas. *"A" caga en "B", "B" caga en "C" y "C" caga en "A".*

Estupefacta, Ari observó cómo tres coches y un furgón se detuvieron frente a su edificio. Varios agentes se bajaron y entraron en su portal.

—¿Qué has hecho esta vez, Ricardo? ¿La has matado?

En el edificio vivía un siniestro individuo con serios problemas familiares. Tenía una orden de alejamiento de su mujer, a la que había maltratado en varias ocasiones y, además, la había amenazado de muerte. A la espera de juicio, Ricardo parecía una fiera enjaulada incapaz de abrir la facilona cerradura que lo contenía allí dentro. Su idea fija era romper y

hacer añicos los barrotes para causar el mayor daño posible. Ariadna negó con la cabeza, decepcionada con la raza humana (igual que *Guaycas*), y siguió su camino.

Cuando Isaac abrió la puerta, apenas tuvo tiempo para razonar lo que estaba pasando. En menos de diez segundos estaba esposado y recibiendo gritos de la policía. ¿No podían decir lo que querían de forma educada? Por lo menos para él poder descifrar el atropellado mensaje.

*

Girard estaba en comisaría hablando con Jorge Nara. Ana y Bruno ya se habían marchado tras quedar citados con el detective para la celebración nocturna. Juan Barrios entró en el despacho del inspector y les comunicó la noticia.

—Señor, la policía de Baleares ya ha detenido a Isaac Parra.

—Perfecto.

—Han encontrado un objeto. Ellos lo recordaban por la información publicada sobre el caso del "asesino del rap".

—¿De qué se trata?

—De la medalla, señor.

—¿La medalla? ¿Qué medalla?

—La que regaló Raúl Roque a su hermano, y que ahora es propiedad de la señora Suárez. Salvo que ella se la haya regalado a Isaac, es una prueba más de que él estaba detrás del secuestro. He llamado a la señora Mesa, y dice que la señora Suárez solía llevarla en el bolso.

—¿Se refiere a la medalla con la inscripción "Tora-san"? ¿La que permitió a Ivana Suárez identificar a Raúl como "el asesino del rap"? —preguntó Trapus.

—Sí, señor Girard. Según la señora Mesa, la suele llevar consigo como una especie de macabro trofeo, porque esa medalla le recuerda quién es el asesino de toda su familia.

—Es una prueba más para cerrar el caso, Girard. ¿No cree? —dedujo el inspector.

Sí, pero… ¿para qué quería Isaac esa medalla? Me pregunto si la teoría de la señora Mesa vuelve a cobrar validez.

—¿Qué teoría, Girard?

—Ella sospechaba que Raúl Roque podría ser el cerebro último de esta operación. No sé Isaac Parra, pero tal vez "el asesino del rap" quiera

recuperar ese amuleto.

Palíndromo:

Late medalla de metal

¡Eh! Con esa mimase noche

La discoteca, situada en Puerto de la Cruz, era propiedad del empresario. La llegada de Trapus a la zona vip generó muchas risas en dos mesas cercanas. En una de ellas, Ana Pérez y Bruno Barreto bromeaban corrosivamente, ensañándose con las recientes ocurrencias del detective.

—¡Joder, Ana! ¿Ese es Trapus? ¡Parece más joven!

—¡Ja, ja, ja…! ¡Es increíble!

A pesar de su escaso pelo lateral (porque por el centro de su cabeza no existía desde hacía años), se lo había engominado con un fijador tan brillante que parecía querer hacer competencia a las propias luces de la discoteca. Algunos cabellos, incluso, se esforzaban en separarse hacia los lados, totalmente erectos, como si fuesen las púas de un fósil de erizo. La camisa de Girard, totalmente blanca y más limpia que en otras ocasiones, acentuaba fuertemente el contraste con su precámbrica americana marrón y su corbata amarilla pajiza. Era Trapus en estado puro. Respecto a su habitual imagen, destacaban dos complementos aparte de la gomina. Por un lado, llevaba una cantosa y aparatosa pulsera de plástico del grueso de un reloj, de la que media circunferencia lucía la bandera de Francia y, la otra media, presumía la bandera española. Para completar la esperpéntica estampa, el detective portaba un anticuado maletín. Parecía un médico ambulante del siglo diecinueve. *¿Se han adelantado los Carnavales o vienes acompañado de cámaras ocultas para que los telespectadores de un programa de humor se rían de nuestras reacciones?*

A menos de diez metros, un hombre impecablemente trajeado se levantó, festivo, y se puso a aplaudir la entrada de Trapus, ante el asombro de Bruno y Ana. A la orden de un chasquido de dedos suyos, la voluptuosa joven (dudosamente mayor de edad) que lo acompañaba se levantó y se alejó.

—¿Quién es ese? ¿Su amigo? —preguntó Bruno.

—¿Es que no sabes quién es? Ese es Ulises Ejido.

—¿El empresario?

—Sí. Este local es suyo.

—Pero… ¿se está riendo de Trapus o veo visiones?

—Debe ser una casualidad, Bruno. Está mirando en esa dirección, pero no quiere decir que conozca a Trapus. ¡Joder! ¡No creo que…!

—¿Que ese sea su amigo? ¡No puede ser! ¡Sería para troncharse!

—Dicen que se trata de un hombre muy peligroso. No creo que tenga amigos, solo gente importante a su alrededor para usarla y tirarla. Ya sabes, políticos y otros empresarios.

—¡Bienvenido, amigo Trapus! —gritó Ulises, a viva voz; varias cabezas se giraron para acompañar la triunfal entrada del orgulloso detective a la zona de las mesas—. ¿Has traído uno de tus trajes? No es el mismo de ayer, pero este es más auténtico, te da más personalidad.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Ana, mirando la cara de Bruno, aún más estupefacta que la suya.

—¡Señor Ejido! Es para mí un honor haber recibido la invitación a su local. Como le dije por teléfono, me he permitido el lujo de…

—… invitar a los periodistas de "La Emisora Escrita" —rematό Ulises —. Los amigos de mis amigos… ¡Son estos dos!

Con la última frase, Ulises Ejido señaló provocativamente hacia Ana y Bruno, quienes quedaron petrificados. *¿Creíais que habíais pasado desapercibidos? Yo lo sé todo y controlo todo, pero me gusta teatralizar para impresionar.*

—Señor Ejido… Es un honor —dijo Bruno, tendiéndole la mano.

—Hola. Yo soy Ana Pérez —imitó ella.

—¡Bah! Dejémonos de formalismos. Trapus es mi invitado especial, y hemos venido a pasarlo bien. Eso sí, cuando necesite algo de la radio acudiré a vosotros, y os aseguro que haréis lo que os pida. ¿Verdad, Trapus? ¡Puedo cargármelos de un plumazo!

Ana y Bruno tragaron saliva, acojonados. Ambos conocían la reputación de Ulises. Ironizaba sarcásticamente con su poder hasta extremos escatológicos, pero podía pasar de la broma a la realidad en cuestión de minutos. Lo menos que deseaban ellos era estar en la lista de apoyo (o contactos) de Ejido. *¿Por qué no le toca las narices a don Urbano, que para eso es el jefe, y nos deja al margen? ¡Solo somos dos empleados!*

Estuvieron bebiendo durante un buen rato. A Ulises se le notaba su interés en emborrachar a Trapus. Ana estaba alucinando. La personalidad del empresario era sobrecogedora y carente de escrúpulos; parecía haber descubierto una nueva forma de vida. Ya no se conformaba con utilizar a los políticos para hacer dinero y exhibir su poder. Ahora utilizaba bufones para que lo hicieran reír. El peligro podría aparecer si a Ulises le dejara de hacer gracia el detective, si se cansaba de él.

—¡Eres grande, Trapus! ¡Me gusta este hombre! —dijo a los reporteros.

—El señor Girard es un gran detective. Hoy mismo ha resuelto un caso

importante —apuntó Ana.

—¿De verdad, Trapus? ¿El caso del que me hablaste? ¡Eres genial! ¡Bebe!

—No sé si debo seguir bebiendo, señor Ejido. El exceso de alcohol es malo para mi gastritis.

—¡Ja, ja, ja…! Con una aspirina se cura todo, amigo Trapus. ¡Me gustas! ¿Sabéis por qué me gusta este hombre? Tiene cara de orgasmo crónico y… No sé… ¡Me da buen rollo!

—Señor Ejido… —dijo Trapus, cada vez más desorientado por el efecto del whisky—. Quiero enseñarle una cosa. Se va usted a sorprender.

—Tú siempre me sorprendes, Trapus, pero no creo que te superes.

—Espere. Lo llevo aquí, en la maleta.

El detective extrajo el artículo lentamente. Cuando lo apoyó sobre la mesa, a Ulises se le cortó la borrachera de sopetón.

—¡Jesús! —exclamó aterrado. Se puso tan tenso que su espalda empujó el respaldo y cayó hacia atrás, con silla y todo.

¡Joder, detective! —dijo Ana.

Un lustroso y brillante ataúd azabache en miniatura, con un terrorífico crucifijo plateado adherido a la tapa, expandió una tenebrosa sombra a su alrededor. Y, con la misma, sin tiempo para digerirlo, el terror se convirtió en incredulidad. Y, por absurdo, la incredulidad se convirtió (como no podía ser de otra forma) en risa histérica. Desde luego, Trapus se había superado con creces. El número que Ulises estaba presenciando no tenía precio. Jamás lo olvidaría, porque jamás volvería a ser testigo de una cosa igual. *Prefiero tres minutos con Trapus que toda la vida con el resto de humoristas*.

—¡Ja, ja, ja…!

Las carcajadas, emitidas desde el suelo en el que había quedado tendido y en el que ahora se revolcaba, eran incontenibles. Ana y Bruno también reían, más por el contraste entre el aspecto del empresario y la cara seria del detective, que por otra cosa. Los comentarios subsiguientes de Trapus resultaban tan hilarantes que Ulises no veía forma de recuperarse.

—¿Se encuentra usted bien, señor Ejido? ¿Se ha caído? Puede que haya bebido demasiado. ¿Quiere que llame al hospital?

—¡Ja, ja, ja…!

—¡Detective! —dijo Ana—. ¡Eso no es un artículo de broma! ¿Cómo es posible que lo tenga usted aún?

—¿Se refiere al ataúd? Por eso lo he sacado, para contarle la historia al señor Ejido. Resulta que la policía y yo nos hemos despistado. Tenía que

haberlo entregado esta tarde. El lunes se lo llevaré al inspector Nara.

Bruno ayudó a Ulises a incorporarse. El empresario se abalanzó sobre Trapus, abrazándolo fuertemente. El detective se quedó perplejo.

—¡Señor… Ejido! ¡Yo…! ¿Es usted… gay? ¡Yo no…! Quizá me ha malinterpretado, señor.

—¡Ja, ja, ja…! ¡Quiero que trabajes para mí! ¡Desde el lunes serás mi asesor personal!

—¿Seguro que no necesita un médico, señor? El alcohol es muy peligroso, se lo digo yo. ¿No tendrá usted gastritis, por casualidad?

Muchos clientes de la discoteca se detenían al lado de ellos, curioseando el impactante ataúd que descansaba sobre la mesa. Ulises abrió la tapa, esperando encontrar joyas o alguna otra extravagancia.

—¡Jesús! ¡Joder! ¡Ja, ja, ja…! ¿Es…? ¿Es… de verdad, Trapus? ¿Es la suya? ¿A ver? ¡No! ¡Tiene las dos! ¡Ja, ja, ja…! ¡Me voy al baño! ¡Ja, ja, ja…! ¡Me meo! ¡Ja, ja, ja…!

Ulises se retiró unos instantes. Ana Pérez sacó un folio doblado de su bolso y se lo pasó a Girard.

—Detective, creo que esto le puede interesar.

—¿De qué se trata?

—Es un artículo que sacamos mañana en el periódico.

—¿Sobre el secuestro? ¿Ya habéis…?

—No, claro que no. Es un trabajo de investigación que hemos estado realizando conjuntamente con otros compañeros de la prensa internacional, pero le aseguro que se va a poner usted muy contento. Le cedo el honor de ser el primer lector del periódico de mañana.

A medida que leía la información, el rostro de Trapus fue pasando del cansancio (producido por el alcohol) a la alegría. Aquella era la noticia que llevaba esperando mucho tiempo. Por fin le estaban metiendo mano a la FWIB. Gracias a la colaboración de la prensa de varios estados. Finalmente, él no había sido el digno investigador que resolviera el caso, pero no le importaba. La impostora ONG, con uno de los (aparentemente) mejores ideales sociales del mundo, estaba a punto de caer.

Palíndromo:

ONG idónea cae, no digno

**

Los policías ya le habían tomado las primeras declaraciones. Milagrosamente, los médicos habían logrado reanimar a la viuda de Ricky Roque hasta el punto de convertirla en una digna aspirante a la auténtica y habitual Ivana. Por lo menos podía hablar con cierta coherencia. A pesar de lo tarde que era, Julieta estaba allí, haciéndoles compañía. Pronto vendría Carlos, su padre, a recogerla para llevarla a casa. Susana, por supuesto, no pensaba despegarse de la habitación. Se había atornillado a Ivana con un imposible destornillador heptagonal (una muesca por cada día sin ella) y luego había escondido este muy lejos del personal sanitario y del Cuerpo Nacional de Policía. Si a alguien se le ocurriese echarla, tendrían que pelearlo.

Susana observaba a la niña, cuyo rostro expresaba confusión y tristeza. Hasta ahora no había sabido interpretarlo, pero la causa se le estaba haciendo evidente. En realidad, más que no haberlo sabido ver antes, tampoco había tenido tiempo o intención de fijarse en la niña, quien había quedado relegada a un segundo plano en las últimas horas. Quizá esa era la razón de su incomodidad. El segundo plano.

Julieta había sido decisiva en la detección del "asesino del rap". También Ivana y Girard. En el fondo no era exactamente así. Según la propia niña, la detección había sido mérito de Ale, que fue la que puso dos pistas, dos caminos. *La vía norte y la vía sur*. Fue Ale quien colocó la solución en manos de Julieta (indirectamente, pues el destinatario era Waldo); la pequeña se limitó a interpretarla. La prensa, la policía y los amigos de Ale habían sobrevalorado a Julieta. *Ale fue quien escribió el nombre de Raúl. Mi único mérito es que sé leer el mismo idioma que hablaba Ale*. También fue Ale la clave para el otro sendero que condujo hasta Raúl, la "vía sur". Una vez que habían considerado seriamente la posibilidad de que Alejandra hubiera descubierto al asesino, la pista del *Lyaksandra*, que ella había estado investigando, le puso en bandeja al subinspector una serie de nombres, que compartió con Ivana, y uno de ellos, Tora-san, desplazó la mirilla del francotirador Trapus hacia el marido de Susana.

Susana le cogió la mano, y Julieta la miró a los ojos tratando de leerlos. Ella, sabiendo de su inmisericordia para desnudar pensamientos e intimidades, disimuló, acariciándole el pelo y dándole un beso en él.

—Sé lo que estás pensando, Susana.

Esta vez no hacía falta responder. Claro que lo sabía. Susana pensaba que Julieta estaba celosa. Había sido importante en el caso del rap, pero ahora era Bruno quien se llevaba todos los honores. También Ana Pérez, pero lo que más le dolía a la niña debía ser el no haber podido interpretar (o contribuir a ello) los palíndromos. Bruno lo había hecho prácticamente

solo, sin su ayuda.

—Supongo que ha sido la actitud de Bruno lo que más te ha dolido, ¿verdad? Pero debes entender que él estaba trabajando, no buscando a una amiga. Por eso no fue compartiendo contigo sus avances en la investigación.

—Solo me dejó participar en uno de los palíndromos, el quinto, pero en la parte menos importante. Lo único que hice fue verificar que se refería a las fiestas de Sant Roc en Alaró. ¡Pero eso ya lo sabíamos! Es como si me pidiera que me entretuviera con un juego, porque solo soy una niña.

—Lo eres.

—Sí, lo que pasa es que creía que Bruno confiaba en mí, y que compartiría sus dudas y sus descubrimientos para poderlos interpretar juntos.

—Este asunto era muy peligroso —aportó la adormilada Ivana—. Ese tal Bruno no te habrá querido implicar.

Susana se acercó a su mujer y la besó. Desde la cama, en una posición perpendicular a la suya, Ivana le sonrió. Luego cambió el gesto, como si estuviese sometida a un esfuerzo mental. Susana no lo interpretó correctamente.

—Descansa. Han sido días muy agotadores y necesitas dormir.

Pero allí estaba Juli, para impedir la pérdida de información suplementaria que pudiese, tal vez, arrojar algo más de luz al ya de por sí potentísimo foco con el que los periodistas habían iluminado al secuestro y a los dos secuestradores.

—No es cansancio, Susana. Le está viniendo algo a la memoria. ¿De qué te estás acordando?

—Estoy mezclando cosas… Cosas reales con alucinaciones. Recuerdo un taxi. Yo… iba hacia el aeropuerto.

—Hay un detalle que aún falta por explicar en todo esto, Ivana —aclaró la niña, mirándolas a ambas—. La policía no ha podido extraerte casi nada, porque tus recuerdos son muy vagos aún. Imagino que te irás recuperando poco a poco.

—¿Qué detalle?

—Se trata del vuelo a Sevilla.

—Es verdad —reforzó Susana—. Se supone que viajaste a Sevilla, pero te encontramos en Tenerife. Lo lógico, en principio, sería que estuvieras en Sevilla, en Guadarrama o en Baleares, pero todo eran pistas falsas. Intentaban desorientarnos.

—¿Te subiste a ese avión? —presionó Julieta.

—No lo recuerdo.

—¿Qué recuerdas, mi amor?

—Pues… al taxista abriendo la puerta, pero… no para que yo entrara, sino… tal vez para que saliera.

—Eso significa que llegaste al aeropuerto.

—Creo que había un semáforo. Había una luz roja, y él abrió mi puerta. Tenía gafas y barba. Y luego…

Ivana hizo una prolongada pausa, sin intención de continuar. Julieta tuvo, de nuevo, que ejercer presión.

—¿Y luego?

—Vi a San Sebastián. Y a Cupido.

—¿Cómo? —preguntó Susana, sin estar segura de haberlo entendido.

—Pues… los vi. Los recuerdo con nitidez, como si fuera real. Casi podía tocarlos. Cupido asaetaba al santo con sus flechas.

—¿Cómo interpretas eso, amor? —preguntó su mujer, mirando de reojo a Julieta, con cara de preocupación ante la recaída neurológica.

—Es obvio —respondió, sorprendiendo con inesperada lucidez—, son efectos alucinógenos de la droga que me metieron.

—Trata de descansar, cariño.

—Sí, es lo mejor.

Julieta había estado observando y escuchando con atención la extraña experiencia de Ivana. Para la niña, los sueños y las alucinaciones no eran más que registros subconscientes de hechos o experiencias vividas, de datos reales, aunque se manifiesten deformados. Reproducción quizá deformada de la realidad. Entonces ¿por qué Ivana había soñado (¡alucinado!) con Cupido y ese santo? ¿De qué los conocía, dónde los había visto, con quién los había identificado?

Ivana había estado al borde de la muerte. Desde el día que había recibido el telegrama hasta su liberación, había sufrido un auténtico calvario, ocho días anonadada, enfrentada a experiencias al rojo vivo. Según los médicos, difícilmente podría haber superado una novena jornada en estas condiciones. Pero San Sebastián y Cupido la habían rescatado de la muerte, la habían liberado y le habían perdonado la vida.

—¡Esto no me gusta nada!

Palíndromo:

Anonadan rojo vivo, no vivo jornada nona

Semana, mes

El alba, háblale

Era muy temprano, pero hacía bastante calor y, por eso, no le había costado nada levantarse. La niña entró en el cuarto de baño para enjuagarse la cara y mirarse al espejo. Hoy era el día. Martes. El gran día. Sus padres, Remedios y Carlos, viajarían con ella. Los tres juntos, como una auténtica familia. Eso sí, ellos la apoyarían desde lejos, desde las gradas del público. Su amiga, María de la Paz Hernández Guillén, le aplaudiría (eso no podía ponerse en duda) desde su casa, frente al televisor.

Habían pasado cuarenta días desde el rescate de Ivana; un mes y una semana, para ser exactos. O una semana y un mes, porque, si le daba la vuelta a la forma de expresarlo, podía construir un palíndromo con el tiempo transcurrido: “semana-mes”. Cuarenta días; Julieta había puesto el caso del secuestro en cuarentena para pensar en él. Ya había pensado lo suficiente, ya había averiguado casi todo. Faltaba un detalle importante, pero tenía la corazonada de que, camino del aeropuerto, lo comprendería. Trapus se había encargado de reservar el taxi adecuado y pasar a recogerlos en él a primerísima hora.

La implicación de Julieta en el caso había comenzado un martes, aquel martes en que emitieron por televisión el sexto programa de *La rana en la pecera*, su espacio favorito. Recordaba que, en aquella ocasión, habían trincado al “mesías celador”. Su cuarentena particular era otro palíndromo: de martes a martes.

Lo había aprendido de Ale. “Nunca dejes un palíndromo a medias”. Por eso, para cerrarlo, tendría que dar carpetazo al asunto. Hoy era el día elegido. Trapus era su cómplice. Nadie más de su entorno sabía lo que iba a hacer, ni siquiera sus padres.

Remedios y Carlos ya estaban desayunando cuando la niña entró en la cocina, y la apremiaron para que se diera prisa si es que no quería perder el avión. Juli se asomó a la ventana para disfrutar como nunca del alba, que ya despuntaba para susurrarle palabras bonitas al oído. Habitualmente era al revés: Julieta solía dar la bienvenida al nuevo día; pero hoy tocaba escuchar. Ya tendría tiempo de hablar ella, por la noche. Cogió su pequeña libreta y lo expresó en forma de palíndromo: “Alba, habla”.

Palíndromo:

¿Yo? Habla alba hoy

Mediodía ido, ídem

La pantalla de plasma gobernaba desde una de las paredes del comedor, enfrente de la mesa donde los hermanos estaban almorzando. A ninguno de los dos le interesaba escuchar las noticias de aquella cadena (ni de ninguna otra), pero estas no estaban sintonizadas para ellos, sino para Aurora, su madre. Mientras Paci y Pipo comían en silencio, la mujer peregrinaba en su procesión rutinaria que solía recorrer un itinerario circular, cerrado: del comedor a la cocina y de la cocina al comedor; y así un total de equis veces.

Aurora no solía prestar excesiva atención a los espacios informativos, pero la monotonía de los tonos y los timbres de voz de las dos presentadoras y del hombre del tiempo, amén de los diferentes corresponsales, se había terminado por convertir en su dosis diaria de medicación a la que se había vuelto adicta. Si no tenía encendido el televisor a esas horas, su mal humor la delataría ante sus hijos y ante sí misma. Por eso, como Aurora oía pero no escuchaba, tuvo que ser Paci quien llamó su atención para que se percatara de la curiosa noticia que, en principio, no tendría por qué ser recogida en un informativo, pero la retroalimentación de la propia cadena (que era su principal estrategia para promocionar sus programas) obligaba a insertarla allí.

—¡Mamá, mamá! ¡Corre, ven! ¡Van a hablar de *La rana en la pecera*!

En las noticias anunciaron un especial nocturno de *La rana en la pecera*, el programa referente de la cadena que ejercía de locomotora, cuyos sólidos engranajes tiraban y arrastraban al resto de la parrilla con tal fortaleza que prometían perpetuarla en la cúspide de los rankings de audiencia. De hecho, los últimos rumores que la propia emisora se había encargado de filtrar apuntaban a eternizar *La rana en la pecera*. La idea era quitar al presentador actual y sustituirlo por una estrella con la que, al parecer, ya se habían producido algunos contactos; contactos para limar asperezas del pasado y volverla a contratar.

En el pequeño reportaje promocional, los informativos emitieron un par de entrevistas, grabadas algunos días (o semanas) antes, a los principales personajes del tema nocturno. La pantalla se llenó con la imponente figura del inspector Jorge Nara, máximo responsable de la investigación oficial, o sea, el “ordenanza” designado para poner en orden los méritos de otras personas. El tío de Susana comentaba que, aunque la escena del secuestro se había intentado limpiar de cualquier prueba delatadora, la policía había

encontrado, sin embargo, restos de ADN en el centro comercial donde estuvo capturada Ivana Suárez. Esos restos pertenecían a Rafael Carrión. Además, en el pajero donde se halló la oreja localizaron una colilla del profesor.

—El profesor de matemáticas está perdido —comentó Pipo.

—Sí, pero el instigador tampoco lo tiene fácil, aunque haya estado en Mallorca —dijo su madre—. ¡Escucha esto!

Jorge Nara confirmó a la reportera que le hacía las preguntas que tenían registradas varias llamadas recíprocas de teléfono, en el mes previo al secuestro, entre los números fijos de Rafael Carrión e Isaac Parra. Blanco y en botella. Después de terminar con el corto donde aparecía el inspector, una de las presentadoras del informativo "se atrevió" (alguien le habría dado la oportuna orden) a confirmar el rumor, aunque tratando de aparentar que no había nada seguro al respecto. Por lo visto, el presentador actual de *La rana en la pecera* iba a ser "ascendido", de manera que pasaría a ser corresponsal en Nueva York. Posiblemente, para el presentador, se trataba de una degradación camuflada, porque invitarlo a dejar el programa de mayor éxito de la cadena para dárselo a una antigua enemiga de la misma era una puñalada trapera. Pero la tele era así, y él lo tenía asumido. Nueva York lo ayudaría a olvidar.

La semana anterior, un periódico nacional, propiedad del mismo grupo mediático dueño de la emisora de televisión, filtraba la noticia de que, cuando se produjese el relevo, el nombre del programa cambiaría. Pasaría a llamarse "Ana en la pecera" o "La 'reinAna' en la pecera". *Al parecer, ranas y peces van a ser devorados por una zorra*.

El informativo se hizo eco del prestigioso "premio nacional al mejor programa de investigación" que había sido concedido al dossier publicado (y narrado en su versión radiofónica) por "La Emisora Escrita". El título del especial de *La rana en la pecera* de esta noche era "El secuestro silencioso", porque así lo habían vendido el periódico y la radio de don Urbano: un secuestro del que la policía solo fue avisada para echar abajo una puerta, la de la libertad. La heroicidad de los reporteros Ana Pérez y Bruno Barreto, en colaboración con un detective privado, derramó una acaramelada capa cinematográfica que parecía haber convertido la ciencia ficción en realidad. Pero no era solo heroicidad, sino talento, instinto periodístico, suerte (por supuesto), constancia y trabajo. Todos los adjetivos capaces de engrandecer la palabra "profesionalidad".

Emitieron unas imágenes de la periodista, quien no dudó en enviar un mensaje a sus futuros jefes: su colaborador, Bruno Barreto, iría con ella, fuese a donde fuese. Le hicieron la pregunta del millón, algo que nadie era capaz de explicarse. ¿Cómo dedujeron dónde estaba escondida Ivana

Suárez? Zorra Pérez comentó que el contrato aparecido en Guadarrama fue una pista, que dejaron a propósito, sobre el lugar donde podía estar la exrapera. Ella y Bruno habían sido lo suficientemente hábiles para asociarlo. El instinto periodístico.

—“Alguna de las pistas tenía que decirnos dónde estaba la víctima, ya que se trataba de un juego, y el jugador nos ofrecía esa salida. Descartadas las demás pistas, esta era la única que quedaba” —parloteaba Ana Pérez en la tele.

—¿Quién es ese señor tan raro, mamá? —preguntó Paci.

—Creo que es el detective que está ayudando a Juli.

En una antigua entrevista, posiblemente realizada un par de días después de la detención de los secuestradores, Trapus daba su particular visión para explicar la torpeza de Isaac. *¿Por qué dejar migas de pan en el camino? Si apareciera un pájaro muy listo, se las podría comer*. Según el detective, Isaac estaba mal de la cabeza. Hacía meses que lo había demostrado al regresar a la escena del crimen de Oso Coronel para que lo detuvieran. En aquella ocasión, la torpeza había sido doble, porque, para colmo, era inocente; pero fue al “Aula Veranos” para ser detenido.

—El presunto autor y gestor del secuestro —explicaba Girard—tenía algún problema con la vitamina “B12”, si no recuerdo mal. Es posible que, al no medicarse, le haya afectado a su salud mental. Por eso dejó todo un reguero de pistas que nos condujeron a él.

Isaac, desde luego, podía ser un as, pero la manera de sacar las pistas a la luz lo había sentenciado.

Palíndromo:

Isaac as saca así

¡Eh! Con esa mimase noche

Las cotas de audiencia que había alcanzado *La rana en la pecera* podrían parecer insuperables, pero los responsables de la cadena sabían que al presentador le faltaba gancho. No es que careciera totalmente de él, pero el listón que Ana había fijado en el programa anterior (de corte similar a este, aunque más gore y escatológico) no era fácil de superar. Para los mandamases, solo había una persona que pudiese pulverizar ese récord: la propia plusmarquista, Ana Pérez.

El presentador sabía que sus días en el programa estaban contados, pero le parecía tremendamente vomitivo y morboso que, hoy, una de las invitadas estrella fuese la mujer que lo iba a sustituir. La cadena pateaba su dignidad. Era algo así como un traspaso de poderes (y de protagonismo) del ministro saliente al ministro entrante. La cartera solía entregarse con una sonrisa, pero era solo una hipocresía para salir favorecido en la foto.

Las presiones recibidas tras la saña de Ana con Isaac (sobre todo por la amenaza de denuncia de este) fueron decisivas, en su día, para rescindir el contrato de la señorita Pérez, de manera que la cadena había llegado con ella a un acuerdo ventajoso para todas las partes. Isaac retiraría la denuncia. Nadie reconocería que a ella la habían echado; tampoco que se había ido voluntariamente, porque, entonces, Isaac no lo habría aceptado. Se dejó en el aire una situación de indefinición, para que todo el mundo especulara, pero también para que nadie sacara conclusiones definitivas sobre la marcha de Ana.

Ahora, los altos directivos se habían dado cuenta de su error, porque Isaac, finalmente, era tan culpable como la periodista había sugerido. Incluso era muy posible que en aquellos días fuese cómplice de Raúl Roque. Quizá eso, esta misma noche, se desvelaría en el programa. De ser así, Ana habría sido una injusta víctima de los derroteros finales de la investigación del caso del rap. Pero hoy se vengaría. *La rana en la pecera*, su ya apalabrado futuro programa, tenía como lema purgar a la sociedad de pirañas como Isaac. Esta vez, Ana lo había hecho desde “La Emisora Escrita”, pero *La rana* iba a poner la puntilla final para que la cadena se resarciera con la periodista.

Había, eso sí, un pequeño detalle imprevisto. La niña había pedido la palabra. La pequeña de la coleta, con un coeficiente intelectual envidiable, había sido decisiva en el caso del rap. Se había empeñado en pactar con el director y los guionistas del programa una manera particular de cerrar el

caso. Podría ser divertido, y los responsables de la emisora habían accedido, pues, según Julieta, el caso no estaba cerrado, faltaba un arco de circunferencia, pero ella había prometido insertarlo esta noche. Cualquier sorpresa de última hora sería bienvenida para mejorar las cotas de audiencia. Ana Pérez no pareció muy entusiasmada con la idea cuando el director habló con ella, pero la decisión del programa fue firme. Julieta había prometido espectáculo, y las niñas no mentían. *¿Qué pretende esa mocosa? ¿Quitarle protagonismo a una estrella?*

Era el momento de la cabecera. Como cada martes, la sucesión de letras inicia su baile aleatorio, inundando la pantalla, rodando y formando atractivas elipses, figuras geométricas, casitas… Los meneos en forma de giro se hacen cada vez más pausados, haciendo que las letras se agrupen y vayan contorneando una figura: la rana. Cuando esta se pone a croar, las letras se deslizan suavemente, difuminando al animal, hasta formar la expresión “La rana”.

En el estudio, observando el preámbulo en una pantalla muy grande, el presentador presidía una mesa de invitados donde estaban sentados (repartidos a izquierda y derecha) Ana Pérez, Bruno Barreto, Marcelo Girard, Julieta García, Juan Barrios, Ivana Suárez y Susana Mesa. La secuestrada, apoyada por su mujer y por el detective, había presionado al programa para boicotear la presencia del inspector Jorge Nara, máximo responsable policial del caso. Ana y Bruno se sumaron a la petición por solidaridad con sus compañeros de viaje, aunque no entendían a qué se debía aquella animadversión. *O el inspector o nosotros*. Finalmente, el programa claudicó, e invitó a Juan Barrios en representación del Cuerpo Nacional de Policía. Su equipo, al fin y al cabo, fue el primero en presentarse en el lugar de los hechos.

Las letras que formaron “La rana” caen dentro de la pecera que aparece de la nada, desde abajo, donde varias pirañas las esperan, ansiosas. Pero las letras, al tocar el agua, se convierten en la idea que expresan: una rana. Tras unos segundos de desconcierto, las pirañas apenas se dan cuenta de que el batracio se las está zampando una a una, purgando la pecera. Cuando acaba con todas, rana y pecera se paralizan, formando el logo del programa: una rana dentro de una pecera, con el título del espacio a sus pies.

Bernardo Espinosa presentó a sus invitados y explicó el contenido temático de esa noche. Adelantó que sería un programa especial, lleno de sorpresas, aunque nadie, ni siquiera ellos (o sea, el propio programa), conocía el alcance último del embarazoso camino que una de las invitadas, la más pequeña, había notificado.

—En nuestra mesa de invitados tenemos a una persona especial. Una niña de tan solo once años, la misma que, hace unos meses, encerró en

prisión al "asesino del rap". Seguramente seremos testigos, esta noche, de su increíble talento. Es un genio de los juegos de palabras y, sobre todo, una experta constructora de palíndromos. Por favor, Julieta, explica a la audiencia qué es un palíndromo.

La niña acercó su cabeza hacia el micrófono, con cierta timidez, y miró al presentador para solicitar su permiso para hablar. Bernardo se percató y la animó a intervenir.

—Adelante, Julieta.

—Los palíndromos son frases que se leen igual al derecho y al revés. Por ejemplo, "ajos y soja".

—*Ajos y soja* era el nombre del extinto grupo de rap fundado por Ivana Suárez, la víctima de "El secuestro silencioso", y por su marido, Ricky Roque, la primera víctima del "asesino del rap". Resulta que, si intentamos leer "ajos y soja" comenzando por el final, letra a letra, podremos leer "ajos y soja". Eso, que parece magia, es una habilidad que Julieta tiene sedimentada. Nos ha dicho que ha preparado un palíndromo dedicado al programa. Solo lo ha leído nuestro realizador, quien lo va a proyectar en un instante. ¿Cómo se te ocurrió?

—Pues… se me ocurrió antes de venir. Bueno…, viniendo…, en el avión. Es sobre la cabecera del programa, cuando sale la rana y la pecera.

—Veamos ese palíndromo.

En la pantalla de televisión apareció un fondo blanco con un palíndromo insertado en letras oscuras (en un verde casi negro). De cara a los telespectadores, la imagen que captaba la cámara dirigida al plano general de la mesa de invitados podía verse en un pequeño rectángulo, en la parte superior derecha. El palíndromo de Julieta era una especie de poema que constaba de siete versos muy cortos.

Agrúpalos, Ana,
rodad,
ahogo letras,
aparece pecera,
pasarte logo,
ha dado rana,
sola purga

Aunque Bernardo Espinosa trató de disimular, la incomodidad se reflejó en su rostro y en su actitud, pues, lejos de elogiar el ingenio de Julieta, cambió de tema todo lo rápido que pudo. *¡Joder con la niña! ¿Por qué insertas el nombre de Ana? La estás convirtiendo en la estrella de 'La rana' antes, incluso, de que sea la presentadora oficial. Y, de paso, a mí me estás ninguneando.*

—Bien, Julieta, reconozco que es muy bueno. Como les decía, el de hoy es un programa especial. Nos han prometido que se cerrarán flecos sueltos del caso, pero será algo que asombrará a todos.

Bruno y Ana se miraron, extrañados, porque no tenían ni idea de lo que se estaba tramando.

—El artífice de este extraño secuestro… Perdón, del secuestro no, de las claves para resolverlo…, es una niña de once años que ha contado con la ayuda de un detective privado, el señor Girard.

Trapus, al oír su nombre, se levantó de la silla como un resorte e hizo una histriónica reverencia. El público de las gradas prorrumpió en aplausos, algunos por cortesía y otros, divertidos, por la comicidad del exagerado gesto. Iba a decir algo, pero el presentador lo interrumpió.

—¿Podrías explicarnos de qué va esta historia? Al parecer, es el primer martes en que el presentador está tan intrigado como cualquier telespectador. Nuestra joven invitada quiere convertirse esta noche en una caja de sorpresas —comentó, mientras el público reía.

—Verá, señor Espinosa. Resulta que he resuelto el caso con la ayuda del señor Girard.

Ana y Bruno no podían disimular su inquietud. Carcomiéndose por dentro, veían cómo la inesperada conspiración seguía empeñada en robarles el puesto que merecían. El joven, más impulsivo, se atrevió a protestar, y a Ana no le dio tiempo a detenerlo. Cuando tiraba de su brazo para rogarle paciencia e inteligencia, lo único que consiguió fue que las cámaras captaran ese gesto suyo. *Pero ¿qué te pasa, jodido reportero inoportuno? ¿Quieres dejarles claro lo arrogante que eres?*

—Supongo, Juli, que se te ha olvidado mencionar a “La Emisora Escrita”.

Ana resopló, algo más calmada. Por lo menos Bruno había generalizado su participación, simulando, hábilmente, estar defendiendo a la empresa que le pagaba. Desde luego, aquella repipi de la coleta mostraba un engreimiento incomprensible, porque, en el fondo, ella no había hecho nada. Girard, tal vez, pero ella…

—Lo siento, Bruno, tienes razón. Si no llega a ser por tus movimientos y los de Ana, yo no habría resuelto este caso.

—¡Hay que joderse! —Esta vez fue Ana a la que se le escapó el pequeño murmullo, pero los micrófonos lo captaron. Cuando se dio cuenta de que todos la miraban, se ruborizó.

—Bueno, todos estamos un poco nerviosos —moderó Bernardo, ahora complacido por las puñaladas que la niña le estaba clavando a la zorra que iba a quitarle el puesto. Por lo visto, aquella pequeña bruja de la coleta,

hoy, había cargado la escopeta con balas para todos—. Vamos a dar tiempo para que la niña se explique. Su cabeza es… muy críptica. Quizá lo que dice cobre sentido cuando nos abra la caja de… ¿Pandora?

Detrás de las cámaras, la dirección del programa se frotaba las manos porque, nada más comenzar, la diversión estaba garantizada. El compacto bloque que había resuelto el caso exhibía ante la audiencia, sin ningún pudor, unas incomprensibles fisuras que les llevaban a una tensa rivalidad en plató. Era la carnaza que más les gustaba, la telesangre. Sin necesidad de azuzarlos, se había librado una sangrienta batalla por arrogarse los éxitos del rescate.

—Verá, señor Espinosa, es que… tengo nuevas informaciones que aportan una nueva perspectiva al caso.

Un silencio total ensombreció el plató cuando Trapus asintió con la cabeza, cincelando el aval de un adulto respetable en las palabras infantiles de Julieta.

—¿Por qué no lo has contado antes?

—Si quiere saber la verdad, estábamos investigando, pero el caso no lo hemos cerrado hasta esta misma mañana. En Tenerife, al dirigirnos hacia el aeropuerto para venir aquí, certificamos definitivamente todas nuestras sospechas. Empezaré por enseñarle una foto a Ivana, si usted me lo permite.

—Adelante.

Marcelo Girard abrió su polvoriento maletín y extrajo una fotografía. Julieta la cogió, la acercó a Ivana y se la enseñó. Ante el estupor general, la exrapera tensó sus músculos, estremeciéndose.

—Es él, ¿verdad? —preguntó Julieta.

—Sí.

La niña acercó la foto al presentador y le comentó lo que estaba ocurriendo.

—Ivana acaba de identificar al secuestrador.

Una cámara de *La rana en la pecera* se acercó a la posición de la mesa y el presentador mostró la imagen. Se trataba de un individuo con barba y gafas, pero no se parecía al profesor Carrión. Bernardo se sorprendió como el que más.

—Señor… Barrios. ¿Qué significa esto?

—No lo sé.

—¿Podría analizar la fotografía? No se parece mucho al profesor.

Bernardo le pasó la foto a Susana, quien estaba a su izquierda, y esta se la tendió a Juan Barrios.

—No la había visto.

—Pero señor Barrios, ¿la policía no ha hecho una foto robot o…?

—Verá, señor Espinosa, hemos hecho una rueda de reconocimiento para que la señora Suárez identificara al secuestrador, pero no ha sido concluyente. De hecho, no llegó a señalar al sospechoso.

—Entonces, ¿cómo explica usted que lo haya reconocido en esa foto que tiene en la mano?

—Habrá que preguntarle a Julieta García de dónde la ha sacado. Al parecer, el detective ha dado pasos más largos que la policía.

—El detective no, Barrios, la niña —aclaró y reconoció Trapus, en un gesto que le honraba.

—Ya llegaremos a la foto —aclaró Julieta—. La policía no sabe nada de esto. Ya les dije que acabamos de atar todos los cabos. Ahora es cuando tenemos la certeza de lo ocurrido.

—¿Cómo es eso? ¿Cuándo han…?

—Como decía, Girard y yo hemos buscado el taxi que tomó Ivana hacia el aeropuerto el día que la secuestraron, y hoy hemos repetido el recorrido. En el taxi atamos esos últimos cabos.

—¿Habéis dado con el taxi? —se sorprendió Barrios—. Pero ¿cómo…?

—Por deducción. Si les parece bien, me gustaría comenzar por los interrogantes.

—¿Qué quieres decir, Julieta? —preguntó el presentador.

—Las preguntas que me hice desde el principio. Quiero decir, desde el rescate. Había muchas cosas que no cuadraban.

Bruno, Susana, Ana, Ivana y Barrios parecían atolondrados mientras escuchaban. Todo tenía pinta de ser producto de la fantasía de una niña soñadora, pero la identificación de la foto (por parte de Ivana) y la confirmación por asentimiento (por parte de Trapus) sugería dotar de credibilidad a una explicación paralela a la oficial. Bastante enrevesado había sido el secuestro, sus implicaciones y, sobre todo, la búsqueda de una explicación racional al mismo, como para pensar que podía justificarse de otra manera.

—Al único que le confié mis dudas y mis sospechas fue al detective Girard. En un primer momento, él no me creyó. Intentaba hacerme ver que yo estaba celosa por no haber sido decisiva en la liberación de Ivana, pero eso es una tontería. Me alegro mucho de haberla podido volver a abrazar, y da igual cómo se consiguió.

—Para centrarnos, Julieta, dices que había interrogantes que te planteabas. ¿Podrías resumirlos?

—¿Resumirlos? Tengo que leerlos todos para que la gente pueda entender mi razonamiento.

Mientras la niña le ofrecía esa incómoda respuesta a Bernardo Espinosa, Girard ya estaba extrayendo de su maletín una hoja con la batería de cosas que no habían cuadrado en la compleja cabeza de la menor.

—Ya, Julieta, pero… Verás, esto es televisión, y estamos obligados a resumir para poder agilizar y avanzar con el programa.

—Me prometieron que yo podría marcar los tiempos esta noche, pero, si usted lo prefiere, me callo y le dejo que usted intente resolver este caso.

La carcajada que invadió el plató fue generalizada. Julieta miró de reojo y comprobó que sus propios padres, en la grada de público, se habían sumado a la fiesta. Ella no entendía por qué se reían. Ni siquiera era consciente del involuntario corte que acababa de darle a Bernardo.

—Está bien, tú ganas —claudicó el presentador con una mueca, contagiado por el delirio del público ante el desparpajo de la niña.

Julieta se levantó y, acercándose a la posición de Girard, se hizo con el listado que este había extraído. Luego, en lugar de sentarse, se dirigió al centro de la mesa, plantándose de pie al lado del presentador, quien permanecía sentado. Mirando simultáneamente al papel y a una de las cámaras que enfocaban hacia allí, se dispuso a exponer todos aquellos detalles que la habían hecho reflexionar durante el último mes transcurrido.

—Cuando quieras, Julieta —invitó Bernardo al ver que la niña, de pie junto a él, lo miraba para solicitar el semáforo verde.

—Pues, como decía, desde el principio había una serie de cosas que era incapaz de comprender. Muchas de ellas podrían explicarse de una forma u otra, claro, pero todas juntas constituían demasiadas incongruencias como para pensar en la existencia de algún gato encerrado. Por ejemplo, ¿por qué Isaac iba a dejar pistas en su propia contra?

—¿A qué te refieres? Se supone que lo hizo porque, para él, todo era un juego. La inscripción en el sobre, el cartel del calabacín… Son riesgos. No es lo mismo correr riesgos que dejar pistas —replicó Bruno.

—Ahora no me refería a eso. No hablo del juego. Hablo, por ejemplo, de que la policía de Baleares, al detenerlo, encontró en su casa un medallón de Ivana.

—Para que la audiencia lo sepa —aclaró Bernardo Espinosa—, se trata de una medalla con una inscripción que permitió acorralar en su día al “asesino del rap”. Por lo visto, Isaac se la robó a la señora Suárez cuando la secuestraron. ¿A dónde quieres llegar, Julieta?

—Lo que yo me pregunto es para qué quería Isaac ese medallón. No tiene ningún sentido.

—Supongo que habría que preguntárselo a él. ¿Se ha hecho? —preguntó Bernardo, mirando a Juan Barrios.

—Pues… más o menos. Es una prueba. Quizá en el juicio se le pregunte, no lo sé. Él niega ser responsable. Dice que no sabe cómo llegó a su casa.

—Vale, voy a continuar. Vuelvo a la misma idea de antes, pero con el otro protagonista. ¿Para qué demonios iba Rafael Carrión a dejar pistas tan claras en su contra? Me refiero al uso de términos en sus palíndromos que pareciera que solo él podía insertarlos. Palabras como PAU, tau… Cosas así.

—Pero Julieta… —se volvió a quejar Bruno—. Creo que había quedado claro. Eso formaba parte de su juego. Era un reto, una partida. ¿No leíste el artículo que sacamos? ¡Está todo explicado!

—Ya dije que se pueden justificar algunas actitudes absurdas, quizá casi todas, pero es un cúmulo de despropósitos. Por ejemplo, hay algo que nadie ha explicado aún. ¿De qué se conocen Isaac y Rafael, señor Barrios? —preguntó Julieta.

—No lo sabemos. Ambos lo niegan.

—Exacto, nadie ha sido capaz de establecer una relación entre ellos, y eso es muy extraño. La policía tendría que haber encontrado algo, si es que lo hubiera. Son expertos en descubrir ese tipo de lazos.

—¡Joder, Julieta! ¡No me lo puedo creer! —resopló Ana Pérez ante la atónita mirada del presentador, repentinamente extrañado por el lenguaje que, una profesional como ella, exhibía ante las cámaras—. ¿Pretendes detonar nuestro informe? ¿Es eso?

—Pues… sí. Respóndeme a una cosa, Ana. ¿Para qué llamó Isaac a Susana el viernes?

—Se supone que para dar la pista del pajero, para que encontráramos la oreja.

—Oreja que, por cierto, no era de Ivana.

—Eso no importa. Su única obsesión era la de dar validez al sexto palíndromo —intervino Bruno.

—Pero fue una torpeza mayúscula, porque resulta que llamó desde el teléfono de su propia casa. ¿Quería que lo detuvieran?

—Quiso exhibir su poder y cometió un error.

—No. Quien llamó a Susana lo hizo para implicar a Isaac, para intentar dejar constancia de su supuesta participación en el secuestro. Ese fue su auténtico objetivo.

—¡Vaya, Juli…! ¡No dejas de sorprenderme!

—¿Sabes lo que creo, Bruno? Aunque a Ana y a ti os duela, si vuestra teoría fuese correcta, no parece que vosotros hayáis sido lo suficientemente listos, sino, en todo caso, el jugador lo convenientemente torpe. Creo que os lo puso en bandeja.

—Eso suena a rencor, Juli. Me decepcionas un poco.

—¿Llevas más cosas en la chistera, Julieta? —ironizó Zorra Pérez.

—Sí, claro. Si no tuviera más cosas sería solo una teoría. A ver… —La niña fijó sus ojos, nuevamente, en el listado que Trapus le había tendido—. La sucesión ordenada de las pistas parece un camino de rosas preparado para que tú te luzcas, Ana. Tú y "La Emisora Escrita".

—¿Cómo dices? —protestó Ana, poniéndose en pie enérgicamente.

—La inscripción interior en el sobre, la aparición del contrato del centro comercial, la foto de Isaac, la oreja y la propia maniobra de rescate, parecen… Yo diría que parecen pistas adecuadamente diseñadas por un guionista de cine para que el protagonista se luzca.

—¡No puedo creer lo que estoy escuchando! ¿Como en una peli, Juli? —dijo Bruno.

—Incluso con un final "made in Hollywood". Logran liberar a Ivana en el último segundo. Eso os convierte en héroes.

—Resulta que los acontecimientos se produjeron así. Nosotros no tenemos la culpa.

—¿Qué quería Isaac? ¿Matar a Ivana? Si así fuese, ¿por qué plantea esto como un juego? Eso solo lo haría un niño, no un adulto. ¿O es que quería jugar con vosotros? Afirmo que todo fue una pantomima. Peligrosa, eso sí, pero se trataba de algo preparado para que alguien se colgara medallas.

—Y ese alguien somos nosotros, ¿verdad, Juli? Te va a costar mucho convencer a la policía. No creo que puedas explicar algunos palíndromos.

—Pues… vamos con el primero, Bruno. "A don Urbano, tetona Bruno da". ¿Quién sabía que eso iba a ocurrir? ¿Cómo se enteró Rafael Carrión?

—Seguramente por la propia Elena, la prostituta —comentó Ana—. Era clienta suya.

—¿Cuándo le hizo Bruno la propuesta a Elena, señor Barrios?

—Pues… Según Elena, Bruno se lo contó el domingo, el día antes de los exámenes de PAU, mientras ellos estudiaban; o sea, el día del secuestro. Nosotros… La policía cree que la muchacha se equivoca o miente, porque la carta con esa frase fue matasellada tres días antes, el jueves.

—¿Y si no se equivoca? Si Elena dice la verdad, Rafael no pudo contárselo el jueves a su supuesto cómplice, Isaac —razonó Julieta.

—¡Claro que se equivoca! —bramó Bruno—. ¡Es su palabra contra la mía!

—¿Sabes otra cosa que me dio mucho que pensar, Bruno? Tus maniobras de distracción. Me encargaste que rematara el quinto palíndromo, el del calabacín. Quisiste que fuese yo quien “leyese de otra forma”. “Al aro” era “Alaró”, y “roc” hacía mención a “Sant Roc”. Tú me marcaste el camino para que yo aportara y me entretuviera con algo insustancial. No querías que me entrometiera mucho en el fondo del asunto, por miedo a que os descubriese.

—Señor Espinosa —dijo Ana, tranquilamente—, si el programa va a permitir estas acusaciones sin pruebas, tomaremos medidas contra la cadena. Ella es una niña, pero sois vosotros los que tenéis que poner freno a semejante desatino.

—¿Cómo sabías con tanta seguridad que la casa de Guadarrama estaría vacía, Ana?

—No tienes límite, ¿verdad? ¿Qué quieres decir?

—Cuando enviasteis a Eva a investigar, le comprasteis un pasaje de ida y vuelta para el mismo día. Sabíais que no le costaría nada colarse y registrar la casa.

—Resulta, pequeña, que es una casa familiar de la novia de Isaac, y la tienen en venta. No vive nadie allí. Somos investigadores, ¿recuerdas?

—Pero Ana… Si la carta se envió desde Guadarrama, ¿no barajasteis la posibilidad de que Ivana pudiese estar encerrada en esa casa? Sería lógico pensarlo, y, sin embargo, no previnisteis a Eva para que tuviera cuidado. ¿Me equivoco, señor Barrios?

—No, lo lógico sería haber contado con que la señora Suárez estuviese retenida allí. Sería lo más probable.

—Señor Espinosa, el programa de hoy ¿se titula “El show de Juli”? —preguntó Bruno—. Me imagino que todo se trata de una broma de *La rana en la pecera*. Pero a “La Emisora Escrita” no le gusta que le tomen el pelo.

—Lo siento, pero la niña tiene la palabra de nuestro director y va a seguir exponiendo su teoría, aunque no guste a algunos oídos. Ya habrá tiempo para que cada cual saque conclusiones.

Bernardo estaba cómodo. Paradójicamente, este era el primer y único programa en que sus jefes le habían arrebatado la batuta para dársela a una niña de once años, pero esta no había dudado lo más mínimo en usar dicha batuta para aplastarle el cuello a la zorra que le iba a quitar el puesto a él. No tenía ni idea de cómo terminaría todo, pero, por lo menos, disfrutaba este momento, viendo cómo la señorita Pérez se mostraba totalmente descontrolada.

—Tengo más en la lista. A ver… ¡Ah, sí! ¿Por qué Bruno, el jueves, llevó a Girard y a Susana a la Facultad de Económicas para comprobar las notas de la PAU?

—Yo te lo diré, Juli. Los llamé para que me acompañaran y vieran la magia de uno de los palíndromos que, por cierto, no sé cómo vas a explicarlo. Quedé exactamente en el puesto número doce. ¿Cómo era? “Así pone codos o doce no pisa”.

—Hubiera bastado con decírselo por teléfono, Bruno. Les hubieras contado que quedaste en el duodécimo puesto y ellos se habrían asombrado igualmente. Pero los llevaste allí por otro motivo.

—¡Qué lista! Yo no lo sé, Juli, dímelo tú.

—Para que fuesen testigos de otro palíndromo; el tercero. “A casa, cutres, o coser tu casaca”. Querías que descubrieran en directo a un novato de la tuna con la casaca rajada. Puedo imaginarme que la casaca no la rajó Rafael Carrión, sino Ana, quien, casualmente, no podía acompañarte ese día a la Facultad. Quizá fue allí antes que vosotros y, con disimulo, usó alguna navaja para escenificar el palíndromo.

—¡Señor Espinosa! ¡Queda advertido de que vamos a presentar una denuncia contra esta emisora! —gritó Ana, poniéndose en pie nuevamente.

—¿Puedes probar lo que dices, Julieta? —preguntó Bernardo.

—Si se refiere a que ella rajó la casaca, no. Solo lo he supuesto, por pura lógica. Pero hay más cosas. A Susana la llamó el jugador el viernes. Le dio una pista relacionada con Baleares. Bueno, no se la dio directamente, sino que el teléfono desde donde llamó estaba allí. Yo hablé con Bruno un instante después y se lo dije. Resulta que también él tenía una pista que le conducía a Mallorca. De hecho, me dijo que estaba en Valencia, en el aeropuerto, y que se dirigía a las islas mediterráneas.

—¿A dónde quieres ir a parar, Juli?

—Tu reacción fue muy extraña. Te dije que Susana tenía una pista de Baleares, y te pedí que la llamaras. No lo hiciste. No sentiste curiosidad alguna por esa pista.

—¿Eso cómo se interpreta? —preguntó el presentador.

—Ellos… Bruno y Ana… conocían todos nuestros pasos, todas esas pistas, porque las prepararon. Si Bruno fue el que hizo la llamada a Susana, es lógico que no mostrara curiosidad.

—¿La llamé desde Valencia con el prefijo de Mallorca?

—A mí me extrañó que no se oyeran ruidos acordes de fondo. Si estuvieses en el aeropuerto… No sé, los sonidos de fondo de un aeropuerto son inconfundibles. Y no se oía nada.

—Es un razonamiento muy forzado —se atrevió a mediar Juan Barrios.

—No, Barrios, no lo es —intervino Trapus—. Lo he comprobado. El vuelo que tomó el joven Bruno Barreto a Palma salió por la mañana. Cuando habló con la niña ya estaba en Baleares. Es posible que telefonease a Susana desde la casa de Isaac, en un momento en que este no estuviese, y que luego llamase a Julieta desde su móvil, fingiendo estar en Valencia para labrarse una coartada.

—De todas formas, señor Girard —continuó Barrios—, el hecho de que estuviera en Mallorca no prueba que hiciera esa primera llamada.

—Lo sé. Dejemos que la niña continúe.

—¿Por qué, Juli? ¿Qué te hace sospechar de mí? —protestó el joven, amargamente.

—Sobre todo me sorprendí cuando me prometiste que ibas a encontrar a Ivana. Lo afirmaste con tanta tranquilidad y seguridad que me hizo reflexionar. Creo que ese fue mi punto de inflexión.

—Todo lo que has dicho no prueba nada. Solo son suposiciones. Quedan cosas que jamás podrías explicar.

—¿Como qué, Bruno?

—Como el segundo y el cuarto palíndromo. Te reto a que lo hagas.

2) Así pone coDOS o doce no pisa

4) AdeCÚA TROno, honor tau ceda

—De todas maneras, Bruno, aunque no lo hiciera, ya te tengo.

—¿Tú? ¿Eres policía?

—Ivana te ha identificado.

La cara de Bruno cambió, al darse cuenta de lo que Julieta estaba afirmando. La foto. Le había enseñado una foto a Ivana. Trapus fue quien dio la explicación.

—La señora Suárez ha visto un fotomontaje a partir de una fotografía del joven Bruno. Siguiendo la descripción que da del secuestrador, le hemos añadido gafas y barba. Toda la audiencia ha sido testigo de que lo ha reconocido.

—¡Déjame ver esa foto! —exigió Bruno.

Ana Pérez empezó a taconear compulsivamente sobre el suelo del plató. Sus manos no se quedaron atrás, y se las frotaba continuamente, perdiendo todo control postural. Bruno, confundido, observó la foto en silencio.

—Señor Girard —preguntó Bernardo Espinosa—, ¿se atrevería usted a apostar que todo lo que cuenta la pequeña es cierto?

—Sí. Si quiere, le resumiré los hechos.

—Adelante.

—Ana Pérez y Bruno Barreto fueron los artífices del secuestro. La niña cree que la señorita Pérez convenció al joven para participar en el mismo. Ella sola no lo habría podido hacer. Su ambición y su capacidad de convicción pudieron ser estímulos suficientes para que el señor Barreto cayera en sus garras. Como buenos investigadores, se enteraron de que la señora Suárez era propietaria del centro comercial donde la mantuvieron en cautiverio.

Ivana no daba crédito. Ella y Susana no podían dejar de fijarse en las reacciones de los reporteros, cuyo estado de nervios los delataba. Girard estaba dando en el clavo, pues los rostros de ambos así lo confirmaban.

—También averiguaron cosas del pueblo donde vivía Isaac para implicarlo y elaborar los palíndromos. Por ejemplo, encontraron en internet el cartel del concurso de cocina. De hecho, incluyeron varios viajes entre Canarias y Mallorca durante las últimas semanas antes del secuestro. Eso puedo demostrarlo.

—Viajamos mucho por motivos laborales, señor Girard. No solo a Baleares —protestó Ana.

—Creemos que la intención de esos viajes era ir a Alaró y colarse en la casa de Isaac cuando este no estuviera. De esta forma pudieron hacer algunas llamadas a Canarias, en concreto al domicilio de Rafael Carrión.

—Sí —interrumpió Julieta—. Bruno llamaba desde casa de Isaac, pero contestaba Ana Pérez, que tenía acceso a la casa del profesor, ya que ella lo conquistó para implicarlo.

—Según esa teoría —dijo Bruno—, cada registro de llamada entre Canarias y Baleares coincidirá con una estancia mía en Alaró. ¿Puede demostrarse?

—No —aceptó Trapus—. Hay algunas llamadas hechas por el propio Isaac al domicilio del profesor, según su propia versión.

—¿Isaac lo reconoce? —preguntó un desconcertado Bernardo.

—Según él, y el señor Barrios puede confirmarlo, recibió varias llamadas desde Canarias. Habló con una mujer, seguramente la señorita Pérez, que decía ser empleada del banco donde él tiene sus ahorros. No olvidemos que Isaac es canario. La supuesta empleada le ofreció productos muy atractivos y le pidió que la llamara a ese mismo número, supuesta oficina bancaria, algunos días y a algunas horas muy concretas: los días y las horas en que Ana sabía que Rafael Carrión no estaría en casa.

—Por eso hay tantas llamadas entre ambos domicilios —reflexionó Juan Barrios.

—Sí. En alguno de esos viajes, en concreto en el del viernes de la

semana del secuestro, dejaron el medallón con la inscripción Tora-san que le habían extraído a Ivana del bolso, al secuestrarla —dijo Julieta.

—Te preguntaré algo, Julieta —provocó Ana Pérez—. ¿Quién envió la carta desde Guadarrama? Sabemos que Isaac estuvo allí esos días, ¿verdad, señor Barrios?

—En efecto. En su declaración dijo que un comprador llamó a su novia. La casa de Guadarrama está en venta, y él suele encargarse de enseñarla a posibles interesados. Al parecer, fue una falsa alarma, porque el comprador nunca apareció.

—Claro que no, lo llamaron para que estuviese allí ese día —afirmó la niña—. Así se quedaría sin coartada. Todo estaba bien amarrado para enchironarlo. Pero fue Bruno quien envió esa carta.

—¿Yo? ¡Esto es demasiado! ¡Yo sí que tengo coartada!, ¿verdad, señor Barrios?

—Pues…

—No, no la tiene —intervino Trapus—. Ese jueves estuvo usted en Sevilla recogiendo un premio para la emisora. Fue por el famoso caso del “emir cojo”. Afirmo que usted alquiló un coche e hizo el recorrido Sevilla-Madrid-Sevilla. Fue hasta Guadarrama, envió la carta y escondió el contrato de compra del centro comercial.

—¿Puede probarlo, Girard? —preguntó Juan Barrios.

—Lo he comprobado, Barrios. He comprobado que alquiló un coche y que hizo tantos kilómetros como los mismos que tiene ese recorrido.

—Me temo, señor Barreto, que está usted en un aprieto —afirmó el policía.

—Además, envió el telegrama desde Sevilla.

—¿Qué telegrama? —preguntó el presentador, un poco perdido.

—El que recibió Ivana el sábado, comunicándole el falso fallecimiento del profesor de Historia del Arte. Bruno estuvo en Sevilla desde el miércoles por la tarde hasta el sábado.

—¿Hay más cosas, Julieta?

—Pues… Bruno le controlaba los niveles de sodio a Ivana. Él es muy bueno en química. De hecho, su hermano estudia medicina, él me lo dijo. Estoy segura de que la oreja la habrá cogido su hermano de la Facultad de Medicina, y Bruno se la habrá robado para tener otro palíndromo. En cuanto a lo del sodio, lo habrá hecho para que Ivana estuviese muy aturdida todo el tiempo, para que, así, no pudiese reconocerlo cuando la liberara él mismo. Esto refuerza la teoría de que su intención, en todo momento, era liberarla.

—Entonces… ¿Para qué la secuestraron? —interrogó Susana, a punto de llorar.

—Para resolver ellos el caso. Para convertirse en héroes, Susana. Ellos pusieron ADN del señor Carrión en la nave, liberaron a Ivana y culparon a Isaac. Han sido héroes durante un mes. Si el señor Girard y yo no nos adelantamos, tal vez fuesen ellos dos los presentadores de este maravilloso programa la semana que viene.

—Me hicieron creer, para despistarme —explicó Trapus—, que la señora Suárez viajó el domingo a Sevilla. Según todos los indicios se subió en aquel avión. Me atrevo a afirmar que fue la señorita Pérez quien lo hizo en su lugar, portando su documento de identidad y, tal vez, alguna peluca, o una pañoleta, y gafas de sol… Digo peluca porque la señora Suárez, en la foto de su documentación, no está calva.

—Eso es mucho suponer, detective —se defendió Ana con la esperanza de que las pruebas en su contra no fuesen tan contundentes como las que acusaban a Bruno.

—Tengo la confirmación de que usted tomó un vuelo Madrid-Tenerife en la noche del domingo. Sin embargo, no hay constancia del viaje de ida. Por eso supongo que a la señora Suárez la secuestraron en Tenerife y usted viajó a Sevilla en su lugar, para despistarnos. Desde allí se desplazó a la capital de España para regresar de noche.

—Entonces, Julieta —dijo Bernardo—, todo fue una maniobra de despiste.

—Sí. Bruno tenía miedo de que yo investigara, porque podría desarmarle sus teorías. Así que me distrajo durante toda la semana con pasatiempos que no tenían nada que ver con el caso. Algunos eran bastante pueriles, Bruno —reprochó la niña, dirigiéndole al joven una mirada recriminatoria—, como el de la tabla periódica. "Acierta asesinato, lista". Además, ese fue una especie de provocación o reto. También me preparó un acertijo muy sospechoso, buenísimo, a base de palíndromos. La solución era "rueda", pero eso es lo de menos. Lo sospechoso era su construcción. Se trataba de un sistema de ecuaciones palindrómicas; en concreto, cinco ecuaciones con una incógnita. Igual que el acertijo de la carta, otro sistema, este de seis ecuaciones con tres incógnitas.

—¿Palíndromos matemáticos? ¿Tres incógnitas? —se sorprendió el presentador.

—Ivana ("equis"), Ana ("y griega") y Bruno ("zeta"). El paradero de la primera y la identificación de los otros dos. Era un sistema muy complicado, porque su creador, Bruno, se adelantó a solucionarlo. A veces, en matemáticas, los sistemas tienen más de una solución posible. Él quiso vendernos una de ellas como la única y verdadera. Quizá pensaba que mi

nivel de matemáticas no alcanzaría a deducir otros posibles valores de la "y griega" y de la "zeta" diferentes a Isaac y Rafael. Y es que el propio Bruno era la "zeta", por eso era tan complicado el sistema.

—Señoras y señores, tenemos que hacer una pausa para la publicidad. Enseguida regresamos.

*

Durante el largo descanso, Ana Pérez y Bruno se fueron a un rincón y se pusieron a hablar entre ellos, en voz baja. No quisieron acercarse al resto de invitados, quienes los miraban cada vez más desconfiados. Ivana y Susana bombardearon a preguntas a la niña, ansiosas por confirmar los cada vez más evidentes nuevos escenarios. El presentador abandonó el plató, seguramente para recibir instrucciones precisas de la dirección del programa. Él no tenía claro si este se le estaba yendo de las manos o si estaba fluyendo como deseaban sus jefes. El hecho de no haber recibido muchas indicaciones por su auricular le sugería que todo marchaba por un camino mágico, lo cual era sinónimo de altas cuotas de audiencia.

En una esquina del plató, también alejados del resto, Girard explicaba a Juan Barrios los pormenores de su investigación. La cara del policía era todo un interrogante, y de vez en cuando dirigía miradas controladoras hacia los reporteros, como si temiese que, en cualquier instante, fuesen a echar a correr para huir de su pesadilla con coleta.

Terminada la pausa publicitaria, Bernardo Espinosa concedió la palabra a Ana Pérez, aunque esta poco tenía que decir. Su intención era que Julieta siguiera su discurso con el fin de que se topara con un muro que no pudiese rebasar. Bruno se lo había dejado claro a su compañera: ese muro era la explicación a los dos palíndromos que faltaban.

2) Así pone coDOS o doce no pisa

4) AdeCÚA TROno, honor tau ceda

—La señorita Pérez me ha pedido intervenir.

—Solo me gustaría escuchar la explicación del detective y de la niña respecto a la manipulación de las calificaciones de Bruno, en la PAU. A mi parecer, solo Rafael Carrión pudo hacerlo, y recordemos que los palíndromos que predecían esa situación anómala fueron escritos antes de los exámenes.

—Seguramente —comentó Julieta— tú robaste el examen de la PAU. Tenías acceso a él a través de Rafael. Bruno, aparte de ser un buen estudiante, se preparó para quedar en los primeros puestos, pero solo hizo la mitad del examen de mates para llamar la atención.

—¿Llamar la atención, Juli? —preguntó Bruno.

—Sí, la atención del profesor. Al faltar la otra mitad, no quedaste en el tercer puesto del ranking, que era el que te correspondía, aunque con trampas. Quedaste duodécimo.

La incomodidad se apoderó del rostro del presentador y de Juan Barrios. El argumento de Julieta parecía poco consistente, y fue Ana Pérez quien se lo escupió a la cara.

—O sea, Julieta, que Bruno sabía que, si hacía medio examen de Matemáticas, quedaría exactamente en el puesto doce, como decía la premonición. ¡Qué puntería, Bruno! ¡Es sorprendente!

—No tanto, Ana. Bruno calculó que, si no entregaba esas hojas, quedaría más abajo en el ranking. Tal vez entre la décima y la vigésima posición, no lo sé. Él tampoco podría saberlo con exactitud.

—Pero escribió en un palíndromo que ocuparía el duodécimo puesto. ¡Y acertó!

—No, tú lo ayudaste a acertar.

—¿Cómo dices?

—El miércoles por la tarde, Rafael Carrión recibió todas las calificaciones de las diferentes asignaturas. Lo hizo en tu casa, porque tú te habías empeñado en que terminara de corregir allí, según su declaración. Así que tú manipulaste esas notas. Le añadiste o le quitaste algunas décimas a la calificación final de Bruno para que cayera justo en el puesto número doce. El propio Bruno llegó a reconocer que algunas notas no eran muy lógicas, parecían infladas. Fue muy tonto al decir eso.

—No, Juli, concuerda con lo que tú dices. Solo que fue Rafael Carrión quien las manipuló —se defendió él.

—Señor Barrios —intervino Ana—, tengo entendido que la declaración del señor Carrión coincide con la mía en un hecho fundamental que desmonta del todo esta descabellada teoría. Me refiero a…

—Sé a lo que se refiere, y tiene razón. El señor Carrión afirmó que no se levantó de su ordenador desde que recibió las calificaciones hasta que las transcribió y se las envió a José Rosales. Ni siquiera fue al cuarto de baño, esas fueron sus palabras. Es imposible que la señorita Ana Pérez haya accedido a su ordenador y haya manipulado.

—Lo siento, pequeña. Ningún juez podrá dar por válida tu teoría, por muy fantasioso y conspiranoico que pueda ser su señoría.

—Puede demostrarse, Ana —insistió Julieta, implacable, ante el asombro de Juan Barrios—. Sé cómo lo hiciste, y se lo dije al detective. Él lo investigó.

—¿Detective? —invitó el presentador.

—En efecto. Posiblemente la señorita Pérez manipuló previamente el portátil de Rafael Carrión. Eso pudo hacerlo por la mañana, el día antes, o cuando fuera. Lo hizo para recibir ella las calificaciones y luego reenviarlas a José Rosales, una vez modificadas.

—¿Podría explicarse mejor?

—Sí. En la libreta de direcciones de correo del ordenador del profesor, en el perfil de "Ana Pérez", cambió el nombre del destinatario, y puso "José Rosales". Lo mismo habrá hecho a la inversa, habrá puesto su nombre (o cualquier otro) en el perfil de José Rosales. Cuando el profesor Carrión envió el correo, al escribir "José Rosales", fue dirigido al buzón de Ana Pérez. Es un simple cambio de nombres, podemos poner en los perfiles cómo queremos identificar a nuestros contactos.

—¡Vaya! —resopló Barrios.

—Rafael envió las notas a Ana, creyendo que lo había hecho al señor Rosales —resumió Julieta—. Luego, Ana las modificó y las envió de verdad a José Rosales.

—¡Demuéstralo! —gritó la periodista, fuera de sí—. ¿Cuándo lo hice? ¡Pasé toda la noche con él! El señor Rosales recibió el fichero esa misma noche.

—En efecto, Ana. Lo recibió esa noche, pero no cuando Rafael hizo el envío, sino más tarde. Todas las horas de flujo de mensajes están registradas, ¿verdad, detective?

—Claro, esto está comprobado. El profesor envió el fichero a la periodista y esta, un buen rato después, al otro coordinador, el señor Rosales.

—Rafael estaba a mi lado, yo no entré en mi correo. ¡Habrá sido él quien lo manipuló todo!

—Tú te quedaste sola, Ana, ¿recuerdas? Le pediste a Rafael que bajara al sótano a por boro.

—Eso… fue… para matar cucarachas. Solo fue… un momento.

—No. El señor Carrión declaró haberse ausentado mucho tiempo —reconoció Juan Barrios.

—Tú vives en La Laguna, Ana —continuó la espada de la coleta—. ¿Tienes una plaga de cucarachas? No me lo trago. No en La Laguna. De hecho, Rafael nunca vio cucarachas en tu casa. Lo enviaste a tu sótano para rectificar las notas de Bruno y enviar el fichero a José Rosales. Luego volviste a recomponer los nombres auténticos de los destinatarios del correo de Rafael Carrión. Como ha dicho el detective Girard, los envíos pueden comprobarse.

—O sea que… estoy en un lío.

—¿Qué pasó con las hojas traspapeladas? —preguntó Bernardo.

—Posiblemente Ana las introdujo en el maletín del profesor, en medio de los demás exámenes —contestó Julieta—. Y no eran hojas traspapeladas. Bruno no las había entregado. Se añadieron después. Por eso el señor Carrión no las había visto.

—¿Y el otro palíndromo? —insistió el presentador—. La parte de “honor tau ceda”… ¿Cómo podía saber Bruno Barreto que el profesor lo felicitaría por utilizar ese concepto?

—Bruno sabía que solo él utilizaría el doble de “pi”, porque casi ningún profesor explica eso en los institutos. También sabía que el señor Carrión era un defensor de ese uso, pues le había dado clase. Bruno contaba con que, cuando fuese a la revisión de su examen, algo tan llamativo saldría a la luz, y se llevó al señor Girard como testigo, añadiendo así más misterio al palíndromo. De hecho, puso una trampa en su examen para que “tau” no pasara desapercibido. Obligó a Carrión a detectarlo.

—¿Una trampa?

—Sí, cometió un fallo adrede. El resultado de ese ejercicio era “veintitrés coma seis”, pero él escribió “veintiséis coma tres”. Sabía que Rafael Carrión es un profesor muy pijotero, de los que no pasa una, y que le bajaría alguna décima por el fallo. Al hacer la revisión, Bruno quiso saber en qué había fallado, obligando a Rafael a fijarse en el problema en cuestión y hablar de él.

—Y le cedió al joven todo el honor por haber utilizado esa letra griega —remató Trapus.

Bruno Barreto no tenía fuerza para la réplica. Todas las pruebas podrían considerarse circunstanciales excepto la foto. La identificación del secuestrador por parte de Ivana lo iba a hundir. Julieta lo tenía todo bien amarrado. Aun así, cabía la posibilidad de que un juez no diese validez al fotomontaje. Ivana no había tenido la cabeza tan lúcida, en aquellos momentos, como para asegurar que la foto recogía la imagen del secuestrador. Bernardo Espinosa se le adelantó, expresando en alto sus dudas.

—Señor Barrios. ¿Cree usted que la fotografía será suficiente? El argumento de la niña es inapelable, está muy bien hilvanado, pero… un juez… ¿daría todo esto por válido como prueba?

—En el caso de Ana Pérez, si, tal como dice el detective Girard, están registrados los envíos de los correos, le va a costar mucho salir de esta. En cuanto a la foto, supongo que…

—Hay otra cosa —interrumpió Girard—. Como ha dicho la pequeña,

esta mañana atamos un último cabo suelto. Señora Suárez, ¿podría repetirnos qué visión tuvo usted al ser secuestrada?

Ivana se extrañó por la pregunta que le formulaba Trapus. Su cabeza, durante el cautiverio, había estado dando bandazos continuamente (arriba, abajo, a un lado, a otro…), por lo que hablar de una (sola) visión suponía una pregunta bastante imprecisa. O había tenido infinitas visiones, o todo junto había sido una macrovisión. Pero después captó el sentido de la pregunta. La estaba interrogando acerca del momento de ser secuestrada, no durante todo el secuestro. Aunque no estaba segura al cien por cien, suponía que la habían raptado en el taxi, cuando el taxista se bajó, abrió la puerta trasera y la drogó; o la durmió, daba igual cómo llamarlo.

—Pues… Fue una alucinación, señor Girard… Me habrán hecho inhalar… o me habrán inyectado algún alucinógeno, o… ¿Qué importancia tiene?

—Explique la visión, por favor.

—Vi a San Sebastián y a Cupido.

Todo el plató se quedó sin habla, porque la frase parecía no venir a cuento, pero tenía algo de misteriosa e impactante.

—¿Eso qué significa? —preguntó Bernardo.

—Los vi; como si estuvieran conmigo. Parecía real, pero no sé qué importancia puede tener.

—La señorita Julieta tuvo una sospecha, y esta mañana se confirmó —aportó Trapus.

—La señorita Julieta ha tenido demasiadas sospechas —interrumpió Ana Zorra Pérez—. ¿Por qué sospechaste de mí? ¿Me acusas de robar los exámenes de la PAU? ¿Por eso soy una secuestradora? ¿Por ayudar a mi compañero de trabajo a aprobar un examen, Julieta?

—No solo te acuso de robar, Ana. También te acuso de hacer gozar a Rafael Carrión, con tu cuerpo, para camelarlo. Así lograste que recogiera los folios que faltaban del examen de Bruno, en tu propia casa, y así lograste que fuera a por boro para tú manipular las calificaciones. Te acuso de varias evidencias.

—Una última pausa y continuamos —anunció Espinosa.

Palíndromo:

No solo robar, además acusé de goce, recoge de su casa, me dará boro, lo son

**

—Antes de irnos a publicidad, la señorita Pérez parecía necesitar una explicación de por qué habían sospechado de ella. El señor Bruno Barreto es el experto en acertijos, es el implicado directamente en el contenido de los palíndromos, el que conocía a Rafael Carrión (a nivel matemático), el que proporcionó una compañera suya como regalo sexual a su jefe. ¿Cómo sabías que tenía un cómplice, Julieta?

—Él no pudo hacerlo solo. Alguien tuvo que robar los exámenes de la PAU, alguien tuvo que viajar a Sevilla haciéndose pasar por Ivana. La misma persona que iba a sacar tajada. Ana había caído del mundo de la televisión y quería recuperar su puesto, entrando por una puerta más grande aún que la que le correspondería por sus propios méritos, los cuales yo no los niego. Pero lo que me hizo confirmar las sospechas fue una entrevista que le hizo a mi amiga Paci cuando ganó una medalla en una regata.

El presentador, que conocía muy bien aquel suceso por la repercusión mediática que tuvo, resumió a la audiencia la gesta de aquella ventosa tarde de domingo, en El Médano (en el sur de Tenerife), cuando Paci subió hacia arriba y osó sentarse al lado de los dioses.

—Ana Pérez me dijo una frase que me chocó bastante, aunque en ese momento no supe por qué. Nada más verme en la emisora, me dijo: "*Tú eras la niña a la que se le daban bien las cábalas, ¿verdad?*". Luego, en la propia entrevista, y eso está grabado, dijo otras dos frases igual de llamativas. A Paci le dijo: "*Espero que también pongas los codos en los estudios*", refiriéndose a lo buena que era sobre la tabla de surf. Y a la audiencia le dijo: "*¡Y eso que los comisarios no querían dejarla participar! ¡Qué cutres! Maruja la aplaudió con lágrimas desde su trono*".

—¿Eso es textual? ¡Vaya una memoria, Julieta! —ironizó Ana.

—Lo que me dijiste a mí, sí que me acuerdo. El resto está grabado, y este programa tiene una copia. Resulta que Paci me regaló la grabación el día que liberaron a Ivana. Hace unos días la escuché y me quedé sorprendida por esas frases.

—¿Qué tienen de sorprendentes? —preguntó Susana, verbalizando el desconcierto colectivo de los invitados excepto de Girard.

—En la frase que me dedicó a mí, lo sorprendente es la palabra "cábala". Se me dan bien las cábalas… No es la palabra más adecuada. Yo creo que Ana se turbó cuando llegó a la emisora, para entrevistar a Paci, y me encontró allí casualmente. Se puso muy nerviosa, yo se lo noté, y su subconsciente la traicionó.

—¿Nerviosa al verte? —preguntó Bernardo.

—Claro, eso fue el lunes. El día anterior había secuestrado a Ivana. Ella y Bruno. No esperaba verme, fue una casualidad.

—¿Qué tiene de especial la palabra “cábala”?

—Como decía, la traicionó el subconsciente, y empezó a escupir vocablos que estaban escondidos en él. En el subconsciente, quiero decir. Son parte de los seis palíndromos que su compañero Bruno escribió en la carta que recibió Susana ese mismo día. “Ni cábala cese al aro”. ¡Está en el quinto palíndromo! En la frase que dijo a la audiencia utilizó las palabras “cutres”, que está en el tercer palíndromo, y “trono”, que aparece en el cuarto. No son términos que se empleen habitualmente en el contexto en el que ella lo hizo; sobre todo “cábala” y “cutres”. ¿Los comisarios son cutres por no querer dejar participar a una concursante? Quizá cabrones, pero…

Instintivamente, Julieta miró hacia la grada de público y se cruzó con la mirada de su madre, pero, curiosamente, era una mirada llena de orgullo y no de furia ante el taco que acababa de decir en antena para todo el país. Suspiró, aliviada, y continuó.

—Y a Paci le deseó que también pusiera los codos en los estudios. La palabra “también” implica… O sea, Ana le decía que pusiera los codos en los estudios igual que en la vela. Pero en la vela no se ponen los codos. O tal vez sí, pero no es una expresión habitual.

—Y el segundo palíndromo —remató Bernardo Espinosa—dice “Así pone codos o doce no pisa”.

—Exacto.

—¿Qué pasó esta misma mañana?

—Cuando descubrimos que Bruno estaba detrás del secuestro, el señor Girard investigó su entorno. Resulta que Bruno tiene un tío taxista.

—¿También soy sospechoso por eso?

—Secuestraste a Ivana en el taxi de tu tío.

—¿Puedes probarlo? ¿Ivana apuntó la matrícula del taxi que iba a llevarla al aeropuerto?

—No. Tú te bajaste en un semáforo y la drogaste. Por favor, señor Espinosa. ¿Podrían proyectar la imagen que he traído?

Sin necesidad de que el presentador hiciera de intermediario, el realizador proyectó una foto en la pantalla.

—Este es el tablero del taxi de tu tío. Esta mañana, el señor Girard y yo nos subimos a ese taxi. Yo misma he hecho la foto desde el asiento de atrás. ¿Veis algo fuera de lo común?

Tras unos breves segundos de silencio, Julieta solicitó una ampliación.

—Fijaos en esos dos cuadrados blanquecinos, en el salpicadero. Apuesto a que ni siquiera Bruno sabe de qué se trata. Ahora nos vamos a acercar con el zoom a esos puntos.

La imagen se acercó, se acercó… cada vez más… hasta que aparecieron. Nítidos.

—¡Ahí están! —festejó Julieta, ante el asombro del público.

Las dos estampas, una curiosa mezcla de religión y mitología que el tío de Bruno llevaba adheridas al tablero cual amuletos, no dejaban lugar a la duda. Ivana se puso en pie, casi llorando y hablando en susurros.

—San Sebastián… y Cupido… ¡Hijo de puta! —gritó, mirando a Bruno, quien agachó la cabeza.

—Una visión así no surge sola, Ivana, no es muy lógico. San Sebastián y Cupido tenían que haber sido reales. Tuviste que verlos. Después los habrás deformado, claro. En la alucinación, Cupido era quien le lanzaba las flechas que el santo lleva clavadas, pero la base de la visión tenía que proceder de alguna imagen real y reciente.

—Yo… no me había fijado en esas estampas —reconoció Bruno, con los ojos encharcados de lágrimas—. Nunca… pensamos matarla… Yo… controlaba muy bien sus niveles de sodio… en base a su comportamiento.

—Podías haberla matado, Bruno. El riesgo fue excesivo, lo sabes —reprochó Julieta—. Sé que Ana te manipuló, tú eres muy joven. Pero tus manos están más sucias que las suyas, Ana es más inteligente. Por favor, señor Espinosa, me gustaría que volvieran a proyectar el palíndromo que le hice al programa.

Agrúpalos, Ana,
rodad,
ahogo letras,
aparece pecera,
pasarte logo,
ha dado rana,
sola purga

Señalando la pantalla, Julieta dio su particular explicación a aquella combinación de frases.

—Ana Pérez, en vez de asegurar su porvenir, en vez de agrupar las letras de su periódico, de su futuro, hizo rodar a las víctimas de su odio y de su venganza: Isaac e Ivana, porque Ale ya estaba muerta. Rafael Carrión solo era un colateral, un mártir necesario. A Bruno lo implicó por necesidad, y lo habrá comprado con promesas de grandeza, alimentando sus aspiraciones. Señor Espinosa, yo siempre he creído en este programa. Por eso he querido purgarlo para que Ana se ahogue en él, hoy, antes de que le den su puesto, porque, si la dejamos seguir adelante, sería una piraña la que se haga dueña de la pecera. Y eso sería… una paradoja del programa, pero real como la propia vida.

—Me comunican que, como consecuencia de un mandato judicial urgente, la Policía Nacional está en los exteriores de esta cadena con una orden de detención inmediata contra Ana Pérez y Bruno Barreto. Cuando termine *La rana en la pecera*, o cuando intenten abandonar el plató, pasarán a disposición judicial.

—Ella… ¡Ella me arrastró! ¡Lo juro! —se lamentó Bruno, impotente—. ¡Solo soy un chiquillo, por Dios!

—Lo siento, Bruno, pero ahora no puedes dar marcha atrás. Es imposible allanar el camino que has ido destrozando y contaminando con tus puercas acciones; las tuyas y las de Ana —sentenció la niña.

Palíndromo:

Allana, calla, canalla

**

A altas horas de la noche, en el bar del hotel, estaban reunidos para celebrarlo, pero nadie tenía los ánimos como para hacerlo. ¿Qué se celebraba? ¿Que los autores del secuestro tuviesen otros nombres y otros apellidos? Por lo menos se sabía la verdad, sí, pero el sufrimiento padecido por Ivana se había acrecentado al descubrir esa verdad, paralela a la anterior. Tampoco celebraban la libertad de Ivana, pues eso ya se había hecho hacía un mes. Ninguna de las siete caras que rodeaban la mesa sonreía. Remedios, Carlos, Julieta, Susana, Ivana, Juan Barrios y Girard. El policía sí que quiso hacer público el merecido reconocimiento a Julieta.

—Me gustaría brindar por la responsable de que los verdaderos criminales hayan sido detenidos. La capacidad de esta pequeña es… superior a la del inspector Nara.

El intento de broma no hizo ninguna gracia a los presentes, excepto a Girard, quien soltó una sonora y escandalosa risotada. A Ivana y a Susana, la simple mención del apellido del tío Jorge, les revolvió las entrañas. La exrapera se levantó y, acercándose a Julieta, le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Tú viste a San Sebastián y a Cupido. Es curioso, pero fueron ellos los que te secuestraron. Ana Pérez es Cupido. ¿Sabías que, en la mitología romana, las flechas de Cupido eran de dos tipos? Estaban las de la punta de oro, que son las del amor, y las de la punta de plomo. Fueron estas últimas con las que acribilló a Bruno, el hasta entonces inocente e impulsivo reportero. Con ellas oscureció su vulnerable y frágil corazón.

—¿Crees que Bruno es un mártir, Julieta? Yo no diría lo mismo —opinó Susana.

—Bueno… El emperador Maximiano le dio a elegir a San Sebastián entre ser soldado, que es a lo que se dedicaba, o seguir a Jesucristo. Él no respetó su trabajo, se dejó influir por la doctrina de Ana Pérez. Lo que ocurre es que esta lo engañó, porque no era, en realidad, Jesucristo, sino Cupido con el disfraz de periodista.

Un inesperado personaje entró en el bar ante la atónita mirada de Trapus. Era su nuevo amigo. Estaba en Madrid por motivos laborales y había visto *La rana en la pecera* en televisión. Tenía derecho a sumarse a la fiesta. Al fin y al cabo, el local comercial de Ivana, donde había estado encerrada, era de la mujer gracias a su generosidad a la hora de renunciar a un contrato ya firmado.

—¡Coño! ¡Ulises! ¡Mi amigo Ulises! —gritó Trapus, saltando de la silla.

—¡Amigo Trapus! ¡Quiero conocer a los amigos de mi amigo! ¡Sobre todo al talento en potencia de once años que, algún día, trabajará para mí!

Palíndromo:

NI FIN

La “e”, ni “log” ni “mod”, DOMINGO lineal

El alba, háblale
Atada ve una nueva data
Mediodía ido, ídem
Atardecer, apareced, rata
¡Eh! Con esa mimase noche

S.O.S., el LUNES aprobasen o pone sabor, pasen ULL esos

El alba, háblale
Atada ve una nueva data
Mediodía ido, ídem
Atardecer, apareced, rata
¡Eh! Con esa mimase noche

Ni fase tramada cada MARTES afín

El alba, háblale
Atada ve una nueva data
Mediodía ido, ídem
Atardecer, apareced, rata
¡Eh! Con esa mimase noche

Se lo creí mejor, no sé, me sonrojé MIÉRCOLES

El alba, háblale
Atada ve una nueva data
Mediodía ido, ídem
Atardecer, apareced, rata
¡Eh! Con esa mimase noche

Se ve ujier, oye, yo reí JUEVES

El alba, háblale
Atada ve una nueva data
Mediodía ido, ídem
Atardecer, apareced, rata
¡Eh! Con esa mimase noche

Oído sacro, llamas en “Re”, Ivana, VIERNES a Mallorca sodio

El alba, háblale
Atada ve una nueva data
Mediodía ido, ídem
Atardecer, apareced, rata
¡Eh! Con esa mimase noche

O dabas ánimo gen o pone gomina SÁBADO

El alba, háblale
Atada ve una nueva data
Mediodía ido, ídem
Atardecer, apareced, rata
¡Eh! Con esa mimase noche

Semana, mes

El alba, háblale
Mediodía ido, ídem
¡Eh! Con esa mimase noche